

III

TEMA Y VARIACIONES DE

# LITERATURA

26

*Literatura Testimonial  
Hispanoamericana*  
(Del siglo XX hasta nuestros días)

\$60.00



División de Ciencias Sociales y Humanidades  
SEMESTRE I, 2006



TEMA Y VARIACIONES DE

# LITERATURA

*26*



División de Ciencias Sociales y Humanidades  
SEMESTRE 1, 2006

Imagen de la Portada

Foto de la 4ª de forros tomada de internet.

Idea: Carlos Gómez Carro

Diseño: Juan Carlos Valdovinos S.

**LITERATURA TESTIMONIAL  
HISPANOAMERICANA**  
**(Del siglo XX hasta nuestros días)**

Coordinadores editoriales:  
Carlos Gómez Carro  
Ezequiel Maldonado López  
Edelmira Ramírez Leyva



## DIRECTORIO

### **Rector**

Dr. José Lema Labadie

### **Secretario General**

Mtro. Luis Javier Melgoza Valdivia

### **Rector de la Unidad Azcapotzalco**

Dr. Adrián G. De Garay Sánchez

### **Secretaria de la Unidad**

Dra. Sylvie J. Turpin Marion

### **Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades**

Dr. Roberto J. Gutiérrez López

### **Secretario Académico de la División de Ciencias Sociales y Humanidades**

Mtro. Gerardo González Ascencio

### **Jefe del Departamento de Humanidades**

Lic. Alejandro J. De la Mora Ochoa

### **Consejo Editorial**

Tomás Bernal Alanis, José Francisco Conde Ortega, Carlos Gómez Carro, Ezequiel Maldonado López, Óscar Mata Juárez, Alejandro Ortiz Bullé Goyri, Edelmira Ramírez Leyva, Joaquina Rodríguez Plaza, Alejandra Sánchez Valencia, Vicente Francisco Torres Medina

**Coordinación editorial del número**

Carlos Gómez Carro, Ezequiel Maldonado López, Edelmira Ramírez Leyva

**Coordinadora de Publicaciones  
de la División de Ciencias Sociales y Humanidades**

Dra. Elsa E. Muñiz García

**Distribución**

María de Lourdes Delgado Reyes

Tel. 5318-9109, 5318-9336

lourdesdreyes@yahoo.com

**D.R. © 2006 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Humanidades, Área de Literatura.

Edificio H-O. 2º. Piso. Tel. 5318-9440 (41)

Publicaciones de Ciencias Sociales y Humanidades.

Edificio E-004. Tel. 5318-9101 al 04.

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa, Tamaulipas.

Azcapotzalco, C.P. 02200 México, D.F.

**Certificado de licitud de título y contenido**

ISSN 1405-9959.

**Pre-prensa e impresión**

Editorial *Fridaura*

Patambán No. 6061, Col. Aragón Inguarán Delg. G.A.M.

C.P. 07820 México, D.F. Tel.: 5771-4761

**Portada**

Idea: Carlos Gómez Carro

Realización: Juan Carlos Valdovinos S.

Los textos publicados en *Tema y Variaciones de Literatura*, se rigen por una convocatoria previamente difundida por los Coordinadores editoriales, cuyos lineamientos son definidos por el Consejo editorial de la revista. A las colaboraciones que cumplen con los criterios de la convocatoria, se les somete, al menos, a una doble dictaminación externa y anónima, realizada por especialistas, que las puede aceptar o rechazar, o sugerir modificaciones pertinentes. Después, las colaboraciones que son aprobadas, pasan por un proceso de corrección ortotipográfica, antes de su definitiva publicación. El contenido de los textos es responsabilidad de sus autores.

**Asesores Externos**

Ramón Córdoba Alcaraz, Myriam Rudoy

Impreso en México

Printed in Mexico

Presentación	11
<b>ESTUDIOS DE LITERATURA TESTIMONIAL</b>	
Requiem por el Chiapas uberrimo Vicente Francisco Torres	29
El tigre suelto (La novela de la Revolución mexicana). Óscar Mata	59
José Vasconcelos: Los caprichos de un seductor prometeico. Gloria Josephine Hiroko Ito Sugiyama	79
Guerra, vida y testimonio Alejandra Herrera	119
La memoria del lugar de los afectos: El mundo ranchero y <i>La querencia</i> de Luis González y González Luz del Carmen Zaldívar Herrera	141

Tres novelas <i>ejemplares</i> de la narrativa testimonial de Latinoamérica Ezequiel Maldonado	155
Miguel Barnet: Entre la vida y la literatura testimonial Tomás Bernal Alanís	175
<i>Mujeres en la alborada.</i> Guerrilla y participación femenina en Guatemala, 1973-1978 María Teresa Espinosa	189
Poética de la selva: Testimonio crítico de Mario Payeras Irma López Tíol	195
Depredadores. La impunidad como afrodisíaco Carlos Gómez Carro	217
LA LITERATURA COMO TESTIMONIO	
Testimonio de un cuervo Joaquina Rodríguez Plaza	247
Bendíceme, Última de Rudolfo Anaya. Testimonio de la literatura México-americana Alejandra Sánchez Valencia	257

Rafael López: Una sabia ignorancia y una tierna fe José Francisco Conde Ortega	283
--	-----

## TESTIMONIOS

Don Germán List Arzubide. El último estridentista (Una entrevista con el escritor) Alejandro Ortiz Bullé Goyri	303
---	-----

Febrero de 1974. Notas Alberto Híjar	333
---	-----

La rebelión de los fulgores. Testimonio de un cineasta texcocano Salvador Díaz Sánchez	343
--	-----



[ El término testimonio es esquivo, no únicamente porque lo son todos los pertenecientes al castellano, y a todas las lenguas. Lo es, sobre todo, porque cada palabra, en principio, es ficción. Ficción, puesto que lo nombrado se encuentra en cualquier lado, menos en la palabra. En esto, uno se atiene a lo sustentado por Saussure, el lingüista suizo, quien hablaba de la “arbitrariedad del signo”, lo cual consiste en que no existe una relación causal entre el nombre de un objeto y el objeto mismo. El postulado es eficaz, pues implica una frontera clara —en apariencia— entre los objetos, los seres, las personas y el lenguaje. Por eso Michel Foucault, con vasta perspicacia, titulaba uno de sus libros *Las palabras y las cosas*; esto es, la asombrosa relación entre el lenguaje, los objetos y sujetos que pueblan el mundo. Ya se sabe que no falta quien sostenga lo contrario, de que en el nombre de la cosa se encuentra, en esencia, el arquetipo de lo dicho. Como sostenía Platón en el *Cratilo*, en una de sus sabias disquisiciones, o el poeta Jorge Luis Borges, cuando advertía que la rosa se encuentra en la palabra rosa, y todo el río Nilo en la palabra Nilo. A fin de cuentas, aquí se halla el artificio de la poesía.

No obstante, de vez en vez, alguien sugiere la novedad –novedad reiterada, a pesar de la contradicción– epistémica de que existe un hilo conductor entre lo dicho con lo real: la verdad del testimonio, en nuestro caso, y para subrayar la paradoja se le puede llamar literatura testimonial, que es tanto como decir: la ficción que no es ficción. Notable el oxímoron; igualmente fructífero.

En realidad, toda literatura cuando su eficacia discursiva es tal que sus efectos corren por nuestras arterias, es testimonial. Porque la literatura, como en general el arte, es una mentira verdadera, o una gran verdad construida con pequeñas y grandes mentiras. Pero qué sucede cuando desbordamos la ficción haciendo de los personajes personas y de los acontecimientos descritos, hechos constatables. El verismo literario se instala de manera contundente.

Se gesta si no un género, sí una especie, que consiste en llamar literatura a un testimonio con carácter estético; nos encontramos con la realidad descrita con procedimientos artísticos, ya que los personajes son o fueron seres de carne y hueso, y los sitios y momentos en donde se sugieren los acontecimientos son ubicables en coordenadas de tiempo y espacio innegables, de manera que aquí encontramos lo ficticio subordinado a la certidumbre. Aunque sepamos que, pasado un tiempo, lo único que habrá de figurar de esas circunstancias, personas y lugares son unas palabras que con mayor o menor fortuna los nombraron. Lo que es tanto decir como que lo artístico terminará por darle autenticidad intemporal a una obra, más que la veracidad del testimonio. *La Iliada* fue testimonial, pero sobre los acontecimientos que pudieron ser ciertos, se impone la astucia de los guerreros descrita por el ingenio de Homero. Miguel León-Portilla ha confesado que con la misma fruición lee *El Quijote* –el hombre que cree en los libros por encima de la realidad– y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo; ambas, por cierto, escritas por soldados, dos guerreros de carne y hueso

que decidieron ser también hombres de letras; hicieron de su militancia una ficción. Nos asombra que la experiencia cierta de dos individuos que han vivido la guerra en carne propia, cabalgue junto a la literatura.

En la literatura testimonial –*nonfiction*, en la literatura de habla inglesa– aparecen diversos elementos propios de toda literatura, pero tienen una condición subordinada al objetivo propuesto. El narrador difícilmente es omnisciente, pues su papel, en general, es el de testigo o el de testigo y participe. Y es así porque la información que detenta es parcial y sujeta a las variables de los acontecimientos descritos. Necesita, por lo común, “delegar” la narración en otros personajes testimoniantes, pues saben más que él, y así estos narradores-testimoniantes en otros, de modo que el narrador central lo que hace es aglutinar de modo coherente la información que va recibiendo; ésta es su función: la de ser un mediador entre los distintos testimoniantes y el lector. Y como el testimonio de estos narradores delegados es comúnmente oral, es lo que justifica la presencia del autor, pues es necesario insertarlos en un discurso que les dé consistencia y tengan un efecto en la comunidad donde se originan (Miguel Barnet, uno de los protagonistas de esta “no-ficción”, ha señalado que el oficio del autor, aquí, queda reemplazado por la función de un compilador o un gestor).

En este sentido, el relato testimonial se concibe como una *bildungsroman*, en donde su construcción no depende del influjo de la poderosa imaginación de un autor, sino del azar de los hechos reales que narra. Lo oculto se revela, entonces, no a través del narrador omnisciente, como en la novela clásica, sino por medio de los diversos testigos de un mismo acontecimiento, que en el caso de América Latina suelen subrayar procesos sociales emergentes y de denuncia acerca de la violencia institucionalizada –despojos, marginación, el derecho de los poderosos, masacres, asesinatos y secuestros organizados desde

el Estado, complicidades entre altos funcionarios públicos y delincuencia organizada, la destrucción concertada del medio ecológico a partir de ambiciones empresariales meramente depredadoras— por un poder del Estado que, aun sea por omisión, la alienta. De modo que darle voz a los sin voz y desenmascarar y denunciar las mentiras y atrocidades institucionales —e incluso proponer su derrocamiento o la Revolución— son los temas capitales de la literatura testimonial en Hispanoamérica.

Los textos que congregamos en el número 26 de *Tema y Variaciones de Literatura* conciernen a tal especie y propósito, la literatura que es a la vez testimonio. Especie en donde la frontera entre verdad y verosimilitud se diluye y nos muestra a manera de denuncia la naturaleza del quehacer humano. Una literatura que no sólo se alimenta de sucesos y personas ciertos, sino pretende modificar la realidad de la cual surge. En América Latina, ámbito privilegiado de la realidad imaginaria, tal literatura ha sido especialmente generosa. De manera que en el presente número de la publicación hemos convocado el estudio de la literatura testimonial hispanoamericana, del siglo XX hasta nuestros días.

En una obra como *Los periodistas*, de Vicente Leñero, los personajes son Julio Scherer García, Hero Rodríguez Toro, Carlos Monsiváis, Daniel Cosío Villegas, quienes enfrentan las prácticas gangsteriles de Regino Díaz Redondo —amigo y compadre de Scherer García, y después su traidor—, aliado del ex presidente Luis Echeverría para desplazar a los periodistas que se aglutinaban alrededor del periódico *Excelsior*, en el periodo que va de 1968 a 1976, época en la que Scherer García fue su Director General. Nombres reales y hechos sucedidos que se conjugan con el arte de novelar. Por una parte, la notable eficacia narrativa de Leñero, y por otra, el valor civil de llamar a las cosas y a las personas por su nombre, ateniéndose a las consecuencias, personales y morales, que ello implica.

En la revista se examinan obras con este talante. Textos de Miguel Barnet, Sergio González Rodríguez, Rodolfo Walsh, del mismo Leñero o Mario Payeras, cuyas experiencias discursivas y testimoniales, pertenecientes a la segunda mitad del siglo pasado, se combinan en nuestro ejemplar, con los nudos narrativos de la llamada Novela de la Revolución mexicana y las experiencias del exilio español de Max Aub y Tere Medina, en los que se profundiza en aquello que *Tema y Variaciones de Literatura* 26 anuncia. Para ello, hemos ordenado los textos en tres apartados: Estudios de literatura testimonial, La literatura como testimonio y Testimonios.

Comenzamos con un estudio de Vicente Francisco Torres, quien nos propone un recorrido, terrible y perturbador, sobre la porción de territorio mexicano que más ha sido alterada en su hábitat y en su conformación ecológica durante el siglo XX, la selva lacandona chiapaneca. El título, “Réquiem por el Chiapas ubérrimo”, lo toma, a modo de homenaje, del libro de Miguel Álvarez del Toro, fundador del zoológico de Tuxtla Gutiérrez, *Así era Chiapas*. El texto es un meditado recorrido por lo que pudo ser el paraíso terrenal. Poblado de crónicas, referencias profusas a estudiosos del Chiapas ubérrimo, en el texto de Torres se vislumbra el paso de aventureros, pintores, gente de letras, tráfugas de la era atómica o guerrilleros, “vidas que se han librado del fetiche del progreso”. La puesta en escena es la barbarie de la implacable devastación sufrida en aquellas tierras, a partir de testimonios que urden acerca del despojo y la explotación, no sólo del hombre por el hombre, sino de la naturaleza por la especie humana, en busca de trastocar el oxígeno, la tierra virgen, de parajes para los que las palabras no alcanzan, en vil oro y en el espejismo de la civilización.

Óscar Mata emplea una frase profética de Porfirio Díaz, cuando parte a su exilio, para titular su ensayo sobre la novela de la Revolución mexicana, “El tigre suelto”. Es un tigre que se desplaza no sólo sobre el turbulento México de aquellos días,

sino cabalga sobre sus letras. En una de esas, el tigre tuvo el nombre de Victoriano Huerta y es paradójico, resalta Mata, que el ignominioso asesinato que comete contra Madero haya sido uno de los ejes de inspiración de aquella narrativa. El examen de Mata se centra en cuatro escritores: Mariano Azuela, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Nellie Campobello. En Azuela, ve a un narrador que vive con intensidad la Revolución de fusil y no la de escritorio, el tigre ofrece la paradoja de que los arribistas sean los “ganones” de la lucha maderista, y los hombres de convicciones asesinados y olvidados. Vasconcelos publica de manera novelada su biografía *Ulises criollo*, que va de su infancia, hasta el asesinato de Madero a manos de Huerta. Martín Luis Guzmán inicia *El águila y la serpiente* donde, temporalmente, termina la de Vasconcelos. Novela testimonial la de Guzmán, nos dice Mata, con Villa como su personaje central, en donde se advierte la “fascinación de la inteligencia por la fuerza”. Con Nellie Campobello el tigre es un minino, pues los recuerdos que tiene la escritora de los villistas, ya en derrota, son los de unos combatientes capaces de jugar con ella adolescente a las muñecas. Su obra *Cartucho* es “la primera en restaurar el buen nombre de Villa.”

El texto de Gloria Josephine Hiroko Ito Sugiyama está imbuido del espíritu del autor que estudia. Impulsivo y heterogéneo, vivaz y contradictorio, pues así era Vasconcelos. Ito, en “José Vasconcelos: los caprichos de un seductor prometico”, se hunde en la diversidad de temas que con enorme vigor enfrentó el filósofo, sobre todo en su testimonial novela autobiográfica, *Ulises criollo*. Lo que identifica Ito en su personaje es un afán fundacional. Un Prometeo que concibe la originalidad mexicana e hispanoamericana en la síntesis racial que anuncia su futuro “cósmico”, y un Ulises, por su ingenio, sus circes y caballos de Troya que emergen de su imaginación desbordada. Personaje central de la cultura mexicana del siglo XX, Vasconcelos cambia la entelequia vacía de la Universidad

Nacional en una casa de estudios al servicio de las necesidades del pueblo, le da sustento a la educación pública en un vigoroso plan de alfabetización, hace emerger el México profundo, al que admira y desprecia. Su proyecto cultural lo convierte en una fuerza descolonizadora, y por ello, a él debemos, quizá más que a ningún otro, lo que hoy es, en términos de sus aspiraciones últimas, la “nacionalidad mexicana”. Un hombre que transforma el término criollo, en el de suma de todas las razas.

“Guerra, vida y testimonio” es la propuesta que nos entrega Alejandra Herrera acerca de un acontecimiento que, en medio del desastre y la ignominia, acercó como nunca a mexicanos y españoles. Nos cuenta el testimonio de una niña, en la memoria de ella misma ya mujer, en los días de la Guerra civil española. *Sobre mis escombros* (1971), de Tere Medina, es el testimonio. Herrera nos relata el viaje entre el pasado y el presente de la historia de la niña de once años que habla por boca de esa mujer, a partir del 19 de julio de 1936. El ensayo se convierte en el intermediario entre esa historia y la situación vivida por miles de trasterrados que llegan desde España a un México tan cercano y desconocido, gobernado por el general Cárdenas. En los tres años de la guerra, se suceden el asalto a Madrid, la muerte de Mola, el encumbramiento de Franco, el golpe de Estado a la República, y lo que fue la resistencia de los que nunca volvieron. “La derecha con todo y su Monarquía y su catolicismo paralizante”, frente a una República, cuyas posibilidades de vencer eran casi nulas.

Una imagen que surge como estampa anima el título y la disertación que nos confía Luz del Carmen Zaldívar Herrera en su texto “La memoria del lugar de los afectos: el mundo ranchero y *La querencia* de Luis González y González”. Un historiador que escribía con el estilo de un afilado narrador. Acaso más estudiado en la rivera del Sena que en el lecho seco de la cuenca lacustre del Valle de México, el historiador, quien solía contrariar la opinión mayoritaria de sus colegas de oficio, se apropiaba

del lenguaje popular de un modo semejante, y no hay que extrañarse, a como Rulfo tejía con el estambre de sus figuras literarias sus ficciones. González y González retrata su patria, la que en su código llama *La querencia*. Es la tierra fértil de una memoria colectiva que nos muestra el lenguaje, las costumbres y los sueños de hombres y mujeres de carne y hueso. Zaldívar Herrera nos acerca, con la complicidad de González y González, al rancharo: sus costumbres y aficiones, su modo de quebrar la palabra y el andadito, pero que, como suele ocurrir aun en nuestros recuerdos más intensos, se van diluyendo en la enajenación que cotidianamente nos proveen los medios y hace de la memoria el lugar entrañable y definitivo de los afectos.

Como en ningún otro de los estudios aquí presentes, Ezequiel Maldonado desarrolla un análisis taxonómico del género, aplicado, básica pero no únicamente, a tres novelas testimoniales latinoamericanas: *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet; *Los días de la selva*, de Mario Payeras, y *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh. Distingue cuatro categorías, con el auxilio de la percepción teórica de Julio Rodríguez-Luis, que van desde lo documental, muy cercano al estudio antropológico, en donde el autor casi desaparece, como es el caso de la obra Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote*; se pasa a un segundo nivel, en el cual el autor moldea el testimonio para acercarlo a lo literario, como en la obra de Barnet. En una tercera instancia, el autor está presente, es testificante y narrador, esto sucede con Payeras, el ejercicio literario adquiere una dimensión artística, pues el escritor guatemalteco prodiga de tal modo su lenguaje que consigue que la selva imponga su fascinación al lector. En el cuarto plano ubica la obra de Walsh. Aquí la ficción es real. Un grupo de hombres fusilados van reapareciendo vivos frente a la incredulidad del narrador; a su vez, éste le impone a lo relatado una estructura novelística de la que carecía el mero documento testimonial. Esto le sirve a Maldonado para aseverar que el género es genuinamente latinoamericano, pues se adelanta con

la novela de Walsh (y, quizás, con *Relato de un naufrago*, de Gabriel García Márquez), diez años a la aparición de *A sangre fría*, de Truman Capote, modelo inicial de la *nonfiction* y del *New Journalism*.

La literatura testimonial de Miguel Barnet debemos enmarcarla en el ámbito de la sociedad cubana que nace en el contexto de su Revolución. Si bien en el ensayo de Tomás Bernal Alanís, “Miguel Barnet: entre la vida y la literatura testimonial”, se entremezclan reflexiones, igual de Nadine Gordimer, Eric Wolfe o Donald L. Shaw, nos descubre en el escritor cubano una veta literaria que tiene que ver con su posición política. Para Barnet pareciera que tanto la literatura como la historia que conocemos estuvieran en sí acotadas por una interpretación inevitablemente burguesa de la que nos propone escapar. La evasión de esa cárcel que sugiere es contamos las historias de la gente sin historia. Este propósito político, loable sin duda, lo lleva a encontrar en el testimonio la cura para darle un fondo verdadero a la literatura; en esa convicción emprende su tetralogía de la que Bernal destaca *Biografía de un cimarrón* (1966). Lo que encuentra el escritor cubano en esa gente sin historia es una reiterada ansiedad por el respeto a su dignidad y existencia, en la cual se advierte la sentencia que en un ensayo Manuel Moreno Fraginalls había disparado la esencia del propósito de Barnet: “la historia como un arma”.

María Teresa Espinosa nos propone reflexionar acerca del mundo testimonial de la escritora guatemalteca Yolanda Colom. Casi autobiográfica, *Mujeres en la alborada* nos retrata a una educadora que vive en circunstancias tales —la criminal dictadura en su país natal—, que su vida y sus convicciones desembocan en la lucha revolucionaria, de modo semejante a como Rosa Luxemburgo comprendía el asunto. Educar es cambiarse a sí mismo (había tenido Colom una formación religiosa) y cambiar con ella su entorno. Eso que forma parte de casi cualquier postura pedagógica moderna, resultaba altamente radical en una

sociedad envilecida como en la que le toca vivir. Sus pasos la llevan, como a Payeras, a la exhuberancia de la selva, a su tiempo que se mide con relojes distintos, a la fraternidad de los perseguidos, a la pérdida de la seguridad que conlleva abandonar el mundo cotidiano. Espinosa nos acerca a una educadora comprometida con su comunidad y con su tiempo.

La obra del escrito guatemalteco Mario Payeras (1940-1995), la que ya había visitado Ezequiel Maldonado, es testimonio y ficción; una singular subordinación de saberes tecnológicos a conocimientos ancestrales de los indígenas herederos de la milenaria sabiduría maya. El relato de la errancia nómada en la selva prodigiosa de alguien acostumbrado a la vida citadina y que, por ello, trastoca sus costumbres y su modo de nombrar a un mundo prodigioso. Es el testimonio de alguien que encuentra en la selva el sitio primigenio de la existencia humana. Irma López Tiol, en “Poética de la selva: Testimonio crítico de Mario Payeras”, recrea la obra del escritor guatemalteco, de modo paralelo a como el escritor guerrillero gesta en el mismo combate con las armas –a veces sólo por la mera sobrevivencia– su vocación literaria. Como un recorrido vivencial que va distinguiendo las huellas de un hombre que decidió escribir acerca del eterno desastre de la explotación humana más cruel, pero también con la belleza profunda de la selva, en donde las flores inventan el mundo.

El 1 de junio de 2006, murió en la cárcel Abdel Latif Sharif, *El Egipcio*, de 59 años. No sabemos si fue victimario o uno más de “las muertas de Juárez”. En 1995, había sido acusado de ser el asesino serial más buscado en aquella región fronteriza. Era el criminal ideal: extranjero, árabe, adinerado y con antecedentes penales en los Estados Unidos; además, el gobernador de Chihuahua de entonces, Francisco Barrio Terrazas, estaba convencido de ello. Los asesinatos, por supuesto, siguen. Es el resorte argumental que le sirve a Sergio González Rodríguez para documentar el conjunto de complicidades entre autoridades

policiales mexicanas y el crimen organizado. Es el tema que le sirve al autor de esta nota para exhibir que esa complicidad es el origen central de la corrupción en México. Esto contrasta con un sector de la prensa mexicana que ha sido factor de denuncia de los vicios de la política mexicana y cuyo antecedente cercano más notorio es el periodista Julio Scherer García. Como director de *Excélsior* y después de *Proceso*, estimuló una prensa que se tomó en serio la libertad de expresión, y lo más relevante, le regresó a la independencia crítica en el periodismo un prestigio que había languidecido frente al poder aplastante del Estado. En varios libros, Scherer García describe, con palabras exactas, la corrupción gubernamental, incluyendo la de los presidentes de la República, que confluye en la maquinaria del poder, en la cual el principal estimulante lo constituye la impunidad.

Joaquina Rodríguez Plaza nos confía el “Testimonio de un cuervo” llamado Jacobo, a quien ya Max Aub le había dedicado algunas de sus páginas. Se trata, por lo tanto, de un cuervo notable, cuya dedicación testimonial consiste en describir con una mirada, sin duda, penetrante, “los extraños comportamientos humanos”. El análisis es insólito porque viene de un cuervo, lo cual no pierde de vista Rodríguez Plaza; pero lo es también porque exhibe con poca misericordia los absurdos afanes que mueven a los de nuestra especie. El testimonio de Jacobo se restringe a un campo de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, en el que se encuentra una aparente variedad de la especie humana: españoles republicanos, extraviados en la carretera, hermanos de algún fusilado, antifascistas, polacos, judíos y algunos más, todo ello le sirve al cuervo para destacar cómo los humanos le damos una enorme relevancia al lugar de nacimiento, a si tenemos o no dinero, cuál es nuestro origen social y linduras semejantes; sin dejar de destacar nuestra indeclinable capacidad para no ser libres, para inventarnos algún jefe que nos mande, para lo cual, al mostrarnos el campo de concentración en donde posa su mirada inquisitiva, hace de ese

sitio y de los comportamientos que ahí retrata, una metáfora de la condición humana.

En cierto modo, Alejandra Sánchez Valencia al analizar la novela del escritor chicano Rudolfo Anaya, *Bendíceme, Última*, nos la hace ver como un “puente” entre el México que conocemos y el que está del otro lado de la frontera norte, al otro lado del río. La novela es una obra que tiene diversos caracteres, de manera destacada, el de testimoniar el renacimiento de una forma de ser de la cultura mexicana de aquel lado del puente, en Nuevo México, e incluso en otro idioma, el inglés. El narrador, Tony, es un niño de siete años, pero su función es igualmente mediadora, la de expresar la sabiduría que en él delega Última, el personaje que permite todas estas transiciones que en la obra de Anaya se proponen. “Bendíceme, Última” es una frase que encierra, además, la última petición del niño Tony a su entrañable personaje; la bendición le permite recorrer el puente simbólico que se manifiesta en toda la obra, pero es, asimismo, la bendición simbólica a los que son como él, a su comunidad, y, por extensión, a nosotros, los que estamos de este lado del río (y del puente). Sánchez Valencia nos presenta la novela como la metáfora de una comunidad que a pesar de todo renace como la luna, en una obra que ha sido festinada como una joya de la literatura norteamericana (cita: “*Anaya is the vanguard of a movement to refashion the Chicano identity by writing about it*”. *National Catholic Reporter*), por lo que es tiempo de que nosotros la reconozcamos también como parte de nuestra propia tradición literaria y testimonial.

Rafael López fue, como su admirado Ramón López Velarde, un poeta a quien la poesía lo “consumía hasta los huesos”. Un escritor, sucesivamente recordado y olvidado en el vaivén de las generaciones. José Francisco Conde Ortega decide, en el examen de la obra del poeta (“Rafael López: una sabia ignorancia y una tierna fe”), y en el contexto vivo y contradictorio de su

época, correr el riesgo de enderezarle la plana a Jorge Cuesta en su polémica y célebre *Antología de la poesía mexicana moderna*, de 1928. A la vez, último soplo modernista y atento a las musas patrias, la poesía de López vive en el México convulso de la Revolución. La feroz bestia del México bárbaro está libre, de ahí que lo subversivo de su ejercicio literario se conciba, por contraste, en el cultivo de la forma estricta y sabia, de la que Conde Ortega hace puntual constancia, y sea éste el modo de Rafael López de domar no al ave de bello plumaje sino a la que llama, quizás con “íntimo decoro”, *La bestia de oro*, de aquel México pleno de seducciones.

Don Germán List Arzubide fue y sigue siendo un poeta actual, aun si aceptamos que el término tiene algo de anacrónico. Como pocos, cruzó los diversos avatares que concibió el México del siglo XX, del cual fue un fiel testimonio de su “vida artística y política”, como nos señala Alejandro Ortiz Bullé Goyri en “Germán List Arzubide: el último estridentista”. Después de una valoración de su obra y su incesante activismo cultural y político, el texto se sirve de ella como preámbulo de una entrevista con el autor de *Poemas estridentistas* que no tiene pierde. En ella, List Arzubide deshoja los vínculos y propósitos intelectuales y políticos de su quehacer literario, que nunca dejaron de estar ligados con los dilemas de la vida pública nacional y con el hechizo de las vanguardias universales, a las cuales estuvo ligadas el estridentismo. De manera sumaria, su vida y su obra son una metáfora del sentido de la vida cultural que el país desarrolló a lo largo del siglo pasado.

El crítico de arte Alberto Híjar, honorablemente acusado, como él dice, en varias ocasiones de “pertenecer a grupos subversivos”, nos delinea, en apretadas y concisas cuartillas, un testimonio, personal y colectivo, de una historia que el poder desearía clandestina, acerca de los crímenes de Estado perpetrados durante la gestión presidencial de Luis Echeverría Álvarez, en México. La fecha clave, detonadora de la memoria

del autor, es febrero de 1974. El secuestro casi simultáneo, y posterior desaparición de muchos involucrados en denuncias por actividades “subversivas”, en Monterrey, Napanltla, D.F., Mérida y Campeche, en México, y en Cataluña y el País Vasco, en España. El secuestro al que sigue la tortura y, eventualmente, la desaparición física. En su testimonio, Híjar nos permite acercarnos al horror de la Brigada Blanca, a la guerra sucia de aquellos años, a la impunidad célebre de Miguel Nazar Haro y la que implicaría al ex gobernador de Yucatán, Carlos Loret de Mola. Un sumario breve y estricto de los usos y abusos de la clase en el poder.

Un acontecimiento reciente, y aún vivo, da término a nuestra revisión. “La rebelión de los fulgores”, de Salvador Díaz Sánchez, título que alude a una particular esperanza. Es la narración testimonial de un cineasta texcocano acerca del movimiento popular que surge en San Salvador Atenco, Estado de México, a raíz de la decisión gubernamental, el 22 de octubre de 2001, de construir en ese sitio un aeropuerto internacional, el proyecto económico más relevante del gobierno foxista. El texto es muy visual, como corresponde al principal oficio del autor. Nos cuenta el azoro inicial de la población de Atenco y la inminente pérdida de sus tierras a cambio de unos cuantos pesos de un proyecto que sería entregado, multiplicado en dinero, a inversionistas extranjeros. La toma de conciencia de los lugareños, sus infantiles consignas iniciales (“Ni hoteles ni aviones, la tierra da frijoles”), su fase intermedia (“El gato con botas... dice puras menti-rotas”), hasta su radicalización, cuando el pueblo toma los machetes (“Se solisita gente trinchona para tumbar el decreto”). El amor a la tierra de los herederos de Nezahualcóyotl en contra de una ambiciosa decisión tomada en un escritorio de una oficina gubernamental. El desenlace lo conocemos: esa gente, provista de la inocencia típica de los campesinos, se le obliga a radicalizarse y después se le encarcela.

Como el video que anuncia, el testimonio de Díaz Sánchez cumple una función didáctica acerca de los hechos que relata.

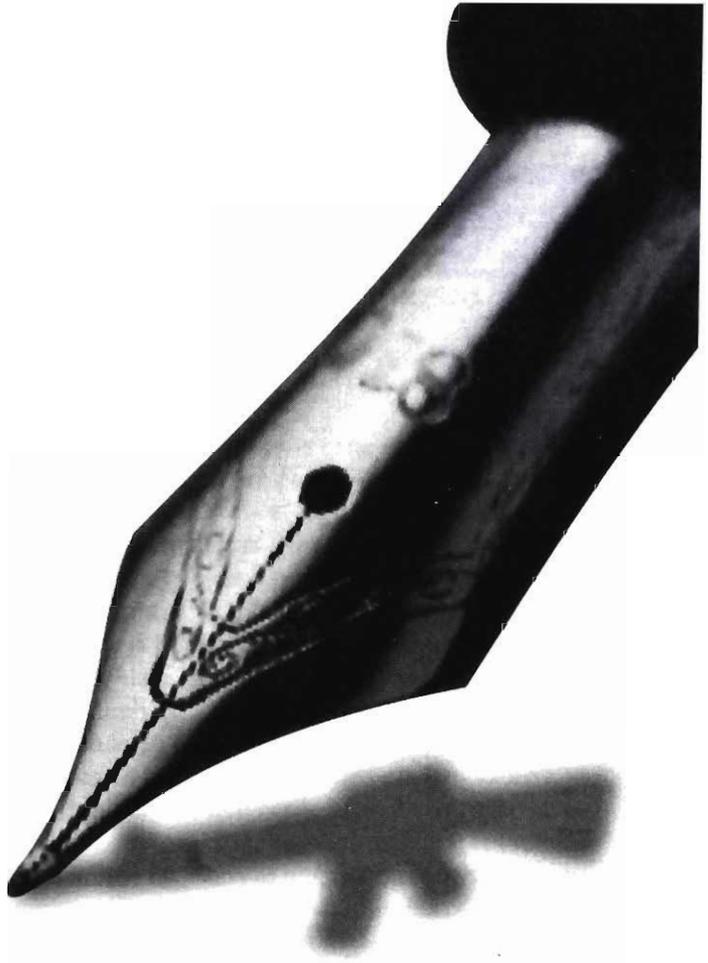
La literatura testimonial, como corolario de esta presentación, es la crónica de la infamia. Si bien el gran tema de la novela como género es el mal, hay siempre la ilusión de que lo narrado es fantasía. La narrativa no-ficticia hace que esa ilusión desaparezca, y nos enfrente a la realidad del testimonio con un verismo implacable, en donde lo que nos queda como asidero es el valor de unos cronistas que se animan a contarnos el asesinato de Madero, el encarcelamiento dudoso de un hombre, el toma y daca entre policías y criminales, el exterminio de poblaciones enteras por gracia de la clase política en el poder—aquí, en Guatemala, en Argentina o en España—, la libertad crítica que se mantiene, a pesar de todo, en algunos escritores frente a la degradación universal, y también, como luz, unos hombres que después de haber intimado con la muerte, son capaces de jugar a las muñecas y participar de la ingenuidad de una adolescente, o el guerrillero que, acostumbrado a los beneficios del progreso, se llena de selva y escribe entre las balas acerca de cómo las flores inventaron el mundo.

Como género, la literatura testimonial parece afirmarse cuando se producen, sobre todo, movimientos sociales de gran catadura. En los momentos en los que los “sin voz” toman la palabra y la utilizan como un arma insurgente, y el escritor se mira en ellos como en un espejo. Llámese a esto el conflicto en Atenco, el exterminio de indígenas en Guatemala, la guerra sucia en Argentina, la guerra civil española, la matanza del 68, en la Plaza de las Tres Culturas, el aliento de esperanza que surgió a raíz de la Revolución cubana, quien le ha dado una especial difusión a esta narrativa, o del vigor cultural, abigarrado y muchas veces contradictorio, emanado de la Revolución mexicana. Los escritores dejan de ver al pueblo como la materia prima de sus fabulaciones, sino que invierten los términos y ponen al servicio su arte para que aparezca en plenitud el

realismo real, la verdad del testimonio de los que han librado el Infierno. La muerte del autor que anunciaba Roland Barthes para la novela, aquí adquiere un carácter funcional, los personajes se vuelven personas y el autor es el mediador entre esas personas testimoniando y los lectores, y aquí encontramos la novedad y la verdad del testimonio hecho literatura.

Carlos Gómez Carro<sup>\*</sup>  
Área de Literatura  
Departamento de Humanidades  
UAM-Azcapotzalco

<sup>\*</sup> Agradezco el seguimiento puntual y los oportunos señalamientos de la Doctora Edelmira Ramírez Leyva, y la atenta y sugerente lectura del Maestro Ezequiel Maldonado para la elaboración de la presente introducción a *Tema y Variaciones de Literatura*.



ESTUDIOS DE LITERATURA TESTIMONIAL



## RÉQUIEM POR EL CHIAPAS UBÉRRIMO

VICENTE FRANCISCO TORRES\*

La selva lacandona es la zona mexicana que más cambios trascendentes y profundos ha experimentado en el siglo XX: la degradación ambiental, la invasión campesina, la movilización popular, la radicalización religiosa y la insurgencia armada, entre otros.<sup>1</sup> Estos hechos han permitido que la región cobre especial interés tanto en el interior de la República como fuera de ella. La historia remota, además, poblada de frailes, conquistadores, viajeros, arqueólogos y naturalistas hizo que este espacio ejerciera un magnetismo nimbado de misterio entre propios y extraños.

Los lacandones –sus habitantes míticos– del siglo XXI no son el mismo grupo étnico que conocieron los europeos a su llegada. Aquéllos fueron integrados al sistema colonial o escaparon del dominio invasor y se ampararon en la selva, “que siempre fue, y ha sido, un refugio para quienes buscan huir de la opresión.”<sup>2</sup> Estos hombres se reunieron en el monte con fugitivos de varias procedencias étnicas y, sus descendientes, son los pocos “hombres verdaderos” de hoy.

En el siglo XVI, los también llamados caribes habitaban un islote del lago Lacantún (hoy Miramar), y Alonso de Ávila fue

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Véase *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la selva lacandona, 1950–2000*, de Jan de Vos, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

<sup>2</sup> *La conquista del lacandón*, edición, introducción y notas de Nuria Pons Sáez, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario), 1997. p. V.

el primer peninsular que, en 1530 o 1531 dio accidentalmente con el lago y su peñol. Fue tanta la porfía con que los aborígenes se resistieron a ser confinados en los llamados pueblos de paz que el término lacandón llegó a ser sinónimo de hombre salvaje, terrible, bravo.<sup>3</sup> Ni siquiera Fray Bartolomé de Las Casas –quien en 1537 llegó a Guatemala–, con sus llamados paternos fue capaz de reducir a los caribes. Hoy en día ha corrido mucha tinta sobre estos famosos personajes pero lo único que no ha cambiado es la pobreza en que viven; su hábitat devastado sigue siendo un refugio para los rebeldes. Hacer un repaso de cómo algunos viajeros, antropólogos y artistas han visto esa zona del sureste de nuestro país es el objeto de las siguientes líneas.



En el finquero chiapaneco Juan Ballinas (1824–1905) quedó cumplido dramáticamente el refrán “Nadie sabe para quien trabaja.”

Recién casado, a la edad de 28 años, va con su esposa a fundar una modesta finca, El Paraíso, a diez leguas de Ocosingo. Ante el bajo precio de los productos que cultivaba (frijol, maíz, tabaco

<sup>3</sup> En 1586, Antonio de Ciudad Real había documentado así en su *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, la antaño proverbial bravura lacandona: “Los indios del Lacandón son muy pocos y los más de ellos infieles, que no se han bautizado, y andan también en su compañía algunos apostatas de la fe, así de ellos mismos como de otros que se han huido de otras partes y se les han juntado; tienen todos una fuerza o peñol en una laguna, sesenta leguas de Chiapas, entre oriente y poniente, no muy lejos de la Chontalpa, hacia las tierras que confinan con la provincia de Yucatán; la laguna no es muy grande, pero es honda y circular, y tiene en medio una islilla con algunos peñascos y en ella tienen hechas los lacandones sus casas, y a esto llaman peñol; sírvense de muchas canoas para salir a tierra firme a cazar y a hacer sus milpas de maíz, ají y frijoles, y calabazas, y otras legumbres, y a capturar todos los hombres que pueden, así indios como españoles y negros, para sacrificarlos a sus ídolos; los que cogen vivos llévanlos a aquel fuerte y isla, después que los han engordado los sacrifican con danzas, *mitotes* y bailes...” Véase Martha Poblett, *Narraciones chiapanecas. Viajeros extranjeros en los siglos XVI–XIX* (Libros de Chiapas), Volumen I, 1991, pp. 28 y 29.

y azúcar) concibió el sueño de explorar lo que hoy conocemos como selva lacandona para encontrar un camino que comunicase a Chiapas con Guatemala y poder así explotar los bosques que, en aquella época, estaban llenos de caoba, cedro “y toda madera de ebanistería”.

A comienzos de los cincuenta, el danés Frans Blom y su esposa, la fotógrafa suiza Gertrude Duby, pasaron por El Paraíso y solicitaron a los descendientes del explorador que les permitieran copiar el diario que llevó Ballinas, mismo que editó el matrimonio en 1951: *El desierto de los lacandones. Memorias, 1876–1877*. En ese volumen se da cuenta de los vanos esfuerzos que hizo Ballinas para que el gobierno chiapaneco apoyara la expedición con hombres, sueldos y armas. Nada obtuvo y con sus magros recursos hizo varios intentos que coronaron su sueño después dos años de esfuerzos. La crónica de esta empresa animada por la pasión siempre fue aupada y poco se detiene el autor a mencionar las lluvias torrenciales, los ataques de fieras o las plagas de insectos. Eran tiempos en que los ríos caudalosos, los acantilados, los tigres y la vegetación exuberante no permitían el paso de los ladinos, porque los lacandones, habitantes de la región, eran considerados una especie de caníbales que atrapaban a los mestizos, los encerraban en chiqueros y los engordaban con plátanos verdes.

Ballinas logró su objetivo y pudo salir al Petén, en donde fue apresado por considerársele invasor. Después de hablar con el Presidente de Guatemala, fue a Chiapas y el gobernador lo quiso extorsionar. En lugar de reconocerle la proeza del descubrimiento de los bosques y sus salidas le quiso hacer firmar un documento en donde se asentaba que su gobierno había costeado las expediciones. Ante la negativa de Ballinas para firmar, fue acusado de talamontes. Marchó a Tabasco y se entrevistó con el gobernador Policarpo Valenzuela, a quien le propuso explotar los recursos madereros pues, si se echaban las trozas a las aguas del río Jataté, tributario del Usumacinta, saldrían a Tenosique.

Valenzuela lo engañó, lo ignoró y, en contubernio con Bulnes y Cía., autorizó la creación de una montería que inició el desastre ecológico de la región. Sobra decir que Ballinas, despreciando a los políticos y burócratas, se alejó de todo proyecto empresarial y se dedicó a trabajar la tierra.

A Ballinas y a su compañero de empresa, Manuel José Martínez, también finquero de Ocosingo, quien lo acompañó en al menos cinco entradas a la selva entre 1874 y 1875, se les atribuye el bautizo de la región como Desierto de la Soledad.



En 1932, Jacques Soustelle llegó a México con el propósito de estudiar a los otomíes. Vino con su esposa y visitó grupos étnicos establecidos en los estados de México e Hidalgo. Sin embargo, en el Distrito Federal recibió una propuesta de un falso conde, misma que habría de convertirlo en uno de los primeros visitantes del siglo XX de la selva lacandona. La oferta de ese “aristócrata” que aspiraba a figurar en la prensa internacional como descubridor de civilizaciones perdidas, le dio el privilegio de llegar en avión a las inmediaciones de las sierras chiapanecas.

Un viejo lugar común destaca la insolencia con que suelen llegar ciertos europeos y norteamericanos a *las colonias* o a las regiones tropicales; miden el grado de civilización por el calor o por la altura de las construcciones. Pues bien, Soustelle vino con una actitud inversa, con un *prejuicio al revés* que le hacía mostrar un gran afecto por los desheredados, los indígenas y sus distintos mundos; “me encanta el calor (...) este es un libro de impresiones más que de reflexiones”, atajó en la primera edición de *México, tierra india* (1936).

Sin proponérselo, Soustelle vio, como Evelyn Waugh y Graham Green, la prohibición religiosa. Además, asistió al caso de las monterías tabasqueñas y chiapanecas y conoció en Chiapas las tiendas de raya, la vida esclavizada de los peones en las fincas

y los métodos para reclutar indígenas mediante deudas y borracheras. La edición mexicana del libro (1971), que apareció en la legendaria colección Sep/Setentas, con traducción de Rodolfo Usigli, entrega en cinco páginas (de la 230 a la 234) algo que podría mirarse como un completo y perspicaz compendio de lo que en la narrativa criollista latinoamericana representó la novelística de las monterías y los cauchales: enganchamientos, gamonalismo, paludismo, disentería, reumas, deudas eternas, accidentes en el transporte de las trozas por los ríos, castigos, fugas, crímenes y un sinfín de historias dramáticas.

Al entrar a la selva lacandona, Soustelle aprendió que allí el tiempo se mide por los ruidos, tal como también observaría Mario Payeras al hacer su incursión en selvas guatemaltecas para instaurar la experiencia guerrillera narrada en su libro testimonial *Los días de la selva*.

En nuestro altiplano, Soustelle pernoctó en humildes chozas, circuló por caminos de terracería, se aplicó al aprendizaje de las lenguas aborígenes y, cuando se internó en la selva, ésta le pareció un universo cerrado, compacto, un mundo aparte que, aunque se encuentre sobre la superficie de la tierra, es una suerte de inframundo víctima de su propia fertilidad.

De todas maneras, está uno *dentro* de la selva (no bajo los árboles o la sombra del bosque, como en Europa), en el interior de una masa, tal como una polilla que cava sus túneles en el tronco de un árbol. Mirar la selva desde lo alto o desde el exterior, y entrar luego en ella, es pasar de un mundo a otro. La selva es un mundo aparte que tiene sus entradas y salidas como los infiernos, y no siempre son fáciles de encontrar (sobre todo las salidas). Tiene su atmósfera propia, una atmósfera sin sol, pues ni un solo rayo llega a la tierra a través de las frondosidades superiores; al levantar la cabeza percibe uno su destello en las inaccesibles copas, y eso es todo lo que alcanza a ver del sol. La tierra, que jamás toca el calor directo, sigue siendo lodosa y blanda, se hunde uno en ella a cada paso; allí se pudren las raíces, y los enormes árboles, las caobas como torres de catedral, se desploman, roídos por el pie, deshaciendo innumerables plantas bajo ellos. Hay aguas inmóviles

en las que la luz no se refleja nunca; apenas si parecen agua, de tal modo son oscuras, azules o verdes. Todo se disgrega lentamente, y todo vuelve a brotar, entre un olor fíofo a podredumbre. Por la mañana, la humedad que se condensa en las hojas es tan abundante, que abre uno la oreja creyendo oír una pesada lluvia; y no son más que las gotas de la niebla.

No hay muchos animales en esta selva, muchos menos de los que espera uno cuando se ha nutrido, en su infancia, con libros de aventuras (...) en cuanto a los insectos, no abundan casi más que a la orilla de los ríos, porque allí reciben sol...<sup>4</sup>

Ya de salida, cuando buscaba un camino para bajar del monte feraz, estaba prisionero de lianas y troncos gigantescos, tan próximos unos a otros que no permitían el paso de los hombres montados en mulas y ni siquiera el de los rayos solares; podía divisar el valle, una planicie luminosa donde ramoneaba mansamente el ganado, cerca de los jacales que dejaban escapar el humo blanco de las cocinas. Llevaba las ropas podridas por la humedad y había visto cómo la piel de las plantas de los pies se desprendía en tiras, pero nadie le quitaba de la cabeza dos conclusiones: primera, los lacandones le habían mostrado desnuda la condición humana, sin los frenos de la sociedad y sus instituciones; segunda, resultante de la anterior, no es posible idealizar a nadie, ni a los buenos salvajes ni a los seres civilizados: “No creo haber embellecido a placer las condiciones de vida de los lacandones, ni su carácter. Su libertad es uno de esos bienes que cuesta caro conservar. Escupir a la civilización material es cómodo, cuando se disfruta de ella. Yo creo apreciarla mejor que nunca desde que vi lo que significa, realmente, la labor aplastante y de constante inseguridad, la vida primitiva. Vivir como un salvaje no es vivir despreocupado y feliz; no hay hombres felices en la Tierra. Es arrancar cada día la propia existencia a un mundo inhumano...”

<sup>4</sup> Jacques Soustelle, *México, tierra india*, traducción de Rodolfo Usigli, Sep/ Setentas, 1971, pp. 254 y 255

En el momento en que cierro mi viejo ejemplar de *México, tierra india*, ya marcado a lápiz por dos lecturas, advierto que los lacandones fabricaban sus míticos arcos con madera de guayacán. Y desde el fondo de mis recuerdos emerge uno de esos conocimientos de trivía: las orquestas de música tropical usan claves para marcar los ritmos, y las claves –también llamadas clavijas, porque se usaban como clavos en la construcción de los barcos, negreros muchos de ellos– se hacen con madera de guayacán. La fiesta y el dolor juntos, subiendo y bajando, siempre...



Frans Blom conoció a Gertrude Duby en Ocosingo, en 1943; ella salía de la selva lacandona y él entraba en una expedición financiada por la compañía Euzkadi. En 1944, se casaron en la ciudad de México y, como luna de miel, volvieron a la selva lacandona. Con el paso de los años, Duby insistió –por la oportunidad que tenía, según ella, de revelar una selva de ensueño– en la traducción al español de las cartas que Blom envió a su madre desde México entre 1919 y 1922. Esas cartas y un diario son el material que integra *En el lugar de los grandes bosques*, un volumen que merece mejor conocimiento y divulgación porque es, como los celebrados de Evelyn Waugh y Graham Green, un libro escrito a través del trópico mexicano y que tiene relación con el petróleo y las empresas transnacionales. Por si esto no fuera suficiente, debe destacarse que Blom no tuvo antipatía por nuestra tierra ni por nuestra gente como sí la tuvieron los ingleses arriba mencionados.

En las cartas de *En el lugar de los grandes bosques* vemos a Blom tratando con bandidos y generales revolucionarios y desempeñando diversas tareas como transportar rieles y durmientes, supervisar cargas petroleras y fungir como pagador de la compañía El Águila, en Minatitlán. Sin embargo, lo que

más le cautivó fue el cargo de “ingeniero” buscador de yacimientos petroleros porque, le permitió ir explorando las selvas de Veracruz en las que el hombre civilizado no había puesto un pie. Blom era una especie de alma gemela de Horacio Quiroga, porque se encontraba a sus anchas en medio de los bosques y a la vera de los caudalosos ríos. Vivía en soledad absoluta en chozas techadas con hojas de palma y, cuando lo alcanzaban los ingenieros de verdad, sus jefes con sus gramófonos a cuestas, esperaba con ansiedad el momento en que sus huéspedes se marcharan o lo enviaran a él más adentro de la selva, en donde no fuera interrumpido en sus lecturas, exploraciones, cacerías y construcción de sus efímeras viviendas en donde siempre hacía su propio zoológico. Amaba la soledad y sólo gustaba de las voces de la naturaleza. En las cartas a su madre menudean expresiones de este tipo: “Para mí, lo más placentero es estar en contacto con la naturaleza (...) yo soy la pura selva virgen (...) la naturaleza es tremenda y maravillosa, pero no estática; es volcánica.”<sup>5</sup>

En enero de 1921, abandona Veracruz para internarse en tierras de Tabasco y Chiapas. El futuro explorador de zonas arqueológicas iba haciendo su destino, porque encontraba y coleccionaba figurillas, leía libros de geología, pero también de arqueología e historia y religión precolombinas mexicanas. Si la última misiva de este hombre que amó y vivió nuestro país y padeció sus enfermedades (malaria, tifoidea) está fechada el 20 de noviembre de 1921, la primera página del *Diario*, esto es, la segunda parte de *En el lugar de los grandes bosques*, dice: 7 de enero de 1922.

Frans Blom, en sus cartas y en el diario que integran *En el lugar de los grandes bosques*, mostró su arrobó ante la tierra mexicana porque lo cautivaron los contrastes de las zonas tórridas y las montañas nevadas. En el diario que llevara mientras

<sup>5</sup> Frans Blom, *En el lugar de los grandes bosques*, Instituto Chiapaneco de Cultura, serie Antropología, 1993, p. 56.

abandonaba Veracruz para internarse por Chiapas y Tabasco, no sólo destacó los calores, sino hizo notar los contrastes con los fríos neblinosos de la sierra. Y escribía: “La naturaleza siempre nos sorprende en este viaje; es una pena que las palabras sean demasiado pobres para describirla.”<sup>6</sup>

En este explorador amante de la naturaleza no podía faltar el planteamiento del tópico que la tierra americana ha inspirado a propios y extraños, el de civilización y barbarie:

Durante este largo tiempo, solo, en el transcurso del día, en íntima relación con la naturaleza amplia y maravillosa, a la vez con mucho tiempo para pensar, desarrollé muchos pensamientos grandes que probablemente no se me hubieran ocurrido; son influencias de la naturaleza. Es tan grande y rica y tan bien arreglada en su conjunto, que el individuo se remonta a sus antecedentes. Las tristezas y preocupaciones personales caen a otro nivel, los pensamientos se abren a la grandeza, a lo universal más que a lo personal.

Aquellos hombres que pelean en Europa en las revistas a mí me parecen como pequeños monos enojados arriba de un árbol. Hacen muecas y mueven las ramas, sintiéndose orgullosos –los indios y yo sólo nos reímos de ellos. Qué lástima que en casa haya quienes los tomen en serio.<sup>7</sup>

En su juventud, Blom apuntó su aversión por el alcoholismo sin imaginar que lo padecería hasta el final de sus días. Además formuló una explicación de la molición que invade a los habitantes de los trópicos: “El calor te produce sed y te hace letárgico y la mayoría de la gente que trabaja en los trópicos queda estancada, no tiene interés en nada, sólo sobrevivir; todos parecen viejos y no tienen nada que aquí los ate...”<sup>8</sup>

En el diario y las cartas de este hombre enamorado de México, que recorrió sus fértiles tierras buscando rutas y yacimientos petroleros para la transnacional El Águila, hay también un

<sup>6</sup> *Ibidem.*, p. 187.

<sup>7</sup> *Ibidem.*, pp. 120 y 121.

<sup>8</sup> *Ibidem.*, p. 70.

registro de cómo nuestro país era desangrado por la sobreexplotación de las maderas preciosas, la industria del caucho y los monopolios del tabaco, el azúcar y el café, materias que inspiraron la narrativa criollista no sólo en México, sino en toda América Latina.

Desde que en su infancia Gertrude Duby escuchó la palabra Popocatepetl soñó con hacer un viaje a nuestro país. Años después, la lectura de *México, tierra india* (1936), de Jaques Soustelle, le daría el impulso definitivo para cruzar el océano. En 1943, con estudios de agricultura y trabajo social, llegó a México e inmediatamente se trasladó a Chiapas como integrante de una expedición oficial que intentaba auxiliar a los lacandones —que apenas alcanzaban el número de 200—, quienes languidecían víctimas de sus enfermedades endémicas (reumas y paludismo) y de las que chicleros y talamontes les llevaron: viruela y gripe.

La crónica de sus entradas a la selva quedó plasmada en un librito que, en 1944, la Secretaría de Educación Pública acogió en su Biblioteca Enciclopédica Popular: *Los lacandones. Su pasado y su presente*. El mismo año y en la misma colección, Duby publicó otro libro absolutamente consonante con el anterior: *¿Hay razas inferiores?*

Si los cientos de fotografías que esta mujer tomó a los “hombres verdaderos” le dieron fama universal, el volumen que dedicó a ese mismo grupo étnico puede calificarse como un documento privilegiado y amoroso. Privilegiado, porque los hombres le permitieron ver sus objetos rituales y la internaron por cuevas y aguas de ríos y lagunas sagradas, porque las mujeres le confiaron sus intimidades y los jóvenes no se amilanaron ante su cuestionada poligamia, cuando destacaban que los chicleros tenían una mujer en Ocosingo, otra en San Cristóbal y una más en Tuxtla.

*Los lacandones. Su pasado y su presente* es un libro amoroso no sólo por la intención que lo inspira, sino por las cosas que cuenta y la manera en que las expone. Dijo que los lacandones

eran nómadas no sólo porque así se defendían de los ataques, sino debido a sus rudimentarios métodos de agricultura; escribió que las máximas galas de las mujeres eran las plumas de guacamaya entreveradas en los cabellos; describió los escasos instrumentos musicales lacandones (flautas, tambores de barro con pieles de saraguato, sonajas). Y contó emocionada la entrega de las llaves de la primera casa que en la selva tendría candado: mientras una victrola tocaba el Danubio Azul, de Strauss, ella bailaba en los brazos de un turbado chamula.

*Los lacandones. Su pasado y su presente* refunde las páginas que frailes y adelantados escribieron sobre este grupo antaño belicoso, pero lo más notable es su naturaleza de relato de aventuras en donde vemos a esta mujer durmiendo en miserables caribales (caseríos) y atravesando numerosos acahuales (zonas de alta maleza impenetrable). Regala incluso la pincelada humorística al recordar que los abuelos de estos indígenas de cabelleras desordenadas, en el siglo XVI huían de los españoles porque éstos hacían sus necesidades dentro de los poblados; y a ella y a sus acompañantes, los últimos descendientes de los constructores de Bonampak, les pidieron que no se ensuciaran dentro de los tabacales, “porque el tabaco se fuma”.

En San Cristóbal de las Casas, Chiapas, está la casa Na Bolom (Casa del Jaguar), que Frans Blom compró con una herencia que recibió en 1941. La antigua Casa Penagos alberga muebles, una biblioteca y una huerta rotulada para los neófitos en herbolaria; es un refugio para los lacandones que vienen desde la selva a vender sus artesanías pues cuenta con casa de huéspedes, médico y comedor que prestan sus servicios gratuitamente a los descendientes de los “hombres verdaderos”.

Sin embargo, lo más importante de Na Bolom—que recibió en sus años de gloria a Jacques Soustelle y Arnold Toynbee—, es el acervo de más de 55,000 fotografías de Gertrude Duby. Desde que ella puso un pie en la selva chiapaneca, se enamoró de esa tierra y de sus habitantes emblemáticos, los lacandones, a tal

grado que casi todo su trabajo fotográfico y ensayístico puede verse como un doloroso testimonio de la deforestación de la selva lacandona. Nunca pudo olvidar lo que le dijo un maderero (“la selva es como una sirena”) y sus escritos y fotografías son una crónica de la destrucción paulatina de hombres y entorno: primero fueron los chicleros, los talamontes y el sarampión, luego los católicos y los evangélicos, después el progreso que construyó carreteras para que entraran tráileres, camiones y tractores y, finalmente, la invasión de campesinos y mestizos que venían huyendo de las ciudades o buscando la tierra de promisión.

El Fondo de Cultura Económica, en coedición con la Fundación Na Bolom, tiene un volumen representativo de su trabajo fotográfico que se complementa con fragmentos de los libros que debemos a esta singular mujer que consiguió, después de largos años, la nacionalidad mexicana, en 1971: *Imágenes lacandonas* (1999 y 2003). Ceibas, mujeres hilando y fumando puros, niñas paradas a la orilla de un cayuco, ruinas, ceremonias religiosas, hombres fabricando arcos y flechas, lacandones tocando el acordeón o sentados debajo de una avioneta, atardeceres sobre lagunas y ríos, camiones cargados de troncos milenarios, la selva quemada y talada son imágenes que susciben palabras como las que siguen, escritas ¡en 1969!: “Veo los ríos de agua cristalina. Los lagos azules o color de esmeralda, oigo el canto de las chicharras y pájaros, el coro de los árboles que se mueven con el viento, me encantan los ruidos misteriosos en las noches. He visto salir entre los árboles la luna llena pintando formas grotescas en los senderos, he visto en la madrugada la neblina levantarse de los lagos y ríos y esfumarse en el cielo azul. Nunca sentí horror en la selva, nunca he tenido miedo, pero ahora estoy llena, no sólo de miedo sino de preocupación por lo que pasa en la selva.”<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Gertrude Duby, *Imágenes lacandonas*, México, Fondo de Cultura Económica / Asociación Cultural Na Bolom, 2003, p. 81.

## IV

A principios de 1949, el pintor jalisciense Raúl Anguiano, quien al llegar a la capital había trabajado como ayudante de los muralistas, vio la colección de fotografías que Norbert Freed había tomado en la selva lacandona. A esta sorpresa se unió su conocimiento del antropólogo norteamericano Carlos Frey, quien se internó en nuestras selvas para evadir el servicio militar en su patria, fue ayudante de Frans Blom y terminó revelando al mundo las ruinas de Bonampak, sitio al que fue conducido por los lacandones. Este hombre que sembró unas hectáreas cerca del río Jataté, crió pollos y puercos y tuvo un hijo con una lacandona de 14 años de edad, gracias al apoyo de Diego Rivera y de David Alfaro Siqueiros, organizó una nueva expedición en la que iban el museógrafo Fernando Gamboa, el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo, el historiador Arturo Sotomayor y el arqueólogo Carlos R. Margain, entre otros; Anguiano fue convocado para pintar paisajes, ruinas y escenas de la vida cotidiana lacandona, pero tuvo la feliz idea de acompañar su trabajo plástico, que incluye dibujos y pinturas, con la escritura de un diario que llevó del 17 de abril al 6 de mayo de 1949, elementos que hoy forman un conjunto orgánico: *Memorias de una expedición a la selva lacandona, 1949*.

Las páginas del diario fueron publicadas por Fernando Benítez en el suplemento de *Novedades* y, en 1959, aparecieron por primera vez en forma de libro editado por la UNAM.

En la selva, Anguiano realizó un conjunto de dibujos y bocetos que, ya en su estudio de la ciudad de México, se transformaron en sus celebradas obras “El matapalo”, “La espina”, “Lacandones asando monos” y “La mujer de las iguanas”, entre otras. El texto ya hablaba de incendios tan descomunales que impedían la visibilidad de los pilotos que, en pequeños aviones, los condujeron desde Tuxtla Gutiérrez al corazón de la selva, a vivir

en champas y caribales, esto es, entre cobertizos y caseríos de hoja de palma.

A Raúl Anguiano se deben unas de las primeras descripciones de los lacandones vistos como personas más que como objetos de estudio y, por supuesto, descripciones fervorosas de la naturaleza que lo colocan más entre los pintores de la vida adánica que entre los cantores de la civilización, el progreso y el confort: “Los lacandones son personas de una gran dignidad e independencia (...) Kayom es lánguido, pensativo; sus rasgos reflejan una vida interior, misteriosa para nosotros; parece que sus ojos miran a través de los siglos. Da tristeza el ver a estos hombres de rasgos tan interesantes y fino trato; son descendientes petrificados de una raza magnífica que llegó a crear una gran cultura. Desconocen a sus antepasados; pero a la vez, parece que viven soñando en algo desconocido y misterioso. Son como fantasmas de la selva (...) A pesar de estar aislados de la civilización, nos sentimos aquí muy bien, sin la pesadilla de la bomba atómica y sin los discursos bélicos de los estadistas...”<sup>10</sup>

Un suceso que contribuye a dar dramatismo a la narración de Anguiano es la muerte que encontraron en el fondo del río Lacanjá el camarógrafo Franco Lázaro Gómez y el descubridor de las ruinas de Bonampak. Después de la tragedia, Anguiano regala su cobija y su navaja a los lacandones y el grupo se marcha en aviones tan pequeños que parecían mosquitos encima de las gigantescas copas de los árboles, tan tupidas que no permitían el paso de la luz del sol.

El antropólogo Carlos R. Margain, integrante de la misma expedición documentada por Anguiano, bajo el título de *Los lacandones de Bonampak*, también entregó su testimonio de aquel viaje que pretendía divulgar por todo el mundo las maravillas de las célebres ruinas. Aunque el autor dice que el viaje se realizó en 1950 y no en 1949, como refiere el testimonio

<sup>10</sup> Raúl Anguiano, *Memorias de una expedición a la selva lacandona, 1949*, México, edición de la Compañía de Seguros Quálitas, 1999, pp. 60, 62 y 68.

de Anguiano, es interesante asomarse a este otro volumen hecho ya no con los ojos de un artista plástico, sino con la mirada de un científico social y ver, sin embargo, que coinciden en tres elementos: ambos miran a los lacandones como seres humanos y no como pasto de antropólogos; consideran la selva como ámbito opuesto al confort del hombre civilizado; tanto Anguiano como Margain planteaban, inconscientemente, su deseo de huir de las ciudades donde las bombas atómicas eran una amenaza:

Son seres en verdad extraordinarios: vida material dura, durísima, miserable; son, sin embargo, gente feliz; felices de verdad en este mundo donde no es tan fácil serlo (...); carcomidos por enfermedades —que la civilización en forma de chicleros les ha llevado recientemente— habitan perdidos en la selva en condiciones materialmente primitivas (...) Aquellos que han perdido la fe en el presente, aquellos que temen por la razón del hombre actual de nuestro *atómico* mundo de mediados del siglo XX, pueden recuperar la esperanza, la fe en el hombre mismo, al convivir con los lacandones en medio del imponente mundo en que habitan.<sup>11</sup>

La selva se les presentaba como el medio en donde el hombre y la naturaleza todavía median sus fuerzas en una difícil convivencia, pero Margain, después de señalar la claustrofobia que produce la jungla en el hombre de las ciudades, daba una visión semejante a la de los novelistas de la época que veían en la naturaleza feraz un enemigo de la civilización.

Gracias a su formación de antropólogo, Margain pudo observar desde aquel entonces que los mismos lacandones iban destruyendo la selva al quemar zonas que, luego de ser utilizadas en la agricultura, quedaban convertidas en yermos. Desde aquel entonces no idealizó a los indígenas, pero sí señaló la necesidad de apoyarlos, hecho que, irremisiblemente, significaba una convivencia en la que los lacandones volvían a salir perdiendo: “Ayudemos, con las ventajas y adelantos conseguidos hoy en

<sup>11</sup> Carlos R. Margain, *Los lacandones de Bonampak*, México, Secretaría de Educación Pública (Sep/Setentas), 1972, pp. 31, 117 y 118

día por el hombre, a esos restos que han quedado, por fortuna y como señal inequívoca de las cualidades del hombre mismo, de individuos que, por culpa de otros que se autodestruyeron, han quedado en gran desventaja material frente a la, ésta realmente, eterna enemiga del hombre: la naturaleza.”<sup>12</sup>

## V

Carlos Tello Díaz (1962), más con ánimo de comprender que de juzgar la historia de las comunidades que protagonizaron la rebelión zapatista de 1994, escribió *La rebelión de las cañadas* (1995), un acucioso trabajo armado con documentos y testimonios que informaron que la selva Lacandona, “refugio de los condenados”, fue poblada por los habitantes más empobrecidos del estado de Tabasco y Chiapas, “los pobres entre los pobres de México”, a los que se sumaron ex seminaristas, ex militantes del movimiento estudiantil de 1968 y desencantados de las supuestas vías democráticas que había pregonado el Estado mexicano. Esta conjunción fue posible porque los habitantes y los recursos madereros de la selva habían sido usados y abusados durante largos años por gobernantes locales e intereses ajenos a la región. Con el tiempo, la participación de sacerdotes de ideología avanzada completaría el cuadro que muestra este airado volumen, más cercano a la investigación historiográfica que al arte literario, ámbito este último al que se adscribe el más reciente de sus libros.

*En la selva. Crónica de un viaje por la Lacandona* (2004) resulta una experiencia gratificante, porque nos enfrentamos a un libro que expresa la asfixia de la vida en las grandes ciudades, pero ante todo porque celebra, con melancolía utópica, vidas que se han liberado del fetiche del progreso. Es también un interesante texto literario que funde la crónica y la novela de

<sup>12</sup> *Ibidem.*, p. 119.

aventuras, la investigación documental y el planteamiento filosófico, la biografía, la guía arqueológica y las inquietudes de un narrador.

Carlos Tello Díaz relata sus peripecias a través de diversas zonas arqueológicas, ejidos, ríos, ciudades, museos y la casa institución del arqueólogo danés Franz Blom. Decide emprender su periplo, porque está cansado de la vida en las grandes ciudades de Estados Unidos, México y Francia; busca el mundo primordial que no se satisface con el bucolismo de la vida campirana. Para que su trabajo no se parezca a los montones de libros de viajes que languidecen en las librerías de lance, diseña una compleja y proteica estructura.

Primero habla del inicio de un viaje a la selva lacandona que emprende en compañía de unos amigos que van provistos de todo lo que la cuestionada modernidad ha conseguido: lanchas de motor, bolsas de dormir, colchonetas inflables, lámparas de gasolina, motosierras y alimentos enlatados. Por el panteísmo que lo permea, por el manifiesto bienestar que alaba en la naturaleza adánica y la búsqueda de un refugio ante las insensateces bélicas, el libro de Tello Díaz se inscribe en una tradición nacional que, a partir de 1949, instauraron en la cultura mexicana el pintor Raúl Anguiano y el arqueólogo Carlos Margain. Incluso podríamos ir más lejos, hasta *La tierra del chicle* (1937), libro que escribió Ramón Beteta después de un viaje a la selva de Quintana Roo que tuvo lugar en 1929.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> En *La tierra del chicle* —cuya edición de 1951 fue ilustrada por Alberto Beltrán— destacan dos cosas: en primer lugar, la calidad de su prosa carente de ripios y, en segundo, algo excepcional: es el libro de un funcionario que tomaba muy en serio su trabajo y cambiaba el confort de la oficina por el machete y las botas con que se internaba por selvas y caribales para entender por qué el territorio de Quintana Roo vivía tan ajeno y sentimentalmente distante del centro de la República Mexicana.

Del idealismo patriótico de Moisés Sáenz, subsecretario de Educación Pública en el gobierno de Emilio Portes Gil, surgió la idea de hacer, en 1929, un viaje a Quintana Roo acompañado por un grupo de colaboradores, entre los cuales estaba Ramón Beteta, quien llevaba la misión de escribir sobre la industria del chicle y los problemas de los trabajadores. Beteta vio en aquellos años lo que los narradores consignaron puntualmente en cuentos y novelas: robo, alcoholismo, enganche de

Luego de iniciada la crónica del viaje, comienza una historia de robo y destrucción. Sus personajes son los hermanos Romano, españoles oriundos de Oviedo, que empezaron en la capital de Tabasco con una tienda de abarrotes y de aquí derivaron a las flotillas de cayucos, los vapores y la explotación del palo de tinte. En 1889, eran “dueños” de 140,000 hectáreas de caoba en la selva lacandona. ¿Quién pudo adjudicarles tamañas extensiones en selvas intonsas, imposibles de roturar? Pues bien, una vez consignados los datos históricos, Tello Díaz nos dice que va en busca de las ruinas de la Montería llamada San Román, en honor del dueño Román Romano. Cuando llegan allí describe la casa principal, un largo edificio de ladrillo con cocina, horno para hacer pan, bodegas y enfermería. En ese sitio habitó el gerente Fernando Mijares, sanguinario como los gamonales que nutrieron la novela criollista de nuestro continente. San Román se pobló con asesinos, presidiarios y fugitivos. Pero de la central no escapaba nadie y, cuando lo intentaban, se convertían en personajes de tragedias como ésta: “Los amarró y les cortó los pies. Luego los soltó y les dijo: ahora... váyanse.”

pones a base de mentiras y deudas, miseria, hombres palúdicos con las orejas comidas por las moscas, etc. Sáenz y Beteta se habían hecho una idea romántica de la selva, pero se toparon con el vaho verde, maloliente por las hojas podridas que fermentan con las aguas que dejan los torrenciales aguaceros. Sin embargo, no sólo observaron túneles de verdura con pisos de lodo, sino la visión genésica no les fue begada: “Árboles floridos que tapizaban el suelo de pétalos azules; un lago tan apacible y romántico que trajo a la memoria de Boucard la visión de los de su Suiza nativa; caobos majestuosos; un mar de sargazo donde podíamos coger langostas con la mano; aguas fosforescentes donde las embarcaciones dejaban estelas de diamantes; una isla que se antojaba el paraíso mismo; playas de arenas doradas, bañadas por aguas que parecían extracto líquido de esmeralda...”

Fruto de ese viaje fueron varios textos que primero vieron la luz en periódicos y después fueron reunidos en este libro que habla de las miserables cooperativas chicleras, de los caseríos con sus techos de cuatro aguas y en general de la selva estrangulada por su misma fertilidad. Beteta fue a estudiar los problemas de los chicleros y escribió un libro ensayístico sobre la selva, en donde el hombre no es el rey de la creación, sino un intruso, un enemigo, un juguete. En la selva muerte y vida se imbrican; sus fronteras se diluyen enfebrecidas y moldean la conducta de los hombres, hecho que tanto asedió con idealismo Rafael Bernal en *Caribal. El infierno verde*, una novela que escribía en Chiapas casi al mismo tiempo que Sáenz y su equipo viajaban a Quintana Roo.

Las iniquidades de este siniestro personaje acabaron en 1914, con la Revolución que le expropió las monterías y lo encarceló por negarse a dar la caoba para la construcción de una plaza de toros en la capital de Tabasco. Unos dicen que enfermó y murió en la cárcel, de pulmonía; otros sostienen que murió de coraje después que le dieron un baño con orines. En este instante, la crónica se entrelaza con el ensayo y la historia, porque uno de los viajeros muestra la rebelión de los colgados y esto da pie para que se hable de Traven y de la insuficiencia de sus biografías. Y este detalle nos llevará a otros: en 1926, Traven salió hacia Chiapas en una expedición organizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Lo consideraban “un fotógrafo noruego”, amigo de Edward Weston y Tina Modotti. En esa expedición, Traven visitó las monterías y conoció al contador de la casa Romano y quiso conocer a Sergio Mijares, pero en el camino cambió de opinión, pues fue a explorar el Usumacinta.

Otro de los recursos que Tello Díaz pone en juego para darle dignidad artística a su crónica es la elección de momentos dramáticos que parecen clímax de cuentos: “En los días siguientes hablamos con frecuencia de sus aventuras en la selva de los mayas. Eran numerosos e importantes sus descubrimientos en el Petén. Pero no era eso lo que me platicaba. Había una historia que lo obsesionaba –la historia de un petenero, su guía, que en la profundidad de la selva, mordido por una nauyaca en la base del pulgar, se había cercenado la mano con un golpe de machete. Para no morir.”<sup>14</sup>

Personajes fundamentales en este libro son los lacandones, que volvieron a entrar en contacto con la civilización hasta fines del siglo XIX, cuando llegaron a la selva las empresas dedicadas a la explotación de la caoba y el chicle. A partir de entonces su vida ya no fue la misma. Los monteros introdujeron el machete y el hacha; los chicleros, el molino de nixtamal, la manta, el

<sup>14</sup> Carlos Tello Díaz, *En la selva. Crónica de un viaje por la lacandona*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 2004.

rifle y los trastos de peltre. También llevaron las enfermedades que diezmaron a la población durante la década de los cuarenta. Los lacandones dieron gran importancia a la naturaleza, tal como vemos en esta triste remembranza de sus cosmogonías: “Hachkyum es el dios de todos los dioses. Creó el cielo y la selva. En el cielo sembró las estrellas y en la selva plantó los árboles. Tiene en su mano las raíces de todas las cosas. Cuando un árbol es tumbado en la selva, una estrella se cae en el cielo.”<sup>15</sup>

*En la selva* aumenta sus peripecias con las vidas de exploradores, naturalistas y aventureros que refunde y así se hermana con un bello libro de Jan de Vos: *Viajes al desierto de la soledad. Un retrato hablado de la Selva Lacandona* (1988), que tuvo una nueva edición en 2003, cuando la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ya había modificado el panorama del sureste mexicano y lo había colocado prácticamente en estado de sitio. Tomemos algunos ejemplos destacados.

El norteamericano Harry Little llegó a la selva en 1959 a pasar el resto de sus días, mismos que terminó entre las brumas de la demencia. Una especie de anacoreta que, antes de establecerse en la jungla, había sido arrestado porque se negó a ir al frente. Vivió en Cuba, Paraguay, Perú y las islas Marquesas. Ya en Chiapas, vivió entre los lacandones en una choza como la de todos: con paredes de troncos, techo de guano y horno de barro. Allí encontró a Jan Muller, oriunda de San Francisco, quien huía del mundo con su hija Rebeca. Juntos sembraron mangos, guayabas, aguacates, piñas, naranjas, zapotes, papayas y plátanos.

Habían dejado atrás todo lo que detestaban: *las rígidas divisiones del tiempo, las superficies planas, los espacios medidos, las líneas desnudas del mundo moderno*. Estaban en el lugar donde querían estar, el único donde querían estar, el único donde podían

<sup>15</sup> *Ibidem.*, p. 125.

vivir de acuerdo con su credo, que era muy simple: *Creemos en la vida familiar, vivida en el campo. Creemos en el reino de las plantas y de los árboles. Creemos en la vida en medio de la naturaleza, en el canto alegre de los pájaros, en el silencio espiritual de las profundidades selváticas, en los coros de los saraguatos que cantan a la luna.*<sup>16</sup>

Su felicidad duró 13 años, porque en 1973 los campesinos llegaron a colonizar el monte, a derribarlo para sembrar maíz. Decidieron entonces huir a una selva más impenetrable: la región amazónica, en un afluente del río Negro. Pero los años los habían derrotado: Harry tenía sólo pedazos de dientes y la piel cubierta de llagas. Jan estaba sorda y ciega, y Rebeca, bonita y tímida, sólo hablaba con su mascota, un simio enloquecido. Su final fue espeluznante: consumidos por la fiebre, no tenían fuerza para atizar el fuego. El 11 de enero de 1979, la muchacha murió y Harry la arrastró hasta la zanja que drenaba la huerta para que los animales no entraran en la choza. Varias semanas después, Jan hizo la misma operación con el cadáver de Harry y, después de varios meses, unos indios encontraron los dos esqueletos cubiertos de andrajos. En el interior de la choza, que tenía el techo semidestruido, encontraron a una mujer ciega y desdentada, pálida y con los pelos largos y erizados de las brujas. Sobre este mismo personaje, Jan de Vos nos informará que Jan regresó a Estados Unidos completamente ciega y contó su vida al escritor John Man, quien hizo con ella *The survival of Jan Little* (1986).

Raúl Anguiano y Carlos Margain trajeron muchas fotos de su expedición de 1949. Una de ellas era de un personaje llamado Obregón Kin, quien posó joven, cargando un hatado de saraguatos muertos. Tello Díaz trajo una foto del mismo personaje, ya viejo, robusto, cubierto con una playera con el escudo de Adidas y con un Rolex de acero en la muñeca. Este hombre fue quien recuperó el cadáver de Carlos Frey de las aguas del río Jataté.

<sup>16</sup> *Ibidem.*, p. 197.

Datos como este nos sirven para apuntar que Tello Díaz no puede idealizar la selva, que cuenta ya con lastres urbanos como burdeles, montones de chatarra, basura y llantas viejas. En la selva lacandona escuchó hablar del “Salvaje”, un mito que recorre América. Humboldt lo menciona en su libro *Viaje a las regiones equinociales*: es un hombre peludo con forma de mono que viola mujeres, vive en una choza y, a veces, come carne humana. Tello Díaz apunta con nostalgia: “Hoy es ya muy raro ver al salvaje, que ha desaparecido junto con las selvas y los habitantes de las selvas”. Esta nostalgia muy a menudo se emparenta con la militancia ecologista: “¿Por qué existe este sitio? Aquí hubo una selva alta y abundante; ahora hay una mancha de miseria. Este lugar estuvo poblado de cedros y caobas, de venados, tucanes y jaguares; ahora está lleno de basura, polvo, muros de hormigón, niños con mocos y mujeres embarazadas.”<sup>17</sup>

Cuando Tello Díaz hace el recuento de los daños de la selva presenta una rápida historia del café y de la caña de azúcar. Para cultivar ésta y alimentar los trapiches se taló el monte —expresión con que los naturales designan la selva, que es una expresión urbana— y comenzó una larga historia que dio origen al esclavismo y a la trata de negros, temas que tantas novelas inspiraron a los escritores americanos.

Sabios, utopistas, aventureros y arqueólogos han buscado la selva por diferentes razones. Tello Díaz, al final de varios meses de viaje, descubrió que su objetivo estaba cumplido: “Pasé varias semanas en la selva con los lacandones. Estuve rodeado de personas que no conocía pero nunca me sentí solo. Dormí bajo los árboles y comí los peces y los frutos del agua y de la tierra, y descubrí que necesitaba de muy poco para ser feliz.”<sup>18</sup>

En *Viajes al desierto de la soledad*, Jan de Vos antologa documentos anteriores a los que recrea Tello, pero además entrega un conjunto de escritos que habían permanecido inéditos,

<sup>17</sup> *Ibidem.*, pp. 181, 182.

<sup>18</sup> *Ibidem.*, p. 177.

perdidos en archivos intonsos. La lista de visitantes modernos de esa zona que se encuentra en la parte nororiental de Chiapas, dividida por el río Usumacinta y que se extiende hasta el Petén guatemalteco comienza en 1786, cuando dos criollos, el padre Manuel José Calderón y el inspector José Ferrara, hicieron otro intento de reducir a los lacandones a “tierra de paz”. El explorador norteamericano John Lloyd Stephens y el arquitecto dibujante inglés Frederick Catherwood, en 1840, todavía encontraron una selva virgen devoradora de civilizaciones: “La región por donde ahora estábamos viajando era tan salvaje como antes de la conquista española, y sin una habitación hasta que llegamos a Palenque. El camino se extendía por en medio de una selva tan cubierta de arbustos y malezas que se hacía impenetrable, y las ramas estaban recortadas apenas a la altura suficiente para dar paso a un hombre caminando bajo ellas a pie, de modo que, sobre el lomo de nuestras mulas, nos veíamos constantemente obligados a agachar el cuerpo, y aun a desmontar.”<sup>19</sup>

El profesor alemán Edwin Rockstroh llegó a Guatemala en 1877 para dar clases de historia natural y matemáticas. En sus vacaciones viajaba para estudiar la flora y la fauna de la zona y también para juntar animales para un jardín zoológico. En 1881, organizó una expedición a la Lacandonia, viaje del que sacó un relato, pleno de conciencia artística porque lo preparó para *El Porvenir*, órgano de una sociedad literaria guatemalteca. Rockstroh fue, además, un adelantado del Facundo porque destacó que la civilización atempera las fuerzas de la naturaleza en estado genésico: “La civilización es lo único capaz de hacer de este paraíso infernal un terrenal paraíso.”<sup>20</sup>

El último personaje de la parte amable de la nómina de viajeros y visitantes de la selva lacandona es Teobert Maler, quien vino a México en 1864, enrolado en el ejército de Maximiliano de

<sup>19</sup> Jan de Vos, *Viajes al desierto de la soledad. Un retrato hablado de la Selva Lacandona, México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) / Miguel Ángel Porrúa, Editor, 2003, p. 60.

<sup>20</sup> *Ibidem.*, p. 95.

Habsburgo. Decidió quedarse en México y partió a Europa a arreglar su herencia que utilizó para sus viajes y exploraciones por Guatemala, Chiapas, Oaxaca y Yucatán, zonas amadas de las que realizó dibujos, fotografías y planos arquitectónicos.

En 1822, arrancó la explotación maderera que daría lugar a los más diversos escritos, desde los de B. Traven, que no fue testigo de los hechos, hasta los de Mariano J. Domínguez Vidal, quien, como militar revolucionario ayudó a dismantelar varias monterías en el norte de las selvas de Tabasco. El abogado Rodolfo Brito Foucher, en 1926, publicó en *El Universal* un trabajo donde denunciaba las condiciones infernales de las monterías guatemaltecas, el modo en que los hacheros eran enganchados con un pago inicial que se convertía en una deuda eterna por los intereses e incremento de los nuevos préstamos que se hacían indispensables. Como podemos ver, es la misma estrategia que Rafael Bernal desnudó en su folletón *Caribal. El infierno verde* (1954–1955), novela que plantea no el problema de las monterías, sino de los chicleros.

Don Miguel Álvarez del Toro ha sido una personalidad fundamental en la cultura Chiapaneca, porque él fue el artífice del zoológico de Tuxtla Gutiérrez, hecho que le ha permitido figurar como personaje en un libro de Eraclio Zepeda (*Horas de vuelo*), que lo pinta sobrevolando la selva en busca de un jaguar hembra para el macho que languidecía sin una compañera. Sin embargo, don Miguel también dejó testimonio de la visita que, en 1944, hizo a la selva lacandona. Su celebrado “Encuentro con un tigre mañoso” proviene de *Así era Chiapas* (1983), un libro nostálgico en donde el ámbito lacandón parece un espacio sacado del *Génesis*: “De pronto, al ir caminando, me detuve al escuchar una gran algarabía de guacamayas. Caminé deprisa hasta alcanzar un recodo que me permitiera ver el sitio de la bulla y quedé pasmado del espectáculo que veían mis ojos. Del otro lado del río, una gigantesca Ceiba estaba materialmente cubierta de estas hermosas aves, a tal grado que el árbol parecía

tener un follaje escarlata. Los gritos y pleitos eran desde luego ensordecedores, pero la escena era de una gran belleza y colorido; un espectáculo que ya no puede verse más pues la caza inmoderada ha hecho que esté a punto de extinguirse su especie...”<sup>21</sup>

Además de la obra destructora de chicleros y talamontes, Jan de Vos menciona otros elementos deforestadores de la selva lacandona que le han permitido sostener que la región está herida de muerte. Entre ellos tenemos la invasión de refugiados guatemaltecos que, huyendo de la represión, establecieron colonias que más tarde fueron desmanteladas, cuando los guatemaltecos volvieron a su patria.

## VI

En una revisión de los testimonios que han hecho los visitantes de las márgenes del Usumacinta, no podemos olvidar la impronta guerrillera del guatemalteco Mario Payeras, de quien haremos breve mención en seguida ya que el caso del subcomandante Marcos necesita mayor espacio y tiempo, que por ahora no tenemos. Él está incluido en un texto aparte que analiza el papel que narradores como Pablo Montañez, Jesús Morales Bermúdez y B. Traven hicieron para conocer y recrear el ámbito de la selva lacandona.

Payeras marchó de territorio mexicano para implantar el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en el norte del Quiché (1972–1976). *Los días de la selva*, que es el diario de un insurgente, se centra menos en acciones de lucha que en el dibujo de personalidades que, las más de las veces, son tiernas y profundamente doloridas. Es el noviciado insurgente que presenta a 15 hombres que aprenden a hacer harina de maíz, a identificar las hojas para el té, a tostar los huesos de sus presas para no

<sup>21</sup> *Ibidem.*, p. 217.

desperdiciar nada y a encender el fuego con leña húmeda mientras leen *Cien años de soledad*. Al mismo tiempo que arropan su sueño de justicia, realizan el aprendizaje esencial, el del hombre desnudo frente a los elementos de la naturaleza más prístinos, los que han evocado las imágenes del paraíso terrenal:

Entonces descubrimos que el tiempo se rige en la selva por horarios de ruido (...) Al atardecer tenía lugar el escándalo final de loros y guacamayos, hora de acarrear leña, encender fuego y colgar hamacas. Comenzaban las horas en que las especies del aire hacen silencio y principian los ruidos de los mamíferos nocturnos. La noche húmeda del trópico se llenaba de chillidos de pizotes, de toses de micoleones y de autocríticas de militantes. Cerca de los ríos, hasta el amanecer, la medida del tiempo dependía del canto intermitente de *caballero* o atajacaminos. Al día siguiente una rutina idéntica. Conforme marchábamos íbamos dejando atrás árboles grandes con bullicio de micos. Luego de varias semanas del mismo horario zoológico, la selva comenzaba a darnos la impresión de un océano, sin itinerarios definidos ni puntos de llegada. Tras nosotros sólo quedaba el revoloteo de las grandes mariposas selváticas.<sup>22</sup>

Los protagonistas de *Los días de la selva* son habitantes de la ciudad que, sin instrumento alguno, inician los días de Adán, pero un Adán a quien la inocencia le fue arrebatada por la miseria y la opresión. Su empresa parece un juego de niños y la selva una laminilla de microscopio en donde se observan los desnudos tipos de los seres humanos: el noble, el rencoroso, el violento, el acomplejado... La lucha fue para ellos un preparativo difuso, improvisado sobre la marcha, que tomó cuerpo cuando sus actores provocaron matanzas, torturas y persecuciones. Un hecho de gloria dejaron en sus anales: el despojo justiciero de Luis Arenas, señor feudal que explotaba a la vieja usanza de las compañías chicleras, con pagos anticipados, deudas, préstamos y tienda de raya.

<sup>22</sup> Mario Payeras, *Los días de la selva*, La Habana, Casa de las Américas, 1980.

## VII

Si personalidades como el pintor Raúl Anguiano fueron a la lacandona para dar su testimonio pictórico, hoy los artistas plásticos regresan, pero a documentar los restos del naufragio. En *La selva lacandona* (fotografías de Antonio Vizcaíno y texto de Andrés Fábregas Puig), el segundo hace una propuesta osada (¡los lacandones abandonaron la selva para no destruir el equilibrio ecológico!) y documenta los elementos que fueron minando ese bosque tropical: a finales del siglo XIX, la extracción de chicle y maderas preciosas; en los cuarenta del siglo XX, los evangélicos, con sus propuestas técnicas modernas, acabaron con la antigua relación armónica entre la selva y el hombre; en los cincuenta llegaron los campesinos que, para sembrar, borran retazos de selva; por esta misma época arribaron los ganaderos; en los sesenta fue la invasión de grandes grupos de personas; en los noventa los militares abrieron trochas para alcanzar a los zapatistas en sus escondites... A finales del siglo XX, dice Fábregas, sólo quedaba con vida el ocho por ciento de lo que fue la selva lacandona... Sin embargo, en este saldo Vizcaíno todavía pudo obtener panoramas de un magma esmeralda salpicado de calveros; ruinas devoradas por la manigua; sombras de ceibas solitarias; troncos hercúleos; nudos de lianas y de plantas parásitas enfrascadas en la sorda lucha por la vida; la milagrosa filigrana de los hongos; los movimientos fantasmales de la neblina, los diluvios de las cascadas, las placas serenas de los lagos y las encabritadas olas de los ríos; los imprescindibles lacandones encarnados en los troncos, y los testimonios de la presencia del hombre: incendios, eriales...

Y en otro volumen fotográfico, de título más contundente (*Selva lacandona. Un paraíso en extinción*), Edouard Adé B., Fernando Brauer y Víctor Hugo Hernández pasan de la historia y la contemplación a las acciones. Para poner remedio a la

catástrofe proponen un conjunto de medidas de emergencia que, desgraciadamente, parecen insuficientes: educación ambiental, siembra de plantas que fijen el nitrógeno atmosférico al suelo (como el frijol terciopelo), programas de salud reproductiva humana, ecoturismo...

Exploradores, naturalistas, viajeros, artistas y antropólogos han buscado saciar en la selva esa sed de naturaleza que vive en la raíz de los seres humanos, y que bien resumió, en líneas hermosas y conmovedoras, la pluma del fundador del zoológico chiapaneco de fama mundial, don Miguel Álvarez del Toro. Su libro memorioso, *Así era Chiapas*, resulta inconseguible, pero algunos de sus capítulos pueden pescarse en algunas antologías. A sus palabras debo el título de la presente colaboración, y a él me atengo para concluir: “El falso espejismo de la prosperidad económica del momento o del avance de lo que suele llamarse civilización segó el entendimiento –si alguno tenían– de las gentes poseedoras del poder de la decisión. Se equivocaron al creer que todo lo que brilla es oro, y aunque fuese oro, éste no producirá el agua ni el oxígeno que necesitamos para vivir.”<sup>23</sup>

<sup>23</sup> Miguel Álvarez del Toro, “Réquiem por una región: así era Chiapas”, en Cuauhtémoc López Sánchez, *Lecturas chiapanecas I*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa / Gobierno del Estado de Chiapas, 1988, p. 222.

## FUENTES DE CONSULTA

- ÁLVAREZ DEL TORO, Miguel *et al.*, *Lecturas chiapanecas I*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa / Gobierno del Estado de Chiapas, 1988.
- ANGUIANO, Raúl, *Memorias de una expedición a la selva lacandona, 1949*, México, edición de la Compañía de Seguros Quálitas, 1999.
- BALLINAS, Juan, *El desierto de los lacandones. Memorias, 1876 – 1877*, Publicaciones del Ateneo de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 1951.
- BERNAL, Rafael, *Caribal. El infierno verde*,
- BETETA, Ramón, *La tierra del chicle*, México, Editorial México Nuevo, 1951.
- BLOM, Frans, *En el lugar de los grandes bosques*, Instituto Chiapaneco de Cultura, serie Antropología, 1993.
- DUBY, Gertrude, *Los lacandones. Su pasado y su presente*. México, Secretaría de Educación Pública (Biblioteca Enciclopédica Popular), 1944.
- \_\_\_\_\_, *Imágenes lacandonas*, México, Fondo de Cultura Económica / Asociación Cultural Na Bolom, 2003.
- FÁBREGAS PUIG, Andrés y Antonio Vizcaino, *La selva lacandona*, Nacional Financiera, 1990.
- HERNÁNDEZ, Víctor Hugo, *et al.*, *La selva lacandona. Un paraíso en extinción*, México, Pulsar Internacional, 2ª ed., 1988.
- MARGAIN, Carlos R. *Los lacandones de Bonampak*, México, Secretaría de Educación Pública (Sep/Setentas), 1972.
- PAYERAS, Mario, *Los días de la selva*, La Habana, Casa de las Américas, 1980.
- POBLETT, Martha, *Narraciones chiapanecas. Viajeros extranjeros en los siglos XVI–XIX* (Libros de Chiapas), Volumen I, 1991,
- PONS Sáenz, Nuria, *La conquista del lacandón*, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario), 1997.
- SOUSTELLE, Jaques, *México, tierra india*, Traducción de Rodolfo Usigli, México, Secretaría de Educación Pública (Sep/Setentas), 1971.
- TELLO DÍAZ, Carlos, *La rebelión de las cañadas, México, ediciones Cal y Arena*, 1995.



## EL TIGRE SUELTO: (LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA)

OSCAR MATA\*

**S**i bien la narrativa mexicana —y latinoamericana— surgió durante la Guerra de Independencia, muy poco quedó consignado de nuestra primera gesta nacional, a manera de testimonio, en cuentos y novelas. Algo similar sucede con las luchas que el naciente país debió sostener contra los invasores, primero el yanqui y posteriormente el francés, sendas pesadillas de las que lo mejor sería olvidarlas o acaso mofarse de ellas, como Emilio Rabasa en *La guerra de tres años*. No es sino hasta la novela de la Revolución que puede hablarse de una narrativa mexicana testimonial, escrita por quienes vivieron y padecieron los acontecimientos que poco más tarde plasmaron en novelas y cuentos. Se dice que Porfirio Díaz comentó poco antes de abandonar en definitiva nuestro suelo patrio: “Madero ha soltado un tigre, veremos si puede manejarlo.” En este trabajo nos ocuparemos de los testimonios de cuatro literatos que dejaron constancia de la manera en que ese tigre suelto transformó al país y cobró la vida de un millón de mexicanos; cuatro escritores que experimentaron en carne propia la Revolución mexicana y nos legaron sus testimonios al respecto: Mariano Azuela, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Nellie Campobello.

*Andrés Pérez, maderista*,<sup>1</sup> de Mariano Azuela, fue la primera novela con tema revolucionario. Apareció en 1911, año del

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Mariano Azuela. *Andrés Pérez, maderista*. México, Imprenta de Blanco y Botas. 3a. de Manrique, núm. 29, 1911. 122 pp.

levantamiento de Ricardo Flores Magón, de la renuncia de Porfirio Díaz,<sup>2</sup> de la entrada triunfal de Francisco I. Madero en la ciudad de México, de su toma de posesión para el periodo 1911-1916 y de la expedición del Plan de Ayala, en el cual Emiliano Zapata desconoce al presidente Madero y pide la distribución de la tierra; pocos meses antes, a finales de 1910, el movimiento revolucionario había estallado en Chihuahua y en Puebla, donde tropas federales habían atacado la casa de Aquiles Serdán. La acción de *Andrés Pérez, maderista*, se inicia una noche de noviembre de 1910, con un par de noticias encontradas: el alza sin precedentes en los precios de los cereales, lo que seguramente aumentará el hambre de la gran mayoría de los mexicanos y los grandes gastos del gobierno en los festejos conmemorativos del Centenario de la Independencia; proseguirá en los primeros cinco meses de 1911, teniendo como fondo el Convenio de Ciudad Juárez, la renuncia de Porfirio Díaz y su partida a Europa, los días 21, 25 y 31 de mayo respectivamente. Mariano Azuela, entonces, escribe su novela con la referencia de unos acontecimientos históricos recién sucedidos. Andrés Pérez se dedica al periodismo y decide abandonar la ciudad de México tras observar la manera en que la policía reprime una manifestación estudiantil, un abuso de la autoridad del cual no puede informar, por el férreo control gubernamental sobre la prensa. Se refugia en Esperanza, la hacienda de un amigo, distante más de 300 kilómetros de la capital, pero en esas lejanías lo alcanzan las noticias de la muerte de Aquiles Serdán y los movimientos sediciosos en la frontera, a los pocos días se le acusa de ser “agente revolucionario de Madero.”<sup>3</sup> Ello lo obliga a permanecer en la Esperanza, en calidad de detenido; aunque

<sup>2</sup> Juan A. Mateos incluye el texto íntegro de la renuncia de Porfirio Díaz en el capítulo XIII “La última noche”, de *La majestad caída*, que apareció en 1914, considerada por algunos la primera novela de la Revolución mexicana.

Véase Juan A. Mateos. *La majestad caída*. México, Premiá, 1982. pp. 171-2. (La matraca, 10)

<sup>3</sup> Mariano Azuela. *Andrés Pérez, maderista*. 2a. de México, Botas, 1945. pp. 5-27.

bajo la protección del hacendado, su amigo Antonio Reyes, quien simpatiza con la causa de Madero y eventualmente se levantará en armas. Andrés Pérez, en cambio, descreído y harto de oír mentar a Madero a todas horas y en todo lugar, sólo piensa en escapar a los Estados Unidos. Cierta noche intenta la huída; es capturado y hecho preso, pero en tiempos de revolución, en los que todo si no cambia de lugar al menos se mueve horrores, muy pronto su desgracia se convierte en su mayor parabién y al triunfo de Madero recibe trato de héroe revolucionario; en cambio, su amigo Toño Reyes, que puso su persona, sus bienes, armó a su gente para luchar a favor de la causa de Madero y cayó muerto en combate, muy pronto es olvidado. En esta obra pionera, que sale de la imprenta cuando la Revolución mexicana apenas tenía unas cuantas semanas de haber triunfado, de ninguna manera es optimista respecto al futuro del movimiento encabezado por Madero, pues Mariano Azuela muestra las lacras que habrían de emponzoñarla: los chaqueteros y arribistas que días antes eran los enemigos más rabiosos del autor del Plan de San Luis y a partir del ascenso de Madero a la presidencia de México, militaban eufóricos en “nuestras filas”. Más de veinte años después, se refiere así a esta novela:

Incertidumbre, confusión, fracaso, así quise condensar en menos de un centenar de páginas un aspecto del movimiento de Madero, cuyo triunfo rápido fue la causa mayor de su caída, por no haber dado tiempo a que madurara en la conciencia del pueblo.<sup>4</sup>

Azuela vivió la caída del maderismo en su pequeña ciudad de Jalisco donde por las noches, literalmente a las escondidas, pues ocultaba las cuartillas temeroso de los cateos de los huertistas, escribió *Los caciques*, que habría de aparecer en 1917. En esta novela muestra la manera en que el poder económico se amolda a las “características” del poder político en turno, sabedor de

<sup>4</sup> Mariano Azuela. “Andrés Pérez, maderista y Los caciques”, en *Obras completas* III, Conferencias y ensayos, México, FCE, 1993. p. 1972.

que de alguna u otra forma las ganancias tarde o temprano acaban en su bolsillo. En el ensayo “Andrés Pérez, maderista, y Los caciques” rememora:

Estaba retocando el último capítulo cuando llegaban grupos dispersos del ejército federal con la marca de su desastre en la ropa desgarrada, en los rostros macilentos y en sus miembros vendados, después del combate con Francisco Villa en Zacatecas.

¡La revolución había triunfado!<sup>5</sup>

Ciertamente la causa revolucionaria se alzaba con la victoria, pero por esa innata capacidad de los mexicanos para prolongar y complicar las cosas, el movimiento armado aún no terminaba. El tigre estaba cebado, había probado carne humana y naturalmente quería más. De súbito este médico rural con aficiones literarias se vio enrolado al partido de la Convención de Aguascalientes:

No sólo por simpatía, sino porque para mí representaba la legalidad; en seguida, privado de la libertad plena de mis actos, los sucesos me colocaron en el campo de la facción villista y con el villismo, de derrota en derrota, desde Guadalajara hasta Ciudad Juárez, llegué exiliado a El Paso, Texas.<sup>6</sup>

Como es bien sabido, la primera edición de *Los de abajo* apareció en esa ciudad fronteriza en 1916, con el sello de imprenta de *El Paso del Norte*,<sup>7</sup> un periódico subvencionado por Venustiano Carranza. Veinticinco años después Mariano Azuela no olvidaba las experiencias que originaron su libro más popular. Tras la toma de Zacatecas por Villa, el médico y escritor pensó que podría dedicarse tranquilamente a su profesión y a sus aficiones literarias, pero la ruptura de los dos máximos jefes revolucionarios lo colocó en una situación tan o más difícil que durante el huertismo.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 1075.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 1075-6.

<sup>7</sup> Mariano Azuela. *Los de abajo*. Novela (cuadros de la Revolución Mexicana). El Paso, Texas, Imp. de *El Paso del Norte*, 1916. 143 pp.

La entrada y salida de las facciones contrarias nos colocaban de nuevo a merced de nuestros enemigos locales, que encontraban la oportunidad más sencilla para sus venganzas, denunciándonos con los jefes, generalmente palurdos, ignorantes, irrespetuosos y fáciles de engañar. El delito no fue ya ser maderista, sino carrancista o villista. Entonces los sucesos me arrastraron y a poco me encontré metido en la lucha armada.<sup>8</sup>

Mariano Azuela fue parte de la facción de Julián Medina, quien se levantó en armas en Hostotipaquillo, al sur de Jalisco. Medina rondaba los treinta años, en octubre de 1914, cuando el doctor Azuela se incorporó a su Estado Mayor, en Irapuato, con el nombramiento de jefe del servicio médico y el grado de teniente coronel. Medina y Lucio Blanco acababan de salir de la ciudad de México, en un acto de repudio al gobierno provisional de Carranza y de apoyo al de la Convención.

Julián Medina me dio la impresión de ser un revolucionario por convicción y de sanas tendencias... Era el tipo genuino del ranchero de Jalisco, valiente, ingenuo, valeroso y fanfarrón. No obstante su total incultura, poseía el don del mando, y muchos jefes superiores a él por otros conceptos, con gusto lo obedecían, reconociéndole tácitamente sus facultades de conductor de masas. El grado de general no se lo confirió ningún superior jerárquico, sino los bravos que con él se levantaron en armas en la propia prisión de Hostotipaquillo, donde se les tenía presos por actividades subversivas.<sup>9</sup>

Un par de años antes, Azuela había escrito una sarcástica escena en la cual su personaje, Andrés Pérez, confería grados militares, por obra y gracia del nombramiento de coronel que supuestamente le había otorgado “el mismísimo don Panchito”, a los alzados que se acercaron a él. Ahora la realidad lo colocaba bajo las órdenes

<sup>8</sup> Mariano Azuela. “Los de abajo” (conferencia), en *Obras completas*, t. III... p. 1078

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 1079.

de un general “de a dedo”; sin embargo, ello de ninguna manera lo incomodó.

Desde que se inició el movimiento con Madero, sentí un gran deseo de convivir con auténticos revolucionarios –no de discursos, sino de rifles– como material humano inestimable para componer un libro, de suerte que esa sola circunstancia me bastaba para sentir satisfacción y placer en mi forzada aventura.<sup>10</sup>

Y de esa aventura surgió la más popular novela de la Revolución mexicana.

Un testigo privilegiado del efímero triunfo de Madero fue José Vasconcelos, según se puede leer en *Ulises criollo*, libro que inicia las memorias del oaxaqueño errante, pues de niño vivió en bastantes partes de la República y de adulto pasó buena parte de su existencia en varios países de Europa y de América. El *Ulises criollo*, escrito en España, donde apareció en 1935, empieza narrando la infancia Vasconcelos y termina con el asesinato de Francisco I. Madero. Aproximadamente, el último tercio de este libro, que es una mezcla de crónica periodística con memorias literarias, gira en torno a la figura de Madero. Vasconcelos refiere que el ingeniero Manuel L. Urquidí los presentó, pues una tarde llevó a don Francisco Indalecio al despacho del oaxaqueño, que se encontraba en las calles de Isabel la Católica.<sup>11</sup> De inmediato simpatizaron. Vasconcelos, según sus propias palabras, no tenía motivos de queja contra el régimen: era un joven abogado –todo un señor profesionalista en una sociedad en la que sólo uno de cada cuatro mexicanos sabía leer y escribir– con un amplio, promisorio futuro ante sí. Sin embargo, no dejaba de advertir que había algo podrido en el país, por lo cual se sumó a la causa maderista. Vasconcelos es autor de la

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 1080.

<sup>11</sup> José Vasconcelos, *Ulises criollo*. “Francisco I. Madero”, en *La novela de la Revolución Mexicana*, t. I. Selección, introducción general, cronología histórica, por Antonio Castro Leal. México, Aguilar, 1971. p. 723.

frase “Sufragio Efectivo y No Reección” y se encargó de la dirección del semanario *El antirreeleccionista*, actividad que le acarrió su primer destierro, en la ciudad de Nueva York, donde se ganó la vida como traductor de cartas comerciales, en los días en que se celebraron elecciones presidenciales en México, en las cuales Díaz fue declarado “vencedor”. De vuelta la patria, adquiere fama de “exaltado”, en contraste con la indiferencia o apatía de los demás. El grupo del Ateneo de la Juventud se mantenía ajeno a la política, aunque su mayor parte simpatizaba con el maderismo; sin embargo, ante la avasalladora fuerza de la dictadura: “El más confuso escepticismo minaba la conciencia de nuestra generación.”<sup>12</sup> Así, el movimiento maderista será la rebelión de la inteligencia contra la brutalidad.

Vasconcelos presenta a Madero como un líder, no como

“un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos.”<sup>13</sup>

Resalta su honradez a toda prueba (durante su gobierno se compró por subasta, no según las conveniencias de los ministros, como en la dictadura); nunca prometió imposibles y aumentó el gasto en educación pública de ocho a doce millones de pesos, lo cual permitió el establecimiento de las primeras escuelas rurales sostenidas por la federación. Su figura contrasta con la de Venustiano Carranza, un senador porfirista que se disgustó con el tirano cuando Díaz no apoyó su pretensión de ser gobernador de Coahuila. Para Vasconcelos, Venustiano Carranza no pasaba de ser un viejo ladino, que metía cizaña para llevar agua a su molino. Los maderistas siempre actuaron siguiendo sus ideales; posteriormente, el carrancismo habría de “convertir la revolución

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 748.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 747.

en oficio bien pagado”<sup>14</sup>, no en vano el pueblo llamó “latrofaciosos” a los revolucionarios vencedores.

La entrada triunfal de Madero a la ciudad de México, el 7 de junio de 1911, es vista por Vasconcelos como una derrota de Huichilobos, el sanguinario. Los maderistas organizan el Partido Constitucional Progresista, cuyo vicepresidente es el oaxaqueño; cuando Madero asume la presidencia, le ofrece el puesto de subsecretario de justicia, pero no lo acepta por dos razones: en su actividad profesional tiene mucho éxito y desea que en el partido se respete su independencia. Uno de los primeros descalabros de Madero fue el levantamiento zapatista. Vasconcelos lo atribuye a manipulaciones de leguleyos y políticos del antiguo régimen. Refiere que en la Convención del Partido Constitucional Progresista se acordó desarrollar los lineamientos del Plan de San Luis. Los delegados zapatistas exigían el inmediato reparto de tierras, en tanto que los maderistas pugnaban por una verdadera reforma agraria que impidiera “los latifundios revolucionarios de los Álvaro Obregón, en Cajeme; de Plutarco Elías Calles, en el Mante; de Pablo González, en Morelos; de Amaro, en Durango, etc.”<sup>15</sup> En dicha convención se eligió a Pino Suárez –“hombre sin tacha”– como candidato a la vicepresidencia. Vasconcelos –una rara mezcla de hombre de ideas y hombre de acción– resume así su primer contacto a fondo con la política real: “Salí de la Convención triunfante, pero asqueado de aquel primer contacto con las ambiciones del Poder.”<sup>16</sup>

José Vasconcelos fue testigo de que el presidente Madero se negó a ultimar a Félix Díaz, como más de uno le aconsejó, después de la frustrada rebelión del sobrino del dictador. Optó por encarcelarlo, por lo cual el Madero apóstol prevaleció sobre el político. Vasconcelos cita su razonamiento:

<sup>14</sup> *Ibid.* p. 752.

<sup>15</sup> *Ibid.* p. 768.

<sup>16</sup> *Ibid.* p. 769.

–¿ Para qué voy yo a mancharme matando a un hombre que así se suicida moralmente (refiriéndose al texto en que Félix Díaz invitaba a la rebelión)?... Por lo demás –añadió después de un instante de reflexión–, si el país es capaz de aceptar nuevas militaradas de ese género, entonces yo salgo sobrando... Prefiero irme a caer en lo que hemos censurado a nuestros antecesores...<sup>17</sup>

Así se expresó Madero en noviembre de 1912, tres meses después sería asesinado por los chacales reunidos en el Pacto de la Ciudadela, entre los que destacaron Victoriano Huerta y Félix Díaz, con la complicidad del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson. Vasconcelos trató a H. Lane Wilson y constató que su comportamiento con Madero en más de una ocasión resultó insolente, pues el coahuilense nunca le mostró la condescendencia de su antecesor. El Presidente de México lo toleraba por una razón: el periodo de Taft estaba por concluir, según comentó Madero a Vasconcelos durante uno de sus paseos matinales por el bosque de Chapultepec.

–Dentro de unos meses sube a la presidencia de Estados Unidos Woodrow Wilson, que es amigo mío, y el primer favor que voy a pedirle es que cambie representante. Este Henry Lane es un alcohólico; todas las noches se duerme con champaña.<sup>18</sup>

No en vano se entendió tan bien con Victoriano Huerta; su infamia fue cometida un par de semanas antes de que terminara la misión del borrachín Lane en México.

Un viaje a Tampico por razones profesionales impidió a Vasconcelos estar en la ciudad de México al inicio de la asonada huertista, que relata en “El averno”<sup>19</sup>, capítulo final del *Ulises criollo*. Un colega le informó vía telefónica las infaustas nuevas: la muerte del general Bernardo Reyes y la prisión de Madero, mientras Félix Díaz se atrincheraba en la Ciudadela con

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 785.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 787.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 795-805.

cuatrocientos hombres. Vasconcelos regresa a la capital de noche y se encuentra con una urbe paralizada, en la que es preciso movilizarse a pie o en bicicleta. Tiene la oportunidad de ver a Sarita, la esposa de Madero, “resguardada” por integrantes del Estado Mayor de Huerta. Ella le dice que Pancho desea verlo. Acto seguido se dirige a Palacio Nacional en un auto militar. Se encuentra con el presidente Madero en el Salón Azul.

Después del abrazo afectuoso, repetí la consigna.

–El país está en paz, sólo que se dice que Huerta le ha quitado a usted el mando y lo ha convertido en su prisionero.

En ese instante apareció, con el andar zigzagueante de fiera cauta, el propio Victoriano Huerta. Madero reía de mi dicho...

–A ver: oiga usted, general, oiga lo que dice V...

Sin darme la cara, el taimado oyó y calló. Ni un músculo tembló en su faz renegrida. Sus ojos vieron desviado y sus labios no se abrieron...

Madero habló.

–Ya ve usted... Aquí está el general, todo lealtad...

Y al pasarle Madero el brazo por el hombro, el traidor logró escurrirse.<sup>20</sup>

Momentos después Madero le contó de las presiones del embajador yanqui, quien había empujado a todo el cuerpo diplomático para que le pidiera su renuncia, además de haber amenazado con un desembarco de tropas en Veracruz si se causaban perjuicios a alguno de los norteamericanos que vivían cerca de la Ciudadela; debido a ello, las tropas del gobierno se habían mostrado sumamente cautelosas en sus ataques a los rebeldes. A pesar de todo, el mandatario se mostraba optimista: “Triunfaremos porque toda la razón está de nuestra parte.” Vasconcelos pudo constatar que en el círculo más cercano al Presidente, quien le había confiado que en cuanto pasara esa crisis cambiaría a todo su gabinete por gente de menos edad y

<sup>20</sup> *Íbid.*, p. 798.

más activa, no existía esa confianza. Almorzó en Palacio con un Madero animoso, en contraste con las caras lúgubres de sus ministros que los acompañaban. Mientras comían, hasta ellos llegaban los ruidos, cada vez más fuertes, del combate, síntoma inequívoco de que las tropas del gobierno no tenían la puntería tan certera como los sublevados. Entonces, Vasconcelos le preguntó al ministro de la Guerra, “que no tenía cara de traidor sino de bembó”, ahí presente.

—¿Por qué no asaltan y acaban en dos horas con ese manajo de ratas? —insistí—. Es una vergüenza que cuatrocientos hombres tengan en jaque a toda la nación, que está en paz y apoya al gobierno.

Sólo entonces contestó el ministro:

—Eso no me compete; la responsabilidad de la situación la tiene el general Huerta.<sup>21</sup>

El chacal, su par Félix Díaz, y otros militares de la misma calaña llevaron a cabo la asonada golpista casi por nota, según se comenta en el capítulo XIV de la novela *Tierra*, del veracruzano Gregorio López y Fuentes, quien a raíz del asesinato de Madero se enroló en las fuerzas carrancistas.

—¡Pero si estas gentes pelean en forma muy decente! Interrumpen el fuego poco antes de la una, como para sentarse a la mesa con toda tranquilidad; lo reanudan por la tarde, se cañonean hasta entrada la noche y vuelven a la carga poco antes del amanecer.<sup>22</sup>

No pocos habían advertido la clase de tipejo que era Victoriano Huerta y le pidieron a Vasconcelos que convenciera al Presidente de poner al mando del ejército a un militar con honor.

También me habían aleccionado para que influyera en Madero a fin de que quitara el mando a Huerta y se lo diera al general

<sup>21</sup> *Ibid.* pp. 798-799.

<sup>22</sup> Gregorio López y Fuentes. *Tierra*, en *La novela de la...*, t. II, p. 281.

Ángeles, de lealtad insospechable. La víspera había hecho Huerta una infamia que justificaba el Consejo de Guerra, aparte de la destitución. Por una calle estrecha que desemboca a la Ciudadela había metido un regimiento de irregulares maderistas. Los sitiados, sin duda prevenidos, se habían limitado a soltar las ametralladoras. Toda la ciudad vio la carnicería y la traición.

—Y Madero no ve—exclamaban todos.<sup>23</sup>

La actuación de Francisco Indalecio Madero como presidente dejó bastante que desear, en el mejor de los casos se puede alegar en su defensa que procedió con mucha —para la mayoría de los mexicanos demasiada— medida, tratando de evitar nuevos brotes de violencia y provocó exactamente lo contrario. La narrativa de la Revolución se lo llama de tres formas: “el loco Madero”, cuando se lanzó como candidato presidencial en contra de Porfirio Díaz; “el señor Madero”, cuando la Revolución estalló y eventualmente triunfó; “el chaparro Madero”, cuando fue Presidente de México... José Vasconcelos, quien no volvió a ver con vida a su estimado y admirado Francisco Madero, trata de explicar con estas palabras el hecho de que el apóstol de la democracia no se haya librado del chacal que lo asesinó: “... el destino, al consumir fines tortuosos, ciega a los más lúcidos en el instante en que va a destruirlos. Sobreviene una especie de parálisis la víspera de las derrotas injustas, pero inevitables.”<sup>24</sup> Y esta derrota le costó a México casi un millón de vidas.

En otro orden de cosas, la traición de Huerta se convirtió en un extraordinario incentivo para los hombres de letras mexicanos: muchos de ellos debieron abandonar el país y en el exilio escribieron lo más significativo de su producción, como Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán; aun aquéllos que colaboraron con el traidor, debieron exiliarse a su caída y en otras tierras escribieron obras maestras, como su canciller, Federico Gamboa. Tómese como una paradoja, pero la novela

<sup>23</sup> José Vasconcelos. *Op. cit.*, p. 798-9.

<sup>24</sup> *Ibid.* p. 799.

de la Revolución mexicana no sería lo rica que es sin “la inspiración huertista”, puesto que en su mayor parte se ocupa de los sucesos desencadenados a partir de la Decena Trágica. Ciertamente, Madero soltó al tigre, cebado y enjaulado por el porfiriato, pero Victoriano Huerta le propinó el fuetazo definitivo.

Martín Luis Guzmán inicia la acción de *El águila y la serpiente* (Madrid, 1928) justo cuando su personaje está a punto de partir a Estados Unidos. “Llevaba en mi cartera cincuenta dólares; en el alma, una indignación profunda contra Victoriano Huerta.”<sup>25</sup> *El águila y...* es una novela testimonial, escrita en primera persona, que en muchos momentos da la impresión de ser una crónica apenas esbozada, una relación de hechos redactada con un estilo impecable. Consigna, como señala en el prólogo a las *Memorias de Pancho Villa*, “la forma en que se realizó, en 1913 y 1914, mi paso por los campos militares de la revolución.”<sup>26</sup> Si bien hay más de quince años entre los hechos históricos que presenta y la aparición de la obra literaria, el texto presenta una nitidez tal, que bien se puede conjeturar que Martín Luis Guzmán escribió su novela basándose en notas que había tomado en los días en que los hechos que narra sucedieron en la realidad, circunstancia que corrobora en el citado prólogo a las memorias de Villa, donde señala lo siguiente:

El haber yo tratado a Villa personalmente y con cierta intimidad; el haberle oído contar a menudo episodios de su existencia de perseguido y de revolucionario y, sobre todo, el haber tenido entonces el cuidado de poner por escrito, y con cuanta fidelidad textual me era dable, lo que él decía en mi presencia.<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, en *La novela de la Revolución Mexicana*, t. I, p. 209.

<sup>26</sup> Martín Luis Guzmán, “Prólogo” a *Memorias de Pancho Villa*. México, Porrúa, 1991, p. VII (Sepan cuantos, 438).

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. VIII.

En San Antonio, Texas, se encontró con José Vasconcelos –cuyo *Ulises criollo* es una especie de primo hermano de *El águila y la serpiente*– y juntos celebran los primeros triunfos de “El Centauro del Norte.”<sup>28</sup> La novela, cuya acción va desde el inicio de la lucha contra el usurpador hasta la caída del gobierno de la Convención de Aguascalientes, está llena de personajes históricos; muchos de ellos aparecen ante el lector “tras bambalinas”; esto es, momentos antes de que entren o vuelvan a entrar en acción revolucionaria. Martín Luis Guzmán estuvo en contacto con grupos cercanos a los principales caudillos: Carranza, Obregón, Villa, así como con asistentes a la Convención. Quizá el mayor interés de la novela resida en las ideas que el escritor se formó de esos personajes históricos. He aquí algunas de ellas: al contrario de Vasconcelos, quien siempre habló mal de Carranza, Martín Luis Guzmán acepta a “El Primer Jefe”, quien lo acoge “protectora y patriarcalmente”.<sup>29</sup> Guzmán advierte que Carranza era muy pagado de sí, siempre acaparaba la conversación e invariablemente tenía la razón. En el cuartel general carrancista estaba el general Felipe Ángeles, cuyo papel en la historia de México parece ser el de la ausencia: él debió ocupar el puesto de Victoriano Huerta junto a Madero y no estuvo con Villa en Celaya. Martín Luis Guzmán lo ve “solo, melancólico, con el alma perdida en las estrellas, él, verdadero hombre de acción y de grandes impulsos...”<sup>30</sup> En Hermosillo conoció a Obregón –admirado por Adolfo de la Huerta y por Pani–, quien se mostraba sumiso a Carranza. Álvaro Obregón era un buen militar, con disciplina y oficio, pero sin genio. A Martín Luis Guzmán el único general que salió invicto de la contienda revolucionaria le mereció el siguiente juicio:

...me pareció un hombre que se sentía seguro de su inmenso valer, pero que aparentaba no dar a esto la menor importancia. Y

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 225.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 234.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 235.

esta situación dominante como que normaba cada uno de los episodios de su conducta: Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecían de toda raíz personal, de toda realidad interior con atributos propios.

Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante.<sup>31</sup>

Como es del dominio público, Doroteo Arango, conocido en todo el mundo como Pancho Villa, fue la figura que más impactó a Martín Luis Guzmán. Su primer encuentro fue una noche, en Ciudad Juárez, en compañía de Nefalí Amador y de J. Pani, quien había sido subsecretario de Madero. El cabecilla se encontraba en su campamento:

Era evidente que Villa se había metido en la cama con ánimo de reposar sólo un rato; tenía puesto el sombrero, puesta la chaqueta y puestos también, a juzgar por algunos de sus movimientos, la pistola y el cinto con los cartuchos...

Su postura, sus gestos, su mirada de ojos constantemente en zozobra denotaban un no sé qué de fiera en el cubil; pero de fiera que se defiende, no de fiera que ataca; de fiera que empezase a tomar confianza sin estar aún muy seguro de que otra fiera no la acometiese de pronto queriéndola devorar.<sup>32</sup>

Martín Luis Guzmán refiere que en aquella ocasión Pani le hizo a Villa un relato de la muerte de Madero y que platicaron más de treinta minutos. El escritor no dejó de percibir que esa conversación “puso en contacto dos órdenes de categorías mentales ajenas entre sí... ahí estaban tocándose dos mundos distintos y aun inconciliables en todo, salvo en el accidente casual de sumar sus esfuerzos para una lucha.”<sup>33</sup> Y estos dos mundos, tan ajenos uno al otro, volvieron a separarse al final de la

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 247.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 231.

<sup>33</sup> *Loc. cit.*

Revolución mexicana, cuando el país tuvo unos nuevos dueños, pero los mismos sirvientes... Sin embargo, la unión del escritor Martín Luis Guzmán con el general Francisco Villa, del hombre de libros con el hombre “con alma de jaguar”, persistió más allá de la lucha revolucionaria. En efecto, Francisco Villa es el personaje preferido de Martín Luis Guzmán, de la misma forma que *El águila y la serpiente* es su libro preferido, acaso por ser el más personal de todos los que escribió.<sup>34</sup> Ahí Martín Luis Guzmán aparece como un joven que persigue un ideal de justicia y parece encontrar en Villa al caudillo que lo haga realidad. “¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!” exclamó José Vasconcelos cuando llegaron a San Antonio, Texas, las noticias de los primeros triunfos villistas. Martín Luis Guzmán se acordó del júbilo de su colega mientras regresaba a territorio de Estados Unidos sin poder liberarse de la imagen del revolucionario.<sup>35</sup> ¿Fascinación de la inteligencia por la fuerza? ¿Comprensión de que en un país como México la justicia social únicamente se logra con el auxilio de la violencia? El más inteligente de los narradores de la Revolución mexicana escribió cientos y cientos de páginas tratando de responder estas interrogantes. El prólogo a las *Memorias de Pancho Villa* culmina con la exposición de las causas que llevaron a un talento tan brillante como el de Martín Luis Guzmán a dedicar muchas de sus mejores jornadas como creador a ese mexicano que alguna vez se llamó Doroteo Arango. Más que una explicación viene a ser un epitafio.

Poner más en relieve cómo un hombre nacido de la ilegalidad porfiriana, primitivo todo él, todo él inculco y ajeno a las enseñanzas de las escuelas, todo él analfabeto, pudo elevarse, proeza inconcebible sin el concurso de todo un estado social, desde la sima del bandolerismo a que lo había arrojado su ambiente, hasta

<sup>34</sup> “Martín Luis Guzmán, en Emmanuel Carballo. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México, Ediciones del Ermitaño-SEP, 1986. pp. 73-119. (Lecturas Mexicanas, segunda serie, 48)

<sup>35</sup> Martín Luis Guzmán. *El águila y...* p. 232.

la cúspide de gran debelador, de debelador máximo, del sistema de la injusticia entronizada, régimen incompatible con él y con sus hermanos en el dolor y en la miseria.<sup>36</sup>

Y en tales circunstancias no hay respuestas satisfactorias, al menos para los que se unieron a “la bola” y sus descendientes. En *El águila y la serpiente* Francisco Villa es una fiera que se apresta a atacar; las *Memorias de Pancho Villa* finalizan cuando el general Villa, derrotado en Celaya, se prepara a dar otra batalla, entre León y Trinidad, donde –y aquí empieza el silencio del memorioso biógrafo– otra vez será vencido. Ciertamente, un final anticipado, o si se quiere un testimonio incompleto, pero que mantiene la leyenda de “El Centauro del Norte”, bien montado en su silla y cabalgando –todos creen saber hacia dónde– a galope tendido.

Nellie Francisca Ernestina Moya Luna nació justo en el año 1900, en San Miguel de las Bocas, hoy Villa Ocampo, un pueblito serrano al norte del estado de Durango. Ahí mero, para más señas en casa de don Martín Villa, se crió un tal Doroteo Arango; don Martín no sólo lo cuidó y alimentó, sino que lo reconoció como familiar. Con el paso del tiempo Doroteo Arango se convirtió en Pancho Villa y Nellie Francisca Ernestina Moya Luna en Nellie Campobello, autora de *Cartucho*, cuyos *Relatos de la lucha en el norte de México* “son verdad histórica, son hechos trágicos vistos por mis ojos de niña.”<sup>37</sup> Seguramente desde los once o doce años Nellie oyó hablar del celeberrimo “Centauro del Norte”, sin duda el personaje más popular de la Revolución mexicana; poco tiempo después, a finales de 1915 o principios de 1916, las tropas de Villa pasaron justo enfrente de su casa, situada en la calle de la Segunda del Rayo, en la ciudad de Parral, Chihuahua. No desfilaban triunfantes, sino que iban arrastrando una serie de derrotas: Celaya, Silao, León, Guaymas, Agua

<sup>36</sup> Martín Luis Guzmán. *Memorias de Pancho Villa*. p. X.

<sup>37</sup> Las declaraciones de Nellie Campobello están tomadas de una entrevista que concedió a Emmanuel Carballo en 1958, incluida en *Protagonistas...* pp. 408-419.

Prieta... La adolescente que todavía conservaba muchos rasgos infantiles entró en contacto con esos soldados maltrechos y vencidos, platicó con ellos; muy pronto la adolescente y los villistas hicieron migas y hasta jugaron a las muñecas. Así se originó la visión más singular de la Revolución mexicana, que ciertamente contrasta radicalmente con las demás. En efecto, sea desde la perspectiva de la gente de tropa, desde la de los jefes y oficiales revolucionarios o desde la de los intelectuales, la novela y la narrativa de la Revolución mexicana presentan una serie interminable de barbaridades y bestialidades cuyo resultado final dista mucho de ser satisfactorio en lo referente a conquistas sociales. Saqueos, violaciones, ejecuciones sumarias, paisajes llenos de colgados se suceden en los relatos de una revolución que muy temprano fue traicionada. A fin de cuentas, “la bola” vino a resultar un tigre suelto en medio de una multitud asustada e inerme.

Pero este tigre no dio cuenta de Nellie Francisca; es más, ni siquiera la asustó. En cambio, para la niña es una novedad que haya tiroteos en la calle donde vive, llama su atención que un cadáver permanezca tres días a pocos metros de la puerta de su casa, que los heridos anden con las tripas de fuera. Para ella, la Revolución mexicana fue motivo de curiosidad y... de juegos. Los revolucionarios, que ignoraban si verían la luz de la mañana siguiente, de ninguna manera la obligaron a esconderse en el último rincón de su casa: antes bien algunos se convirtieron en amigos de ella y de su hermana y otros –aunque ya muertos– fueron los novios de sus muñecas. En *Cartucho (Relatos de la lucha en el norte de México)*, obra escrita en La Habana, Cuba, y publicada por vez primera en Xalapa, Veracruz, en 1931,<sup>38</sup> Nellie Campobello se propuso rendir tributo, expresar su reconocimiento a esos combatientes, en especial a su jefe Francisco Villa. Campobello fue la primera en restaurar el buen

<sup>38</sup> Nellie Campobello. *Cartucho (Relatos de la lucha en el norte)*. Xalapa, Ediciones Integrales, 1931.

nombre de Villa, quien desde el fin de la Revolución y hasta inicios de los años treinta estuvo proscrito. Según ella, los libros sobre la Revolución mexicana “están repletos de mentiras contra los hombres de la revolución, principalmente contra Francisco Villa”. Por ello, decidió escribir *Cartucho, Relatos de la lucha en el norte de México*, para “vengar una injuria” y contar su verdad. Su testimonio es la visión más fresca e interesante de la Revolución mexicana, pues Nellie, según señala Blanca Rodríguez:

Campobello no participó en una experiencia periodística o literaria; tampoco se había unido a los ejércitos revolucionarios ni había vivido los conflictos políticos entre los caudillos; en suma, alejada de un perfil que la identificara con ellos, es el ímpetu de su vivencia personal y el recuerdo de la figura de Francisco Villa lo que la encamina a la creación literaria.<sup>39</sup>

Nellie Campobello asentó en el papel su experiencia con el villismo con palabras simples, sencillas, sin necesidad de inventar algo, pues bien sabía que: “Los hombres de la revolución... no necesitan que los novelen: traen en sí mismos la novela.”<sup>40</sup>

Una novela que si bien transformó a la nación, difícilmente puede decir que ha tenido un final feliz para la inmensa mayoría de los descendientes que combatieron para hacerla realidad.

<sup>39</sup> Blanca Rodríguez. *Nellie Campobello: eros y violencia*. México. UNAM-Coordinación de Humanidades, 1998. p. 148.

<sup>40</sup> Véase nota 30.



JOSÉ VASCONCELOS:

## LOS CAPRICHOS DE UN SEDUCTOR PROMETEICO

— GLORIA JOSEPHINE HIROKO ITO SUGIYAMA\*

### ULISES PROMETEICO

José Vasconcelos fue, sin duda, un escritor a quien resulta imposible olvidar en el contexto mexicano, bien que haya sido un Ulises prometeico. Ulises o el placer del viaje. El personaje homérico representa, para nosotros, el abandono de la seguridad y el confort del hogar en el seno de la familia; por lo mismo, Ulises es la búsqueda del “otro”, de lo desconocido. Así, José Vasconcelos, nuestro héroe, siempre mostró una gran sed por resolver cuestiones que le atormentaban y le eran un enigma. Construye, así, su propia odisea; un modo personal de estar en el mundo. Su curiosidad lo encamina a la exploración de la novedad, aunque esto lo lleve lejos de la comodidad de morada y hacia el encuentro de lo ignoto. Su vida y su obra son una epopeya, el periplo emprendido que más que un viaje físico, que no dejó de serlo, es uno hacia su interior. Viaje en busca, no de las voces de las sirenas, sino de la voz nacional de nuestro México; ésa, tan volátil y etérea que pareciera escapársenos de las manos a la menor provocación<sup>1</sup>.

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Cfr. Octavio Paz, en Nota filológica preliminar de Sergio Pitol: “Esplendor en la acción, en el pensamiento. Y, también, esplendor de la carne”, XXVIII en: José Vasconcelos, *Ulises criollo*<sup>2</sup>, edición crítica Claude Fell (coordinador ALLCA XX (Colección archivos), 2000; Madrid. Barcelona. Habana, Lisboa, París, México, Buenos Aires, Sao Paulo, Lima, Guatemala, San José.

Su odisea pretende superar el empirismo miope e inamovible que nos envuelve, para abrir la posibilidad de reemplazarlo por una percepción que concilie hondura, fuerza, unidad y totalidad<sup>2</sup>. El ambiente turbio del México de aquel entonces, el de la Revolución, también justifica la analogía con su empresa homérica.

Ulises, aquél que sabía adaptarse a la adversidad, vagabundo, soñador, revolucionario, aventurero y perdurable. Así, la obra del héroe José Vasconcelos, es la del hombre que, en su recorrido, y a pesar de sus yerros, no abandona la empresa, su barco. En ninguno de sus proyectos, tan dispares como hayan sido, en ninguna de sus ocurrencias, tan contradictorias como se quiera, quedan en el estado inicial de su formulación. Es, como menciona Mariano Azuela<sup>3</sup>: un destino que de pronto refulge, para luego apagarse en largos trechos de sombra, como le sucediera al héroe griego.

Vasconcelos se llama a sí mismo Ulises<sup>4</sup> estando en Lima (1916), y en un escrito, lleno de furia y encono, exclama: “Vengo de estrangular a la sirena”<sup>5</sup>. Impetuoso, Vasconcelos se identifica con la estirpe del héroe griego, sagaz y hábil, en tanto que es el paladín defensor de la nacionalidad mexicana, su Ítaca. Primero, aventuras; luego, naufragios; más tarde, encuentros con Circes, hasta que a su retorno tiene que luchar contra “los pretendientes” de su dama (Estados Unidos, caudillos, los indios, la oligarquía) que codician y desean usurpar su Ítaca<sup>6</sup>. No por ello, nuestro

<sup>2</sup> Esto es lo que José Vasconcelos quiso expresar con el título de su obra: *De Robinson a Odiseo*.

<sup>3</sup> Mariano Azuela, *Obra completas*, tomo III, p. 709.

<sup>4</sup> Aunque de acuerdo con Christopher Dominguez Michael sería más adecuado compararlo con Áyax por su arrebató como héroe enloquecido que toma por ejército al ganado y ante la burla de quienes deberían ser sus víctimas se ensaña con bueyes y cameros. Véase Christopher Dominguez Michael, “José Vasconcelos, padre de los bastardos”, en: *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo XX*, p. 96.

<sup>5</sup> Cfr. Enrique Krauze “Pasión y contemplación en Vasconcelos”, en *Vielta*, no. 78, mayo 1983, p. 16.

<sup>6</sup> Cfr. Maryse Gachie-Pineda, “El Ulises Criollo, 1935: ¿Una nueva historia mexicana revisitada?”, en Claude Fell (coordinador de la edición crítica), del *Ulises criollo*, de José Vasconcelos, p. 575.

Ulises criollo deja de ser tentado por el mundo del poder y el de la carne femenina.

Ulises sí, pero opuesto al de Joyce, en tanto que la obra vasconceliana está divorciada del estilo, mientras que la del genio dublinés, por el contrario, intenta incluir en su odisea todos los procedimientos estilísticos posibles e imaginables.

Para Liliana Weinberg, la elección del griego Ulises es estratégica en más de un sentido, ya que permite que su autor despliegue y reinterprete múltiples sentidos del símbolo: la figura heroica en sí, el tiempo sin tiempo de los héroes (artífices principales de la emancipación hispanoamericana, que comenzaron a perder su hegemonía con la irrupción del mestizo, desencadenando un proceso revolucionario) y una de las formas simbólicas de más largo y profundo arraigo en la experiencia humana<sup>7</sup>.

Prometeico, porque al igual que el semidiós clásico, con decisión y fogosidad desafió a los dioses. Vasconcelos como Prometeo es un romántico templado en ocasiones, pasional en otras; vencedor en las lides, benefactor de la humanidad que creyendo firmemente en su destino prometéico sacó al hombre de la oscuridad.

En la década que siguió inmediatamente a la Revolución, se propuso esa empresa, digna de Prometeo, tarea titánica de la alfabetización y de la educación en la que colaboraron Manuel Gómez Morín, Carlos Pellicer, Vicente Lombardo Toledano, Julio Torri, Daniel Cosío Villegas, Miguel Palacios Macedo, Narciso Bassols, entre otros, contagiados por la loable labor del Maestro, quien es prometéico también por audaz y porque a diferencia del apostolado académico de Antonio Caso, de Reyes con su apacible humanismo o de la estoica sabiduría de Henríquez Ureña, como menciona Krauze (apolos),<sup>8</sup> es pretencioso y

<sup>7</sup> Liliana Weinberg de Magis, "La cicatriz de Ulises", en Claude Fell (coordinador de la edición crítica), del *Ulises criollo*, de José Vasconcelos, p. 714.

<sup>8</sup> Enrique Krauze, en *Op. cit.*, p. 15.

totalizante. Todos ellos de temperamento equilibrado y de prudencia infinita. Vasconcelos despreciaba, en el fondo al Ateneo. “Andaba en busca del saber, sino de la revelación”,<sup>9</sup> de aquélla que se da al digno portador del fuego.

Reyes le escribe a Vasconcelos en una ocasión: “Somos diferentes, y eso más bien nos ha acercado. Y no puedo hablarte sino con palabras de íntimo trato. Yo no puedo dirigirme a ti en términos de solemnidad oficial: eres parte en la formación de mí mismo, como yo soy parte en la tuya.”<sup>10</sup>

En efecto. Vasconcelos y Reyes eran “diferentes”, pero al mismo tiempo, complementarios (Dionisio-Apolo) como lo confirman las cuarenta y nueve cartas donde se reflejan algunos acontecimientos decisivos tanto para la historia contemporánea mexicana como para su relación amistosa<sup>11</sup>.

Para Antonio Castro Leal fue un Prometeo, en cuanto a ensayista excelente que supo darse a su tema y logró traducir las sensaciones personales en una cadena de ideas convincentes y estimulantes, su pensamiento nunca fue un juego ideológico en el vacío, sino la flor de un modo de sentir.<sup>12</sup> Sin embargo, también reitera que su prosa es desaliñada y tiende a lo documental. Un rasgo prometéico-dionisiaco más de ese Ulises apasionado.

Vasconcelos es asimismo el Prometeo que vive amando y odiando. Su mérito es la provocación, ya que suscitó al diálogo y no al silencio. Titán que busca la igualdad y la humanidad. Rebelde contra la injusticia, roba a Hefesto y Artemisa la sabiduría de las artes y el fuego. Fuego como símbolo de vida, energía e inteligencia. Para Rodolfo Usigli, Vasconcelos fue el

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>10</sup> Alfonso Reyes, “Despedida a José Vasconcelos”, en *Obras completas*, IV, México, FCE., p. 441.

<sup>11</sup> La amistad en el dolor, Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes 1916-1959, compilación y notas de Claude Fell, El Colegio Nacional, México 1995, p. 22.

<sup>12</sup> Antonio Castro Leal, en Prólogo a *Páginas escogidas*, de José Vasconcelos, México, Ediciones Botas, 1940, p. 26.

Prometeo de las ideas, no el de la fe<sup>13</sup>, porque vaciló pero infatigable discurría y debatía tanto en temas éticos, como estéticos o políticos. Y con razón, ya que el destierro tuvo para Vasconcelos un enorme valor como aguijón histórico. Él fue un “Prometeo encadenado”, no por los celos de los dioses, sino por la apatía del pueblo mexicano.

José Vasconcelos dionisiaco, arrojado, excesivo, sibarita, osado, trágico, impetuoso, soberbio, excéntrico, irracional, arbitrario y pasional, sobre todo los últimos veinticinco años de su vida, cuando hizo gala de cinismo y su venalidad convicta y confesa lo convirtieron en una piltrafa moral y le restaron la autoridad y virtud que había adquirido antes de 1930<sup>14</sup>, frente a sus lectores, simpatizantes, sus contemporáneos: Jorge Cuesta, Daniel Cosío Villegas, los ateneístas como Alfonso Caso, Henríquez Ureña (dominicano), todos ellos de temple firme, conservador, medido del dandismo de su generación: apolíneo, a quienes él califica de Apolos de pies planos.<sup>15</sup> Ellos fueron los que en la época del gobierno del general Díaz abandonaron el positivismo y exploraron otras corrientes de pensamiento contemporáneo. Apolos plenos de luz con su santuario en el Ateneo, en donde hacen que florezcan las artes con sus discursos luminosos.

La rebeldía de Vasconcelos, su osadía y desenfreno, su carácter dionisiaco hicieron de él un “líder” intelectual de centro izquierda que acabó en portavoz de la extrema derecha y este mismo carácter sin duda hizo que en él todo fuera “nervio y autenticidad.”<sup>16</sup> Fue a tal grado su ambición que paralizó a la razón.

Así, *Ulises criollo* es una obra que escribe Vasconcelos, de espíritu inquieto, dos años después de la derrota de las elecciones

<sup>13</sup> Cf. Rodolfo Usigli “Ulises, águila de prometeo. Encuentros, afinidades, distancias con José Vasconcelos”, en *Excelsior*, 3 de agosto de 1959, p. 6.

<sup>14</sup> Max Aub, *Op. cit.*, p. 45.

<sup>15</sup> Luis Cardoza y Aragón, “José Vasconcelos”, en *El río*, p. 710.

<sup>16</sup> Max Aub, *Op. cit.*, p. 45.

presidenciales que sufre. Melodrama, más bien tragedia, obra por entregas, folletinesco, oportunidad de aventura, de búsqueda del conocimiento, de enriquecernos en la travesía —en un doble sentido: el real y el metafórico.

*Ulises criollo*, obra que conjuga haciendo uso de estrategias todas que logran cuenta con una numerosa audiencia, dónde él se incuba de estoicismo, a fuerza de que sus entrañas sean carcomidas, conjunción de tiempo y mundo, de la biografía a la historia de un periodo de la nación, marca la frontera entre lo cotidiano y el inicio de la Revolución: epopeya real del movimiento social.

*Ulises criollo* pertenece a un movimiento cultural que postuló la necesidad de inventar un lenguaje vitalista y sensorial que a la vez expresar nuevas aprehensiones de la realidad y estimular formas entusiastas de aprehenderla, como ya habían intentado anteriormente Payno, Altamirano, Posada y José María Velasco.<sup>17</sup>

Criollo, que de acuerdo con Uslar Pietri, fue un compendio de desdenes, afirmaciones y resentimientos<sup>18</sup>, y entendido en su visión amplia como lo natural de la tierra, pero también el descendiente de europeo, sobre todo español, que nace en territorio americano, incluyendo a la población negra (Carpentier). Por tanto, empleamos el término “mestizaje” no únicamente como mezcla de razas, la española y las prehispánicas, sino que involucra el proceso de enfrentamiento y de interacción entre las culturas respectivas, incluyendo al espacio en que esto se lleva al cabo.

De niño, para Vasconcelos, la nacionalidad fue algo frágil, idealizado. Se ve asaltado y anulado cuando se encuentra en Estados Unidos:

Contra la realidad, había que arraigarse en un México vislumbrado a través de los recuerdos de la madre y de la abuela,

<sup>17</sup> José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, FCE, 1983, p. 25.

<sup>18</sup> Arturo Uslar Pietri, *La invención de América mestiza*, p. 241.

de textos y grabados como el Atlas de García Cubas, de la religión y de las anécdotas de la historia nacional. En el nacionalismo de la clase media porfiriana a que perteneció Vasconcelos era tan débil como ese grupo minoritario que el maderismo habría de representar.<sup>19</sup>

De acuerdo con el historiador Javier Garciadiego, hoy día director del Colegio de México, en Vasconcelos encontramos tres momentos fundamentales de la vida mexicana: la del Ateneo (Dionisio contra Apolo), la promaderista (Prometeo encadenado) y la antimaderista (Prometeo liberado), veinte años después.

V leyó *Historia de Jesucristo*, de Luis Veillont, así como *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand, influencia de su madre;<sup>20</sup> así, su memoria emocional hizo palidecer a la objetiva, viviendo entre dos culturas que se contradecían, en la escuela escuchó: "Mexican are a semi-civilized people", mientras en casa decían que "los yankees eran recién venidos a la cultura."<sup>21</sup>

"De sus diferencias políticas procede lo mejor de su obra y, gracias a tales desequilibrios, él innovó el género autobiográfico al vincular hechos desde las descripciones más o menos precisas, fragmentos de ensayos, paisajes imaginados y una misma indignación que hila lo evocado a su mundo imaginario."<sup>22</sup> Realidad y mito como al héroe de Ítaca.

De acuerdo con Max Aub, Vasconcelos fue genial y extremado, gran escritor a ratos, pero siempre un señorito.<sup>23</sup>

## MAREJADA A LA DERIVA Y ATRACCIÓN DE LAS SIRENAS

Desde que aprendí a leer, me importó el contenido y no la forma (menciona el propio Vasconcelos en *Ulises criollo*). Con todo,

<sup>19</sup> Christopher Domínguez Michael, "José Vasconcelos, padre de los bastardos", en *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo XX*, p. 54.

<sup>20</sup> José Vasconcelos, *Ulises Criollo*. 50 y 112 pp.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 32-3 pp.

<sup>22</sup> Martha Robles, *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus Memorias*, México, FCE, 1209, p. 81.

<sup>23</sup> Max Aub, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, p. 45.

Ureña, Caso, Cosío Villegas, Zea, al igual que muchos escritores, pensadores mexicanos y extranjeros, consideran que la prosa narrativa de José Vasconcelos, sobre todo su libro autobiográfico caracterizado como novela, *Ulises criollo* constituye una de las más originales y geniales obras de las letras mexicanas. El común denominador de su obra es una frustración del maestro, político, creyente y pensador.

José Luis Martínez lo cataloga como un hombre que carece de aparato técnico para escribir, de grandes emociones en quien fluye un irreprimible torrente de ideas, con una notoria incapacidad para tratarlas objetivamente, y de él se expresa así<sup>24</sup>: desea invadirlo todo, presenta informidad y confusión, con grandes descuidos. Se trata de una obra desigual, pero su mérito radica en que no es sólo relato de la situación exterior sino indagación de lo propio del espíritu, pasión personal, desahogo de resentimientos y un compartir las experiencias. En sus inicios, *Ulises criollo* es más bien de carácter autobiográfico, para terminar siendo más política. No cabe duda de que los mecanismos de la memoria y los de la escritura autobiográfica están determinados por el acervo consciente e inconsciente de la memoria al que se vuelve después de un recorrido vital.

Ególatra, soberbio arrogante, no del conocimiento, ni del saber por el saber, sino éste al servicio de la moralidad de un concepto del ser en su totalidad, Vasconcelos se endiosa, “se enamora de sus carencias, se obceca en ellas [...] —como diría Pitó—, este tipo de personalidades por lo general trata de imponer sus concepciones a los demás.”<sup>25</sup> Él mismo, tanto en *Ulises criollo* como en sus *Memorias* acepta su falta de disposición para ciertos menesteres, mas se endiosa creyendo en su prepotencia. Destaca por el desenfado de su relato, su espontaneidad, el ambiente que caracteriza en tono franco y contundencia verbal. Defectos

<sup>24</sup> José Luis Martínez, en: *Literatura mexicana. Siglo XX, 1910-1949*, p. 266.

<sup>25</sup> Sergio Pitó en Nota filológica preliminar “Esplendor en la acción, en el pensamiento. Y, también, esplendor de la carne”, en José Vasconcelos, *Ulises criollo*, edición crítica Claude Fell (coordinador ALLCA XX) (Colección archivos), p. XXVIII.

encontramos, como la falta de homogeneidad tanto en el empleo de tiempos verbales como en su contenido. Los primeros fueron reestablecidos por la editorial Botas, quien se encargara de publicar sus primeras obras, mas los segundos, mucho más complejos, donde interviene en ocasiones la comprensión de la secuencia, y a veces las incoherencias plantean un verdadero problema de comprensión<sup>26</sup>, ni el mismo Krauze<sup>27</sup> quiso comprometerse a su corrección: Lenguaje en ocasiones poco claro, suelto y nada conciso, desigual en estilo, desatinado a veces, con una falta de claridad de concepto, de contrastes desconcertantes, aunque también de rasgos geniales, caótico, deshilvanado, quizá como contradicciones propias del reflejo de la época.

Antonio Castro Leal cuenta entre las anécdotas a propósito de José Vasconcelos que al grupo del Ateneo (los apolos) les causó sorpresa momentos en que finalmente habían quedado de acuerdo sobre algún asunto, y Vasconcelos a la mañana siguiente se contradecía. Cuenta que los dejaba perplejos y no entendían que defendiera con tanto calor opiniones tan equivocadas y añade: “Nuestra perplejidad crecía cuando sobre nuestras réplicas acumulaba opiniones que juzgábamos todavía más erradas que la primera, y al fin nos enmudecía una cordial indignación cuando remataba con una afirmación que le parecía tan obvia y que nos sonaba al mayor disparate del mundo. Pero lo extraordinariamente curioso es que en ese disparate había un secreto parentesco con la verdad, con una verdad no sé si de un mundo torcido, extraño, descompuesto, o de un mundo sublimado y de mejor esencia que el nuestro.”<sup>28</sup>

El mérito de José Vasconcelos, aunque desigual y disparatado en ocasiones, radica en su intuición maravillosa y su vigor, al

<sup>26</sup> Claude Fell, Nota filológica preliminar en José Vasconcelos, *Ulises criollo*, edición crítica (coordinador ALLCA XX) (Colección archivos) p. LXXV.

<sup>27</sup> *Ídem*.

<sup>28</sup> Véase Antonio Castro Leal: Un maestro imposible.

saber aprovechar el viaje (la odisea) y constituirse en un semidiós para nosotros los mexicanos, pasando, sin duda, por todos los matices ideológicos y sabiendo regresar, siendo consecuente consigo mismo, en una búsqueda de articular el espíritu, esencia más alta con el alma del pueblo mexicano, en una época de transición de nuestra América, la latina, desde el indígena hasta el mestizo, pasando por el criollo.

Y si bien no es constante, consistente, ni hilado, cuando se habla del porqué de su éxito, a pesar de la farragosidad, de lo intrincado y vario, falta de consistencia y múltiples contradicciones de su obra es porque sabe despertar el interés y mantener la expectación. Además, ésta contiene pasajes hermosos y líricos que subyugan. En ocasiones, de un entusiasmo tal que pierde la cordura y tiende a la locura. *Y, como se decía en el ámbito culto*, lo que hace que la gente lea con malsana curiosidad, es el hacer al lector copartcipe de sus confidencias íntimas, contradicciones personales y políticas, reflejo de la época, por esto se da lo que se conoce como *Succès de scandale* (éxito del escándalo). Vasconcelos fue grande en sus apasionamientos, en sus triunfos y en sus fracasos; por eso, *Ulises criollo*, libro que muestra con tanta franqueza y desparpajo, forzosamente hubo de tener éxito.<sup>29</sup>

José Vasconcelos se deja llevar por lo visceral desde siempre. El primer capítulo de *Ulises Criollo* se intitula: “El comienzo”. Ahí narra sus primeros recuerdos llenos de sensaciones, donde predominan las emociones: “Era yo un retozo en el regazo materno... porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina.”<sup>30</sup> Le faltaba claridad de concepto, de contrastes desconcertantes, quizá reflejo de la época.

Traté de imitar a Balzac, menciona, cuando se decidió a escribir prosa narrativa, pero fracasé.<sup>31</sup> Confiesa que le apasiona

<sup>29</sup> Cfr. Leonor Lluch “Ulises Criollo”, en *El Universal Gráfico*, 28 de noviembre de 1935, p. 6.

<sup>30</sup> José Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 6.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 11.

la biografía y autobiografía. Lector apasionado de Romand Rolland, pero también de Chateaubriand, Gide y Plutarco. En su *Ulises criollo*, autobiografía novelada (novela porque plantea ese extraño sentido de la realidad que da la fantasía esa combinatoria de elementos en el reino de lo imaginario, y biografía porque como dijera Lejeune) pretende dar testimonio de ese vacío de la memoria colectiva mexicana, con el afán de denunciar las mentiras, los olvidos de la historia trivial y, también de emitir un juicio moral sobre la vida nacional de aquel entonces. En ocasiones con sinceridad cruel y mordaz, valiente y llena de argucia. Vasconcelos tiene páginas excelentes, por lo general escribe con descuido, y no es precisamente su estilo lo que atrae al público sino que la atracción es de orden afectivo y las empatías que crea.

Oliverio Toro<sup>32</sup> asegura que Vasconcelos fue un cínico, porque proclama verdades que el común de los mortales no acierta a concretar ni mucho menos se atreve a decir; vanidoso, porque no tiene empacho en declarar que siente en él una chispa divina que abrasa su cerebro, ni en confesarse poseído de que en cierta manera es gracia también y signo inequívoco de predestinación [...].

La obra filosófica vasconceliana, de gran valía también, insaciable y mística, resulta incoherente aunque original, porque su filosofía es una emoción, con frecuencia, por lo personal, intraducible, y las emociones son comunicables por la inteligencia. Pero precisamente: “Tan inconsistente, tan pobre y tan confusa como es su doctrina cuando se le mira pensando; es vigorosa, imponente y fascinadora cuando se la mira viviendo.”<sup>33</sup> Autor mítico, sobre todo en el sentido de volver los ojos al pasado mexica, en el “*illo tempore*” del que hablara Eliade, tiempo sin tiempo... Para él cada cosa es parte de un todo y por lo mismo,

<sup>32</sup> Oliverio Toro escribe un artículo acerca de José Vasconcelos intitulado “Ulises Criollo”, en *Excelsior*, el 10. de agosto de 1935, p. 7.

<sup>33</sup> Andrea Revueltas, “El Ulises criollo de José Vasconcelos: la recepción de la crítica”, en Claude Fell, José Vasconcelos, “El Ulises criollo”, p. 611.

capaz de llevarnos a filosofías en que los tiempos y los espacios se desenvuelven para enriquecer el contenido inefable de la creación, que es un milagro en perenne fecundidad y de ahí que escribiera su *Todología. Filosofía de la coordinación*<sup>34</sup>, que abarca los temas más diversos como la religión católica, la percepción del ser, el alma, el monismo, el análisis y la síntesis, el nirvana, el mal, Kant, las matemáticas, la ontología y la mística, entre otros.

En esta obra busca la conjugación de heterogéneos, zonas aparentemente inconexas, pensando que en algún momento del tiempo, el conjunto de las actividades cósmicas hallarán su objetivo. Todo animado por un afán de eternidad. La idea del ser siempre acompañado de intuición, percepción y existencia.

Nuestro filósofo, humanista está lleno de intuición, basado en la predica de Bergson: la intuición como vía del conocimiento (predica antiintelectual), su fantasía filosófica como afirma Enrique Krauze.<sup>35</sup> El hecho es que la gran intuición de maestro Vasconcelos anticipó la inmortalidad de su obra, su *Monismo estético* (que más que obra filosófica es un libro de ensayos), es también semillero de concepciones estéticas harto interesantes. Sus divagaciones, sin orden, a ratos presentan sentencias luminosas y en una que otra ocasión sus interpretaciones sagaces son verdaderamente brillantes.

No es casual el que Vasconcelos siempre mencionará la mística en su concepción de pensamiento filosófico ya que el movimiento revolucionario mexicano de 1910 a 1924 siempre se vio acompañado de una mística en el plano del pensamiento, a la vez que otorgó a la Revolución su programa educativo.<sup>36</sup>

En fin, mientras que el poeta, depura, engrandece y sublima las formas de su imaginación, el filósofo observa y deduce las consecuencias, al extremo de que el libro está preñado de las

<sup>34</sup> José Vasconcelos, *Todología, Filosofía de la Coordinación*, p. 88.

<sup>35</sup> Enrique Krauze, *Op. cit.*, p. 14.

<sup>36</sup> Andrea Revueltas, *Op. cit.*, p. 611.

causas que habían de producir los efectos que ahora sufre México.<sup>37</sup>

## REVUELTA PROMETEICA

José Vasconcelos se externó como lo haría treinta y cinco años más tarde Octavio Paz: “Toda revolución sin pensamiento crítico, sin libertad para contradecir al poderoso y sin la posibilidad de sustituir pacíficamente a un gobernante por otro, es una revolución que se derrota a sí misma. Un fraude.”<sup>38</sup>

Ya bastaba de abusos por parte de los extranjeros, protegidos por el porfiriato. Los extranjeros habían venido a implantar su modo de pensar y de vivir, ajeno a la problemática mexicana y sólo conveniente a sus propios intereses. Entonces viene la revolución.

José Vasconcelos estuvo en el centro de la conocida como Revolución mexicana; la revuelta agraria (Zapata) y los otros credos de Madero y Villa arrasaron con la posibilidad de que nuestro país se integrara sin ruptura a la civilización occidental de aquellos primeros años del siglo XX, pero también logró que se volviera la mirada hacia otra posibilidad, la creación de la nacionalidad propia. Para el maestro Vasconcelos, de tenaz persuasión, la Revolución fue el motor que excedió su Yo, la epopeya que le regaló la Historia para educarse como personaje literario<sup>39</sup>.

En 1911, fue enviado a Washington como secretario de la Agencia Confidencial de la Revolución. Su conocimiento de la lengua inglesa le abrió puertas. Luego, con el triunfo de Madero, fue como director de la Escuela Nacional Preparatoria. Después del asesinato de Madero y Pino Suárez, huye de la capital y se

<sup>37</sup> Oliverio Toro, “Ulises Criollo. Una vivisección, el alma y la carroña”, en *Excelsior*, 1-VIII-35, p. 7.

<sup>38</sup> Octavio Paz. *Posdata*, p. 100.

<sup>39</sup> José Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 1004.

incorpora con las buesses carrancistas, es enviado a Inglaterra, como agente confidencial, y visita entonces París y otras capitales europeas.

No obstante, hay que tener presente que Revolución que no es solamente la revuelta, sino algo más significativo, a decir de Paz: “La evolución es una súbita inmersión de México, en su propio ser que como observamos se iba conformando paulatinamente. De su fondo y entraña Vasconcelos extrae, casi a ciegas, los fundamentos del nuevo estado.”<sup>40</sup> Es como ese fuego prometéico, ciego, robado a los dioses, generador de movimiento, ero aún sin dirección precisa.

Empero, por fortuna, fue durante la etapa en que fungiera José Vasconcelos como ministro de la Secretaría de Educación Pública que se consumó el ideal revolucionario en cuanto a dar tierra al campesino, apoyo económico para sus siembras, educación para sus hijos, libertad para el disfrute de las conquistas de su trabajo.<sup>41</sup>

No obstante, en su labor educativa también hace notar, con resentimiento, la ingerencia del vecino del norte: “No convenía a la Internacional judeo-luterana que la enseñanza prosperase”<sup>42</sup>. Se observa cómo J. Vasconcelos emprende con una visión bastante amplia, resultado de sus estudios en el país vecino, los intereses de éste por nuestro país, en los que no hay un compromiso de hermandad ni una ayuda desinteresada y franca, pues sabía que el sajón estaba muy lejos de la fraternidad latinoamericana. Vasconcelos al regresar de su exilio (al que fue empujado durante veintiocho años, una vez que Obregón había sido asesinado por Toral y que Calles había sido repudiado con su banda de salteadores y analfabetas por haber diezmando la población por la persecución religiosa) más que intuía, sabía que el pueblo norteamericano quería hacer desaparecer de

<sup>40</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 134.

<sup>41</sup> Cfr. Felipe Zavala Villagómez, *Filosofía de la Revolución Mexicana en la obra de José Vasconcelos*, p. 102.

<sup>42</sup> Cfr. *El proconsulado*.

México la religión católica que representaba la latinidad y el tipo de civilización integradora de los mexicanos, para así poder consolidar sus intervenciones en los asuntos internos de nuestro país.

Y lo hubiera logrado de no ser por la presencia española en el México posrevolucionario, pues reinaba la apatía y, por otro lado, las transformaciones impedían se asentara una identidad propia. Antonio Magaña Esquivel,<sup>43</sup> menciona que las circunstancias que se dieron, hicieron que no se encontrara a la nación bien preparada para los cambios que se venían dando a nivel mundial. Hemos sido mutilados, ninguneados, abandonados al desamparo. Todavía no es posible implantar una cultura artificial, por lo que resulta imposible el europeísmo falso<sup>44</sup> y, lo que necesitamos es adaptar y conceptualizar una cultura mexicana que no es más que la cultura universal hecha propia.<sup>45</sup> El sincretismo se da por el orden de las cosas y lógica histórica fue lo que correspondía para creación de la identidad mexicana.<sup>46</sup> Como mencionara Octavio Paz, pareciera que el mexicano se avergüenza de sus dones y su cortesía y mesura no son sino la máscara de su desconfianza vital de una angustia púdica: México tiene vergüenza de ser.<sup>47</sup> Su amor desmedido y encarnizado por España hizo que negara el pasado indígena. Nihilismo dionisiaco, instintivo que no tiene nada de intelectual o apolíneo.

Además, si bien los acontecimientos mundiales influían en todo el orbe, Vasconcelos, sabía que el bolcheviquismo no podía aplicarse a México, porque para que llegar a la etapa del Comunismo, el país en cuestión necesita fuese una sociedad altamente industrializada.<sup>48</sup>

<sup>43</sup> Antonio Magaña Esquivel, "Vasconcelos y la novela de su vida. Forma interior y técnica en Vasconcelos", en *La novela de la Revolución*. Tomo I, p. 142.

<sup>44</sup> Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, p. 96.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>46</sup> Alberto N. Pamies y C. Dean Berry, *Carlos Fuentes y la dualidad integral mexicana*, p. 52.

<sup>47</sup> Cfr. Octavio Paz, "Emula de la llama", en *México en la obra de Octavio Paz* (5), p. 12 y siguientes.

<sup>48</sup> José Vasconcelos "La doctrina económica del nuevo mundo", en *El Universal*, 23 de enero de 1928, p. 3.

Protagonista primero y víctima después, el Maestro de América, cuando perdió en 1929 las elecciones presidenciales y fue exiliado. En suma, la Revolución fue una gran decepción tanto para él como para todos lo que lo apoyaron ya que como él mismo menciona, “destrozaron el principio fundamental de ésta, el que postula la efectividad del sufragio...”<sup>49</sup>.

## RECTOR Y SECRETARIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA: MOMENTOS APOLÍNEOS

Tanto el rectorado, como su época en la Secretaría de Educación Pública (SEP) constituyeron junto con el Ateneo de la juventud una fuerza renovadora que contribuyeron de manera decisiva a sentar las bases de la cultura mexicana en el siglo XX. Fue una época de revisión crítica de los valores intelectuales, así como una apertura hacia lo universal como medio para comprender y apreciar en su justa medida la cultura mexicana.

Fue nombrado rector de la UNAM, por el entonces presidente de nuestro país Adolfo de la Huerta el 29 de junio de 1920, y estuvo en este puesto hasta el 12 de octubre de 1921. En el desempeño de este cargo, organizó el ministerio en tres departamentos: el Escolar, el de las Bellas Artes y el de Bibliotecas y Archivos.<sup>50</sup> También mejoró la Biblioteca Nacional y creó varios repositorios bibliográficos populares. Editó una serie de clásicos de la literatura universal. Época en que las corrientes en boga entonces eran el socialismo marxista, el liberalismo económico y el positivismo francés.

Acerca de la labor de Vasconcelos como rector, Claude Fell escribe, más que como rector recién nombrado, Vasconcelos quería que se le considerase “delegado de la Revolución”, diciendo que no venía a trabajar por la Universidad, sino a pedir

<sup>49</sup> José Vasconcelos. *En el ocaso de mi vida*, p. 252.

<sup>50</sup> José Vasconcelos. *Los años del Águila*, p. 57.

a la Universidad que trabajase por el pueblo, ya que su intención era que la Universidad dejara de funcionar en el vacío, dejando de concentrarse en temas ajenos a la realidad mexicana y a las necesidades inmediatas del país, siguiendo a Justo Sierra<sup>51</sup>. En cuanto a las Escuelas Nacionales Preparatorias (ENP), se establecen cursos de iniciación a los oficios mecánicos y las industrias ligeras, para brindar a aquellos alumnos que lo necesitaran rudimentos de esa formación, así como para establecer lazos entre estudiantes y obreros, permitiéndoles colaborar socialmente<sup>52</sup>.

En cuanto a lo que atañe a la educación, Vasconcelos se pronuncia por algo novedoso que brinde libertad, progreso, creación, independencia a los ciudadanos mexicanos, para evitar se abuse de ellos. La educación como base de la cultura, y ésta como resultado de la primera. La educación como base del conocimiento que es a su vez base de la información y de la producción de un país. Como bien mencionaba J. Vasconcelos: “[...] sin ciudadanos educados, sin adelantos constantes en los niveles de adquisición cultural, no hay conocimiento y en consecuencia no hay producción, y por tanto, no somos modernos.”<sup>53</sup> Asimismo, la cultura también le otorga rumbo a la política: “Nuestro largo camino hacia la democracia que hoy es nuestra, pasa por la cultura ininterrumpida que, junto con la lucha social, la hizo posible. La extraordinaria continuidad y profundidad de la cultura mexicana ha tenido lugar a pesar de, en contra de y a veces gracias a—lo demuestra así J. Vasconcelos—nuestra continuidad.”<sup>54</sup>

Si bien, de acuerdo con José Joaquín Blanco, Vasconcelos tomó en parte su proyecto educativo de las reformas soviéticas que se dieron a partir de la Revolución Bolchevique, con lo que

<sup>51</sup> José Vasconcelos, *Op. cit.*, p. 18.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>53</sup> María Caballero Wangüemert, “Memoria, escritura, identidad nacional”, en *Cuadernos de América*, p. 23.

<sup>54</sup> *Idem.*

su primer movimiento fue reformar la Constitución Política de México con el fin de establecer que el Estado tuviera la obligación de educar al pueblo, es a quien prácticamente se le debe la creación de la Secretaría de Educación Pública, promueve el muralismo mexicano y combate el analfabetismo<sup>55</sup>. Su pensamiento sigue vigente y conserva el mensaje del lema de la Universidad Nacional Autónoma de México: “Por Mi Raza hablará el Espíritu”. En su estética educativa introdujo para párvulos los juegos y cantos, recitaciones, dramatizaciones y dibujo. Y muy ligada a estas actividades, los museos, conservatorios, teatros populares al aire libre, la música. Todo esto cobró gran envergadura, ya que esta serie de eventos entronca con el descubrimiento de México que se realiza como resultado de la Revolución, la música de Ponce, los poemas de López Velarde, los óleos de Saturnino Herrán, en palabra de Gómez Morín todo lo que pudiera pertenecernos: el petróleo y la canción, la nacionalidad y las ruinas.”<sup>56</sup>

Vasconcelos, contestatario, revive los bailes autóctonos, recuperar las tradiciones ocultas, de ese México profundo, del que habla Guillermo Bonfil Batalla,<sup>57</sup> inyección de lo propio, exaltación de la verdadera cultural nacional; en el terreno de lo pictórico hace que los muralistas realicen creaciones auténticas, nacionales, al volver la mirada hacia lo popular, hacia nuestras raíces. Y éste fue otro de los grandes logros vasconcelianos ya que al exaltar la cultura popular va conformando entre el pueblo una conciencia de lo nacional, lo propio.

Un programa que, sin eufemismos, es titánico y que consideramos que, por sólo ese período de prodigios podría su nombre pasar a la historia. Fue un educador venerable que mostró

<sup>55</sup> Hay que tomar en cuenta que éste en sus inicios despertó un gran entusiasmo, pero que presentó serios obstáculos. Cansados por la dura jornada de trabajo, la gente del campo no estaba convencida de las bondades de este programa, no comprendía las verdaderas razones de la campaña ni sentía confianza en ello.

<sup>56</sup> Cfr. Enrique Krauze, *Op. cit.*, p. 17.

<sup>57</sup> Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. una civilización negada*.

gallardía en la empresa. En este caso, cuando olvida a los anglosajones y a P. Elías Calles (el traidor, quien se hiciera nombrar Jefe Máximo), lo cual no pocas veces sucede, su narración se hace instructiva y amena. En los años en que fungió como rector de la UNAM y secretario de la SEP fue el único intelectual de su generación que asumió a la cultura como una fuerza esencial descolonizadora.<sup>58</sup>

Para lograr su objetivo, J. Vasconcelos se rodeó de todo talento del país, incluyendo aun a aquellos que admitía José no comprender. En este sentido fue absolutamente ecuménico como lo menciona Pitol.<sup>59</sup>

Daniel Cosío Villegas, por su parte, menciona respecto a esta época de oro vasconcelista: “Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y a escribir al prójimo, entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne...”<sup>60</sup>.

Como lo menciona Krauze, su verdadera apuesta, está en los libros y en el arte:

La moral la han hecho Buda en los bosques y Jesús en los desiertos. La idea nace en la soledad o en la lucha, en la congoja o en la dicha, pero nunca en la quietud de las aulas. La luz, la fe, la acción, el gran anhelo de bien que conmueve a esta sociedad contemporánea... se define en los libros; en los libros de nuestros contemporáneos y en los libros grandes y generosos del pasado. Por eso, un Ministerio de Educación que se limira a fundar escuelas

<sup>58</sup> José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, p. 41.

<sup>59</sup> Sergio Pitol en Nota filológica liminar: “Esplendor en la acción. en el pensamiento. Y, también, esplendor de la carne”, en José Vasconcelos, *Ulises criollo*, edición crítica Claude Fell (coordinador ALLCA XX) (Colección archivos), p. XXXII

<sup>60</sup> Daniel Cosío Villegas, p. 38.

sería como un arquitecto que se conformase con construir las celdas sin pensar en las almenas, sin abrir las ventanas, sin elevar las torres de un vasto edificio<sup>61</sup>.

Los sermones de Buda jugaron un papel básico en su formación lectora, los leyó muy joven en la edición inglesa de Max Müller.

México, poseedor de grandes riquezas, de lo cual pareciera no era consciente. Despertar de una nación joven que gracias a Vasconcelos, su Prometeo, despega hacia una vía de la educación y desde las artes hacia la creación de la mexicanidad.

También así, creó el libro de texto gratuito y los libros que editó fueron principalmente humanistas. Privilegió en un proyecto a cinco autores de sus predilectos: Platón y Plotino, entre los antiguos, y a tres místicos modernos: León Tolstói, Romand Rolland y a Benito Pérez Galdós:

[...] los libros se imprimieron a millares y a millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un lugar donde descansar y recogerse.<sup>62</sup>

En resumen, el gran proyecto de Vasconcelos, siendo ministro de la Secretaría de Educación Pública, fue crear tres grandes departamentos que abarcaran todos los institutos de cultura; es decir, escuelas, bibliotecas y Bellas Artes, como se mencionó, y gracias a esto hubo una gran evolución en estos ramos para la educación y cultura mexicanas. Y su mérito principal fue que entre las actividades en este rubro también se tomaron en cuenta la educación indígena y la alfabetización, indispensables para el avance nacional integral. Así podemos recalcar que en cuanto a las campañas de alfabetización, ésta fue la oferta más atractiva

<sup>61</sup> Enrique Krauze, *Op. cit.*, p. 19.

<sup>62</sup> José Vasconcelos. *Los años del Águila*, p. 488.

del prócer de la educación y esto le valió el título de “caballero del alfabeto.”<sup>63</sup>

Vasconcelos rechaza el liberalismo, tan en boga, por ser demasiado “abstracto” y, sobre todo, por sus carencias ideológicas que ya se encontraban en los grandes enciclopedistas como Voltaire, Rousseau y Diderot<sup>64</sup>. Para él, las revoluciones que hacen uso de la fuerza física y de las armas son intransigentes, despiadadas y contra la misma gente que la lleva a cabo, y en cambio, aquellas sostenidas por la razón y el trabajo sí son transformadoras de las estructuras sociales.

Esto constituyó un paso trascendental e indiscutible hacia la modernidad incluyente, donde comenzaban a dar fruto los ideales revolucionarios y la propuesta democrática maderista en favor del pueblo.

Gracias a su intuición de gran Maestro supo elegir para su obra educativa a los mejores en el momento debido<sup>65</sup>, sus lecturas jugaron también un papel fundamental (Marx, Nietzsche), los clásicos (Platón), Buda, Tolstoi, Rolland, como su pertenencia al Ateneo. México se constituyó en nación, consolidándose en cada momento, como continuará haciéndolo, porque toda nación está en continua formación, sin terminar de consolidarse nunca.

## LA RAZA CÓSMICA: HACIA ÍTACA MÁS DESORIENTADO QUE NUNCA

*Si tu vacío te es suficiente, no eres sino una mentira para ti mismo y todo el resto contigo. No eres nadie, porque no has sido:*

*André Suarès<sup>66</sup>*

<sup>63</sup> Cfr. Claude Fell (coordinador de la edición crítica) José Vasconcelos. *El tise criollo*, p. 1006.

<sup>64</sup> Maryse Gache-Pineda. p. 580.

<sup>65</sup> Max Aub. *Op.cit.* p. 47.

<sup>66</sup> A partir de aquí las citas en idioma extranjero se colocarán a pie de página, a fin de facilitar la lectura. En el original: Si ton néant te suffit, tu n'es qu'un mensonge

Vasconcelos se daba cuenta de que la nación mexicana, tras largos siglos de escarnio y censura (que habían impedido la continuidad cultural), no contaba con lo mexicano, al no haber conformado su identidad nacional. No tenía una literatura ni una cultura propias y menos aún un pensamiento propio de ella. Cultura, burla humillante o despreciativa que además tiene mucho de sublimación. Así, a su manera (atinada por cierto<sup>67</sup>), trabaja hacia una conceptualización del nacionalismo. Lucha por lograr en México una verdadera independencia, sin la injerencia del vecino del norte: el concepto de una nacionalidad, escindida de lo sajón, desde aquella que se constituye mediante una ideología consciente, no a partir de una imposición que no provenga de nuestra propia experiencia, aquélla que nos aglutina a todos: criollo, mestizo, indígena, dentro de una sociedad incluyente y no excluyente. Proyecto de Vasconcelos, constituir la nacionalidad a partir de fuentes míticas e históricas, inseparables.

Para Vasconcelos, la raza es el verdadero depositario de la civilización y así se convierte en eje central de su idea mesiánica, mítica y romántica del mestizaje en América. En *La raza cósmica* (1925), como en *Indología* (1927), se revela la obsesión vasconceliana por las razas.

De las ideas que extrajo de sus lecturas de Hegel, Fichte, Nietzsche (a quien admiraba profundamente) y Schopenhauer, tras la derrota de Alemania en la Gran guerra, en plena decadencia de occidente spengleriana, supuso que el espíritu, que parecía se estaba cansando de actuar a través de la raza aria (aunque aún faltaban algunas reminiscencias nazis), se asentaría pronto la quinta raza, la cósmica –para dar lugar a la edad de oro de nuestra cultura, como anteriormente lo había sido la helénica, mezcla

---

pour toi-même. et tout le reste avec toi. Tu n'as rien parce que tu n'as été: André Suarès

<sup>67</sup> Tomando en consideración el horizonte (desde el punto de vista filosófico) en que se encontraba. Espacio-temporal. a lo que Bajtin denomina cronotopo.

de razas— que habría de surgir en América. A decir de Uslar Pietri (venezolano):

Vasconcelos fue al arquitecto de una nueva raza, antiimperialista, contra dictadores (recuérdese Juan Vicente Gómez, en Venezuela).

Si bien habló de la quinta raza, la cósmica (como la elegida), más tarde se desdijo:

En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza íntegra, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión verdaderamente universal.<sup>68</sup>

Vasconcelos idealizó el concepto de mestizo, entre otros para contrarrestar la amenaza extranjera.<sup>69</sup>

En 1920, en *Estudios indostánicos* afirma rotundamente que sólo las razas mestizas son capaces de grandes creaciones. En 1925, en *La raza cósmica*,<sup>70</sup> vislumbró el futuro de la humanidad en la eclosión del mestizaje que conformaba a la América Latina. Esa región del mundo era la depositaria de una nueva energía del espíritu, la que volvía nuevos los antiguos mitos, la que recrea el espíritu dionisiaco. En una etapa temprana, 1926, en *Indología*, una confesión suya refuta aquel rencor racial que cada vez lo

<sup>68</sup> José Vasconcelos, *La raza cósmica*, pp. 921-22.

<sup>69</sup> Esta idea ya había sido propuesta por Molina Enríquez en 1909. Véase en José Vasconcelos, *Indología*, p. 270.

<sup>70</sup> De acuerdo con el "programa espiritual", destinado a consolidar de forma definitiva la cohesión del continente iberoamericano y hacer de él la cuna de la nueva humanidad. Véase Claude Fell: *José Vasconcelos. Los años del Águila*, UNAM, México, 1989. Concepción vehemente y lírica, pero falsa, en tanto que era un amante de lo español.

fue ganando con mayor virulencia: “Desgraciadamente —decía— yo no tengo sangre negra, pero cargo una corta porción de sangre indígena y creo que a ella debo una amplitud de sentimiento mayor que la de la mayoría de los blancos y una gran idea una cultura que era ya ilustre cuando Europa era aún bárbara.”

Aunque se terminó el “exaltar al indígena hasta el extremo” (como en los primeros tiempos posrevolucionarios: Azuela, Martín Luis Guzmán) y si bien tampoco se le dejó en el rincón del olvido, pronto adquirió la connotación de lastre que impedía el progreso del mexicano, pues obstaculizaba la consolidación nacional, entendida como heredera de la tradición europea española. Se pretendió su incorporación, al inicio de la posrevolución, al imaginario nacional. Así, el antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla, sumándose a la ideología del mestizaje de ese momento, mencionó:

De lo que se trata es de forjar a la patria (un solo pueblo, una cultura común, un mismo idioma y una voluntad compartida por todos) e incorporar a los indios a esta tarea [...], porque su redención es un acto de justicia impostergable [...] mexicanizar al indio, esto es, volverlo mestizo por sangre y cultura, *desindianizarlo. Para que el indio se salve y entre en el futuro, debe dejar de ser indio.*<sup>71</sup>

Sin embargo, como observamos, la postura tanto del antropólogo como del filósofo Samuel Ramos y de los escritores José vasconcelos y Octavio Paz poseen un dejo de desprecio por el indio<sup>72</sup>.

Estos discursos surgieron, como los de varios pensadores latinoamericanos del siglo XX (Gaos, Zea), para intentar explicar el atraso de la región latinoamericana. Wade describe esta situación de la siguiente manera:

<sup>71</sup> Guillermo Bonfil Batalla; *México profundo*; Editorial Grijalbo, p 88.

<sup>72</sup> Véanse cursivas.

Las elites latinoamericanas intentaron negociar con esta contradicción adaptando las teorías occidentales de la diferencia y herencia distintas. El determinismo racial de las teorías europeas con frecuencia se evadió y, en cambio, se colocó énfasis particular en la posibilidad de mejorar a la población a través de programas de 'higiene social', lo cual repercutía en la salud y las condiciones de vida<sup>73</sup>.

No se trataba de integrar al indígena, sino de blanquearlo<sup>74</sup> (integrarlo con los demás blancos), con un control velado, pues en realidad no se le permitió participar, sino se le determinó a la aculturación por medio del mestizaje "racial" y su total inmersión en los valores del grupo mestizo, por no dejarlo fuera como da cuenta de ello Wade:

El tipo de mezcla invocada con frecuencia se basaba hacia la blancura: la emancipación europea a menudo motivada estimulada y subvencionada, patrocinada por el Estado, y de manera más general, el proceso de mezcla se podría ver como un "blanqueamiento progresivo de la población". El mestizaje supuestamente se trataba de la eliminación de los negros y de los indios y la noción de una sociedad mestiza que era casi mágica,

<sup>73</sup> Peter Wade, *Race and Ethnicity in Latin America*, p. Latin American elites tried to deal with this contradiction by adapting western theories of human difference and heredity. The racial determinism of European theories was often avoided and emphasis placed instead on the possibility of improving the population through programmes of 'social hygiene', improving health and living conditions [...] the type of mixedness invoked was often itself based toward whiteness: European emancipation was often encouraged or even sponsored by the state, and more generally, the process of mixing could be seen as a progressive "whitening" of the population. Mixture would supposedly be about the elimination of blacks and Indians and the notion of a mixed society that was almost magical, since every instance of race mixture would be logically a darkening as well as whitening but the vision was sustained, on the one hand, by eugenic notions that white 'blood' was stronger than other types and would naturally dominate in the mixture [...].

<sup>74</sup> Recuérdese que el mestizaje se miró como un indeseable rasgo de inferioridad. Estaban en boga las ideas de superioridad racial en la Europa del siglo XVIII, que se reafirmaron en el XIX con Gobineau y que más tarde darían nacimiento a la idea banal de la supremacía del anglosajón: el hombre blanco como el emisario para civilizar a sus hermanos inferiores de color. Se veía la mezcla con vergüenza, olvidando que ya el europeo era fruto de mestizaje amplio y continuo. Cfr. Ulsar Perri, p. 255.

ya que cada instancia de mezcla de raza lógicamente era un oscureciendo y una blanqueamiento, no obstante la visión se sostenía, por un lado por nociones eugenésicas que advertían que la sangre blanca era más fuerte que las otras y que de manera natural dominaría en la mezcla [...]

Así, el mestizaje no era una solución, sino una justificación para tratar de resolver la situación nacional, donde no había un concepto de nación y no se reconocía la heterogeneidad que existía en el territorio nacional.

En la era del posnacionalismo, México era un país que había sobrevivido el nacionalismo, pero no la necesidad de salvar un lenguaje común, una cultura común, una obligación por la justicia social. Incluso ahora enfrentamos los mismos problemas, pero seleccionamos las tradiciones que necesitamos y decidimos sobrevivir una globalización racista y sofocante en la era del posMéxico.<sup>75</sup>

Hubo un cambio posterior de la posición vasconceliana con respecto a su posición frente al indígena (en el prólogo de la edición de 1948, Vasconcelos pone en duda su “teoría” del mestizaje de razas muy diferentes) es relativo, pues la negación del valor cultural prehispánico, ya lo encontramos en sus libros como en *La raza cósmica*, en *Breve historia de México* o en *Indología*.

Acerca de esto se pronuncia Gabriela de Beer: “Vasconcelos parece contradecirse cuando polemiza acerca del mestizo en su *Breve historia de México*, de 1937, donde alude a que el mestizo mismo retrasa su progreso en la medida en que no abandona con mayor celeridad su pasado.”<sup>76</sup> También Sacoto califica la obra

<sup>75</sup> Ernest Gellner. *Nations and Nationalism*, p. 49. In the era of postnationalism Mexico was a country that survived nationalism, but not the necessity of saving a common language, a common culture, an obligation of social justice. Still now we face the same problems, but we select the traditions we need, and we decide to survive a racist and overwhelming globalization in the time of Post Mexico.

<sup>76</sup> Gabriela de Beer. *José Vasconcelos and His World*, p. 312 (Vasconcelos seems to contradict himself when, in discussing the *mestizo* in his *Breve historia de México*.

del Maestro de América como antiindígena porque: “No encuentra valor alguno en las culturas precoloniales; [es más] mira con desdén la mezcla de razas”, y Domingo Faustino Sarmiento agrega que para Vasconcelos, el mestizo debe abandonar su abolengo, su raíz india, si quiere sobrevivir al *avance*<sup>77</sup> del progreso.<sup>78</sup>

De hecho ya negaba categóricamente (al igual que Ramos, porque ambos comparten las mismas preocupaciones sociales y políticas<sup>79</sup>) la existencia de una cultura precolombina (considerándola aniquilada) y, por tanto, rechazaba la aportación que podría haber brindado ésta al desarrollo de la mexicanidad, pues la consideraba tan infima, que prácticamente no tenía ningún valor: desprecio de las raíces nacionales por considerar que su aporte no era digno de tomarse en cuenta, y más todavía, ya que si no contribuían a exaltar la raza, menos al progreso e inclusive eran la ruina de la fuerza civilizadora en la nación. Samuel Ramos, quien ahonda en la naturaleza mexicana mediante el lado de la teoría psicológica de Alfred Adler, con una visión eurocentrista, acepta el complejo de inferioridad del mexicano, porque no parte de sus raíces, sino es copia de un préstamo (situación que por lo tanto resultaba artificial), la herencia positivista, en cuyo proceso social, el indio no tenía otra puerta hacia el provenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina, a decir de Vasconcelos.<sup>80</sup>

Para Ramos, la cultura europea era la fuente ineluctable para la conformación de nuestra cultura mexicana. Para él, el desafío de México consistía en seleccionar de forma consciente y

---

of 1937, he implies that the *mestizo* is unnecessarily holding back his own progress by not abandoning more speedily half of his heritage).

<sup>77</sup> La cursiva es mía.

<sup>78</sup> Domingo Faustino Sarmiento: “Aspectos indigenistas en la obra literaria de José Vasconcelos”, en *Cuadernos Americanos*, 157.

<sup>79</sup> Cfr. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, p. 26.

<sup>80</sup> *La raza cósmica* p. 25.

metódica aquello de la cultura europea que potencialmente se pudiera adaptar en el país. Creyó falsamente que el español era como el Mesías que venía a crear la verdadera idiosincrasia mexicana.

Así, entre líneas, se descubre la razón de fondo de su criollismo altanero en una superioridad específica de un bastardo que vino saciando sus bestiales instintos a poblar el nuevo mundo con “gente de razón”, como dice el español González Blanco<sup>81</sup>.

Vasconcelos, como todo criollo, pertenece a esa raza, la cósmica, que todavía carece de voz, que no conjuga sino que obedece y traiciona correlativamente.<sup>82</sup> Aún le falta adquirir seguridad, autonomía, ser más culto y entretrejerse con sus hermanos hasta amalgamarse y poseer una conformación que sea indestructible, a pesar de los embates que pueda infringirle el enemigo.

Si bien hubo en Vasconcelos una época de exaltada defensa del indio, su posición de paladín defensor de los indígenas culminó en su *Indología*, años antes y después de su tránsito por la Secretaría de Educación, porque creyó que es la sangre europea la germinadora de lo mejor de la raza iberoamericana: De los “bienes del mestizaje” que engrandecían la conquista española, y que colocaban a Hispanoamérica en el centro de la corriente de la historia de la humanidad, pasó a “los males del mestizaje” atribuyendo a estos últimos la ruina de la fuerza civilizadora española en América<sup>83</sup>.

Asimismo, en su primera fase, Vasconcelos dio la bienvenida al Positivismo<sup>84</sup>. Sin embargo, más tarde intuyó que la pretendida objetividad y neutralidad científica de esta doctrina no era la adecuada para la naturaleza humana, donde tenía prioridad del

<sup>81</sup> Cfr. Max Aub, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, p. 36.

<sup>82</sup> Noé Jitrik “Lectura de Vasconcelos”, en *El balcón barroco*, p. 197.

<sup>83</sup> Rafael Montaña Rodríguez: “De raza a cultura: un acercamiento crítico al concepto de mestizaje y mexicanidad en Vasconcelos, Ramos, Paz y Fuentes”, *Disertación*. Montreal, marzo 1994, p. 18.

<sup>84</sup> Había leído al antipositivista Lic. Francisco Pascual García, véase en “La doctrina económica del nuevo mundo”, en *El Universal*, 23 de enero de 1928, p. 15.

Humanismo con objeto de asumir la realidad mexicana y universal. Se trataba de nombrar nuestra presencia, recordar nuestra herencia hacia un futuro promisorio. Ante la certeza de que no es posible una neutralidad, de que todo discurso asume su propia parcialidad y contradicción, con distintas perspectivas que dan lugar a cosmovisiones diferentes, se hizo necesario tomar en cuenta la multiplicidad de factores que intervienen en el rico entramado de nuestro ser latinoamericano. Así, más tarde, a pesar de renegar del Positivismo (por aquello de orden y progreso<sup>85</sup>), como estudioso de las teorías filosóficas y pedagógicas (como formas de resistencia frente al positivismo, lo marginado), adivinaba la posibilidad de unir la Ciencia con el Destino. Creía que su papel consistía en: “Acumular las conclusiones parciales de todas las ciencias a efecto de construir con ellas una visión coherente del Cosmos”, esto hacia la creación de una única raza en el espacio cósmico.

Finalmente, México no encarna en la cuna de la raza cósmica, porque las ideas de Platón están fuera de tiempo para nosotros:

Quizá Vasconcelos fue demasiado idealista con respecto a lo que anunciara acerca de la futura raza, de que una humanidad nueva forjara la América hispánica, de su convicción por el advenimiento del reino universal del espíritu. Aun nos hacía falta huir de la carne para poder llegar a ello. Todavía estaba por venir esa humanidad vigorosa, nueva y de voluntad plena. No hay posible retorno, estamos en espera de la raza de la transformación y de la novedad. Esta nueva raza, que como afirmaba Reyes, es la esperanza de la desfalleciente civilización occidental y cristiana.

No obstante, a través de los escritos vasconcelianos se nota su desprecio y una participación desigual de las distintas razas, donde en realidad se trata de desaparecer la raza negra y mejorar al indígena para que llegue a ser parte de la “ciudad letrada”, de la “alta cultura”<sup>86</sup>.

<sup>85</sup> Cft. Max Aub Op. cit., p. 39.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 42.

La religión católica acendrada dio lugar a una mística rígida que se reflejó en una estética que elaboró imbricada en su mito, puesta en la escena de lo simbólico, que como en las grandes épocas borra toda frontera entre filosofía, religión y literatura; moral, como juego ilusorio proveniente de sí misma de un modo “sui generis”. Sueño bolivariano, el despertar de una raza fuerte, consciente, noble que no se defenderá con la espada, sino con el libro, ideas orquestadas por el gran Maestro de América, cuyo centro fue la raza, y como señala Blanco éste permaneció inmutable.<sup>87</sup>

Gamio fue uno de los pocos que buscó que el indígena no fuera visto como una rémora para la modernización y, por otro lado, vino a borrar la idea romántica del indígena, exaltado por la literatura indigenista. Propone que la población indígena no se asimile a la nacional, sino que se integre con ella en un intercambio de valores, donde sí habría armonía. Respecto a esto se expresó:

Lo que se asimila se hace semejante al todo, lo que se integra se hace parte del todo, pero conservando la propia identidad<sup>88</sup>. Pero, para Vasconcelos, el espíritu español se convirtió en el único fundamento de fuerza civilizadora del tejido cultural mexicano, porque para él, el criollismo, la cultura derivada de España, lucha contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza, con elementos que libran combate ante la creación de la nueva raza cósmica.

Finalmente, el ingrediente inicial era el mundo indígena la identidad colectiva, el alma del pueblo como la más alta y depurada quintaesencia, que aspiraba a la metempsicosis de tradición budista, todo esto en un momento existencial específico de la cultura mexicana, donde se hacía necesario reconciliar el presente con el pasado y revigorizar un ideario para la creación

<sup>87</sup> José Joaquín Blanco, “El fantasma de lo que fui durará muchas generaciones”, en *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, p. 174.

<sup>88</sup> Alfonso Gamio, *Forjado Patria*. México, Porrúa, 1916.

de una identidad, de un pueblo que necesitaba tener fe en sí mismo para la creación de un auténtico nacionalismo, muy a pesar de la exaltación, y más aún, mejor diríamos veneración vasconceliana por lo español.

## DIONISIACO, PERO AL FIN ULISES PROMETEICO

José Vasconcelos nada contra la corriente, se complace (deliberadamente) en desagradar, suscita adhesión, seduce, causa admiración o repulsión, simpatía o antipatías, pero fue a decir de Octavio Paz el escritor más vivo de México<sup>89</sup>. Vasconcelos, para quien la literatura fuera sitio tanto de amor como de pelea.

Si bien contradictorio, el prócer de América hace votos por una cultura nacional de procedencia mestiza, latinoamericana, por una integración sociocultural, transcultural y heterogénea, donde se difuminen fronteras simbólicas y discursivas y convivan los distintos grupos con su identidad como lo trata de hacer el mosaico polifacético canadiense, comprendiendo (o al menos intentado hacerlo) o con base en la tolerancia del otro, en una convivencia fructífera y sana<sup>90</sup>.

Sin embargo, también concibe una comunidad imaginada, porque cree que las razas que considera “inferiores” se educarían con patrones impuestos por la educación española, se harían menos prolíficas y así los mejores especímenes irían ascendiendo.<sup>91</sup> Los valores intrínsecos, pretendidamente absolutos universales, son siempre valores culturales... el supuesto patrimonio universal no es otra cosa que la selección de ciertos bienes de diversas culturas en función de criterios esencialmente occidentales.

Se trata de mirar lo universal desde lo indígena; de mirar lo ajeno desde lo propio y desde lo que uno es: desde la cosmovisión,

<sup>89</sup> Octavio Paz, “Páginas escogidas de José Vasconcelos”, en *México en la obra de Octavio Paz* (5), p. 153.

<sup>90</sup> Fernando Martínez, en Claude Fell (ed.), *Ulises criollo*, p.

<sup>91</sup> Cfr. José Vasconcelos, *La raza cósmica*.

el saber y los conocimientos propios, para, con base en ello, estimular una selección crítica de aquellos elementos y productos culturales ajenos que pueden y deben contribuir a enriquecer la visión propia y a robustecerla para permitir a los educandos indígenas y al conjunto de la población indígena enfrentar los retos que presenta la situación actual.

En este marco de construcción y desarrollo de una educación intercultural bilingüe se viene planteando que lo más importante es ofrecer a las niñas y niños indígenas una educación equitativa y pertinente; es decir, una educación de calidad que tome en cuenta de manera muy precisa las situaciones derivadas de las condiciones particulares en que se desarrollan y formulan expectativas de vida tomando como referencia la construcción y constitución de su ethos y su cosmovisión comunitaria, que en la discusión antropológica reciente, en palabras de Geertz, refieren a: [...] los aspectos morales y estéticos de una determinada cultura, los elementos de evaluación que han sido generalmente resumidos bajo el término ethos, en tanto que los aspectos cognitivos y existenciales se han designado con la expresión “cosmovisión” o visión del mundo. El ethos de un pueblo es el tono, el carácter y la calidad de su vida, su estilo moral y estético, la disposición de su ánimo; se trata de la actitud subyacente que un pueblo tiene ante sí mismo y ante el mundo que la vida refleja. Su cosmovisión es su retrato de la manera en que las cosas son en su pura efectividad; es su concepción de la naturaleza, de la persona, de la sociedad. Aquella cosmovisión que contiene las ideas más generales de orden de ese pueblo.<sup>92</sup>

En ocasiones fallaron sus profecías, no obstante ¿quién puede negar su contribución al potencial real de sus logros con respecto a la actual organización de los Estados Americanos (OEA)? José Gaos aseveró que quizás un día los habitantes de este hemisferio donde se halla el continente americano mencionarían

<sup>92</sup> Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*, p. 118.

a Vasconcelos como “el padre de su patria espiritual”, como “el precursor y genio de su raza.”<sup>93</sup>

Quizá sea posible el rescate de lo nacional dentro el proceso de destrucción (negación) de acuerdo a la tendencia barroca de la *Ethos histórica moderna*, como propuesta de la identidad en donde sea posible construir un escenario imaginario, donde la destrucción se vive como construcción, en el sentido de que la muerte afirma la vida. Una identidad construida a partir de la no identidad (revelación de la muerte, de acuerdo con Bataille), hacia el límite del no ser.

Identidad (que carece de un perfil inequívoco y surge de la confluencia de múltiples perspectivas) como síntesis, momento de aprehensión de la existencia (el presente), condición del juego absoluto de la negatividad y la síntesis.

En el devenir histórico del México que le tocó vivir a Vasconcelos existe la necesidad de establecer el vínculo, de ahí que la identidad sea un modo particular de incorporar al otro en la esfera de lo íntimo, sin comprometer a la memoria; es decir, es aquello (en este caso lo indígena) que se construye siempre como promesa (como gesto radical), ratificación de una suma de lo que se ha sido y como una promesa abierta a cubrir.<sup>94</sup>

La actitud vasconceliana respecto a su patria México es ambivalente, entre la desesperación y la esperanza, especialmente con respecto a las condiciones políticas, pero con una esperanza abierta al futuro basada en la religión y los fundamentos culturales del pasado y su alta estima del potencial mexicano. Ulises, arrojado y emprendedor, Prometeo, osado y dispuesto al sacrificio para brindar el fuego a sus contemporáneos.

Octavio Paz lo califica de arrebatado, pero al final de su lectura de *Ulises criollo* con contundencia cierta a decir que José

<sup>93</sup> José Gaos, *Pensamiento de lengua española*, p. 143.

<sup>94</sup> Raymundo Mier “Las ciencias sociales y la concepción de lo imaginario”, conferencia presentada dentro del “Tercer ciclo del Seminario interinstitucional de cultura, educación e imaginario social”, impartida el 22 de mayo de 2006, en el Auditorio Dos de la Escuela Nacional de Trabajo social, UNAM:

Vasconcelos “ha creado, con palabras las cosas de América”, o mejor dicho aún, “les ha dado voz”, aunque: el ímpetu elocuente nuble en ocasiones, pero a cambio ofrezca, unos cuántos relámpagos...<sup>95</sup>

Y es actualmente, como escribe Uslar Pietri en “El mestizaje y el Nuevo Mundo”:<sup>96</sup> Hoy día [...] la América hispana es tal vez la única gran zona abierta en el mundo actual, proceso del mestizaje cultural creador. En lugar de mirar esa característica extraordinaria como una marca de atraso o de inferioridad, hay que considerarla como la más afortunada y favorable circunstancia para que se afirme y extienda la vocación del Nuevo Mundo que ha estado asociada desde el inicio al destino americano.

Es sobre ese mestizaje fecundo y poderoso donde puede afirmarse la personalidad de la América hispana, su originalidad y su tarea creadora. Con todo lo que le llegó del pasado y del presente, puede la América hispana definir un nuevo tiempo, un nuevo rumbo y un nuevo lenguaje para la expresión del hombre, sin forzar ni adulterar lo más constante y valioso de su ser colectivo que es su aptitud para el mestizaje viviente y creador.

Vasconcelos, figura de gran relevancia intelectual en Hispanoamérica. Apresuramiento, precipitación se notan en la obra vasconceliana, que no pocas veces recibió sendos ataques, en ocasiones reduccionista como Rojas cuando escribe acerca de la historia cultural de Argentina, sin un análisis cuidadoso, el culto nietzscheano de Tamayo, contradictorio así como peligroso, la verbosidad de Vasconcelos, a lo que algunos críticos hispanoamericanos denominan “tropicalismo” lo lleva crear fantasías que a menudo son completamente insostenibles; sin

<sup>95</sup> Octavio Paz, *Primeras letras (19321-1945)*, selección introducción y notas de Enrico Mario Santi, p. 197.

<sup>96</sup> Arturo Uslar Petri, *La invención de América mestiza*, p. 27. Además, se hace necesario recordar que si el siglo XVI se distinguió por un anacronismo (mezcla de romántico, gótico y renacimiento), el XVIII lo fue por un mestizaje inconsciente y el XX por la conciencia del mestizaje. Véase *Ibid.* p. 245.

embargo, las ideas de estos tres ensayistas sirvieron de punto de partida para estudios posteriores acerca de cuestiones fundamentales de nuestro americanismo<sup>97</sup>. A pesar de todo esto, el conde Hermann Keyserling en los años treinta afirmó, en sus *Meditaciones Suramericanas*, que José Vasconcelos era el ideólogo más original que hasta entonces había habido en América del Sur.<sup>98</sup> Hoy se sabe que su nombre ha atravesado todas las fronteras latinas (de México hasta Chile), siendo venerado también en Europa como uno de los creadores de nuestra actual América Latina.

Si bien en su obra se encuentran grandes contradicciones, no negamos que su intención fue reconocer los valores de nuestras tradiciones y cultura, aceptando nuestra raza para crear una filosofía hispanoamericana que le permitiera elevarse al rango de lo universal. Nuestra cultura, expuso, no debería aislarse de los valores universales ya que como raza es poderosa y con un gran porvenir. Dionisio por sus excesos y vicios, sí, pero Vasconcelos, al fin, quien pone en juego el espíritu de la raza iberoamericana, llena de misterio aún por dilucidar, con sus inquietudes, honda emoción, audaz, aventurera, como el mismo.

A Vasconcelos, a pesar de todo, se le puede considerar como el escritor mexicano más prolífico e importante de la primera mitad del siglo XX, con un compromiso revolucionario innegable que si bien fue impulsivo y falto de tacto, así como poseedor de una escritura desigual y caótica, contribuyó en gran medida y con acierto intuitivo a configurar lo que hoy día es la “nacionalidad mexicana”, aun cuando ésta como revelación de nuestro ser nacional no logró darnos una visión de mundo ni enlazar su descubrimiento a una tradición universal, signo de la

<sup>97</sup> Cfr. Martin S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del Ensayo Ideológico Hispanoamericano*. 1890-1969, p. 104.

<sup>98</sup> Si bien, nosotros consideramos que nuestra nación se localiza en América del Norte, y algunos otros la colocan en América Central. Cfr. Hermann Keyserling, *Meditaciones Suramericanas*, p. 231.

modernidad.<sup>99</sup> Además le debemos el haber sacado a la luz nuestra identidad y el haberse preocupado por el despertar de la conciencia mexicana; el haber dado toda la significación al vocablo criollo como una suma de razas, de haber discernido que nuestra mayor esperanza se encuentra precisamente en ese hecho de no ser una raza pura, sino un mestizaje (como la de Grecia Antigua), puente entre las razas futuras, una raza en formación, creadora de una estirpe más poderosa que aquella que procede de un solo tronco. El mestizaje fecundo y poderoso donde puede afirmarse la personalidad de América hispana, su originalidad y su tarea creadora. El ocaso y destino de este gran hombre ya estaba cifrado en su vida y obra. Época de profundos y violentos cambios, la que le tocó vivir, en el umbral del nuevo siglo. Como dijera la voz unánime de los lectores: hay que convenir en que el talento de nuestro “Ulises criollo” es excepcional, a pesar de su arrebatado dionisiaco frente a sus colegas y compañeros ateneístas: los apolíneos.

<sup>99</sup> Octavio Paz, en *México en la obra de Octavio Paz* (8), p. 12.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aub, M., *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, FCE, México, 1969.
- Azueta, M., *Obra completas*, tomo III, FCE, México, 1960.
- \_\_\_\_\_, *Nueva burguesía*, Letras Mexicanas, SEP-FCE, México, 1985.
- Beer, G de, "La raza cósmica: an ethical and scientific consideration", en *Revista Interamerica de Bibliografía*, 23 (1975), 35-40.
- \_\_\_\_\_, *José Vasconcelos and his World*, Las Americas Publishing House, New York, 1966.
- Blanco, J. J., "El fantasma de lo que fui durará muchas generaciones", en *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, FCE, México, 1977.
- Bonfil Batalla, G., México profundo, una civilización negada, Grijalbo/CONACULTA, México, 1990.
- Caballero Wangüemert, M., "Memoria, escritura, identidad nacional", en *Cuadernos de América*, Alicante, no. 1, 2005.
- Carballo, E., *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, ediciones del Ermitaño/ SE, Letras Mexicanas, 2ª Serie, 48, México, 1988.
- Cardoza y Aragón, L., "José Vasconcelos", en *El río*, FCE, México, 1986.
- Castro Leal, A., en Prólogo a *Páginas escogidas*, de José Vasconcelos, Ediciones Botas, México, 1940.
- \_\_\_\_\_, *Un maestro imposible*
- Clifford, G., *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona, 1997.
- Domínguez Michael, Ch., "José Vasconcelos, padre de los bastardos", en *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo XX*, Ediciones ERA, México, 1997.
- Fell, Claude (coordinador de la edición crítica) del *Ulises criollo*, de José Vasconcelos, ALLCA XX, París, 2000.
- Gamio, A., *Forjado Patria*. Porrúa, México, 1916.
- Vasconcelos, J., *Los años del Águila*, UNAM, México, 1989.
- Gaos, J., *Pensamiento de lengua española*, Stylo, México, 1945.
- Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*, Ithaca Cornell University Press, Nueva York, 1983.
- Guisa y Acevedo, J., "Vasconcelos", en *Excélsior*, 15 de agosto de 1935.
- Jitrik, N., "Lectura de Vasconcelos", en *El balcón barroco*, UNAM, México, 1988.
- Keyserling, H., *Meditaciones Suramericanas*, Espasa Calpe, Madrid, 1933.
- Llach L., "Ulises Criollo" en *El Universal Gráfico*, 28 de noviembre de 1935, p. 6.
- Magaña Esquivel, A., "Vasconcelos y la novela de su vida. Forma interior y técnica en Vasconcelos" en: *La novela de la Revolución*. Tomo I, Biblioteca

del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, BINEHRM, México, 1964.

Martínez, J. L., en *Literatura mexicana. Siglo XX 1910-1949*. Antigua Librería Robredo, México, 1949.

Montano Rodríguez, Rafael, *De raza a cultura: un acercamiento crítico al concepto de mestizaje y mexicanidad en Vasconcelos, Ramos, Paz y Fuentes*, Mc Gill University, Montreal, marzo Diss. 1994.

Palies, A. N. y C. Dean Berry, *Carlos Fuentes y la dualidad integral mexicana* (ediciones Universal), Florida, 1969.

Portal, M., "José Vasconcelos: La tormenta y Ulises criollo", en *Proceso narrativo de la Revolución mexicana*, ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1977.

Toro, O., en *Excélsior* el 1º de agosto de 1935.

Paz, O., *Primeras letras (19321-1945)*, selección introducción y notas de Enrico Mario Santí, Vuelta, México, 1988.

\_\_\_\_\_, *El laberinto de la soledad*, FCE, México, 1987.

\_\_\_\_\_, *Posdata*, Siglo Veintiuno, México, 1971.

\_\_\_\_\_, "Emula de la llama", en *México en la obra de Octavio Paz* (vol. 5), FCE, México, 1987.

\_\_\_\_\_, *México en la obra de Octavio Paz* (vol. 8), FCE, México, 1987.

Ramos, S., *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa-Calpe Mexicana, México, 1970.

Revueltas, A., "El Ulises criollo de José Vasconcelos: la recepción de la crítica", en Fell,

Sacoto, A., "Aspectos indigenistas en la obra literaria de José Vasconcelos", en *Cuadernos Americanos*, 163 (1969), 151-157.

Skirius, J., *José Vasconcelos y la Cruzada de 1929*, Siglo XXI, México, 1978.

Stabb, M. S., *América Latina en busca de una identidad. Modelos del Ensayo Ideológico Hispanoamericano, 1890-1969*, Monte Ávila Editores, C.A., Caracas, 1969.

Toro, Oliverio, "Ulises Criollo. Una vivisección, el alma y la carroña", en *Excélsior*, 1-VIII-35.

Usigli, R., "Ulises, águila de Prometeo. Encuentros, afinidades, distancias con José Vasconcelos", en *Excélsior*, 3 de agosto de 1959.

Uslar Petri, A., *La invención de América mestiza*, FCE, México, 1996.

Vasconcelos J., *Ulises criollo*, FCE, México, 1969.

\_\_\_\_\_, *La raza cósmica*, FCE, México, 1971.

\_\_\_\_\_, *Indología, una interpretación de la cultura Iberoamericana*,

Agencia Mundial de Librería, París, 1969.

\_\_\_\_\_, *En el ocaso de mi vida*, Ed. La Prensa, México, 1960.

\_\_\_\_\_, *Memorias*, FCE, México, 1971.

- \_\_\_\_\_, De Robinson a Odisea Pedagogía estructuraliva (1935), H. Cámara de Senadores, México, 2002.
- \_\_\_\_\_, "La doctrina económica del nuevo mundo", en *El Universal*, 23 de enero de 1928.
- \_\_\_\_\_, *Todología, Filosofía de la Coordinación*, Botas, México, 1952.
- \_\_\_\_\_, *El proconsulado*, cuarta parte de *Ulises criollo*, Botas, México, 1939.
- \_\_\_\_\_, *Bolivarismo y Monroismo*, Ercilla, Santiago de Chile, 1935.
- \_\_\_\_\_, *Indología*, Agencia mundial de Librería, Barcelona, 1927.
- \_\_\_\_\_, *Monismo estético*, Cultura, México, 1918.
- \_\_\_\_\_, *Obras completas*, 4 vols., Libreros Mexicanos Unidos, México, vol. I, 1957; II, 1958; III, 1959; IV, 1961.
- \_\_\_\_\_, *Estética*, Botas, México, 1945.
- \_\_\_\_\_, Hernán Cortés, creador de la nacionalidad, Xóchitl, México, 1945.
- Wade, P. *Race and ethnicity in Latinamerica*, Virago, Chicago, 1997.
- Zavala Villagómez, F., *Filosofía de la Revolución Mexicana en la obra de José Vasconcelos*, Porrúa, México, 2000.



# GUERRA, VIDA Y TESTIMONIO

ALEJANDRA HERRERA\*

*A mi padre, Boris Constantino, y a todos los que buscaron y, todavía hoy, buscan un trozo de tierra en donde florecer.*

*A Joaquina Rodríguez, Blanchette y José Luis Marín, por el cariño y el apoyo.*

*A mis hermanos y a mis otros hermanos exiliados, porque saben de qué hablo.*

**S**obre *mis escombros* (1971) de Tere Medina es un libro de memorias en el que la autora ofrece un testimonio personal de su experiencia durante la guerra civil española. No se trata de una novela, es un relato compuesto de momentos clave para ella, por eso el subtítulo advierte al lector claramente su intención: *Estampas de la guerra civil española*. Quien habla es una mujer madura que recupera las vivencias de una adolescente, pues sólo tenía once años cuando comienza el relato. Así, la primera persona que se dirige al lector es esa niña; hay, por ello, en la autora la voluntad de revivir desde la entraña de la joven que fue, los sucesos que la tocaron tan de cerca, a ella y a su familia. Esta perspectiva dota a la lectura de

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

un aire fresco, a pesar de la tragedia, en el que el universo femenino está presente. Sin embargo, a ratos interviene, a través de esa primera persona, la propia autora desde su presente.

El texto fue escrito en México, donde ahora su autora goza de plena seguridad en la tierra que la acogió. Éste es el *incipit* del relato. “Porque estoy segura, arraigada en este trozo de tierra que es mío.” (Tere, Medina, *Sobre mis escombros*, p. 11) Así explica la causa por la que ahora sí puede recordar y escribir. Los sucesos que narrará son tan desgarradores que se revelan en una de las dedicatorias dirigida a un ex presidente mexicano: “*En memoria del Gral. Lázaro Cárdenas, que me convirtió de nuevo en un ser humano*”. Es evidente el significado que tiene este país para la autora. La otra dedicatoria es para su padre: “Al Coronel Medina, bajo el suelo de México”. Se trata entonces de un testimonio que se ubica a una gran distancia temporal y espacial de lo ocurrido, pues han transcurrido más de veinte años. Julio Rodríguez-Luis, en su libro *El enfoque documental en la narrativa hispanoamericana*, menciona que un rasgo de la narrativa documental es la presencia de un autor / mediador entre el testimoniante y el lector. En el texto de Tere Medina pareciera ser la autora quien directamente cuenta al lector, pero si consideramos que los sucesos de los que fue testigo y la distancia temporal que existe entre ellos y el momento de la narración, es probable que sea ella misma la mediadora, pues ha trascurrido mucho tiempo entre los hechos y su consignación, lo cual confiere a las experiencias vividas por la niña una comprensión de los sucesos y una madurez literaria que en aquellos años no tenía. No se trata, pues, de un testigo que pide a un tercero que organice sus memorias para comunicarlas a los lectores. (Cf. pp. 93, 94)

La voz que habla no sólo tiene la intención de dar información sobre sí misma y de los hechos vividos, sino que necesita al lector, lo quiere atento, por eso se dirige a él utilizando la segunda persona, el tú:

Por eso los recuerdo. Porque estoy en el haz de la hoja: verde,  
liso, fresco.  
Porque sé que la hoja tiene envés, y mi envés son aquellos tres  
años coagulados de miedo.  
Por eso los recuerdo.  
Y para que los recuerdes conmigo, te los voy a ir diciendo.  
(T. Medina, *loc. cit.*)

En la última oración se manifiesta la intención de la autora, va a hablar de sus recuerdos, no los va a contar, sino a “decir” como si se tratase de una plática informal, y esto también resulta ser un rasgo de la literatura testimonial, pues ésta fundamentalmente se basa en el testimonio oral, de ahí que se justifique la presencia del autor / mediador, como lo señala Julio Rodríguez-Luis: “[...] es el testimonio a través del cual nos habla la voz del testigo, el elemento constitutivo básico de la narrativa documental y, por ende, también su manifestación más notable y la que mejor sirve para caracterizarla.” (*Op. cit.*, p. 87)

Además, me resulta curioso que en vez de utilizar la palabra “conozcas” mis recuerdos, emplee “recuerdes”, como si el lector hubiese estado en el transcurso de los hechos que ahora relata. Me parece entonces que hay una intención o necesidad de involucrar a su lector, para que esté más atento a esos acontecimientos que le hicieron perder su calidad de ser humano.

Butor hace la siguiente precisión, en cuanto a las personas que intervienen en la narración: “En el interior del universo novelesco, la tercera persona ‘representa’ este universo en cuanto es diferente del autor y del lector; la primera ‘representa’ al autor, la segunda al lector; pero todas estas personas se comunican entre sí, produciéndose desplazamientos incesantes.” (Butor, *Sobre literatura, II*, p. 77, *apud*, A. Paredes, *Las voces del relato*, p. 73) Y esto es lo que ocurrirá en el libro mencionado, pues aunque la primera persona lleva la batuta del relato, constantemente se introduce en el lector la segunda; y cuando habla de los otros utiliza necesariamente la tercera. También

presta su voz para que otros testigos intervengan, a través de la primera persona, y relaten algún episodio vivido por ellos.

Históricamente, el relato comienza con las elecciones de 1936 y el triunfo del Frente Popular; esto es, con la derrota del Frente Nacional y, por tanto, de Gil Robles, jefe del partido católico español, que acogía tanto a los que querían restaurar la monarquía, como a los partidarios de una república demócrata cristiana y a sus juventudes que prácticamente eran fascistas. (Cf. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, vol. I) Transcribo la alegría testimoniada por Tere Medina:

Ya no hay más Gil Robles ni “éstos son mis poderes”, ni asturianos acribillados, ni asturianas dando a luz moritos ... ¡nada! De aquí para el real, todo sería paz. Todo serían cursos completos, sin interrupciones de huelgas, ni ladrillazos, ni Guardias de Asalto aporreándonos.

Papá no tendría que ir a ese castillo de castigo militar, donde si bien le iba, lo refundirían para toda la vida.

La alegría de todos los amigos lo decía bien claro: el “Frente Popular” había ganado las elecciones.

(T. Medina, *op. cit.*, p. 16)

Cabe señalar que en este texto la autora no desea detenerse en explicaciones, por eso no hay desarrollo de los personajes, ni el de los históricos ni los de su familia; el único personaje que se desarrolla es la guerra, porque se ve su evolución en los efectos que causa en la vida cotidiana de esta familia y en las aventuras que tienen que sortear para sobrevivir. Así, tampoco se mencionan los años en que ocurre cada episodio, sólo días y meses, pero esto no le resta verosimilitud a las historias fragmentadas en el volumen. Alberto Paredes caracteriza este tipo de relatos así:

El autor se coloca, entonces, en posición de testigo. Su primera participación que lo responsabiliza individualmente, a pesar de la supuesta autonomía del mundo que él “sólo” testifica, consiste en

que él elabora su relato-testimonio desde su precisa subjetividad. Él “contempla” los hechos y los “refiere”, pero en buena medida elige sus visiones (observar esto y no aquello, esto primero que aquello, esto como acontecimiento principal y aquello como lateral, etc.) y redacta su testimonio sin poder nunca desprenderse de su circunstancia personal. Claro que en buena parte los autores de relato-testimonio lo saben, saben que la autonomía del relato concede a éste una objetividad relativa, nunca absoluta. (A. Paredes, *op. cit.*, p. 73)

Quizá esta caracterización del relato testimonio podría completarse con las precisiones que hace Julio Rodríguez-Luis:

Lo que caracteriza *internamente* al testimonio es el deseo de cierto individuo de documentar –de *dar testimonio* de– una serie menor o mayor de hechos, los que muy a menudo aparecen organizados en una estructura biográfica debido a la convicción de que narrados en relación a una vida, desde la perspectiva privilegiada de su testigo o de su protagonista (de ahí que la primera persona sea imprescindible en este discurso), se percibirá mejor su importancia social o histórica, pues el propósito último del narrador es cambiar o al menos influir en el orden social. (*Op. cit.*, p. 100)

De este modo, pues, no se puede soslayar la parcialidad y subjetividad de la narrativa testimonial, e incluso la voz narrativa de la primera persona se define como parcial y no omnisciente, pero sí es necesario subrayar que si lo que se pretende es documentar una serie de acontecimientos, entonces la objetividad y fidelidad a los hechos reales no puede ser solamente una aspiración, sino una necesidad de dejar constancia de ellos para que por lo menos sean conocidos por otros y tengan una repercusión social. En el caso de *Bajo mis escombros*, la autora toma una parte de su vida –los tres años que dura la guerra–, para articular los asuntos personales con los problemas sociales. De modo que no se trata de una autobiografía, sino de estructurar

la coherencia narrativa de su texto con base en esos hechos que le han dejado cicatrices.

Hecha esta aclaración, cabe ahora detenerse en quién era esa niña de once años, cómo era su familia. Vivían en un apartamento de Madrid, no eran ricos, pero el padre además de ser teniente-coronel era médico veterinario, así que su situación económica era cómoda. Su madre, siempre ama de casa, es descrita por su hija como una mujer mesurada, elegante y sobre todo educada. Sus hermanas eran África, Chuchi, Angelita y Esperanza, y contando a Tere, eran cinco hijas, que multiplicaban el temor de su madre por la misma cantidad, pues el futuro se planteaba incierto cuando la guerra estaba en pleno apogeo. La servidumbre que ayudaba en los quehaceres, una costurera, una lavandera y un chofer, daba muestras claras de que en esa casa no había privaciones. No obstante esta bonanza y la alegría que había en esa casa por el triunfo del Frente Popular, no iban a durar mucho.

Sin ánimo de agotar aquí el tema de la guerra civil española, pretendo ubicar brevemente al lector en torno a los problemas que culminaron con el exilio español. En 1931, la República gana las elecciones por voto popular. En las ciudades se favorece al nuevo gobierno porque en ellas predominaban la clase media y los obreros, quienes estaban más politizados por los anarquistas y socialistas. No ocurrió lo mismo en el campo debido al caciquismo que imperaba. El fundamento ideológico de la República era liberal. Se trataba de un gobierno de intelectuales encabezado por Manuel Azaña, cuyo principal objetivo era la modernización de España. Pero como las cosas no se hacen para mañana, los conflictos no se hicieron esperar. Así, vuelve a aparecer el separatismo de las regiones, que la Monarquía había reprimido, y la República les concede autonomía con estatutos particulares; el problema de la educación se agudiza al separarse la Iglesia del Estado, pues se tienen que fundar nuevas escuelas y la ausencia de maestros se hace notar porque éstos

generalmente habían sido los eclesiásticos; la República moderniza a su ejército, pero pensiona a los militares que no simpatizaban con el nuevo gobierno y, debido a esta tolerancia, comienzan libremente a conspirar; las presiones ejercidas por las izquierdas que querían apresurar las reformas generan un caos del que no están ausentes la represión y la sangre. Todo esto y el “fantasma” del comunismo que cada vez ganaba más simpatías en España, pues se tendía al modelo soviético, provocaron en 1936 la sublevación de los generales Emilio Mola y Francisco Franco, cuya justificación era la restauración de la Monarquía. Sobrevino entonces el caos de la guerra y el apoyo del fascismo italiano y alemán al golpe militar; su evidencia más clara fue Guernica. Y frente a este despliegue de fuerza militar, el hambre y la falta de armas iban cercando al pueblo y al ejército republicano, hasta que éste fue vencido. La persecución de toda ideología liberal e izquierdista no tardó en efectuarse y con ella el éxodo, los campos de concentración y el exilio. En 1939, previo acuerdo con el presidente Cárdenas, llegó a México el Sinaia, primer barco que transportó una emigración masiva de republicanos. Los ideales no morían, suponían los exiliados que se trataba de una tregua y que Franco –Mola ya había muerto– no podría mantenerse en el poder, de ahí que esperaban ansiosamente el regreso. No fue así. Con excepción de las Brigadas Internacionales, el mundo se mostró indiferente a la causa republicana: a Franco le esperaban largos años en el poder.

En el testimonio narrado por Tere Medina se da cuenta de los hechos relevantes que empezaron en Madrid el 19 de julio de 1936. Ese día, la familia Medina tuvo que evacuar por primera vez su casa, pues, a pesar de las balas y el humo que tanto proliferaban, el padre decidió correr el riesgo de sacar a su familia, y llevársela a casa de un amigo en el mismo Madrid. Al día siguiente regresaron y además de enterarse de que nada había ocurrido a sus vecinos, sí hubo una baja importante: “[...] nadie se había acordado del canario de los Ibáñez [...] Murió quemado.

Le chuparon las lenguas de gato. Fue la primera cruz que se instaló en mi corazón.” (T. Medina, *op. cit.*, p. 23) Quizá nadie reparó en el canario, pero una niña de once años, acostumbrada a sus trinos, sí.

La experiencia de dos de sus vecinos, padre e hijo, apellidados Toral, quienes fueron detenidos por haber participado el hijo en el atentado a un tal Jiménez Asúa, da pie para que la autora hable de una práctica común en esa guerra: “el paseo”. Sacaban a los sospechosos y al rato aparecían muertos, sólo les advertían que les iban a “dar un paseo” y sin previo juicio los mataban. Es lo que ocurrió con el gran poeta granadino, Federico García Lorca. Sólo que en este caso, fueron los de la derecha quienes le dieron “el paseo”, los que mataron al mencionado poeta. El caso relatado por la autora se refiere a que así mataban a los fascistas los republicanos. A mí me queda la duda y lo transcribo tal como lo dice Tere Medina: “Y es que no supieron interpretar lo que querían decir con lo de ‘darles un paseo’./ Muy poco tiempo después ya todos sabíamos que a los fascistas se les ‘paseaba’ y listo.” (*Ibid.*, p. 25) Es probable que esta práctica se utilizase por ambas partes.

Por otro lado, la familia Medina ahora sí que tenía trabajo. Las hermanas mayores de Tere, especialmente Chuchi, tejía sin tregua y con suma rapidez, suéteres que serían usados por los milicianos, pues la sierra de Guadarrama, a donde iban, era un lugar muy frío. Muchos no volverían, pero por lo menos llevaban consigo la solidaridad de esos hermanos que se gestan durante la guerra. La narradora describe su perfil y la poca instrucción militar que recibían:

Primero los veíamos haciendo instrucción en la explanada del Colegio Calasancio, que ahora estaba convertido en cuartel de los nuestros. Aprendían el manejo del fusil; marchaban un poco, acostumbrándose a la idea de ser héroes; venían por sus suéteres, y se marchaban a la sierra de Guadarrama. Casi nunca volvían.

Eran chicos jóvenes, incultos; muchos no sabían leer. Pero sabían lo que querían y por qué lo querían. Porque en España, en aquella época, era difícil no saber lo que querías. Desde que soltabas la teta materna tenías que definirte. (*Ibid.*, p. 26)

De modo que no había lugar ni momento para contemplaciones, era la derecha con todo y su monarquía, su catolicismo paralizante o era la República. Sólo que estos milicianos tenían una enorme desventaja: cuando el gobierno republicano pide a los militares del antiguo régimen que juren fidelidad a su bandera, al nuevo gobierno, unos lo hacen y otros, no. En el segundo caso, la República jubila a esos militares, pero, como ya he señalado, lo que nunca advierte el nuevo gobierno es que los jubilados se iban a dedicar a conspirar de tiempo completo. Tenían la preparación, la habían ejercitado en mantener a Marruecos como posesión española, sabían de estrategias. ¿Cómo iban los milicianos a salir victoriosos frente a ellos?

Mientras tanto, en la casa de los Medina la ayuda salía para esos jóvenes, les mandaban alimentos al Colegio donde se entrenaban: “Entonces todavía se podía regalar comida [...] les mandábamos comida en vista de que el abastecimiento militar no estaba aún bien organizado.” (*Loc. cit.*) Con lo cual se pone de manifiesto que la República no estaba preparada para una guerra. Las posibilidades de vencer eran casi nulas.

Poco, muy poco tiempo después empieza el hambre en Madrid. El pan duro era un manjar que se comía en sopa, pero la bolsa que contenía el pan cada vez mermaba más. “Porque cada día sacaban pan duro para hacer sopas de ajo. Sopas de ajo hoy; sopas de ajo mañana; sopas de ajo siempre. Y a veces, muchas veces, solamente sopas de ajo.” (*Ibid.*, p. 35) El gas simplemente era un recuerdo, así que había que ingeniárselas para hacer fuego en los hogares y cocinar.

Nunca he leído una definición de hambre como la que escribe la autora en estas memorias, me parece tan aplastantemente

real y tan bien escrita que por eso la transcribo, porque sí da una idea de ese enemigo que tantos estragos ha causado en el mundo:

Muchas veces dices “tengo hambre”, y es como decir “me gustaría comer algo”.

Pero eso no es el hambre [...]

Porque cuando el hambre es real, en su verdadero y terrible significado, tú no puedes “tener hambre”: el hambre te tiene a ti. Hambre es cuando se te llena el estómago, a reventar, de un vacío obsesivo, que dilata sus paredes, que le estruja en contorsiones inútiles.

Hambre es cuando a la casi lujuriosa imagen de unas patatas cocidas te responde un golpe de ácido en la garganta.

Hambre es cuando se te quejan las tripas con aullidos de lobo, cuando te gruñen amenazando, cuando te lloran –porque son como una inocente criatura y no pueden comprender la razón de su angustia.

(*Ibid.*, p. 37)

Este es un ejemplo que muestra la fuerza expresiva de la narradora y de nuevo ese dirigirse al lector, de forma tan insistente, pues no está hablando a otro personaje, sino al receptor de su lectura. Éste es otro rasgo de la literatura testimonial sobre todo en la que el autor es el mismo testigo y no cuando hay un autor / mediador. Julio Rodríguez-Luis describe así este recurso:

[...] no suprime al interlocutor, al modo que lo hacen otros testimonios, sino que lo incluyen indirectamente por medio de comentarios [...] y, en general, mediante el uso constante del acusativo “te” [...] que indica su presencia; también la forma en que el hablante se describe a sí mismo subraya [...] que lo hace siempre en relación con una mirada y una comprensión ajenas que representan en el texto a la persona a quien le cuenta ciertas experiencias y cuyas preguntas quizá responde, aunque éstas no aparezcan en el texto.

(*Op. cit.*, p. 97)

Volviendo al texto de Tere Medina, no obstante, esa necesidad tan inmediata que es comer también tiene sus límites: un sujeto no puede vender sus convicciones, pasar por encima de él mismo para satisfacer su hambre. Cuando los aviones franquistas tiraron bolsas de pan fresco con un letrero que decía: “Rendiros, y tendréis pan como éste.” La respuesta generalizada fue escupir a ese pan: “El orgullo puede darte fuerza, mucha fuerza. Puede darte fuerza para decir alegremente: ¡Si no tengo hambre!”

(T. Medina, *op. cit.*, p. 39)

Una de las causas que generaron el fracaso de los republicanos fue la división que había entre sus miembros. Era difícil llegar a acuerdos entre todas las ideologías que conformaban a ese grupo de intelectuales: socialistas, comunistas, anarquistas. Las diferencias eran tan abismales y tantas fueron las discusiones, que era prácticamente imposible llegar a una negociación. Mientras, la derecha firme y con un claro objetivo se agrupaba y organizaba, pues sólo tenían uno: acabar con la República. En el libro de Tere Medina hay un ejemplo que concretiza las diferencias que había entre los republicanos:

Llegaban con vómitos de sangre. En el hospital donde estaban mis hermanas de enfermeras, había varios [...] Eran los terribles anarquistas catalanes, de largas patillas, de pavorosas barbas, de pañuelos rojo y negro en la cabeza. Su aspecto metía miedo.

[...] Es que venían corriendo desde Talavera, y estaba lejos. Tenían que hospitalizarlos y atenderlos. ¡Moler, que daba rabia! Más, porque cuando vinieron traían un aire de matones y de comenidos. [...] nos habían prometido detener la avanzada franquista. Y ahora corrían. Como liebres. Daba rabia, porque era un fraude.

(*Íbid.*, p. 40)

Puede verse, entonces, que ni la distancia temporal y espacial ha mermado la antipatía que de seguro la familia Medina sentía por los anarquistas, pues ahora la narradora sigue destacando

su estrafalaria apariencia y sobre todo su cobardía, aunque quizá las causas de esa retirada pudiesen ser la falta de armas y condiciones para enfrentar un ejército bien provisto y organizado. La misma autora describe las diferencias entre cada bando: “Tal noticia que llega del frente y que nos habla de sus ametralladoras, de sus cañones, de sus hombres bien comidos, bien protegidos del frío, avanzando con paso seguro, pisando con sus buenas botas de cuero los despojos de nuestros soldados improvisados, sus pies helados bajo [...] las alpargatas, sus cuerpos acribillados [...]” (*Ibid.*, p. 45) Como sea, aquí queda testificada la ausencia de unidad dentro de los republicanos.

Y mientras Madrid es atacado por los aviones bombarderos de los franquistas, sus habitantes se inventan el ánimo, surgen las coplas y todo aquello que es querer evadir el sentimiento de derrota, la falta de esperanza: “Con las bombas que tiran / los aviones, / se hacen las madrileñas / tirabuzones.” (*Loc. cit.*) Pero muy callado, muy adentro se ve la inminencia de la caída de los republicanos. En estos momentos de desánimo surge la presencia del General Miaja y la frase que renueva el valor y los ideales: “Nunca pasa nada; y aunque pase, no importa.” (*Ibid.*, p. 46) El jefe de la defensa de Madrid fue el General José Miaja, quien según Hugh Thomas tenía una personalidad compleja y sobre todo polémica. El momento al que se refiere Tere Medina es cuando: “Miaja les habló en términos heroicos sin ocultar la gravedad de la situación [...]” (H. Thomas, *op. cit.*, vol. II p. 523) De ahí la frase citada por la autora, y la admiración que muchos le tenían, pues bajo sus órdenes Madrid se convirtió en un ejemplo de la resistencia republicana.

Otro acontecimiento importante es la muerte del General Emilio Mola, aquél que fanfarroneaba de tomar Madrid y nunca lo logró: “Mola se desintegró en el aire. Subió a un avión y, apenas despegar, estalló. Parece que le habían puesto una bomba en el motor los mismos franquistas.” (T. Medina, *op. cit.*, p. 63) Ese fue el rumor que se corrió en España y los mismos exiliados en

México así lo cuentan: Franco lo mando matar porque le “había sombra”. Por su parte, Huhg Thomas afirma lo siguiente:

El avión en que viajaba se estrelló en la colina de Alcocero, cerca de Burgos. Mola solía emplear el avión con frecuencia en sus desplazamientos y no existen pruebas de que hubiera sabotaje [...] Von Faupel dijo de Franco que “se sintió indudablemente aliviado por la noticia de la muerte de Mola”. Las últimas palabras de Franco sobre su compañero de armas fueron las siguientes: “¡Mola era un tipo muy terco! Cuando le daba órdenes que no coincidían con sus puntos de vista, me solía preguntar: “¿Es que ya no cree en mis cualidades de jefe?”

(H. Thomas, *op. cit.*, vol II, p. 74)

Así las cosas, es inevitable pensar que esos rumores tal vez tienen algo de razón; por ejemplo, el alivio de Franco y los desacuerdos entre ellos. Parece, entonces, que las diferentes posiciones entre los franquistas se resolvían así: simplemente desaparecían al que estaba en desacuerdo con el Generalísimo. Sin embargo, como casi siempre ocurre en estos casos, nunca hay certezas, y cada quien se queda con su punto de vista.

Mientras la guerra seguía, el gobierno republicano se instala en Valencia. Así comienza el éxodo de la familia Medina y de muchos otros. Dejan Madrid en pésimas condiciones, y a los valencianos no les agrada la llegada de los madrileños. La autora describe a Valencia como Jauja: no había hambre, las paellas, los embutidos. Después del hambre, el milagro de comer. Pero no había casas para tantos recién llegados. No importaba, la estancia sería breve y el regreso a Madrid era lo programado. Tere tenía entonces doce años. Vaciló mucho entre si llevar con ella o no a Marianita Pineda, su muñeca. Decidió que estaría más segura en Madrid. A la semana, la capital española había sido bombardeada, no quedaban restos de su casa ni de Marianita. Tere, esperanzada, le había escrito a un amigo de su hermana África, dando santo y seña del lugar donde había dejado

a la pequeña muñeca de porcelana: “Pasé varios días en estado febril esperando la contestación. Me dijo que era inútil. Que en toda la casa no quedaba entero ni un alfiler [...] Pero que no debía preocuparme: Marianita Pineda seguiría viviendo mientras yo existiera.” (T. Medina, *op. cit.*, pp. 70,71) Por cierto, para bautizar a su muñeca, Tere Medina utilizó el nombre de una heroína republicana, Mariana Pineda, quien por bordar la bandera republicana fue asesinada. Este drama fue retomado por Federico García Lorca en una de sus obras de teatro. Así es como se pasaba de las grandes tragedias colectivas a las pequeñas individuales. Tan significativas e importantes unas como las otras.

Y me parece a mí que es la mención de esos detalles de niña lo que dota a *Sobre mis escombros* de ligereza y frescura. Asimismo, las labores femeninas que realizaban las mujeres en sus casas, entreteniéndose el tiempo, mientras la guerra pasaba. Entre leves esperanzas y logros franquistas, se bordaba, se cocinaba lo muy poco que hubiese, se tejía, se preparaba la ropa y muchas de las mujeres, que nombra Tere Medina, todavía cuidaban su arreglo personal. Como Isabel, la costurera, o aquellas vecinas que bajaban al sótano, primer refugio en el edificio de Madrid: “Sólo unas vecinas de no sé qué piso llegaban siempre hechas un brazo de mar, con lindas batas de seda y perfectamente maquilladas [...] Se pasaban todo el bombardeo embelleciéndose.” (*Ibid.*, p. 31) Había, pues, una tensión entre la vida cotidiana y la guerra.

No obstante ese ánimo, construido a fuerza de voluntad y disciplina, el ejército franquista no respetó a las mujeres. En Valladolid, un hombre llamado Aurelio —así la autora presta su voz a otras personas para que entren a su relato—, cuenta un incidente del cual fue testigo:

[...] empiezo a oír risas y veo que todos los niños fascistoides y las señoritas, de mucho velo y cruz al pecho, se ponen a los lados de la calle. Miro a lo lejos, y ¡anda, lo que voy viendo!

[...] Detienen a las chicas de izquierdas . . .] Me las rapan toda la cabeza, menos un mechoncito en lo alto, en el que les ponen un lacito con la bandera republicana. Me las atizan un litro de aceite de ricino, me las encasquetan un camisón de loco... y me las echan a recorrer las calles, para que las maricas de la falange se diviertan a verlas en esas fachas, y haciéndose de vientre patas abajo.

(*Ibid.*, pp. 77, 78)

Este incidente me parece dramático porque es ir incluso más allá de la muerte. Es la humillación del ser humano a más no poder, especialmente en el caso de las mujeres, primero lo de la bandera, pisar el símbolo que contiene ideales, formas de ser, deseos de libertad y justicia social; después quitar la feminidad con la cabeza rapada, el batón de loco y la purga para que la humillación de veras no tenga límite, para ser burla de los otros. Es inexplicable lo que un ser humano puede hacer a un semejante. Pero en muchísimos casos, ni eso puede contra la resistencia que prodigan los principios, frente a la esperanza que fuera de toda lógica dice al oído: esto no habrá de durar, no puede durar.

Y así ocurre en lo que cuenta la autora: de la humillación, del dolor y la tragedia de no poder enterrar a los muertos, ni siquiera de saber quién es cada uno, de buscar entre los escombros y sólo encontrar pedazos, hace un cambio en el tema de la narración y describe la esperanza en el regreso a Madrid, los tesoros que acumulaban sus hermanas para cuando volviesen a su ciudad. “Déjame que te explique lo que significaba la palabra ‘tesoro’. Era algo superfluo para nuestra existencia, algo no imprescindible para seguir funcionando. Tesoro cualquier vestido, zapato o adorno que no valía la pena estrenar hasta no estar de nuevo entre nuestros amigos de antes.” (*Ibid.*, p. 97)

Así, entre ese ir y venir de los días, otra vez el hambre que ya hay en Valencia, los bombardeos y el alma en vilo. Otro éxodo, el gobierno republicano tiene que desplazarse a Barcelona, y con él Tere y su familia. Antes de entrar en esa ciudad la autora escucha por primera vez una canción mexicana: “A la orilla de

un palmar”. Qué lejos estaba entonces de pensar que México sería su nueva patria. Desde luego en Barcelona no mejoraron las condiciones, igual el hambre. La casa de Madrid con piano y lujos, nada tenía que ver con la de ahora, ni muebles tenía; poco a poco fueron juntando uno que otro para hacer la vida más llevadera. La autora describe con gran desparpajo las nuevas condiciones:

A la hora de la comida –en casa siempre se ha respetado la ceremonia familiar, aun si lo de la *comida* resultaba un mito– a la hora de la comida, digo, el aspecto de la familia era de lo más pintoresco. Unas en el suelo; otras en almohadones; otros en el alto sofá. Y cada dos una mesita endeble.

¡Total! De todos modos acabábamos bien rápido.

(*Ibid.*, p. 106)

Quizá esta ligereza se debía a la necesidad de diluir la tensión que genera tanto sufrimiento, igual en la autora como en el lector. Narrar una guerra que se ha vivido día con día es desgarrador y por eso quizá muchos que han tenido esa experiencia se acogen al poder terapéutico de la palabra escrita, se trata, pues, de una urgente necesidad de compartir con otros los hechos, de dejarlos documentados, tal vez para que no vuelvan a ocurrir. Y así siguen los muertos, los cuerpos abiertos cuyos órganos nada tienen que ver con las clases ni con los esquemas de Biología, son órganos que palpitan, que en ellos todavía corre la sangre y frente a esto la impotencia porque no se puede hacer ya nada. (Cf. *Ibid.*, p. 108) La única reacción sólo puede ser perder la sensibilidad: “No sé cuándo empecé a ser sólo un ente lleno de instintos [...] No sé en qué momento se atrofió la red nerviosa, amputándome la caridad, la compasión, la capacidad de sufrir por algo más allá de mi epidermis.” (*Ibid.*, p. 110) Y es que en la guerra, en ese estado límite, no hay tú y yo, sólo hay yo porque si no, no se sobrevive.

Y mientras tanto los bombardeos sobre Barcelona, ahora en los altos de Tremp que deja a Barcelona sin luz, y la consecuyente penumbra y de su mano la inquietud. Después, Gerona, más hambre y ese sentimiento de derrota: los sobrevivientes republicanos mutilados, convertidos en piltrafas. Siguen las pequeñas victorias de los milicianos y las grandes del ejército franquista. El éxodo continúa de allí a Sant Jordi Desvalls, el desorden imperante presagia el final. Ya nadie sabe dónde están las Guardias Presidenciales. Ahora cada despedida de los amigos se sabe que es para siempre, que ya no hay regreso, que todo es incierto.

Y el camino continúa, hay que llegar a Figueras. Recuerdo un cuento de Max Aub titulado “Enero sin nombre”, en el que el narrador es un árbol que describe, desde la solidez de la tierra en donde se afianzan sus raíces, ese éxodo de gente, que quiere salir a toda costa del horror de la guerra, cómo van tirando sus pertenencias a lo largo del camino, porque no se puede más que consigo mismo en la dureza de tal empresa. (Cf. *Cuentos ciertos*, pp. 43-81) Tere y su familia van en coche, pero los obstáculos también existen: el tráfico de vehículos y gente, los bombardeos y, sobre todo, la gasolina. No importa nada, hay que llegar a Port Bou, para salir de España y llegar a Francia. El padre ha arreglado todo, él se queda y la madre va con sus hijas. Ya se reencontrarán.

Lo que sigue es la parte más estrujante del relato. El viaje, en un tren de carga, es de lo más penoso: maloliente, los compañeros, gente en la más absoluta miseria, sin higiene, sin servicios, pero una luz alumbra a todos: salir, llegar a Francia. Sin embargo el tren no cruza por completo un túnel porque a la mitad deja de ser territorio español. Hay que continuar a pie, sólo son dos kilómetros y medio y al fondo la luz que anuncia la tierra prometida. “Cierto que era difícil caminar por el túnel [...] de pronto, sobresalían desnudos, mostrándose como parte del esqueleto de rieles, cambios de vías, coladeras, impudicamente expuestas a nuestro pies [...] caminábamos en bola, niños,

mujeres, heridos. Sólo los que tenían derecho a salir antes que nuestro ejército diera las últimas boqueadas. Hombres sanos, no. (¿Sanos? ¿Había todavía alguien sano?)”

(T. Medina, *op. cit.*, p. 143)

Y aquí ocurre algo interesante en el plano narrativo. La autora pide al lector hacer una pausa porque: “Tengo la garganta reseca, porque se me ha removido el reseco polvo de mis muertos [...] Espera. Déjame que respire el silencio. Te he de seguir contando hasta el fin mis tres años de espanto, porque me es imperioso hacerlo. Pero espera [...] A que pueda tu cara morena decirme del país en que vivo. A que pueda saber con certeza que son sólo mis viejos recuerdos.”

(*Ibid.*, p. 146)

En esta cita puede verse que el lector a quien se dirige la autora es un tú concreto, no se trata del lector abstracto o ideal al que muchos escritores se refieren. Al que la autora pretende llegar es al lector mexicano de piel morena, quien ahora forma parte de su realidad, de la tranquilidad de su vida cotidiana, por eso se da esos saltos al presente, y deja de pronto el tiempo interno del relato de los tres años de guerra, y va al momento en que escribe para incluir constantemente a su lector, para hacerle partícipe, pues además del tono de súplica que presenta este fragmento, también se explicita la intención de estas memorias: “me es imperioso” decírtelo, porque ya se sabe que de por sí la palabra alivia, conjura los temores, alivia los recuerdos de aquellos hechos vividos tan a flor de piel. Tal vez no se trata tanto de hacer literatura, como de escribir un testimonio que amplifique el conocimiento de una serie de hechos, “[...] pues ésta, [la narrativa testimonial] al contrario de lo que sucede en la literatura de ficción, sólo se justifica en relación con su referente extratextual.” (J. Rodríguez-Luis, *op. cit.*, p. 85)

Por otra parte, tal vez en esa reiterada inclusión del lector se revela una necesidad de la autora de ser incluida y formar parte

auténticamente de sus nuevos compatriotas: dejar de sentirse extranjera y renacer con una nueva identidad.

Esta actitud de la autora es opuesta a la de muchos exiliados que llegaron y que pensaron que sólo estarían de paso, que Franco no duraría en el poder y que literalmente vivían sin desempacar el equipaje, de ahí que permanecieron alejados de los modos de vida y costumbres de la nueva tierra. Desde luego, otros muchos participaron activamente enriqueciendo la vida cultural de este país, pero quizá nunca imaginaron que Franco viviría más de treinta años en el poder, y que el regreso se pospondría tanto tiempo. En el caso de *Sobre mis escombros*, no se advierte ese deseo en la autora. Hay en el fondo un homenaje a México, país en el que según dice recupera su calidad de persona: “No debe extrañarte [dice al lector] Porque ahora, mientras me estoy imaginando el pasado, se me lloran de recuerdo las pupilas como queriendo lavar los horrores de entonces [...] Porque ahora vuelvo a ser un magnífico receptor de los más nimios dolores ajenos.”

(*Ibid.*, p. 110)

El relato termina cuando zarpa el Mexique, barco que condujo a la familia Medina entre 3,000 refugiados a tierra mexicana, previo paso por Francia, los horrores que padecían los refugiados en los campos de concentración, la caída de Madrid y el exasperante anhelo de la familia por, finalmente, abordar el barco. El momento en que se despliega la bandera mexicana es descrito así:

Lenta, lentamente, comienzan a trepar por el asta los nuevos colores: verde, blanco, rojo. Todavía entremezclados en pliegues pesados. Todavía no bandera, sino promesa.

Lenta, lentamente, llegan a conquistar la cima y se desperezan en el aire, mostrando todo el esplendor de su amanecer.

De un golpe, como a una voz de mando, reventamos en un solo grito.

[...] Ahora sí, se acabó aquello. Un árbol, erguido, con su única e inmensa hoja, te abriga de las tempestades.  
(*Ibid.*, p. 174)

Me parece importante señalar que aunque la autora no lo supiese en aquellos momentos en que el barco se hace a la mar, tal vez sus padres sí sabían a qué país venían, al México de Cárdenas y de ahí todas sus esperanzas, pues sabían que este ex presidente había hecho grandes cambios en el país de aquellos años, que sus reformas y hechos políticos correspondían a un ideario socialista, en el que los obreros y campesinos contaban para el Estado. No fue gratuita la popularidad de Lázaro Cárdenas ni el apoyo que recibió de la población, por ejemplo, para la expropiación petrolera. La reforma educativa que pretendía la formación de individuos integrados y conscientes de su entorno social, también fue uno de sus logros. Es evidente que las confederaciones creadas por él para las clases obrera y campesina eran celebradas no sólo por los mexicanos, sino también por los republicanos que eran acogidos por su gobierno; en fin, llegaban a una tierra lejana, pero no totalmente extraña, además del empleo de la misma lengua, ventaja fundamental; la ideología de Cárdenas coincidía de alguna manera con los ideales republicanos.

Pero la autora todavía no cierra el ciclo, faltan unas líneas que redondean el texto entero: “El haz de la hoja –verde, liso, fresco. ¡Quién se acuerda ya del envés –aquellos tres años coagulados de miedo!” (*Ibid.*, p. 175) Fueron esos tres años desde que inicia la guerra en el 36 hasta que termina en el 39, lo que queda registrado en el libro de Tere Medina. (v. Las primeras líneas del relato *supra*, p. 1)

*Sobre mis escombros* es un libro que si bien fue escrito, como tantos otros, por una necesidad de nombrar los horrores vividos, rebasa el propósito explicitado. No se trata de una autobiografía, como ya se advirtió, pues en ésta se expresa la

ideología individual de una persona que narra la mayor parte de su vida; en cambio, en la narración testimonial aunque se liga a la biografía del testigo, a una parte de su vida, la ideología expresada corresponde a una colectividad. (Cf. J. Rodríguez Luis, *op. cit.*, p. 88) En el caso de Tere Medina, existe una tensión entre sus vivencias personales y los hechos que se desarrollaron durante la guerra civil española, y que ella relata desde la perspectiva republicana y de los 30,000 exiliados que llegaron a México, una vez perdida la guerra. Se trata de un texto escrito con gran sensibilidad que logra en el lector momentos de gran tensión por la estructura literaria de la tragedia narrada. La fuerza de las imágenes, breves pero muy efectivas, incluso por las reiteraciones, dan la intensidad que requiere todo relato. Por si fuese poco, aunque es un testimonio contado desde la propia entraña de la autora, se apega a la realidad de la historia atestiguada para lo cual sigue un orden en el tiempo y el espacio de cuándo y dónde ocurrieron los acontecimientos. Pues ése es el objetivo principal del género testimonial: “[...] la narrativa documental pretende aumentar nuestro conocimiento de cierta realidad acercándonosla en la versión de sus protagonistas o testigos y con el apoyo de los documentos que explican los acontecimientos.” (*Ibid.*, p. 85) En suma, además del valor testimonial, cuya base documental puede ser una gran bibliografía que existe sobre el tema, la obra presenta grandes aciertos literarios.

## BIBLIOGRAFÍA DIRECTA:

Medina Tere, *Sobre mis escombros. (Estampas de la guerra civil española)*, México, Costa-Amic, 1971.

## BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA:

Aub, Max, *Cuentos ciertos*, México, Antigua librería Robledo, 1954.

Paredes, Alberto, *Las voces del relato*. Xalapa, Universidad Veracruzana/ INBA /SEP, 1987.

Rodríguez-Luis, Julio, *El enfoque documental en la narrativa hispanoamericana. Estudio taxonómico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997. (Lengua y Estudios Literarios)

Taca, Óscar, *Las voces de la novela*, Madrid, Gredos, 1989. (Biblioteca Románica Hispánica, 194)

Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, vols. I y II, Trad. de Neri Daurella, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995.

## LA MEMORIA DEL LUGAR DE LOS AFECTOS: EL MUNDO RANCHERO Y LA QUERENCIA DE LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

LUZ DEL CARMEN ZALDÍVAR HERRERA\*

Luis González y González, historiador michoacano (nace en octubre de 1925 y muere en diciembre de 2003), no quiso nunca separar su oficio de relator de su crianza ranchera. Quienes han aprendido el *oficio de historiar* a través de su palabra, reconocen en su pluma su insistencia de hacer de la memoria el detonador de la vivencia colectiva a través del lenguaje común, como forma de preservar la vida colectiva, a fuerza de contar y recontar las historias comunes a los hombres.

El oficio de Luis González y González estaba en su gusto por el testimonio surgido de la conversación, de donde procede su historia y su modo de concebirla. Amigo de Juan Rulfo, el escritor jalisciense rememora una conversación en donde ambos polemizan alrededor de los tópicos del narrador. Le advertía el historiador al novelista que su vocación había nacido, en parte, de la reticencia que había en su casa materna a leer novelas, porque “no les gustaban las mentiras”, de manera que su narrativa histórica buscó siempre lo que el dato preciso le dictaba; mientras que para Rulfo ese mismo dato le permitía figurar una historia, que no por ficticia mereciera ser calificada de falsa, como sucede casi siempre con el gran arte. De manera que el modo de contar de Luis González y González siempre se encuentra implícito el otro, la palabra nacida del diálogo con el otro, que es simultá-

\* Departamento de Sociología, UAM-A.

neamente, la manera que tenía de reconocerse a sí mismo en la palabra de su interlocutor. “Anfitriónía” podemos llamar a su método (la gentileza del relator que permite al otro explayarse con toda confianza a través de las frases que los identifican). El lenguaje de la comuna que nos conduce a la reconstrucción fiel de los tiempos idos.

Tal como se señala en la cuarta de forros de la edición de su libro *La querencia*,<sup>1</sup> publicada por el Colegio Nacional, Luis González y González posee una “sencilla erudición” (su habilidad para hacer accesible a un amplio público, las complejidades de su narrativa) que busca encontrar, en cada frase, la memoria del lugar de los afectos. Es su manera de conciliar en su relato lo que es propio y lo que es ajeno, y convertirlo en una memoria compartida, y que, por ello, es adoptada por esos otros, como algo que los identifica.

## LA QUERENCIA

Nombrar el pasado que se propone dar sentido al quehacer humano es la tarea adánica del historiador. En este caso, bajo la palabra *querencia*, Luis González y González se hunde en las raíces de la lengua (palabra de tono arcaico, pero que ya Cervantes en *El Quijote* empleaba con los matices que le da el historiador) anuncia su inclinación por volver al sitio donde uno se ha criado, a la tierra de donde se proviene, y hacerlo con el lenguaje de sus pobladores, pues sólo así el oficio de historiar se cumple, tal es la obstinada perseverancia del oficio relator de Luis González y González. Así es como aparece Michoacán y el pueblo de San José de Gracia, su origen, su *querencia* enclavada en el occidente de México.

El espacio, geográfico y anímico de sus orígenes es una referencia obligada en la búsqueda de la escritura idónea que se

<sup>1</sup> Véase Luis González y González, *La Querencia*. México, El Colegio Nacional-Clio, 1997. (Obras Completas de Luis González y González, X)

acerque a su percepción de la historia. Era su modo personal de conciliar su afición por la narrativa y su exigencia, personal y familiar, como ya avistamos, de contar la verdad. Por ello, encontramos en el historiador michoacano no sólo la querencia por el lugar de sus orígenes (cercana a lo que es posible identificar como una fidelidad por su tradición), sino también por el lenguaje. El que proviene de la universalidad del castellano y los giros propios, provincianos, del occidente mexicano; de ahí surge la complicidad y amistad con Rulfo, en ambos el empeño de usar la lengua que alimenta su tradición.

De esta manera, Luis González y González inicia su travesía hacia *La querencia*. Describe la geografía de México, de la cual resalta ocho territorios que reflejan figuras históricas y modos de hacer culturales: el noroeste, el norte, el noreste, el golfo, la península yucateca, el Pacífico sur, el occidente y el centro o Anáhuac. Exceptuando a Yucatán, plantado en un suelo monótono, cada provincia alberga de cinco a veinticinco paisajes distintos que, no obstante, nos ofrecen una gran variedad de rostros y corazones. Su distinción proviene de que cada una de esas provincias tomó un rumbo económico, social y cultural propio, aunque ninguna, al menos teórica y jurídicamente, resalta Luis González y González, formó un mundo político aparte, y en la práctica no existe una autonomía política regional.<sup>2</sup>

El terruño de occidente comprende, en esta geografía de González y González, seis unidades administrativas: Nayarit, Aguascalientes, Colima, Jalisco, Guanajuato y Michoacán. Aunadas a veinticuatro paisajes “de factura no humana” que suelen clasificarse en calientes, templados y fríos. Pero el espacio físico no es lo único que llama la atención al autor para proponernos su disección, presenta como necesario para la historia narrativa lo que la demografía es en cada territorio. En la particular reconstrucción de hechos matrisos (recordemos que

<sup>2</sup> González y González, Luis. *La Querencia*. México, Edic. El Colegio Nacional-Clio, 1997 (Obras Completas de Luis González y González, X). p. 215.

el historiador coloca a la “madre” en el centro de nuestros orígenes y no al “padre”; la patria y no la patria), Luis González resalta que:

A partir de 1930, el occidente se da a engordar como también lo hacen las provincias del noroeste, norte, noreste, Veracruz y Anáhuac. A ese engordamiento se le ha dado el nombre de explosión demográfica. En medio siglo la población occidental se triplica. Sobrepasaba apenas los 4 millones en 1930 y llegó a los 12 en 1980. Sin embargo, no creció tan aprisa como el Anáhuac y su metrópoli. Cuando la cabeza de occidente llegó a los 2 millones de personas, la capital de Anáhuac hospedaba ya 14. Por su parte, el oeste va volviéndose “pildorero” o controlador de la natalidad y “mica” o expulsador de trabajadores. Aunque se han acondicionado para la vida humana y la producción los paisajes del litoral y los depresivos Tepalcatepec y Balsas, y aunque los empleos en industria, comercio y gobierno han aumentado mucho en las ciudades de los tres bajíos y de la región tapatía, los estímulos económicos del occidente resultan muy pobres si se comparan con los del centro y aun con dos de las provincias del golfo: noreste y Veracruz-Tabasco. En éstas se extrae ahora el principal producto de exportación: el petróleo. Nuestra zona no tiene ya el privilegio que tuvo antes de ser el principal exportador mexicano. Aun la fama de granero de la república ha tenido que cedérsela al noroeste. Si se comparan con las otras economías regionales, la sureña y occidental son las más relegadas sobre sí mismas no obstante su alto nivel turístico. Como quiera, en términos absolutos, el occidente económico de hoy está más en relación con lo restante de México y del mundo que el de cualquier época pasada, pero en una relación de dependencia.<sup>3</sup>

## EL OESTE MEXICANO

Los valores socializados que caracterizan a ciertos grupos de población, permiten a Luis González y González evidenciar la carencia de una naturaleza típica del oeste mexicano. A pesar

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 233.

de rasgos de crecimiento poblacional, una ciudad como Guadalajara pierde presencia regional. La pregunta concisa aparece en su historiar: ¿Acaso existen hoy algunos valores vitales, sensoriales, éticos, lingüísticos, científicos, filosóficos o religiosos acatados por la gran mayoría, y sin distinción de clases, de la gente occidental de México, y sólo por ella recibidos? La respuesta más inmediata fue “quizá el andadito. Quizá el modo de hablar”, lo cual, de todos modos, también distinguiría a las demás regiones. Pero los rasgos culturales donde el autor ha sido testigo de estas vivencias dan motivo para afirmar que el antiguo fervor católico de los cristeros se ha entibado; también los tres vicios que el folclor atribuía a los habitantes del occidente de México: los de borracho, jugador y enamorado (o embriaguez, derroche y lujuria) han perdido notoriedad o las demás regiones las comparten de manera semejante. En palabras de Luis González y González ni siquiera sobrevive la voluntad de ser moralmente iguales, de puertas adentro y diferentes a los vecinos. Con la radio y la televisión, donde cada hogar cuenta con alguno de estos aparatos, vienen otras ondas culturales que arrasan los modos de ser exclusivos.

Un medio de comunicación, como es el cine, contribuyó a mostrar una serie de valores y prácticas comunes de los habitantes del oeste mexicano. La apreciación de Luis González tiende a demostrar cómo el occidente ya no es la tierra de valentones, buscapleitos, machos, mariachis, cantadoras, beatas, pistolas, charros, caballitos, sacerdotes casamenteros, suegros de malas pulgas, fuegos de artificio, peleas de gallos, peleas de hombres y coloquios amorosos. El panorama de cambio es apuntado por el autor en una dirección incierta:

El hombre occidental portador y creador de sabidurías, artes y conductas muy lucidoras y muy de acá está, como todo mundo sabe y no hay ni siquiera que decirlo para no ser tildado de tarugo y cursi, entregando el equipo, muriéndose, lo que no quiere decir, por supuesto, que el arribo del hombre masa, hechura de *slogans* y

comerciales, hacedor de productos en serie, signifique la desaparición humana en el oeste mexicano. Simplemente se extinguen las peculiaridades de los hombres de estos rumbos.<sup>4</sup>

El resto de la República mexicana no escapa al fenómeno recién descrito. La crítica puede resumirse en la siguiente oración: el occidente de México, sometido a la cirugía plástica de los medios modernos de comunicación, es cada vez más semejante que diferente a las demás provincias.

Morelia, ciudad que conforma parte de esta patria occidental de Luis González y González, es definida a la luz de los años ochenta del siglo pasado como un lugar en el que conviven espacios encontrados en cuanto a las necesidades y propuestas de sus habitantes, donde se refleja en sus actividades y edades lo que requieren y critican de su ciudad. Pero en este occidente michoacano aquí relatado no tienen un lugar central el poco número de ciudades importantes que existen; el lado rural es el mayoritario y le merece una observación más detallada.

En Michoacán, los pueblos, ranchos y rancherías reflejan un presente “entre azul y buenas noches”, que no es el edén deseado ni el temido infierno. Quienes son sus habitantes son dibujados por Luis González y González, atribuyéndole a sus paisanos una conciencia manifiesta en reconocer cómo las deforestaciones deterioran el territorio, cómo el agua y el aire se contaminan día con día junto con las cacerías sin orden. Es por tanto evidente que la “década perdida”, los años ochenta, ha traído fenómenos que están cambiando la fisonomía del occidente mexicano en sus ámbitos rurales y urbanos.

La desigualdad como modo de vida que acompaña a nuestras sociedades puede ser estudiada por sus efectos en los mínimos de subsistencia y las paradojas de las que es testigo Luis González y González. Por ejemplo, aunque más de la mitad de los michoacanos se dedica a producir alimentos, todavía son elevados los índices de desnutrición. Michoacán, cuyo nombre

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 235-236.

significa lugar de peces, en realidad pesca poco, tanto en mares como en lagos. La cuarta parte de la superficie del estado es propicia para la ganadería vacuna, pero son mal utilizados sus pastizales; además de que sólo un tercio de los michoacanos come carne, y nada más la mitad bebe leche. Sin embargo, la tradición culinaria compensa en variedad lo que Michoacán ofrece al paladar: pulque, charanda, atole, cemitas, caldo michi, cofundas, uchepos, carnitas, menudo, barbacoa, pozole, enchiladas, chongos, ates y quesos. En resumen, Luis González y González sostiene que en Michoacán la mayoría come mal y vive con estrecheces.

Esta radiografía social presenta todavía más rasgos de los cuales Luis González y González es testigo; la crítica burlona toma el nombre de felicidad pública:

...parecería que la felicidad pública estuviera colmada, pero no es así, porque nuestra gente no se atreve aún a mantener relaciones serias con la autoridad civil, porque algunos servidores públicos se han dejado arrastrar por las delicias de la corrupción, por la codicia desenfrenada de los mercaderes, porque los camioneros transportan a uno como alma que se lleva el diablo por carreteras llenas de baches, porque muchos profesionistas no saben prestar el servicio que su título profesional avala, porque faltan titulados aunque ya se cuenta desde 1917 con una ilustre universidad y desde hace poco con institutos tecnológicos, universidad pedagógica y otros nideros de gente titulada, de profesionales de esto y aquello [...] En este mínimo pedazo de tierra todo es sumamente histórico y a la última moda cultural. Aquí conviven los guares, los sacerdotes, los charros, los maestros que difunden la cultura, los universitarios que la aplican y algunos artistas, científicos y escritores que la crean.<sup>5</sup>

El peso de la vida moderna para esta región de occidente es bosquejada testimonialmente por un michoacano observador de los nuevos cultivos para exportación, las siderúrgicas, las nuevas carreteras, aeropuertos, bancos, cines, escuelas, aguas embo-

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 254-255.

telladas y parques deportivos. A pesar del avance, existen en este mundo de contradicciones fenómenos como la tala de bosques. No se conoce aún la igualdad en el reparto de la salud, la riqueza y la cultura. Y *la querencia* de Luis González y González llamada Michoacán, recibe esta conclusión tentativa:

“...si los explotadores avorazados, los revolucionarios impacientes, las familias prolíficas y los demagogos no lo impiden, en una generación más puede transfigurarse en un paraíso, no sólo para los ojos, como siempre lo ha sido, sino también para los demás sentidos de la vida humana. Michoacán tiene al alcance de la mano los recursos requeridos para suprimir la ignorancia, el desaseo, la pobreza y la desigualdad de fortunas.”<sup>6</sup>

## MÁS ALLÁ DE LOS CAMINOS: EL MUNDO RANCHERO

Luis González y González volvió su atención, en la década de los años noventa del siglo XX, hacia un lugar que históricamente se construyó distinto a lo urbano occidental, regional y nacional. De nuevo la desigualdad impuso su lugar en occidente y pudo ser perceptible ahora en los irs y venires diarios de aquellos quienes viendo a diario el mismo paisaje y la misma gente viven en “comunicación con la corte celestial a través de interminables rezos.”

Aparece entonces —en un plano testimonial— la figura del rancho, mexicanos quienes también dan fisonomía al paisaje rural:

Más allá de los rápidos caminos de fierro o de asfalto [...] se movilizan 15 millones de mexicanos. De éstos, la tercera parte recibe el nombre de indios; otro tercio pertenece al campesinado, y los restantes son rancheros. Como es bien sabido, la mitad de la ceremoniosa, silente y artesana población indígena se mantiene, con sus burros, al margen de la velocidad en picos y barrancas de

<sup>6</sup> *Loc. cit.*

la sierra rarámuri, del Nayar, del Eje Volcánico, de los breñales del sur, del Nudo Mixteco y aún de la pizarra yucateca. Tal vez una cuarta parte de los campesinos se mueven a pie en breves valles de economía de autoconsumo a los que no han llegado ni siquiera los camiones de Coca Cola.<sup>7</sup>

Luis González y González caracterizó al rancharo como gente que vive del trabajo físico. Incluso, exhibe con orgullo sus fuerzas que usa en actividades agrícolas, ganaderas y de caza. Es en el mundo rancharo un mito la fragilidad femenina ya que las mujeres ayudan a sus hombres en el cuidado de los animales, la agricultura y la venta de sus productos. Y de lo laboral se pasa al modo de vida rancharo. Apunta don Luis que la expresión “pareces rancharo” y otras similares se aplican a personas sin roce social. Sin embargo, los rancharos son sociables. Aunque suelen ser libres o vivir aislados —más allá de los caminos—, son campeones en la hechura de células sociales, en la fabricación de familias sólidas y coherentes. Las parejas de rancharos se distinguen por su apego al hogar y los hijos. A veces se desborda la sangre de Caín, pero por regla general predominan las relaciones fraternas.<sup>8</sup>

Y cuando llega el momento de definir al rancharo en su vida política, Luis González y González es categórico al afirmar que los tres ideales de la Revolución francesa sólo florecen en los ranchos:

Sin duda también hay aquí patronos, medieros y peones. Como quiera, la igualdad es más neorria que en las comunidades de indios, las plantaciones agrícolas y los centros urbanos. Las comunas de rancharos son relativamente libres, fraternales e igualitarias en su interior, pero no suelen ser buenas vecinas de los pueblos de indios y labradores, a los que desprecian, ni de las ciudades de obreros y catrines, a quienes les temen. En la ciudad está el diablo, que también se llama gobierno, cuyos tentáculos son los receptores de

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 328.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 329.

rentas, los verdes o soldados, los judiciales y los azulillos. La máxima aspiración de los rancheros es la anarquía. Ni siglas de los partidos ni gobierno.<sup>9</sup>

Por otra parte, referentes de identidad y cohesión social como son los valores y prácticas religiosas forman parte del mundo ranchero. Atestigua Luis González y González que la gente de rancho es muy católica en lo que se refiere a creencias y ceremonias, y poco menos en lo que corresponde a la moral. Creen en Dios, sus santos y en los embajadores del cielo en la tierra (obispos y párrocos). Rezan mucho y son capaces de recorrer grandes distancias para conseguir el bautizo, la confirmación, confesarse, unirse en matrimonio y para traer al sacerdote en la hora de la muerte. Son personas más adictas al templo que a la escuela. Sin embargo, es mucha su sabiduría laica.<sup>10</sup>

Los rancheros se distinguen en sus referentes morales con respecto a otros habitantes rurales como son los indígenas. Heredan de sus padres españoles el ejercicio de la soberbia. El dibujo se vuelve legible cuando Luis González y González destaca:

Nunca le deben nada a nadie y son muy sensibles a las humillaciones. Por soberbios son individualistas e irrespetuosos de la autoridad. Tienen en mucho la honra y desprecian la humildad indígena y la poca vergüenza de los ejidatarios. También son proclives a la avaricia [...] Les gusta invitar, aunque nunca son tan generosos con los invitados como los indios. Fuera de las ciudades, la lujuria es poco practicada, y, en todo caso, los rancheros son quienes más a menudo caen en ella. Como su progenitor Hernán Cortés, tienden a comportarse celosos en su casa y atrevidos en la ajena. Tampoco el campo es propicio para la ira, pero la poca que crece allí es cultivada por los rancheros.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *Loc. cit.*

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 330.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 325.

El mundo del rancharo es policultural, aunque los valores fundamentales le son transmitidos por sus padres y catequistas, no quiere decir que sea reacio a las novedades. Acude al médico y también a su sabiduría herbolaria; acepta la indumentaria de moda, pero no abandona ciertas prendas (sombrero, botas); come el pan Bimbo, pero continúa comiendo tortillas y tamales; bebe Coca Cola, pero también tecitos y atole. Puede carecer del sentido crítico propio del territorio científico pero es capaz de creer lo más absurdo y a la vez desconfiar de muchos saberes bien fundados. En dicho sentido, Luis González y González amplía su testimonio afirmando que al rancharo le gusta la técnica pero sin preocuparle la ciencia. Puede ser práctico y eficiente, pero la ciencia no le arrebató el sueño.

Los afectos de los rancharos están en la familia y el pueblo. Los lazos se construyen a partir de la casi monogamia, la abnegación femenina, la figura patriarcal y el culto a los antepasados. El casarse joven y tener muchos hijos es algo que pertenece a este grupo rural. El particular punto de vista de González y González anota que sin necesidad de actos de ternura, los miembros de la familia se unen estrechamente, obedecen al padre, pero “son comunes al síndrome de Caín y los pleitos por el reparto de la herencia.”

Además, la familia ranchara compite con beneficio sobre la escuela en su papel educador. Los padres mantienen a los hijos ligados a una tradición donde la existencia corporal vale poco y la valentía dice mucho. A los varones se les enseña en la familia a hacer hombradas mientras que a las mujercitas se les inculca el volverse los ángeles del hogar. Antes de cumplir el primer año de edad, el infante debe sonreír, saludar y saber dónde está Dios. En contraparte, la escuela le dará una educación que choca con la hogareña y parroquial, pero procura asirse a la crianza y a la catequesis.

Existen otros factores donde el rancharo se distingue del resto del mundo rural. En particular, para Luis González, el lenguaje

oral ranchero implica que este grupo ignora las lenguas indígenas aunque en la realidad utilice voces tomadas de los idiomas prehispánicos. En su español abundan los arcaísmos y se carecen de términos para nombrar las cosas modernas. Son gente de vocabulario pobre, aunque con un gusto marcado por la conversación. Llamó en especial la atención del historiador michoacano la aportación ranchera de letras para canciones, además de varios corridos que muestran su afición por la versificación satírica. Y cuando la madurez y la ancianidad aparecen en la vida del ranchero, repiten una y otra vez sus hazañas de juventud junto con la historia familiar y los hechos memorables de su terruño.

La llegada del fin de siglo pone en evidencia los cambios que la familia ranchera está experimentando en cuanto a su vivienda, mobiliario y vestido. Se dice que junto al caballo está ahora la camioneta donde viajan el ranchero de pantalón largo y botas, acompañado de su esposa e hijas vestidas siguiendo una moda que se antoja urbana (salida de lo que la televisión muestra). El piso de tierra, el adobe en los muros y los techos de paja tienden a desaparecer; el mobiliario incluye ahora electrodomésticos y ha dejado de ser miserable.

El mundo ranchero tiene una presencia cultural en nuestra vida mestiza y pluricultural que se manifiesta en los festejos y estruendo familiares. Así como lo relató Luis González y González, nos hemos acostumbrado a la imagen cotidiana donde "...tanto como la Coca Cola, se han metido hasta el rancho las maneras norteamericanas de hacer barullo, pero las canciones rancheras y los corridos siguen siendo los más seguros acicates de la alegría, los hacedores de la fiesta."<sup>12</sup>

Un fenómeno económico y social como es la migración internacional está claramente relacionado en la actualidad y en un pasado reciente con este mundo ranchero. A modo de observatorio y tomando como punto de reflexión lo que lo

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 324.

ranchero significa y que don Luis González y González nos mostró como una parte del resultado de su búsqueda de *la querencia*, se apunta este último testimonio:

La mayoría de los rancheros están en trance de irse a vivir a los pueblos y la mayoría de los pueblerinos suspiran por las ganancias de la ciudad. Aunque no parezca creíble, muchos nacidos michoacanos sueñan con salir de Méjicoacán, con escapar de él, con perderse en la metrópoli, o de pérdida en Guadalajara, y de preferencia en los Estados Unidos. Como la producción de niños sigue muy alta (40 por millar al año) y la aventura de los braceros no se detiene, los pesimistas prevén, en un futuro próximo, un Méjicoacán sólo poblado de niños llorones, adolescentes en ebullición y viejitos achacosos...<sup>13</sup>

Con este bosquejo que Luis González y González realizó de un grupo social identificado como los rancheros, podemos rememorar lo que procesos como la industrialización característica de mediados del siglo XX trajeron para México. Sucedió que con gran rapidez campo y ciudad se distanciaron en cuanto a espacios de convivencia, valores y referentes. Sin embargo, en ese pasado reciente la cultura ranchera se reconoce, se reinventa y reafirma su sentido de lo vivido y lo que está presente; de lo masculino y lo femenino; de lo que debe contarse y de lo que merece escucharse proveniente de los otros; de lo que reúne lo necesario para conformar el lugar de los afectos.

Vivimos un tiempo global de redes comerciales, informativas, de imágenes y culturas diversas. La multiplicidad de actores sociales aparece en cualquier momento y lugar mientras nuestros hábitos y valores van conviviendo de una manera que se presentan con menor velocidad de adaptación. Atender, aprehender, narrar y quizá entender dichas nuevas particularidades en viejos actores sociales nos hace pensar en el fenómeno que el mundo ranchero experimenta en cuanto a la

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 252.

carencia de conceptos para nombrar a lo moderno y cambiante. Estamos en un espacio de redefiniciones donde la línea de lo propio y lo común van dibujando mestizajes. Dejemos al devenir y a los futuros testigos de quehaceres que apunten a la matría y *las querencias* narrar lo que el mundo ranchero tendrá como dinámico en cuanto a valores, espacio, religión, trabajo y migración.

La insistencia del historiador Luis González y González en cuanto a llevar a la escritura del tiempo un modo de la narrativa donde se utilice el lenguaje de todos, el lenguaje de la tribu, queda implícita en su quehacer por testimoniar al mundo ranchero, *la querencia* y el occidente mexicano.

## TRES NOVELAS EJEMPLARES DE LA NARRATIVA

### TESTIMONIAL DE LATINOAMERICA

EZEQUIEL MALDONADO\*

## INTRODUCCIÓN

Este ensayo pretende, en una aproximación taxonómica, ordenar un género literario que ha sido minimizado o simplemente no se le ha concedido su importancia real en nuestras letras. Su propio carácter de documento y el permanecer a caballo entre el testimonio y la ficción, entre la rigurosa investigación y el tratamiento literario de los acontecimientos, lo definen como novela verídica, relativamente vinculada a la norteamericana *non fiction novel* y con Truman Capote, quien acuñó este término. Esa indefinición conceptual se trasladó a la indefinición formal o, más bien, a intentos como el de Julio Rodríguez-Luis de clasificar mediante un aparato taxonómico, retomado en este ensayo, que se propone abrir más que cerrar una añeja polémica en torno de este vigoroso género, con temas vinculados a las luchas de liberación de nuestros pueblos. No es gratuito que la naciente Revolución cubana y *Casa de las Américas* hubiesen instituido el Premio Testimonio que confirmó la genuina presencia de este género propiamente latinoamericano y que una obra como *Biografía de un cimarrón*, de Barnet, sea referencia clave, como lo fue *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas, en su época.

El ensayo revisa tres obras clásicas del testimonio latinoamericano: la ya mencionada *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet; *Los días de la selva*, de Mario Payeras, y

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

*Operación masacre*, de Rodolfo Walsh. Tres novelas que develan tres etapas cruciales de la historia presente de nuestros pueblos: a) Esteban, el cimarrón, en la esclavitud, la guerra de independencia y el triunfo revolucionario; b) la entrada y consolidación del Ejército Guerrillero de los Pobres en la selva guatemalteca, y c) el germen, o antecedentes, de la guerra sucia argentina de los años setenta, una de las mayores tragedias colectivas de nuestro tiempo. Consideramos, con estos tres ejemplos, que la novelística latinoamericana logró un aporte excepcional a nuestras letras al romper con el falso dilema, veracidad/ficción y evidenciar que, más allá de otra opción, lo que trasciende es lo literario, el arte de narrar, sean militantes de izquierda en selva o asfalto, o apoltronados en un cómodo cubículo universitario.

## ¿CLASIFICACIÓN O ENCAJONAMIENTO DE LA NOVELA TESTIMONIAL?

A diferencia de la novela clásica, burguesa y europea, la narrativa testimonial o novela-testimonio, resulta un género propiamente latinoamericano, genuino aporte de nuestras letras. La iniciativa de Casa de las Américas en 1970, de ofrecer un premio exclusivamente a obras testimoniales, consagró el género y produjo obras fundamentales en nuestra América. *Hasta no verte, Jesús mío*, de Elena Poniatowska (1969); *Memorial del tiempo o Vía de las conversaciones* (1986), de Jesús Morales Bermúdez; *Guerra en el paraíso* (1991), de Carlos Montemayor; *Relatos del Viejo Antonio*, del Sub Marcos (1998), son algunos testimonios mexicanos o novelas-testimonio, como califica Miguel Barnet<sup>1</sup> a estas obras. Uno de los

<sup>1</sup> Vid Miguel Barnet. "La novela-testimonio: socio-literatura", en *La fuente viva*. La Habana, Cuba, Editorial Letras Cubanas, 1998. En este ensayo, Barnet analiza el agotamiento de las propiedades ficcionales de la novela clásica y la necesidad, ante ello de una novedosa variante que incluya el testimonio directo oral de una personalidad

testimonios pioneros sobre el campo mexicano es *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil* (1952), de Ricardo Pozas. Este género surge normalmente de la experiencia directa: descripciones hechas por testigos oculares de diversos acontecimientos, informantes, con un estilo de corte realista que pretende develar aspectos sociales ocultos. Esta narrativa es un intento de ruptura con los géneros literarios tradicionales y creación de otros con carácter híbrido, con un estilo personal y coloquial: incorporación temática de lo marginal y, a veces, de lo anecdótico y frívolo.

Los críticos literarios no se ponen de acuerdo sobre el término adecuado para nombrar a este novedoso género. Lo que, por otro lado, es una muestra de vitalidad la ausencia esquematizadora de un fenómeno literario que no sabemos si acabará finalmente arraigado en la República de las Letras. El crítico Julio Rodríguez-Luis<sup>2</sup> realiza un estudio formal de dicho género al que bautiza como narrativa documental hispanoamericana. A través de cuatro modelos desarrolla una labor taxonómica, una clasificación que atiende de forma sustancial el papel que cumple el organizador o mediador: el rol del escritor en la historia narrada y la manipulación de sus materiales de manera directa, omnisciente, o indirecta.

---

popular que supere el carácter protagonista individual ante el colectivo. El *Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas, le abre infinitas posibilidades creativas metodológicas: "Me sobrecogió la fuerza del relato, la verosimilitud del discurso de Juan Pérez Jolote. Me impresionó profundamente este libro por su eficacia sociológica y por sus méritos artísticos... Vi la posibilidad de hacer u.: libro trazándome la misma ruta de Ricardo Pozas, y no lo pensé dos veces. *Biografía de un cimarrón* surgió así!" (p. 18-19). Más adelante caracteriza a la novela-testimonio: "... proponerse un desentrañamiento de la realidad, tomando los hechos principales, los que más han afectado la sensibilidad de un pueblo y describiéndolos por boca de uno de sus protagonistas más idóneos... la supresión del yo, del ego del escritor o del sociólogo... Despojarse de su individualidad, sí, pero para asumir la de su informante, la de la colectividad que éste representa... Contribuir al conocimiento de la realidad, imprimirle a ésta un sentido histórico..." (p. 20-23).

<sup>2</sup> Julio Rodríguez-Luis. *El enfoque documental en la narrativa hispanoamericana. Estudio taxonómico*. México, FCE, 1997.

En este ensayo, realizo un breve repaso de esta clasificación. En el primer ordenamiento, Rodríguez-Luis ubica a la obra de Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote*. Esta representativa *Biografía* atiende a un grado mínimo de mediación del autor, un antropólogo: encargado de editar las extensas charlas de un informante que describe las diversas etapas de su vida y, el producto final, la *Biografía de un tzotzil* facilita la lectura a un público no especializado que se entera de las mundanas peripecias de un indígena, como si él mismo las fuese relatando. “Esta definición corresponde a la narrativa documental testimonial en su forma más pura, la que trata de reproducir con la mayor fidelidad, como discurso escrito, el oral en que se basa”<sup>3</sup> Elena Poniatowska no oculta su admiración por Pérez Jolote, genuino paradigma, al que sigue fielmente en su novela *Hasta no verte, Jesús mío*.

La *Biografía de un tzotzil*<sup>4</sup> peca un tanto cuanto en su afán de analizar la cultura chamula. También, con la *subordinación* del autor a su informante, la *Biografía* pertenece a la llamada literatura indigenista que cobra relevancia en los años treinta y en el fragor del nacionalismo mexicano con un mediador, voz cantante o editor, que expresa su discurso en el idioma oficial, el castellano, lengua extranjera para los grupos indígenas, y requiere de la *veracidad o fidelidad* de un informante indio. Ricardo Pozas seguramente utilizó una grabadora y hubo luego un proceso de transcripción, ¿traducción?, y edición del material.

En la segunda categoría de su acercamiento taxonómico, Rodríguez-Luis coloca a obras que han tenido un impacto en la cultura latinoamericana y mundial como el caso de *Relato de un naufrago* (1955), firmada por García Márquez.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 28

<sup>4</sup> Ricardo Pozas. *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*. Quinta edición. México, FCE, 1965. Señala el autor: “Juan Pérez Jolote es el relato de una vida social de un hombre en quien se refleja la cultura de un grupo indígena, cultura en proceso de cambio debido al contacto con nuestra civilización... El marco de relaciones en que se mueve... debe ser considerado como una pequeña monografía de la cultura chamula...” (p. 7)

Esa intervención —que no mera mediación— se propone mucho más que hacer el relato más *legible*: lo reorganiza, lo pule, le aplica obvios procedimientos novelísticos. Por lo tanto, el resultado de esta segunda categoría de mediación son siempre narraciones más literarias que la de Juan Pérez Jolote, aunque pretenden —y es esto lo que las distingue del grupo siguiente— que provienen directamente del testimoniante.<sup>5</sup>

El tratamiento que aplica García Márquez es eminentemente literario y deja su huella en el uso reiterado de una lengua literaria, de un escritor que ejerce el oficio como periodista y que, más adelante, le será concedido el premio Nobel por sus dotes artísticas: no sólo organiza la narración original del naufrago, el marinero Velasco, sino le imprime una estructura narrativa y adecua un lenguaje más legible: rebasa el papel de simple mediador ya que reescribe el relato oral de Velasco y lo transforma.

En otra de las célebres novelas-testimonio, *Biografía de un cimarrón*, se logra recrear, con la imaginación, lo que el personaje central, Esteban Montejo, relata a Miguel Barnet. Al amparo de la naciente revolución cubana, este cimarrón informará al etnólogo metido a literato sus vivencias de más de medio siglo y el relato, *per se*, adquiere rango estético, como lo señala Rodríguez-Luis: “En cierta medida, el relato de cualquier informante, al transformarse en texto publicable, pasa a ser obra literaria; la manipulación a la que ha sometido Barnet la historia de Montejo subraya ese carácter literario intrínseco.”<sup>6</sup> Barnet<sup>7</sup> declara reiteradamente no crear literatura, pero es evidente, dado el rigor estético, el estar creando una obra de arte.

<sup>5</sup> Rodríguez-Luis, Ob. cit. p. 38.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 45

<sup>7</sup> Miguel Barnet. *Biografía de un cimarrón*. La Habana, Cuba, Academia de Ciencias de Cuba. Instituto de Enología y Folklore, 1966. Miguel Barnet comenta las técnicas y procedimientos utilizados: “Muchas de nuestras sesiones fueron grabadas en cintas magnetofónicas. Esto nos permitió familiarizarnos más con formas de

La *Biografía de un cimarrón* impactó a las jóvenes generaciones que admirábamos a la joven revolución caribeña. La historia de Esteban Montejo, el cimarrón, corroboraba nuestras intuiciones: un proceso revolucionario triunfante devela las lacras del pasado capitalista, pero también descubre diamantes en bruto en los estratos populares. El texto, editado por la Academia de Ciencias de Cuba y el Instituto de Etnología y Folklore, muestra más una visión científica antropológica que propiamente literaria. La *Biografía...* se divide en tres capítulos: “La esclavitud”, “La abolición de la esclavitud” y “La guerra de independencia”; tres etapas clave en la historia cubana. El carácter etnográfico del texto está dado también por un grupo de Notas y un Glosario que lo vincula con múltiples textos de corte indigenista: la imposibilidad de que el escrito cobre independencia y requiera la traducción de vocablos ajenos o extraños al español.

La *Biografía* inicia con el célebre pensamiento: “Hay cosas que yo no me explico de la vida”, frase que devela la personalidad de Esteban Montejo: participe de las guerras de independencia contra España al lado de Maceo y Máximo Gómez, esclavo en ingenios españoles y habitante en cautiverio en los tristemente barracones. Observador sagaz de su tiempo describe rituales de negros y negras inmersos en la brujería y en el espiritismo, los diversos grupos de africanos llevados a Cuba: “En los ingenios había negros de distintas naciones. Cada uno tenía su figura. Los congos eran prietos aunque había muchos *jabaos*. Los mandingas eran medio *colorauzcos*. Altos y muy fuertes... Los gangas eran buenos. Bajitos y de cara pecosa. Muchos fueron cimarrones. Los carabalís eran como los congos musongos,

---

lenguaje, giros, sintaxis, arcaísmos y modismos de su habla... En todo el relato se podrá apreciar que hemos tenido que parafrasear mucho de lo que (Esteban) nos contaba. De haber copiado fielmente los giros de su lenguaje, el libro se habría hecho difícil de comprender y en exceso reiterante... Sabemos que poner a hablar a un informante es, en cierta medida, hacer literatura. Pero no intentamos nosotros crear un documento literario, una novela” (p. 9-10)

fieras...” (p. 43). Y lo más representativo, en la existencia de Esteban, su espíritu independiente, aventurero y viviendo en plenitud con la naturaleza, de ahí su mote de cimarrón:

*En el monte me acostumbré a vivir con los árboles. Ellos también tienen sus ruidos, porque las hojas en el aire silban. Hay un árbol que es grande como una hoja blanca. De noche parece un pájaro. Ese árbol para mí que hablaba. Hacía: uch, uch, ui, ui, uch, uch. Los árboles también echan sus sombras. Las sombras no hacen daño, aunque por las noches uno debe pasar por encima de ellas. Yo creo que las sombras de los árboles son como el espíritu de los hombres. El espíritu es el reflejo del alma. Ese se ve. (p. 55).*

En la tercera categoría, Rodríguez-Luis incluye textos donde el papel de mediador es mucho más amplio y con mayores facetas. En estos relatos las voces de sus protagonistas predominan pero también el autor habla por ellos. Una distinción fundamental, respecto a las anteriores categorías, es que el mediador se hace visible. No sólo relata acontecimientos, sino los interpreta. Un ejemplo lo constituye la novela *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, de Omar Cabezas. Premio Testimonio *Casa de las Américas* 1982, y texto utilizado como material de análisis entre militantes de la izquierda mexicana.

En *La montaña...* se narra desde la perspectiva de uno de los fundadores del Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, la lucha popular en contra del régimen de Anastasio Somoza. De acuerdo al testimonio de Cabezas, el texto se fue armando con base en las grabaciones sobre los recuerdos del autor como militante del FSLN. “... el discurso de Cabezas aspira, desde su origen, a una calidad literaria que su transcripción, en la que debió intervenir el propio testimoniante, reafirma más tarde por medio de recursos retóricos que producen un lenguaje muy consciente de sí mismo.”<sup>8</sup> A esta clasificación pertenece una de las obras más conocidas de Elena Poniatowska, *La noche de*

<sup>8</sup> Rodríguez-Luis, Ob. cit. p. 47.

*Tlatelolco. Testimonio de historia oral* (1971). Los testimonios son las voces de decenas de estudiantes mexicanos reprimidos y encarcelados en 1968 por el régimen de Díaz Ordaz.

Un texto que desconoce Rodríguez-Luis, omisión grave en un crítico literario y ampliada ante el reconocimiento que otorgó Casa de las Américas en 1980<sup>9</sup>, *Los días de la selva*, del excelente escritor guatemalteco Mario Payeras, puede ser considerada en esta tercera categoría por la presencia directa del autor-guerrillero en los acontecimientos que relata. El 19 de enero de 1972, penetró a territorio guatemalteco la guerrilla *Edgar Ibarra*, núcleo principal del cual habría de surgir años después el Ejército Guerrillero de los Pobres. Culminaba así todo un período de peripecias colectivas y preparativos febriles en el exterior, cuyo objetivo cardinal fue siempre uno: volver al país y reiniciar en las montañas la lucha guerrillera. Así inicia esta novela testimonial, recuento de experiencias guerrilleras en las selvas y montañas del Quiché, en el norte de Guatemala.

En el segundo capítulo se describe la economía de guerra, el abastecimiento de provisiones, la compra de sal, maíz, azúcar, frijol y la capacidad de sobrevivir en un medio hostil y alejado de poblaciones indígenas. Payeras describe minuciosamente la fauna y flora guatemaltecas, así como el tránsito por territorios ancestrales y la alegría de guerrilleros que entonan y se acompañan con la canción popular Atotonilco: “Y avanza trencito que a Atotonilco voy/ avanza trencito que me espera mi amor/ Ya parece que en la estación/ da brinquito el corazón.”<sup>10</sup> Logran, después de meses, vincularse con mestizos e indígenas y aprenden a “calcular la caída de un árbol, a sembrar con coa y sembrador, a orientar una casa, a buscar la madera apropiada para horcones y calzontes y a trabajar con variedades diferentes de palma.”<sup>11</sup> En un determinado lapso, se dividen en dos grupos:

<sup>9</sup> Mario Payeras. *Los días de la selva*. La Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1980 (Premio Testimonio, 1980).

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 25.

uno irá hacia el sur y otro al este de Guatemala: pretenden vínculos y establecimiento de bases de apoyo.

Mario Payeras narra el ascenso hacia la sierra y el encuentro con las ruinas de una ciudad antigua. Para esa época ya se propagó la presencia de la guerrilla en las montañas del Quiché y es un secreto a voces o “un secreto compartido por miles de indígenas.” Una primera acción es el ajusticiamiento del llamado Tigre de Ixcán, un terrateniente sanguinario de la zona. Después de esta acción la guerra se desencadena y comienza la represión militar contra quienes han apoyado a la guerrilla. “El terror empezó a cundir. Así como vuelan las aves de la selva que sorprende el tigre en un claro, así dispersó el enemigo muchas de nuestras bases campesinas.”<sup>12</sup> Los militares utilizan soplones u orejas de entre los propios indígenas, y guerrilla y pueblos indios utilizan la justicia revolucionaria contra estos traidores a su causa. En 1976, la guerrilla se ha fortalecido y será la etapa de un salto cualitativo en su accionar. Ahí finaliza el testimonio de Payeras.

En un medio en el que priva la ortodoxia marxista con su caudal de conceptos, sus categorías, y una forma bastante cuadrada de comportarse en la militancia mexicana y latinoamericana, calca muchas veces de la ortodoxia soviética, sorprende este autor y militante guatemalteco con su desenfado y alegría de vivir, su desparpajo en la narración cual si estuviese en el gabinete y no en el fragor de los fusiles en flor. Payeras es de aquellos que desecharon manuales y consignas como las famosas condiciones objetivas y subjetivas y cuya audacia no tenía límites junto con una mística a toda prueba que no lo volvió solemne y formal sino agudizó un sentido del humor cual *leitmotiv* de su testimonio. Dice M. Galich: “Payeras posee un asombroso don de síntesis y de estructuración del relato. La selva se oye, se sienten sus olores, los cambiantes matices de ese universo

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 60.

iluminan la narración. Y en medio de esa escena imponente, destellan el humor, la ironía, la sonrisa de sí mismo.”<sup>13</sup>

## LA NON FICTION NOVEL Y LA NOVELA TESTIMONIAL DE WALSH

La cuarta categoría tiene diferencias sustanciales con las anteriores en dos cuestiones: “Los textos que le pertenecen se basan también en sucesos reales y en las relaciones de sus testigos, pero los incorporan no sólo empleando procedimientos novelísticos... sino *con la intención* de crear una estructura novelística independiente de su origen documental; en cuanto textos, los de esta cuarta categoría no se proponen imitar el árido documento ni la oralidad del relato de un informante, sino crear un efecto artístico...”<sup>14</sup>. Este efecto artístico no anula ni desmerece el compromiso político que asumen sus creadores. Destaca en estas narraciones el elemento polifónico, la multiplicidad de voces, la presencia de variados testigos, diversos documentos y un narrador omnisciente que encauza y organiza la narración.

Estos textos rebasan con creces el propio documento y el lenguaje oral o coloquial del informante. Sus autores, de forma consciente, inducen la creación de un efecto artístico como el realizado por Truman Capote en su célebre *A sangre fría* (1965). A este autor estadounidense se le considera inventor o creador del novedoso género literario que él nombró como la *non-fiction novel*, *novela sin ficción*, o *novela-realidad*: narración de sucesos reales con técnicas de la literatura de ficción o del

<sup>13</sup> Manuel Galich. “Los días de la selva” en *Casa de las Américas*, No. 127. La Habana, Cuba, Julio-agosto de 1981.

<sup>14</sup> Julio Rodríguez-Luis. Ob. cit. p. 75.

reportaje mayor con instrumentos propios de la novela o del relato tradicionales. Los hechos reales de *A sangre fría*, los asesinatos de un granjero y su familia, los Clutter, en el estado de Kansas, y las entrevistas con Dick y Perry, los asesinos, Capote los recrea e induce la apariencia de ser sucesos inventados o viceversa, la invención se trastoca en el hecho real.

Los hechos son verídicos, los lugares existen o existieron, las conversaciones reproducen, expandiéndolas o sintetizándolas, las que en efecto ocurrieron, según los informantes del autor; más también inventa Capote escenas y circunstancias, en general a partir de datos verificables, si bien a veces altera los datos, cuando le parece que ello hace la narración más dramática o que ayuda a transmitir al lector la interpretación que hace de hechos y personalidades.<sup>15</sup>

Otra de las novelas que Rodríguez-Luis coloca en esta categoría es *Operación masacre*, del argentino Rodolfo Walsh. La clasifica como “texto documental hispanoamericano con apariencia de novela” o también la nombra “novela testimonial.”<sup>16</sup> Anécdota de la *novela*. En 1955, en Argentina, los militares dan un golpe de Estado, derrocan a Juan Domingo Perón y proclaman la Revolución Libertadora. Meses después, el 9 de junio de 1956, se organiza una sublevación castrense, con el general Valle al frente, que pretende derrocar a los militares en el poder e instaurar nuevamente el gobierno de Perón. Los militares reprimen a sangre y fuego el levantamiento y, como escarmiento, ejecutan a grupos de civiles que ignoraban el complot de Valle.

Han transcurrido unos meses desde el sangriento episodio y llegan a oídos de un periodista-narrador noticias de un grupo de fusilados en José León Suárez, un barrio bonaerense. Uno de ellos de apellido Livraga está vivo y desea declarar sobre su

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 80-81.

caso. El periodista no lo duda y se entrevista con este “fusilado”. Después se entera de la existencia de otro *fusilado* en León Suárez y desea hablar y certificar que ese “otro muerto”, Giunta, sigue vivo. Se acelera esta historia y aparece otro fusilado y luego otro y otro. ¿Pues a quienes fusilaron estos militares? ¿A cuántos?, se interroga el periodista. La lista oficial es de doce fusilados y el periodista ya no sabe qué hacer con tanto muerto resucitado. ¿Esta historia nace por un hecho fortuito? Un muerto vivo relata la odisea sangrienta friamente calculada por la clase en el poder y todo parece una pesadilla y se convierte en una obsesión para el periodista. Publica un suelto casi en forma clandestina, una primera versión de los hechos, a principios de 1957. Después le da forma a un reportaje y piensa que debe hacer un testimonio novelado o una novela testimonial que llegue a numerosas manos y así da forma a *Operación masacre*.

La obra tiene varias lecturas, dos de las más obvias: novela policiaca, con investigador, pistas, rastros y variados enigmas; también como novela social que testimonia el horror de una sociedad militarizada que, a la vez que dignifica a las víctimas del poder establecido denuncia a un sistema carcelario y represor, a un frío y calculador capitalismo que asesina sin contemplación alguna. La novela se divide en tres partes: “Las personas”, “Los hechos” y “La Evidencia”, y en múltiples ediciones que transitan desde la denuncia ética, pasando por el ensayo histórico y, siempre, el texto abierto que dialoga con el lector. Texto que no termina de cerrarse pues no hay versión definitiva, acabada. Se va adecuando a tiempos y espacios a la coyuntura política. Prólogos y epílogos se entreveran y ofrecen nuevos datos, nuevas reflexiones, como señala B. Crespo: “El epílogo, por su parte, continuará incansablemente registrando ‘Apéndices’ y nuevos puntos que cambian el modo de lectura, inscriben los avatares de la historia nacional y cuestionan frontalmente a un sistema injusto, sus autores intelectuales, sus cómplices en la justicia y el

periodismo, y sus víctimas reiteradas, los hombres de esta Nación.”<sup>17</sup>

La manera como la organiza Walsh se asemeja a una trama policiaca, con un vínculo directo con el llamado género negro: un detective o investigador que va más allá del plano individual y se instala en lo social; también, el delincuente solitario deriva en el delincuente múltiple que trasciende el habitual crimen de nota roja ya que devela al Estado argentino con su aparato policiaco-militar, el principal delincuente. La víctima también sufre el fenómeno de desplazamiento y del singular trasciende al plural, víctimas de un Estado que juró proteger su indefensión.

En esta metamorfosis literaria, a las víctimas se les nombra en *Operación masacre* “personas”, en la tradición literaria serían “personajes”. Este cambio no sólo es formal sino que obedece a una caracterización de lo verídico y no propiamente de lo ficcional. Si en la novela policiaca el crimen, el delito, la trasgresión, es el objeto central que justifica la existencia de este género, en *Operación masacre* los trasgresores o la trasgresión fluye del propio aparato encargado de evitar o anular dicha violación en nombre de toda la sociedad. ¿Qué tipo de valores sociales imperan cuando todo está patas arriba y el individuo busca protegerse de sus protectores? Este es un quiebre fundamental de *Operación masacre*: la forma deriva en contenido. Tal vez Giardinelli pensó en Walsh cuando habla de una posibilidad estética diferente: “... en la que la realidad ni está por debajo ni supera a la ficción. La ficción *es* real; la realidad *se cuenta* como ficción. Y esta narrativa resulta tan cuestionadora como subversiva.”<sup>18</sup>

La novela no sólo es una radiografía de la sociedad argentina de los setenta sino que a través de ella es posible explicar y entender lo que vendrá más adelante: el horror del crimen de

<sup>17</sup> Bárbara Crespo. “Prólogo”, en Rodolfo Walsh. *Operación masacre*. Barcelona, España, Ediciones de la Flor y Editorial Sol 90, 2001. p. 6.

<sup>18</sup> Mempo Giardinelli. *El género negro*. México, UAM, 1984. p. 34

Estado, la violencia legal del poder, la trasgresión institucionalizada. Como bien lo señala Bárbara Crespo:

*Operación masacre* no apuesta por cambios parciales en una sociedad prejuiciosa, sino que se enfrenta como escritura política con un sistema al que denuncia. Su tema profundo es el crimen de Estado, el asesinato como lógica para la conservación del poder. Como en *Facundo* –modelo que la “Introducción” de 1957 propone–, el registro de escritura se desplaza de la novela a la diatriba, al ensayo histórico, al panfleto. Como en Mármol o en Hernández, el crimen político preside la denuncia y repercute como ejemplo de atrocidades mayores, que la *Carta abierta* supo más tarde constatar.<sup>19</sup>

El lugar común, hecho memoria social y ley, *el que la hace la paga*, fue utilizado por la novela tradicional policiaca y, de ahí, su calificación como reaccionaria ya que no pretendía confrontar el hecho social sino avalar la estabilidad y conservación de las instituciones existentes: la justicia, la libertad, la familia católica, el voto, en fin, el orden establecido. Ello derivó en un alegato a favor del individualismo, la justicia y el orden. Sin embargo, Walsh nos dice en su testimonio que el que la hace no siempre la paga y si está vinculado o es parte del poder difícilmente la pagará. Varios de los altos jerarcas denunciados en *Operación masacre* no la pagaron y sí recibieron recompensas y siguieron ostentando orgullosamente el cargo de magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación o procuradores generales de la Nación, como el Dr. Sebastián Soler quien emite un fallo que deja impune para siempre la masacre de José León Suárez.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Bárbara Crespo “Prólogo” en *Operación masacre*. Op. cit. p. 7. La Carta que menciona B. Crespo se refiere a la multicitada “Carta abierta de un escritor a la junta militar”, con fecha del 24 de marzo de 1977, en plena dictadura militar. Esta Carta no fue publicada por ningún diario Argentino. Hay varias versiones sobre la suerte de Walsh, pero todas convergen en que el 25 de marzo de 1977 fue asesinado por los militares en el poder.

<sup>20</sup> Vid *Operación masacre*. Ob. cit. p. 128. A propósito, Mark Twain escribe la “Historia de un niño malo” cuyo protagonista, Jim, después de “perpetrar innumerables

Ante la tristemente célebre frase *Hemos llegado tarde al banquete de la civilización* se nos descalificó de la posibilidad de inventar, crear, innovar. Toda la llamada civilización occidental, es decir, Europa y los Estados Unidos, se arrogó el derecho de patente a la hora de inventar y el derecho que los filósofos y creadores fuesen de esta área de influencia. Así la ciencia se debatía, se debate, en el primer mundo y a nosotros, tercermundistas, nos tocan las sobras. Es en épocas muy recientes que se aclara, por ejemplo, que en poesía no hay subdesarrollo y que países centroamericanos o México somos potencias creadoras. Esto se ha extendido a los terrenos del arte, la plástica en particular. Sin embargo, en creación literaria pareciera que somos alumnos de las celebridades literarias y que no hay aporte, por mínimo que sea, que conmueva a la República de las Letras. R. Walsh con *Operación masacre* demostró lo contrario. Se adelantó a los famosos ideólogos del nuevo periodismo y aún al creador de la llamada novela verídica, Truman Capote. Críticos como Rodríguez-Luis lo nombra como discurso documental pero también testimonial el conocido como *new journalism*,

“el cual ha tenido un gran impacto en la cultura estadounidense y **ha ejercido alguna influencia en el periodismo de los países hispanoamericanos...** Tom Wolfe, lo ha definido en términos de *saturation reporting*, y explica su origen en el deseo de algunos periodistas –hacia el comienzo de la década de los sesenta– de **escribir reportajes que pareciesen, que se pudieran leer como cuentos o novelas.** Wolfe indica que son cuatro los procedimientos, todos ellos novelísticos, y de los cuales **el básico es la creación de escenas,** de modo que los

ruindades desde su más tierna edad, creció, se casó y fundó una familia numerosa a la que una noche partió la cabeza con un hacha, enriqueciéndose con toda clase de fraudes y canalladas. Y ahora es el truhán más perverso e infernal de su pueblo natal y es universalmente respetado y forma parte del Parlamento”. Citado en Amilcar Erce. *El asesino anda suelto. Antología del crimen impune.* Bs As Argentina, Ediciones Calden, 1976. p. 7-8.

sucesos o la historia y la personalidad del entrevistado no serán dispuestos en la forma de una narración histórica o externa...<sup>21</sup>

En oposición a lo que plantea este autor, si existe alguna influencia es al revés, pues las características, sombreadas en negritas, ya las había utilizado Walsh en su obra, reportaje que se lee como novela o la creación de escenas, y *Operación masacre* es de 1957, antes de los sesenta. Así lo testimonia José Emilio Pacheco: “(con *Operación masacre*) Walsh se anticipó en nueve años al *New Journalism*, es decir, a la aplicación de procedimientos novelísticos al relato de hechos verdaderos.”<sup>22</sup> Coincide con tal propuesta B. Crespo: “Si leída en el marco de la literatura occidental se ha dicho que esta obra anticipa en diez años la aparición del relato testimonial –un nuevo género que se quiere a la vez periodístico y literario...”<sup>23</sup> Otras voces igualmente celebran la aparición del llamado nuevo periodismo como un fenómeno que renueva el vínculo entre periodismo y literatura. Sin embargo, también conceden que García Márquez con *Relato de un naufrago* se sitúa a la vanguardia del nuevo periodismo fuera de Estados Unidos.<sup>24</sup>

## A MODO DE CONCLUSIONES

Con *Operación masacre*, el argentino Rodolfo Walsh rompe con la falacia de un tercer mundo a la espera de nuevas corrientes, formas verbales novedosas o el último grito de la moda literaria en Europa y Norteamérica para adecuarlas a las letras latinoamericanas. Walsh aporta al campo literario formas de novelar con el reportaje moderno y la literatura tradicional. Pero

<sup>21</sup> Vid Julio Rodríguez-Luis, Ob. cit. p. 19. Las negritas son mías.

<sup>22</sup> Vid J. Emilio Pacheco, “Nota preliminar: Rodolfo Walsh desde México”, en *Rodolfo Walsh. Obra literaria completa*. México, Siglo XXI, 1981.

<sup>23</sup> B. Crespo. Ob. cit. p. 6.

<sup>24</sup> Begoña Díez Huélamo. *Relato de un naufrago de Gabriel García Márquez*. México, Ediciones Daimos, 1986. p. 14.

también, a su vez retoma una tradición ya presente en el siglo XIX, la de la escritura política, que alcanza dimensiones de excelencia con Martí y Sarmiento. Lo *nuevo* en Walsh es la ruptura con los géneros periodísticos tradicionales y la creación de otro con carácter de híbrido y su relación con la cultura latinoamericana: el periodismo leído como relato o novela. A la descripción objetiva, propia del reportaje, Walsh incorpora el punto de vista subjetivo: emociones, sentimientos, existencia cotidiana de sus personajes. Por momentos se percibe un estilo desenfadado y coloquial y la incorporación temática de lo marginal, lo anecdótico y lo aparentemente frívolo. Todo ello en aras de la creación de un testimonio *para que actúe, no para incorporarlo al vasto número de las ensoñaciones de ideólogos*, como afirma Walsh.

Hoy, el testimonio se ha convertido en un género de nuestro tiempo y cuya función primordial es develar los mecanismos ocultos y visibles del poder, un testimonio que implica un compromiso político llevado hasta las últimas consecuencias, al develar: los pingües negocios gracias a información privilegiada, las enormes fortunas en jugosos contratos, las familias lucrando en los partidos políticos, el crimen múltiple y el diferenciado que se solaza en un individuo. Actualmente, en México han proliferado testimonios de primera mano con vigor literario, profundidad psicológica y una temática que linda entre lo anecdótico y la frívolo como los escritos por la argentina Olga Wornat, *La jefa*, y por Julio Scherer García, *La pareja*. El excelente testimonio documental de Sergio González Rodríguez, *Huesos en el desierto*, que alerta sobre vínculos mafiosos y el poder establecido con las asesinadas en Ciudad Juárez, similar al reciente texto de Lydia Cacho, *Los demonios del Edén*. Otros ejemplos de una narrativa testimonial los encontramos en textos de la llamada literatura *marginal*, como el excelente trabajo de Jesús Morales Bermúdez, *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*, y las narraciones del Sub Marcos, *Relatos*

*del viejo Antonio*, y sus textos de corte político. Textos que, por desgracia, la academia no ha logrado incorporar a la cada vez más disminuida República de las Letras.

## BIBLIOGRAFÍA

- 1) Barnet Miguel. *Biografía de un cimarrón*. La Habana, Cuba, Instituto de Etnología y Folklore, 1966.
- 2) \_\_\_\_\_ *La fuente viva*. La Habana, Cuba. Editorial Letras Cubanas, 1998.
- 3) Cabezas Lacayo, Omar. *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. La Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1982.
- 4) Franco, Jean. "Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo", en *Casa de las Américas*. La Habana, Cuba, nov-diciembre de 1988.
- 5) Galich, Manuel. "Los días de la selva", en *Casa de las Américas*, Habana, Cuba, julio-agosto 1981.
- 6) Guevara, Ernesto Che. *El diario del Che en Bolivia*. La Habana, Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, 1985.
- 7) Lienhard, Martin. *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*. La Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1989.
- 8) Morales Bermúdez, Jesús. *Memorial del tiempo o Vía de las conversaciones* (Premio Bellas Artes. Testimonio, 1986). México, SEP-Katún, 1986
- 9) Otero, Lisandro. "El testimonio histórico en Marta Rojas", en *Casa de las Américas*, La Habana, Cuba, noviembre-diciembre de 1983.
- 10) Payeras, Mario. *Los días de la selva*. La Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1980.
- 11) Pérus, Françoise. "Miguel Barnet: la vida real", en *Casa de las Américas*, La Habana, Cuba, noviembre-diciembre de 1987.
- 12) \_\_\_\_\_ "El 'otro' del testimonio", en *Casa de las Américas*. La Habana, Cuba, mayo-junio de 1988.
- 13) Rodríguez-Luis, Julio. *El enfoque documental en la narrativa hispanoamericana. Estudio taxonómico*. México, FCE, 1997.
- 14) Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. México, FCE, 2005.
- 15) Walsh, Rodolfo. *Operación masacre*. La Habana, Cuba, Instituto Cubano del Libro, 1971.
- 16) \_\_\_\_\_ *¿Quién mató a Rosendo?* 9ª edición. Bs As, Argentina, Ediciones de la Flor, 2003.
- 17) \_\_\_\_\_ *Caso Satanowsky*. 4ª edición (edición y prólogo de Roberto Ferro). Bs As, Argentina, Ediciones de la Flor, 2000.
- 18) \_\_\_\_\_ *Textos de y sobre Rodolfo Walsh* (Jorge Lafforge, editor). Bs As Madrid, Alianza editorial, 2000.
- 19) \_\_\_\_\_ *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977* (Daniel Link, editor). Bs As, Argentina, Planeta, 1995.



MIGUEL BARNET:  
ENTRE LA VIDA Y LA LITERATURA  
TESTIMONIAL

TOMÁS BERNAL ALANÍS\*

“Desde que los seres humanos se hicieron conscientes de sí mismos han buscado, también, explicaciones para los fenómenos de la procreación, la muerte, el ciclo de las estaciones, la tierra, el mar, el viento y las estrellas, el sol y la luna, la abundancia y los desastres.”

Nadine Gordimer

## INTRODUCCIÓN

La literatura testimonial, entendida ésta como una evidencia, se pierde en sentido estricto en la noche de los tiempos. El revelar, mostrar, es un arte tan viejo como la misma conciencia del hombre y su lenguaje.<sup>1</sup>

La Biblia es inicio y fundamento de un testimonio que remarca a través del tiempo la permanencia del testimonio como una forma pura de “mostrar la realidad” a partir de una vivencia ajena o propia.

La mirada del mundo occidental ha impuesto siglo tras siglo una forma determinada de comprender, explicar y analizar la condición humana como una constante universal e intemporal que atraviesa culturas y fronteras.

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Para una mayor información sobre las ideas y lo material como dato sobre la realidad, véase Henri Bergson: “Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia”, en *Obras Escogidas*. Madrid, Aguilar, 1963, pp. 47-221.

Ese yugo de la visión dominante ha predeterminado muchas visiones sobre la humanidad, así como sus reiteraciones y moldes generales de la condición humana en una escala mundial y unitaria.

Visión que se ha enfrentado a una permanente lucha de contrarios por mostrar la riqueza, complejidad y diversidad de la condición humana, que se muestra en las infinitas caras del acontecer cotidiano de las culturas.

Dimensión histórica, filosófica y antropológica que intenta explicar el fenómeno complejo de lo otro, lo diferente, lo dominado en pocas palabras, de esa otra vida que ignoramos, pero que existe como la nuestra.<sup>2</sup>

Para la literatura, en el lenguaje y la escritura, el testimonio se convierte en una forma real de dar vida al pasado. A ese pasado que se convierte en una herencia compartida por un grupo humano, como lo establecen James Fentress y Chris Wickham en el plano de lo histórico y lo antropológico:

“...pues la experiencia pasada recordada y las imágenes compartidas del pasado histórico son un tipo de recuerdos que tienen una importancia particular para la constitución de grupos sociales en el presente”.<sup>3</sup>

Es ese plano del pasado y el presente, de lo individual y lo colectivo, el que nos interesa en este ensayo para desentrañar algunas ideas del escritor Miguel Barnet respecto a la cultura y la singularidad cubana en el concierto de una expresión única por medio de la literatura testimonial, como una forma de vida, de escribir y de creer que las pequeñas historias tienen resonancia en la sinfonía universal de la vida y de la cultura.

Miguel Barnet, escritor cubano, remueve en los escombros de la memoria los rescoldos de lo que permanece como parte

<sup>2</sup> Lévi-Strauss, Claude. *Tristes trópicos*. Barcelona, Paidós, 1992. Excelente obra antropológica, es un revelador testimonio de dos mundos y culturas contrapuestos.

<sup>3</sup> Fentress, James, y Chris Wickham. *Memoria social*. Madrid, Cátedra, 2003. p. 15.

importante de una cultura, de una forma de entender el mundo y de una significación de la vida como una constante aventura en el tiempo y en el espacio de la historia cubana.

## LITERATURA TESTIMONIAL

La historia como un eterno tejido de narraciones nos muestra los múltiples hilos de la madeja que nos permiten reconstruir el pasado como herramienta de la creación literaria.

Creación que nos lleva a las “pequeñas biografías” que no aparecen en la Historia. La literatura testimonial es dar la voz a esos seres que llamamos simples que se quedaron tras las bambalinas de la historia oficial, pero que con sus relatos nos hacen comprender escenarios olvidados por el poder o sus corifeos. Es a esa “gente sin historia”,<sup>4</sup> a la cual nos referiremos más adelante en la obra testimonial de Miguel Barnet.

El testimonio aparece como una contrapartida. Un movimiento detrás de otro movimiento, un acto y visión del mundo, frente a una situación estructural del mundo y de las relaciones sociales.

¿Dónde empieza esta rebelión? Sus orígenes se pueden encontrar en todo acto de rebeldía ante la vida, la historia y las relaciones sociales que juzgan y someten una condición social.

Esta literatura testimonial se da como rechazo a un *status quo*, a una realidad lacerante y fragmentada. A una situación de dominación y sojuzgamiento, que niega una parte de la realidad, de esa historia de la cual todos somos partícipes de alguna forma.

Al respecto, el chino Gao Xingjian, premio Nobel de Literatura, ha dicho claramente que la literatura testimonial tiene mucha verdad:

<sup>4</sup> Wolf, Erick.: *Europa y la gente sin historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

“El escritor que escoge la literatura testimonial tiene las cosas muy claras, pues al servirse de personajes y hechos reales o de su propia experiencia es consciente de las limitaciones que él mismo se impone, unas limitaciones que acepta porque busca la realidad y ha hecho de ella el criterio principal que inspira su obra.”<sup>5</sup>

En pocas palabras, el autor, el escritor o el artista estudia la naturaleza humana de su tiempo, con su experiencia vivida, con su mirada en el mundo que le tocó vivir y compartir con sus contemporáneos.

Por ello, la literatura testimonial no tiene temporalidad ni fronteras espaciales, es un retrato vivo de una época, de un mundo que se transforma pero que deja a través de la literatura de la palabra escrita después y en un principio de la literatura oral, un testimonio, un hecho de lo que sucedió y se guardó memoria de ello.

La tradición oral es el antecedente inmediato de la escritura, es el paso que siguieron los pueblos para resguardar sus tradiciones en la memoria de los pueblos, es la fuente primordial para reconstruir el pasado.<sup>6</sup>

En ese trabajo de resguardo e interpretación se protege el valor de una cultura en su especificidad y peso dentro del concierto de las naciones, en pocas palabras, en ese encuentro de culturas que se han dado a lo largo de la historia de la humanidad.

Encuentro de culturas donde lo individual y lo colectivo se entrecruzan en el mapa geográfico del mundo. De ese mundo que tiene distintas miradas y diferentes interpretaciones. Los trabajos etnológicos y los diarios antropológicos dan razón de esa multiplicidad de razas, historias y circunstancias que rodean al hombre, al pueblo, a la cultura, en sí, a la condición humana.

<sup>5</sup> Xingjian, Gao. “El testimonio de la literatura: la búsqueda de lo real”, en *En torno a la literatura*. Barcelona, El Cobre Ediciones, 2003. p. 108.

<sup>6</sup> Para tener mayor información, véase la obra de Jan Vansina: *La tradición oral*. Barcelona, Labor, 1966, y Walter J. Ong. *Oralidad y escritura*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Por ello es preciso recordar un ensayo de la escritora sudafricana Nadine Gordimer, cuando nos habla de su experiencia de vida y de escritura como elementos complementarios de la escritura y de la existencia:

“...pasamos nuestras vidas intentando interpretar a través de la palabra las lecturas que hacemos de las sociedades, del mundo del cual formamos parte. En ese sentido, en esta interpretación inefable e inextricable, la escritura es siempre y simultáneamente una explotación del yo y del mundo, del ser colectivo y del individuo”.<sup>7</sup>

Así en esta riqueza de mundos el escritor escoge su vida o la de otros para caracterizar una mirada llena de ficción a veces o de realidad en otras ocasiones, para crear un mundo particular que cabalga entre la imaginación y la vida, entre la experiencia o el recuerdo, como formas de explicar la realidad de lo que nos tocó vivir a nosotros y al otro.

Entonces esta búsqueda se convierte en un camino ancho y largo a través de la vida de un personaje del pasado, contemporáneo al escritor, el cual busca en esa experiencia el espíritu de una época, el vivir de una generación que se convierte en un periodo de la historia de un país y el cual es digno de una crónica.<sup>8</sup>

Crónica que ennoblece los días y los años de un personaje, de una cultura o de un pueblo en sí. Para ello, el escritor deja testimonio a través de la escritura, del lenguaje propio y de la creación literaria como evidencia de ese pasado que sigue viviendo con nosotros, de esa condición inmortal que el hombre busca en sus obras y en sus sueños.

<sup>7</sup> Gordimer, Nadine. *Escribir y ser*. Barcelona, Península, 1997. p. 166.

<sup>8</sup> La crónica se convierte en un oficio, en representar un recuerdo de la vida o la escritura, de hacer un recuento pormenorizado de las permanencias y cambios que se dan en una sociedad en un tiempo y en sus circunstancias. Para entender este desarrollo véase Susana Rotker: *La invención de la crónica*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

## MIGUEL BARNET Y LA LITERATURA TESTIMONIAL

En todas las literaturas encontramos autores que han trabajado la literatura testimonial, pero en pocos ese interés se ha convertido en un oficio de toda la vida. Un caso ejemplar es la vida y la escritura del autor cubano Miguel Barnet, que nos ha legado por lo menos una tetralogía sobre la literatura testimonial y algunos acercamientos para teorizar sobre ella.

Miguel Barnet nace en La Habana, Cuba en 1940. Desde su adolescencia muestra un especial interés por la vida y su existencia como tal. Cercano a los trabajos etnológicos y antropológicos de Fernando Ortiz (1881-1969) que tratan sobre el folclor y la cultura popular cubana expresada en el lenguaje, la brujería, la música, entre otros temas, hacen de él un estudioso de esa historia popular negada por la Historia oficial y reconocida como tal.

Barnet es influenciado por el trabajo de Fernando Ortiz *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1963) y tal vez de otros trabajos de corte sociológico como la gran obra de Gilberto Freyre *Casa Grande y Senzala* (1932), que nos hablan del espíritu de un pueblo, de una cultura, de la explotación de un producto (monocultivo) que ha determinado en gran forma en el pasado el derrotero de estos países en su tránsito de su independencia a una posición de dominados en el mercado mundial.<sup>9</sup>

La literatura testimonial en Miguel Barnet encuentra un icono de las letras latinoamericanas en la escritura mundial. Su literatura se encuentra inmersa en la lucha de los pueblos latinoamericanos por defender su dignidad y encontrar en la

<sup>9</sup> Proceso histórico del pueblo cubano relatado por Julio Travieso Serrano en su extraordinaria novela *El polvo y el oro*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999. Novela que abarca desde los tiempos coloniales hasta la revolución de Fidel Castro. El espíritu del pueblo cubano es descrito con maestría en los distintos momentos cruciales de su historia.

historia del pasado elementos que le permitan conformar una identidad propia y definida con base a su historia.

Como bien lo ha señalado el crítico literario Donald L. Shaw la literatura testimonial se desplaza en un campo más amplio que la literatura (entiéndase por ésta la ficción literaria) para adentrarse en los campos de la sociología, la antropología y la historia, la cual tiene sus criterios que son los siguientes:

“Modernamente, sus funciones incluyen las de reforzar la voluntad de resistir la opresión, formular acusaciones contra la violencia y la explotación institucionalizadas, describir ejemplos específicos de las mismas y concienciar a los diferentes.”<sup>10</sup>

Por ello, la literatura testimonial, ya sea propia (autobiográfica) o ajena (testimonio), nos abre al ancho camino de la crónica periodística, del reportaje, de la autobiografía, que hacen de la literatura cubana, en especial, y de la literatura latinoamericana, en general, un campo de bonanza para su estudio y seguimiento.

Para los estudiosos de la literatura latinoamericana hay un consenso general en considerar la obra *Biografía de un cimarrón* (1966), de Miguel Barnet, como la primera obra testimonial del mundo moderno. A ella se suman para formar su tetralogía sobre la novela testimonial: *Canción de Rachel* (1969), *Gallego* (1981) y *La vida real* (1984).

Aunque también, en el campo de la antropología, se hablan de otros testimonios con obras como: *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas y *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, editados en 1948 y 1961, respectivamente.

La tetralogía de Miguel Barnet abarca de 1966 a 1984, pero hay un recorrido memorable por la historia de Cuba y sus pobladores; éstos se encuentran inmersos en una situación dolorosa que en sí representa simbólicamente el dolor del pueblo cubano; lo individual se transforma en una aspiración colectiva,

<sup>10</sup> Shaw, Donald L. *Nueva narrativa hispanoamericana*. Madrid, Cátedra, 1999. p. 255.

en el sueño de los cubanos pobres, violentados en su devenir histórico desde la dominación española, pasando por el conflicto de su independencia a finales del siglo XIX hasta llegar al proceso revolucionario con Fidel Castro y de la conformación de la Cuba contemporánea, como una experiencia del pasado.<sup>11</sup>

Este pasado tiene fuertes reminiscencias que moldean de alguna forma la trayectoria de sus personajes novelescos. Esteban Montejo en *Biografía de un Cimarrón*, Rachel en la *Canción de Rachel*, Manuel Ruiz en *Gallego* o Julián Mesa en *La vida Real*.

Todos ellos buscando la dignidad y el respecto a su existencia en la rebelión contra la esclavitud de Esteban Montejo, la ilusión de una vida de lujos y diversión de la actriz y cantante Rachel, de la búsqueda de nuevos horizontes en la isla caribeña de Manuel Ruiz o, por último, el sueño del pueblo cubano de Julián Mesa en busca del *American way of life* en Nueva York.

Todos ellos retratan la búsqueda de libertad e identidad y reflejan las formas en que buscan defender las raíces de su tierra:

“Por eso estamos así. Guerras para acá y guerras para allá. Hay que tener fe. Creen en algo. Si no, estamos perdidos.”<sup>12</sup>

O *En la vida real* el personaje despierta su conciencia de lucha al ver la violencia de unos contra otros:

“Yo no vine de una familia politizada, pero sí tengo un origen muy pobre y se me sale siempre. No puedo pasar por alto una injusticia. Por eso aquí se me ha envenenado el hígado. Y me he politizado bastante viendo las cosas.”<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Para tener mayores elementos de análisis del papel de la memoria véanse las siguientes obras: Joël Candau. *Antropología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002; Paolo Montesperelli. *Sociología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, y James Fentess y Chris Wickham. *Op. cit.*

<sup>12</sup> Barnet, Miguel.: *Cimarrón*. Madrid, Ediciones Siruela, 2002. p. 137.

<sup>13</sup> Barnet, Miguel. *La vida real*. Madrid, Alianza Editorial, 1989. p. 224.

Otro ejemplo:

“También porque yo soy muy patriota y mi tierra no la olvido nunca. Pero, en verdad, hay mucho de realidad en todo. Mi aldea es muy bonita, a pesar de lo triste. Las robledas, los junquerales, las rías, el soto, todo eso es mi infancia. No lo puedo negar.”<sup>14</sup>

Y otro tema fundamental, que aparece en los trabajos de Barnet, es la defensa de lo real como testimonio en la búsqueda de la verdad. Ese eterno problema de la ficción: intentar hacer verosímil una creación literaria, sacarla del campo de la imaginación para llevarla al espacio de lo real, de lo vivido, de lo testimonial.

Y, así, en la obra testimonial de Barnet hay múltiples referencias entre la frontera de la ficción y de la realidad. Sus personajes se refugian en lo vivido para expresar lo real de los hechos, de la vida:

“Yo no cuento sino lo que he visto, lo que he vivido. Los cuentos valen cuando tienen de verdad; si no son cuentos huecos. No digo que no me dé a cavilaciones, pero a cuentos por gusto no. El que mente se queda luego con la culpa arriba si es hombre de ley.”<sup>15</sup>

En estos vericuetos de la vida real, Miguel Barnet ha tratado de darle un sostén a sus novelas, de buscar la verdad, ese testimonio que enlace al individuo con lo social, los valores con la cultura, con esa mirada mayor que tiene un pueblo sobre su pasado, presente y futuro. Por ello Barnet trató de definir la literatura testimonial de distintas maneras, y una de ellas es la siguiente:

“...debe poseer toda la novela —testimonio: proponerse un desentrañamiento de la realidad, tomando los hechos principales, los que más han afectado la sensibilidad de un pueblo y

<sup>14</sup> Barnet, Miguel. *Gallego*. Madrid, Alianza Editorial, 1987. p. 128

<sup>15</sup> Barnet, Miguel. (1987). *Op. cit.* p. 126.

describiéndolos por boca de uno de sus protagonistas más idóneos”.<sup>16</sup>

Así el esclavo (Esteban Montejo) habla de su vida y su lucha por lograr la libertad y convertirse en un cimarrón, la artista (Rachel), por su parte, busca encumbrarse en el mundo del espectáculo y del amor o del emigrante español Manuel Ruíz que llega a una isla (La Habana) deslumbrante y cálida. O el emigrante cubano (Julián Mesa) que huye de la miseria hacia el sueño americano.

Todos ellos son protagonistas de los sueños y esperanzas del pueblo cubano por descubrir sus historias, sus anhelos, sus miedos, en historias vertiginosas que hacen de la entrevista o el relato un acercamiento puntual o una realidad, a un personaje, a un individuo que simboliza el espíritu de una época y de un pueblo.

La literatura testimonial crea arquetipos, personajes de ficción o de carne y hueso universales, que traspasan el tiempo y que dan memoria colectiva.

Barnet logró con su tetralogía un verdadero cuadro de la historia de Cuba. Su acercamiento a la historia oral, a los documentos, entre otras fuentes, le han permitido escribir otras historias, la de aquellas “gentes sin historia”,<sup>17</sup> de lo cual algunos historiadores como Eric Hobsbawm han escrito páginas memorables a través de sus obras.

<sup>16</sup> Barnet, Miguel. *La fuente viva*. Cuba, Letras Cubanas, 1983. p. 23.

<sup>17</sup> Hobsbawm, Eric. *Gente poco corriente*. Barcelona, Crítica, 1999.

## PALABRAS FINALES

Miguel Barnet le dio una nueva dimensión a la novela testimonial. Se emparentó con el nuevo periodismo norteamericano y con autores como Norman Mailer, Truman Capote, Tom Wolfe, entre otros, pero su obra se yergue como una muestra en busca de la dignidad del pueblo cubano y su historia.

Y haciendo eco de aquel memorable ensayo del historiador cubano Manuel Moreno Fraginals: “La historia como arma”, en el cual cuestiona la historia de Cuba hecha por los historiadores burgueses (léase clase dominante):

“No pueden desecharse las fuentes utilizadas hasta hoy: no puede desecharse ninguna fuente. Lo que afirmamos es que estas fuentes han sido ya organizadas, depuradas y seleccionadas para construir los mitos históricos de la burguesía y con ellas no hay forma honesta de llegar a otras conclusiones que las típicamente burguesas. Hemos de tomarlas, simplemente, como una parte de la documentación, pero nuestros estudios deben necesariamente abarcar el panorama íntegro: el riquísimo mundo de cosas intocadas y nunca comentadas.”<sup>18</sup>

Y una de esas “cosas intocadas” era el testimonio, que encontró eco en la pluma de Barnet, defensor de una nueva forma de hacer literatura, de producir historia, de reencontrar la memoria del pueblo cubano en esa memoria colectiva que tienen los seres “insignificantes”, su poder y el significado de su existencia. Para concluir, sólo citaré lo que el propio Miguel Barnet escribió para definir su vida y su obra:

“El testimonio siempre ha servido de apoyadura documental de la novela. Por otra parte, aclaro que no soy un novelista puro. Si ando a caballo entre las corrientes antropológicas y literarias, es porque creo que ya es hora de que ellas vayan sin negarse la una

<sup>18</sup> Moreno Fraginals, Manuel. *La historia como arma*. Barcelona, Crítica, 1999. p. 20.

a la otra. Por el contrario, estoy convencido de que se complementan. No aspiro a definiciones de categorías, ni ofrezco soluciones sociales. Lo único que deseo es mostrar el corazón del hombre. De ese hombre que la historiografía burguesa marcó con el signo de un fatalismo proverbial, inscribiéndose entre la "gente sin historia."<sup>19</sup>

Miguel Barnet sería un digno representante de aquello que exponía el historiador Fernand Braudel: de que las disciplinas se asomarán al jardín del otro, para ver qué hacían y así compartir experiencias, y no ser vecinos extraños.

<sup>19</sup> Barnet, Miguel. *La vida real*. Madrid, Alianza Editorial. 1989. p. 8.

## BIBLIOGRAFÍA

- Barnet, Miguel: *Biografía de un cimarrón*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1977.
- Barnet, Miguel: *Cimarrón*. Madrid, Ediciones Siruela, 2002.
- Canción de Rachel*. Cuba, Letras Cubanas, 1985.
- Gallego*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- La fuente viva*. Cuba, Letras Cubanas, 1983.
- La vida real*. Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- Bergson, Henri: *Memoria y Vida*. Madrid, Alianza Editorial, 1977.
- Obras Escogidas*. Madrid, Aguilar, 1963.
- Candau, Loël: *Antropología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
- Cultura popular tradicional cubana*. Cuba, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello/Centro de Antropología, 1999.
- Fentress, James y Chris Wickham: *Memoria social*. Madrid, Cátedra, 2003.
- Gordimer, Nadine: *Escribir y ser*. Barcelona, Península, 1997.
- Hobsbawn, Eric: *Gente poco corriente*. Barcelona, Crítica, 1999.
- Levi-Strauss, Claude: *Tristes Trópicos*. Barcelona, Paidós, 1992.
- Magrassi, Guillermo et. al.: *La historia de vida*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.
- Montesperelli, Paolo: *Sociología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.
- Moreno Fragnals, Manuel: *La historia como arma*. Barcelona, Crítica, 1999.
- Ong, Walter J: *Oralidad y escritura*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Ortiz, Fernando: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Barcelona, Ariel, 1973.
- Rotker, Susana: *La invención de la crónica*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Shaw, Donald L: *Nueva narrativa hispanoamericana*. Madrid, Cátedra, 1999.
- Travieso Serrano, Julio: *El polvo y el oro*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999.
- Vansina, Jan: *La tradición oral*. Barcelona, Labor, 1966.
- Wolf, Eric: *Europa y la gente sin historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Xingjian, Gao: *En torno a la literatura*. Barcelona, El Cobre Ediciones, 2003.
- Yates, Frances A: *El arte de la memoria*. Madrid, Taurus, 1974.



# MUJERES EN LA ALBORADA

## GUERRILLA Y PARTICIPACIÓN FEMENINA EN GUATEMALA, 1973-1978

MARÍA TERESA ESPINOSA\*

Ser humano significa arrojar alegremente  
toda nuestra vida "en las escalas del destino"  
cuando es necesario pero, al mismo tiempo,  
regocijarse de cada día soleado, de cada bella nube.  
Rosa Luxemburgo, 1916

A rtemis & Edinter ha editado en su tercera reimpresión en 2000, el testimonio de Yolanda Colom titulado: *Mujeres en la alborada*. La autora es una participante directa del acontecer guatemalteco. El material que se presenta en este texto es un ejercicio de la memoria para pensar el presente; al mismo tiempo, los capítulos que se recogen constituyen un punto de referencia para reflexionar sobre una zona geográfica, un punto de referencia político y social en particular, pero que atañe en su problemática a otras latitudes y otras sociedades que también comparten desigualdad y marginación, de allí el valor humano, social y político de dar a conocer la experiencia de lucha y organización de esta ciudadana y revolucionaria guatemalteca.

La producción teórica, filosófica y política de las mujeres en Latinoamérica es marginal, si revisamos los títulos sobre literatura que genera el mercado editorial, que confunde la relevancia histórica de los escritores con la envergadura de sus ediciones de altas ventas. De modo que lo escrito por las protagonistas de

\* Facultad de Filosofía y Letras UNAM y Universidad de la Ciudad de México Unidad-Valle.

batallas que recuerdan y recuperan las guerras que asuelan a sus pueblos, que luchan con armas y sin ellas para ser escuchadas, para ser respetadas como permanente búsqueda de historiar la experiencia de una generación, una nación y su quehacer personal vinculada a dicha experiencia, es una asignatura pendiente.

Durante los años 70 y 80 caían las balas sobre Centroamérica, pero la guerra que se libraba en su territorio estaba cambiando de signo. Los gobiernos, en su gran mayoría surgidos de los cuarteles después de golpes militares, se convertían en dictaduras, presagiaban tiempos muy duros, la miseria reinaba por doquier mientras los políticos locales legislaban y regulaban la economía siguiendo el modelo neoliberal.

En estas décadas, Yolanda Colom vivió en dos territorios: México y Guatemala. En esas fronteras geográficas que no respetaban ni la flora ni la fauna de las grandes montañas, se llevaba a cabo una intensa actividad entre las organizaciones político-militares de su país a fin de alcanzar un cambio significativo a la situación política imperante en los gobiernos posteriores a Arbenz y apoyados sustancialmente por las políticas de intervención directa o simulada del gobierno gringo. Colom tenía entonces años de haber abandonado Guatemala, con sus compañeros de organización, viajando a México, que sería el territorio de trabajo y nostalgia, hasta la fecha en la que retorna a su patria.

Yolanda Colom era hija de una familia de profesionistas de la clase media de la capital guatemalteca, ciudad donde Miguel Ángel Asturias vivió y desarrolló su actividad creativa, antes de salir como embajador. Fue educada por su familia siguiendo la tradicional enseñanza guatemalteca que tenía en los colegios de religiosas el modelo de mayor excelencia. No obstante, se rodeó de libros y lecturas de las nuevas tendencias educativas innovadoras y críticas de la realidad guatemalteca. El amor a la educación, el respeto de su identidad y la admiración por los grandes ideales, han sido constantes en la vida y obra de Yolanda

Colom. Sin embargo, fue con el endurecimiento de las políticas implementadas en su país desde 1954 que a la joven Colom se le suscitó el interés por la vida política. Entonces se dio cuenta de la necesidad de actuar contra unas ideas y un partido que desafiaban la libertad y ponían en peligro el mundo en que vivía.

Colom, que veía cómo sus amigos y familiares empezaban a ser acosados, detenidos o privados de derechos, quiso dejar de ser políticamente inactiva ante aquel gobierno, y empezó a realizar tareas educativas en el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). A partir de entonces, intensificó su interés por las cuestiones políticas hasta hacer de la defensa del ámbito público y la acción política uno de los núcleos más importantes de su praxis política. Aunque la idea que Colom tenía de la política no coincidía con la habitual política de los partidos, pues piensa más bien en los ámbitos públicos, en los cuales los individuos intercambian la palabra para actuar concertadamente en un mundo común. Su idea política estaba inspirada en aquellos momentos de la historia guatemalteca en la que la gente se reúne en consejos o asambleas y actúa revolucionariamente. Yolanda Colom tomó este ejemplo y lo llevó a la práctica en los años de militancia en que participó primero en el EGP y posteriormente en Octubre Revolucionario (OR).

Los veinte capítulos que conforman *Mujeres en la alborada* son el resultado de veinte años de militancia, memoria indisoluble del registro histórico de los hechos de los pueblos, con el recuerdo y recuperación de su propia vida en esos años. Colom jamás se planteó poner en duda el origen de su participación política, reconoció y expresó sin ambages los problemas y errores en que, según creía ella, incurrieron su pueblo y muchos de los representantes más destacados. Su testimonio aborda distintas cuestiones; sin embargo, en sus líneas nos narra el abandono que realiza de su familia, sus pertenencias y país a causa de la guerra. Otra temática que aborda es la convivencia social y política de los militantes en selvas y montañas, en donde nos

enmarca su trabajo reflexivo y político. Estos ejes del texto pretenden plantearnos cuestiones que siguen siendo inciertas y discutibles en la actualidad, son temas necesitados de meditación y atención. Desde el pasado, los ha querido traer al presente para suscitar nuevas reflexiones. Son temas de nuestro tiempo que nos interpelan.

La intención de Yolanda Colom al elegir narrar su experiencia es, sin lugar a dudas, divulgar la tensa reflexión en torno al significado político y vital que la condición de los oprimidos comporta para las personas que se han visto inmersas en la desigualdad social y política. Ni qué decir tiene que el tema es de actualidad en una época en la que millones de personas en el mundo forman parte de esta condición.

En su texto, Colom plantea diversos temas: el tiempo en la selva, la organización fraterna, el coraje de la responsabilidad, la enseñanza cotidiana, el tiempo y el estudio, pero también la confrontación y diversidad de posturas frente a una realidad particular, cuando se convive y conforman nuevas relaciones sociales. Colom trata estos asuntos con firmeza, sin eludir su complejidad, como es costumbre en ella.

Quizá la clave del texto esté en escribir desde la vivencia directa, que la autora aborda en todo el texto. Plantea la acción humana a nivel personal y colectivo, como el espacio donde no cabe negar los hechos que son incontestables, están ahí y la única actitud digna y merecedora de respeto es reconocerlos como tales; lo contrario no es inocencia sino vergüenza. Colom hace una bella descripción de los lugares que va recorriendo en la selva, pero al mismo tiempo describe al ser humano que se integra a los destacamentos organizativos, motivaciones, emociones y sensaciones que definen un perfil y un accionar humano afectado por la pérdida del mundo propio, el de los antepasados, la tierra que nos ha visto nacer, etc. Ser militante significaba haber perdido el mundo cotidiano en que una persona encuentra la vida feliz de todos los días, la familiaridad de las

cosas, la profesión, el sentirse útil para algo o para alguien, la seguridad que otorga un paisaje conocido, las reacciones naturales de la gente que nos rodea, la expresión de los sentimientos.

El texto de Yolanda Colom es un escrito contra el olvido, una reivindicación de la memoria. En tiempos donde comprender y reconciliarse con la abrumadora carga del pasado sólo es moda en ciertos sectores, su escrito trae a la memoria colectiva hechos trágicos del pasado reciente en Guatemala. Para no olvidar los campos de desplazados, con sus miles de guatemaltecos refugiados en el sureste mexicano, a quienes se les pidió que olvidaran. Nadie quería oír hablar de lo ocurrido por la guerra civil. Hablar de eso atentaba contra el buen gusto, resultaba afrentoso para el presente traer a la memoria colectiva hechos trágicos del pasado. Y así, en lugar de comprender y de reconciliarse con la abrumadora carga del pasado, era preferible negar, olvidar, ser ilusoriamente optimistas con el futuro por venir.

*Mujeres en la alborada* trasciende su temporalidad de una sola década y la dimensión histórico-social de su pueblo, para revelarnos una pasión por el compromiso social, político, filosófico, así como una pasión por el ser humano que sabe transformar y transformarse —aun donde hoy muchos se ven obligados a actuar bajo el flagelo de la contrarrevolución—; el hecho de narrar una experiencia concreta propone recuperar nuevas formas de rebeldía.

Lo que Yolanda Colom como activista, como internacionalista y como teórica testimonia en las trescientas veintiocho páginas que conforman el libro es un nuevo continente del pensamiento latinoamericano.

Colom, Yolanda: *Mujeres en la alborada*. Guatemala, Artemis y Edinter, 2000. 328 pp.



# POÉTICA DE LA SELVA: TESTIMONIO CRÍTICO DE MARIO PAYERAS

IRMA LÓPEZ TIOL\*

Una significativa parte de la producción artística de las décadas que van de los años 60 a los años 80 del siglo XX en Latinoamérica, hizo suyas las luchas populares por la liberación registradas en Centroamérica, a través de los diversos lenguajes del arte. Nicaragua, El Salvador y Guatemala, desde el ámbito en conflicto dieron a conocer los trabajos de Edwin Castro, Rigoberto López, Leonel Rugama, Ricardo Morales, Otto René Castillo y Roque Dalton, entre muchos otros. Luchas que en su conjunto produjeron testimonios escritos por los propios combatientes y en su mayoría con alcances literarios y políticos tan sólo valorados por aquellos que aún no abandonan el empeño por legar un mejor mundo a las nuevas generaciones. Con resonancias épicas, autobiográficas, con la esperanza de no cometer los mismos errores, o bien para comprenderlos, esperan nuevas lecturas. El pensamiento latinoamericano cuenta entonces con un acervo literario de los movimientos guerrilleros y en su curso o aún después de él han marcado la trayectoria de escritores sobrevivientes como el salvadoreño Roberto Quezada, militante de las Fuerzas Populares de Liberación y merecedor del Premio Novela Juegos Florales, 2000, por su obra *El Leoncavallo (del amor trunco)*.

\* Promotora Cultural, Jefa Administrativa del Centro Cultural Casa de las Bombas. Coordinación de Extensión Universitaria de la UAM-I.

En esta perspectiva, ubicado en el contexto de gestación del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en Guatemala, emerge la obra narrativa de uno de sus fundadores y comandantes que enriqueció el género testimonial de guerrilla: Mario Payeras. Las cualidades estéticas de su obra y la valoración que hace de la selva y la montaña, nos muestran a un escritor poseedor de una vasta cultura, un estilo poético y un pensamiento ecológico traducido, entre otros rasgos, en un glosario que reúne la acepción científica y el nombre popular de la fauna y la flora ahí mencionadas. Las características inusuales del testimonio dentro de ese género literario la hicieron merecedora del Premio Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1980. *Los días de la selva*, de Mario Payeras, es uno de sus textos más conocidos. Traducida al inglés, alemán, japonés e hindú, actualmente se editó en Guatemala la décima primera edición al español y ha sido conocida en países como Cuba, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y desde luego México. No obstante en obras como *Latitud de la flor y el granizo*, *El mundo como flor y como invento*, los *Poemas de la Zona Reina* y *Fragmento sobre Poesía, las ballenas y la música*, encontramos una **poética del espacio** que si bien inicia en la selva y la montaña, trasciende los límites de la geografía y el ejercicio de las técnicas narrativas para desplegar una conciencia ecológica como *eje integrador y totalizador de nuestra visión del futuro*.<sup>1</sup>

Originario de Chimaltenango (1940), pueblo cakchiquel del altiplano central de Guatemala, Mario Payeras recuerda de su niñez la arquitectura pintoresca de su casa natal, cierta configuración espacial de la misma en la que destacan el patio con árboles frutales, las áreas donde se apilaban los objetos en desuso, una camioneta abandonada y transfigurada en macetero por la acción del clima y el excremento de las aves que en ella

<sup>1</sup> Mario Payeras. *Literatura y Revolución*, entrevista de Claudio Albertani en "Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música". Artemis Edinter, Guatemala, 2000. p. 135.

se posaban, al igual que en el gallo de metal oxidado indicador del curso del viento. El viento con el que elevó sus cometas de papel y observó las habilidades del vuelo de las aves en un cielo transparente que por las noches se vestía de estrellas. Los días de fiesta popular con su música tradicional de marimba, sus cohetes de vara o el eventual sobrevuelo de un aeroplano anunciando la llegada del circo, o el consumo de *mejoral* y las canciones de Gabilondo Soler *Cri Cri*.

Recuerdos atesorados en la memoria de Payeras, le acompañaron hasta el día de su muerte acaecida el 16 de enero de 1995, en el hospital de Xoco, en la ciudad de México. La importancia de esos recuerdos radica no sólo en su peso estrictamente biográfico, sino en su inserción recreada como uno de los referentes constantes y claros en el conjunto de cuentos reunidos bajo el título *El Mundo como flor y como invento*.<sup>2</sup> Vivencias lúdicas de su infancia en las que la posibilidad de volar, el trasladarse por aire de un punto geográfico hacia otro, la erosión y transformación de la materia sea natural como un árbol o resultado del trabajo humano como el metal, prepararon sus primeras preguntas acerca del movimiento, el cambio, la concatenación de sucesos, la ingeniería aerostática y, en general, el impacto de la tecnología en la forma de vivir, memorizar y pensar el mundo.

Cuestiones, entre otras, que en su juventud hicieron de él un conocedor ejemplar lo mismo de la literatura de sus compatriotas como Luis Cardoza y Aragón, Miguel Ángel Asturias, Otto-Raúl González, Augusto Monterroso, que de obras del pensamiento occidental como el *Tratado de la pintura*, de Leonardo da Vinci; *Moby Dick*, de Herman Melville; *El Origen de las especies*, de Darwin, o los escritos de Alejandro de Humboldt. Con ese equipaje cultural Mario Payeras conoce y transita por varios países europeos y la ex URSS, luego de haber concluido estudios

<sup>2</sup> Mario Payeras. *El mundo como flor y como invento*. Magna Terra Editores. Guatemala, 2004.

de filosofía en la Universidad de San Carlos de Guatemala, en la que se vincula a la juventud comunista; continúa en la Universidad Nacional Autónoma de México y logra ser becario en la Universidad Carlos Marx en la ex República Democrática de Alemania entre 1964-68; período en el que aprende alemán e italiano, lee en su idioma desde luego a los filósofos alemanes, la obra de Marx y Engels, otros pensadores que le influyeron de manera notoria como Karel Kosik y su *Dialéctica de lo concreto*. En marzo de 1968, Mario Payeras decide ingresar al núcleo que sería el germen del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y para decirlo en sus propias palabras: *entonces la conciencia política se materializó en la guerrilla*. (Albertani, p. 128.)

## LA SELVA: REFUGIO Y ECOSISTEMA

Del conocimiento erudito adquirido en las instituciones universitarias y resultado de su disciplina excepcional de lectura, Payeras retorna a su país e inicia la experiencia de hacerse guerrillero, crear las bases de apoyo para un ejército popular precisamente en el espacio geográfico que por antonomasia ha significado la negación de la civilización y del progreso, según los paradigmas eurocentristas. De acuerdo al testimonio *Los días de la selva*, ésta recibe a quince combatientes a mediados de enero de 1972, con su carga de convicciones, esperanzas, prejuicios y temores. Las tareas de abastecimiento de comida, definir las rutas para las prolongadas caminatas entre los futuros campamentos, establecer puntos de referencia para orientarse, una larga relación de requerimientos y actividades propias de un incipiente ejército guerrillero, pronto agotaron sus recursos aprendidos, ejercitados en y para la vida en las ciudades. Los estragos fueron dramáticos en sus primeros meses: desnutridos severamente por la falta de alimentos en ocasiones perdieron el

sentido del tiempo, en alerta constante al no lograr identificar rápidamente los sonidos de la selva, con diarreas resultado de una ingestión errónea de plantas, etc. Vicisitudes que en su conjunto dibujan un panorama humano lamentable, reduciendo el propósito político a la obtención de comida y no ser detectados por el ejército enemigo. En consecuencia, estaban obligados a admitir su desconocimiento del espacio vivo, cambiante y habitado que es la selva. Conocerla, aprender a observar sus cualidades, fue condición para superar esa perspectiva de análisis dual del espacio geográfico en tanto ciudad o campo:

*Entonces descubrimos que el tiempo se rige en la selva por horarios de ruido. Cuando ascendía el sol y cesaba el bullicio de las primeras horas de la mañana sólo quedaba el lamento del espunuy. En algunas zonas, el rugido de los saraguatos o los clarines de las pavas en su trayectoria marcaban la línea del horizonte. Era el momento en que parábamos a comer lo que habíamos guardado del desayuno. Al atardecer tenía lugar el escándalo final de loros y guacamayos, hora de acarrear leña, encender fuego y colgar hamacas. Comenzaban las horas en que las especies del aire hacen silencio y principian los ruidos de los mamíferos nocturnos. La noche húmeda del trópico se llenaba de chillidos de pizotes (...) Cerca de los ríos, hasta el amanecer, la medida del tiempo dependía del canto intermitente del caballero o atajacaminos. (...) Luego de varias semanas del mismo horario zoológico, la selva comenzaba a darnos la impresión de un océano, sin itinerarios definidos ni puntos de llegada. (Los días de la selva, pp. 30-31.)*

La misma selva les mostró las rutas ancestrales por las que transitaban los antiguos mayas: *En varios siglos éramos los primeros en pasar por ahí. De vez en cuando, al cavar en el humus para hacer nuestras necesidades, desenterrábamos tiestos indígenas. Eran pequeños testimonios de que esas latitudes habían sido rutas ordinarias de grandes migraciones humanas en el pasado. (Los días de la selva, p. 28.)*

Sin duda los espacios que desconocemos generan diversas emociones al introducirnos por vez primera en ellos y la disposición del sujeto que incursiona también depende de los objetivos que persigue y tiempos definidos para permanecer ahí. No se puede ignorar o soslayar en la crónica, en el diario o informe de bitácora, las condiciones de salud física del narrador, ni la importancia de los referentes culturales para expresarse, considerar si se trata de espacios abiertos, cerrados, con iluminación natural o no, si está el sujeto que narra como explorador, si está huyendo y busca aislarse, o si va de turista, si está solo o va en grupo, etc. Variables que en su conjunto hacen de una experiencia un episodio fugaz, anecdótico, trivial, o encontramos, a través de la mirada descrita en la escritura, la proyección utilitaria de datos o, como en el caso del testimonio de Payeras, una especie de simbiosis poética del espacio natural con un hombre responsable de todo un grupo de individuos de las más diversas procedencias sociales y oficios, aun siendo originarios del mismo país. *En este sentido, hay que reconocer que en cualquier fragmento del mundo puede surgir una visión impactante o apaciguadora, que deja una huella indeleble en la memoria.*<sup>3</sup>

Varios meses transcurrieron para iniciarse en el conocimiento cotidiano de la biodiversidad de la selva como imperativo de vida de los combatientes antes de que tuvieran sus primeros contactos con sus habitantes humanos, encuentros determinantes para su aprendizaje práctico de la caza, la pesca y la agricultura. Los indígenas mayas les mostraron con sus formas de vida no sólo el porqué de la resistencia ancestral analizada por los antropólogos, sino también su **capacidad inventiva** y su **memoria**, la riqueza y dificultades de los diversos dialectos, la

<sup>3</sup> Wunenburger, Jean-Jacques. *Lo imaginario en la filosofía francesa contemporánea*, en "Espacios Imaginarios. Primer Coloquio Internacional". Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. México, 1999, p. 36.

sabiduría que los combatientes no podían ni debían ignorar lo mismo en la selva que en la montaña. En voz de los líderes indígenas conocieron su historia inmediata y remota, lograron comprender el aparente abandono en que encontraron algunas aldeas. Los ciclos agrícolas regidos por las estaciones, la calidad del suelo y el monto de maíz cosechado, resulta insuficiente para la alimentación familiar. Realidad que les obligaba a practicar el comercio ambulante entre la tierra fría y los poblados de la selva. Comunidades completas emigraban cada año hacia las plantaciones de café, algodón o caña de las costas, y el poco tiempo libre lo ocupaban en oficios artesanales para tejer sombreros o en la fabricación de cohetes de vara: *Durante el periodo de migración, las aldeas se despoblaban. La rueca, el telar y los instrumentos de labranza permanecían inmóviles en el interior de las viviendas, cerradas durante los meses de ausencia.* (Los días de la selva, p. 112) Descubrieron que la selva es el único sitio de la tierra donde las telarañas no son indicio de vejez, sino una de las formas felices en que se manifiesta el transcurso del tiempo. Al volver horas después por el mismo camino encontrábamos reconstruida la trama que habíamos estropeado al pasar la primera vez. (Los días de la selva, p. 62.)

Desde esa geografía observaron el cometa Kohoutek en 1974, al coincidir su aparición con el ascenso de los guerrilleros a una de las cumbres más altas en su itinerancia. Catalogada como una de las más gratas experiencias por Payeras, él y sus compañeros decidieron nombrar a la cumbre con el del cometa y designaron también así el primer cargamento de armas que recibieron por esos días. Sin omitir los tintes dramáticos que conllevó la formación del ejército popular, el testimonio de sus siete años en esa región destacan muchos otros encuentros y acontecimientos memorables por la felicidad que les produjeron; como aquel encuentro invernal con los indios de los

Cuchumatanes, quienes les proporcionaron naranjas y durante varios días les contaron historias de las aldeas remotas de Huehuetenango: *donde la gente se alimentaba desde tiempos inmemoriales de los pájaros que atrapaban con trampas, debido a la extrema pobreza de la tierra y a la fragmentación sucesiva de la propiedad. Algunos de ellos eran muy viejos y habían oído contar a sus abuelos la historia del despojo y el trabajo forzado de la época de Barrios. El padre de uno de los visitantes había compartido las vicisitudes de los indios que participaban en la construcción del Ferrocarril de los Altos.* (Los días de la selva. p. 105) La montaña también les permitió ver por vez primera el ave emblemática de los mayas y las ruinas de las ciudades antiguas a tres mil metros de altura sin registro alguno en los mapas. Condiciones físicas y culturales que transformaron la conciencia del filósofo-guerrillero ascendido a comandante de la Dirección Nacional. La noción de la selva y la montaña como refugio de los movimientos armados, como el mundo distante de los mayas a incorporar en el proyecto de Revolución, dejó de ser mero concepto, lo vive y se encuentra con un universo en el que la fauna y la flora, el reino animal, los climas y ríos son de manera **contundente** parte de los procesos vitales del ser humano. La importancia de ese espacio vivo en la conciencia de Payeras, se torna en registro constante de nomenclaturas, comportamientos, colores, aromas, sonidos, texturas, leyendas, usos y cualidades de la vida en la selva y la montaña. Toda la obra narrativa, posterior a *Los días de la selva*, se encuentra profundamente marcada por esta experiencia, trazó así varias líneas de investigación que le condujeron al descubrimiento del nuevo saber denominado ecología.

Catorce años después de escribir *Los días de la selva*, Claudio Albertani entrevista a Payeras, quien afirma: *La selva es un mundo de una belleza fascinante, es la piel primigenia del planeta, el ambiente húmedo donde se formó nuestra especie. Los sentidos humanos están hechos para funcionar allí (...) En pocos años,*

*quienes vivimos la experiencia de la selva debimos repetir el nomadismo, la cacería, la recolección y la agricultura de los primeros humanos, y conocer así el valor de la lluvia, de los vientos, de los cuerpos celestes. Allí estudié de verdad astronomía, geografía, meteorología, base para acceder posteriormente al que considero es el principal saber de nuestros días: la ecología (...) Allí reencontré a los indios –los guatemaltecos más antiguos– y allí forjé para toda la vida mi oficio de revolucionario. Allí comencé a escribir. (Albertani, p. 129.)*

## LITERATURA DE LA SELVA, IMAGEN VIVA DEL MUNDO COMO FLOR Y COMO INVENTO

La selva y la montaña mostraron a Payeras el impacto destructivo del capitalismo y su industria en las formas de vida de las comunidades campesinas e indígenas, en los vestigios cubiertos por la vegetación de las vías del ferrocarril, en los aserraderos donde se fragmentan los árboles talados, en el cruel tráfico de fauna y en los improbables encuentros que tuvieron con animales como el tigre, la danta y el manatí. La interacción entre las formas de vida de la región ha sido fundamental en las culturas indígenas: mayas y naturaleza han coexistido durante siglos y su equilibrio de vida comenzó a destruirse desde la conquista española. Proceso destructivo incrementado de manera notoria por la intromisión de las tecnologías de la Revolución Industrial. Todo este proceso histórico, sus contradicciones y valorar la capacidad de los hombres para transformar su mundo en beneficio de los habitantes originarios, había que explicarlo en forma clara y puntual. Se tornaba en necesidad para comprender uno de los sentidos posibles del proyecto revolucionario y contribuir en la formación del sujeto que lo llevaría a cabo.

Payeras comandante despliega entonces su capacidad creativa, no con miras a obtener premio literario alguno ni en la búsqueda de lectores doctos, más bien con la responsabilidad militante y el fusil al hombro. Así, como parte del proceso

constructivo, en alerta constante, a la luz de una vela y consumiendo los tiempos breves para dormir, escribe su obra en prosa *Latitud de la flor y el granizo*, fechada en enero de 1987, responde al propósito explicativo ya señalado y va dirigido, en principio, a los miembros de la organización política. Noventa y seis páginas en las que también inserta un índice biótico, con un lenguaje sencillo y depurado, recordando con precisión las fuentes documentales por él conocidas, son cualidades que nos indican el cuidado que tuvo el comandante escritor para no caer en disertaciones filosóficas a descifrar. Las conclusiones del libro —conforme a la presentación que hace del mismo Yolanda Colom, militante y compañera de Payeras— *trascienden a Guatemala. El enjuiciamiento de la cultura tecnológica contemporánea y el desafío en este terreno para los pueblos del Tercer Mundo, en función de la reconstrucción del hábitat humano, son presentados a partir de una revaloración de las posibilidades humanas, frente a los frutos distorsionados por la civilización capitalista y por el predominio ciego de la ley del valor.*<sup>4</sup>

La composición social en los frentes de la selva y la montaña —campesinos e indígenas, mujeres y niños, muchos de ellos sin hablar español— y el crecimiento de su participación aceleraron la necesidad del conocimiento de sus idiomas y costumbres. Ganarse la confianza y el respeto con base en el trabajo agrícola, construyendo viviendas, proporcionar medicinas, alfabetizando, son algunas de las actividades cotidianas a través de las cuales Payeras aprendió algunas lenguas mayas, el quiché, chuj y kanjobal. Mantuvo presente la importancia de la **tradición oral** como una de sus fuentes en su producción literaria. Encontró en la **poesía** y los **cuentos**, las formas de síntesis concreta para dar cuenta de la dimensión estética y contradictoria inherente a los procesos de vida y muerte actuantes en la guerra popular,

<sup>4</sup> Payeras, Mario. *Latitud de la flor y el granizo*. Editorial Piedra Santa, Guatemala, 1997.

pero también presentes en los ciclos naturales que rigen la naturaleza: *La poesía ha sido siempre una reafirmación frente a las negaciones de lo humano. Es persistir en la nobleza de la especie frente a la opresión, la esclavitud, el industrialismo, la materia vasta o la muerte. Por eso los esclavos cantaron y los primeros filósofos elevaron su palabra mágica frente al cosmos.*<sup>5</sup>

Encontrar la belleza en ese contexto no es tarea fácil ni dar cuenta de lo aprendido en las conversaciones con los ancianos indígenas, sus maestros de idioma, lograr construir a través de la escritura un mundo que a pesar de sus sinsabores también genera experiencias gratas, ahí, en la selva. Contrastar su experiencia de las ciudades en que vivió, conservar lo que valoró profundamente de los filósofos, científicos, artistas y exploradores con lo vivido en la selva y los recuerdos de su niñez, proporcionaron la materia prima de su **poética del espacio**, la *materia vasta* de sus poemas y cuentos. Obras, en consecuencia, mucho más elaboradas y profundas. La valoración del conjunto de su obra rebasa los límites para abordarlo en extenso en el presente ensayo, por esta razón sólo abordaremos algunos de sus cuentos.

Sus primeros lectores, niños de la selva, niños hijos de militantes protegidos en casas de seguridad, actualmente son jóvenes sobrevivientes de la guerrilla al igual que los cuentos y los poemas. Varios de ellos extraviados hasta el día de hoy, dado que Mario Payeras sólo encontró un sitio posible para su resguardo: sepultarlos bajo tierra en varios puntos de la selva dentro de pequeñas latas, otros circularon de mano en mano; no todos lograron ser rescatados por su autor tras diez años de búsqueda para su publicación en México por la editora Nuria Boldó, en 1987. Ilustrados por Jordi Boldó, artista visual, obra plástica que espera también su rescate en algún lugar de España,

<sup>5</sup> *La espada incandescente de la poesía*, entrevista de Julio Palencia en "Fragmento sobre...", p.115.

los cuentos fueron reunidos con el poético y filosófico título *El mundo como flor y como invento*. Nueve historias, cada una de ellas con una extensión de tres a cinco páginas, transcurren en la geografía de montaña y selva con excepción de uno, la *Historia de la gaviota del golfo cuyo esqueleto floreció en primavera*, producto de la estancia del autor como trabajador de los muelles del golfo de Veracruz, en México. La fauna que participa en los cuentos, son especialmente aves: faisanes, loros de diversos tipos, alcaravanes, azacuanes, tucanes, varios mamíferos y de manera menos notoria, un elefante y un albatros. El perro, en tanto animal domesticado y entrenado lo mismo para acompañar al cazador que al ejército guatemalteco, también lo encontramos con un nombre por demás significativo y en letra cursiva, *Batallón*.

La obra en su conjunto mantiene una serie de temáticas constantes concatenadas, de tal suerte que da la impresión de leer un prisma como un todo en el que cada cuento es un perfil o cara de esa totalidad. A través de ellos descubrimos la reflexión de Payeras sobre las diferencias entre el transcurrir del tiempo en la vida humana y los tiempos de la naturaleza; la mutación de la materia por acción natural o resultado de la intervención técnica humana, perfil que le conduce a valorar tanto el conocimiento científico como la sabiduría popular; las migraciones humanas y las de los animales; la memoria y sus manifestaciones; los efectos de la contaminación ambiental en la modificación del hábitat de los animales, entre otros tópicos. Narraciones que enfatizan las causas materiales e históricas de los encuentros, la interacción no siempre percibida por el hombre en relación con la naturaleza; la concatenación de los sucesos y los referentes astronómicos de orientación. Historias que ocurren entre 1940 y 1949, los años de su infancia, con excepción del que se ubica en México, fechado a finales de octubre de 1985. Los títulos son elocuentes y casi todos van precedidos de un *Historia de*, como para enfatizar que lo narrado es resultado de la experiencia viva

y sus procesos; la toponimia, los personajes humanos y el tipo de naturaleza también así nos lo refieren. Algunos títulos son: *Historia del maestro músico que tardó toda la vida para componer una pieza de marimba; Historia del guacamayo que se extravió en la materia; Historia de la boa ratonera que no sintió pasar el tiempo; Historia del chocoyo y de su ruta por los mapas tempranos de febrero.*

De las correspondencias entre el testimonio *Los días de la selva* y las historias contenidas en *El mundo como flor y como invento*, reconocemos, por ejemplo, en el maestro músico que tardó toda una vida para construir su marimba y componer una pieza musical, a uno de los combatientes que en el cuento es llamado *Patrocinio Raxtún*, el combatiente que construyó el molino para triturar el maíz, conocedor de la madera y con el oficio artesanal propio de los hacedores de marimbas. La boa del cuento, testigo de toda la vida del músico, es la boa que no sintió pasar el tiempo en otro de sus cuentos, es la mazacuata que se encontró con el combatiente que se extravió en *Los días de la selva*, la boa que representa el encuentro del hombre occidental con América, con Humboldt, explorador del Nuevo Mundo insertado en el cuento, y también con el propio Payeras disertando a través de su cuento, sintetizando así en un pasaje gran parte de su vocación de filósofo:

*Era un geógrafo europeo que viajaba por los trópicos (...) Había oído el canto de los guácharos en una cueva del Orinoco y había estado en la soledad sin pájaros del Chimborazo. Líneas más adelante señala que el geógrafo: había establecido que el granizo es una afortunada ecuación de la materia; que el hallazgo de un solo quiebracajete vale la vida de un hombre y que la paciencia humana es mayor que la codicia de los viejos árboles de zapote. Estas verdades generales no le bastaban al geógrafo ilustrado. Desde la juventud lo había desvelado la relación que existe entre la felicidad humana y los modernos avances de la mecánica, y a los treinta años concebía el mundo como flor y como invento. En un texto de juventud, titulado "Fragmento sobre*

*el universo, la matemática y los pájaros”, había resumido las principales conclusiones a que había llegado. Su afirmación inicial era que la materia (...) eran los fragmentos diáfanos de las cosas que se hallan al alcance del conjunto de artefactos felices, a través de los cuales el entendimiento ha logrado darle cierta condición de flor al universo grosero de las moscas y las ecuaciones (...) Consideraba las obsesiones de las caracolas, como expresión espontánea del océano, son la forma material más antigua del olvido y, por lo tanto, la negación pura del conocimiento. (El mundo como flor y como invento, p. 48)*

Estamos ante cuentos que no son una simple sucesión de anécdotas contadas, es un esfuerzo de Payeras por dimensionar su experiencia con proyecciones más amplias, donde los elementos naturales y humanos no son meros datos, sino síntesis superior de la cotidianidad de los habitantes de la selva; filosofía expresada en forma de cuentos, los cuales además de reconocibles con base en su obra testimonial de guerrilla, también apelan a la historia de las ciencias y la filosofía como en la metáfora *Los hombres no han hecho sino medir el mundo de diversas maneras, cuando de lo que se trata es de fundar la ciencia de la felicidad*; o en alusiones precisas como la del astrónomo danés, antecesor de Kepler: *Decía que Tycho Brahe nunca pudo explicarse qué buscaba en la eternidad el grajo del que en 1602 sólo quedaba el esqueleto en el espacio, desarticulado ya por las atrocidades de la matemática de arriba. Por ello consideraba que para quienes viven circunscritos a un espacio limitado, la felicidad depende de sus vicisitudes con los grandes inventos de la locomoción. (El mundo como flor y como invento, p. 49)*

Esencial en los encuentros entre los habitantes humanos y la naturaleza son los inventos que han cambiado la configuración espacial y económica del mundo, ocupando un lugar representativo tres relacionados con el desplazamiento de un punto geográfico a otro, a través de la tierra, el mar y el aire: el

ferrocarril, los barcos de vapor y el aeroplano siempre aparecen en los cuentos. Medios de transporte analizados por el filósofo canadiense Marshall McLuhan<sup>6</sup> como prolongación o extensión de los sentidos humanos, que si bien modificaron la percepción y el conocimiento de otras latitudes y culturas, también facilitaron la explotación mercantil de recursos naturales, la fauna y los bosques.

Entre la explotación de bosques con base en la infraestructura técnica de la industria moderna y la construcción de una marimba en manos artesanales, sin duda hay una gran distancia cuantitativa y cualitativa que indica los significados, usos y sentidos que la inventiva humana puede lograr con relación a la naturaleza. Puntos de encuentro y extrañeza seguidos del encanto, la atracción y el desencanto, son las emociones presentes en los cuentos. La historia del maestro músico nos introduce también al ámbito del conocimiento empírico que le permite seleccionar e identificar el tipo de árbol, de madera (palo de hormigo), cuyas cualidades sonoras son las requeridas para ese instrumento musical. El proceso constructivo de la marimba y el de composición musical que le ocupó gran parte de su vida, enfatiza la realización del hombre a través de su trabajo toda vez que se reconozca en él y la posibilidad de que su proceso y resultado sea placentero, conocimiento heredado y experiencia adquirida como signos de los hombres que habitan la selva y la montaña. En la *Historia del chocoyo y de su ruta por los mapas tempranos de febrero*, nos narra dentro de las peripecias y adversidades de su ruta, uno de los incidentes gratos del ave cuando se posa cerca de la vivienda del maestro músico:

*Le permitió asistir a la composición de una pieza de marimba. Por esos días, el maestro Rodolfo Narciso Chavarría intentaba hacer música el fenómeno del río. En 1948, la obra eran todavía*

<sup>6</sup> McLuhan, Marshall. *La comprensión de los medios como las extensiones del Hombre*. Editorial Diana. México, 1979.

*ecuaciones sin hilo (...) capturar la realidad a través de sus propias certezas inmediatas (...) asir lo existente únicamente es factible al captar con el espíritu la totalidad concreta, pero cuando ya no está y es irrecuperable. Lo que el vuelo de chocoyo escuchaba desde el árbol, por lo tanto, era el extenuante esfuerzo del maestro Chavarria, por traducir a sonidos un río inexistente, (...) Es posible, en efecto, reproducir la lluvia, en la medida en que ésta es un fenómeno actual, pero en tanto que música sólo cobran sentido las lluvias del pasado, los grandes aguaceros.*

( El mundo como flor y como invento, p. 70.)

Son historias en las que las rutas, los hábitos del comportamiento de la fauna y la flora se entrecruzan con las humanas a través del espacio de la selva y ,a veces, pareciera desapercibido por los hombres.

En cuanto a las migraciones, las historias hacen reconocibles las diferencias entre las rutas seguidas por las aves conforme al ciclo de las estaciones y la identificación de los cursos del viento, en comparación con las causas que han obligado a las comunidades indígenas a abandonar sus lugares de origen. En el cuento *Los pájaros de Chilabasún*, zona montañosa de Huehuetenango, Payeras sintetiza esta cuestión en el encuentro de un azacuán y un joven indio que trataba de explicarse el porqué y el cómo de las rutas seguidas por los azacuanes, al tiempo que él fue objeto del reclutamiento forzoso de mano de obra para la construcción de las vías del ferrocarril. Desplazado y prácticamente en cautiverio, *en noches pletóricas de cometas solía evocar el movimiento de las migraciones. Fue en una ocasión así cuando por vez primera vislumbró la posibilidad de que los caminos de los hombres no coincidieran con los de los pájaros.* Reflexión en el pensamiento del indígena al que se incorporaba el recuerdo de la primera vez que vio un tren: *A la ley de la no correspondencia entre las cosas humanas y los asuntos de los pájaros, ahora venía a sumarse la nostalgia moderna por el viaje en los novedosos artefactos*

*de la locomoción. Sin embargo, cuando quiso subir y saciar con movimiento esa ambición repentina, no le fue permitido, pues el transporte en trenes de pasajeros estaba vedado entonces para los indios que tendían las vías. ( El mundo como flor y como invento, p. 20.)*

Traslación forzosa y cautiverio de la que también han sido objeto los animales, problema mostrado en uno de los cuentos más conmovedores de Payeras, la *Historia del guacamayo que se extravió en la materia*, describe las consecuencias de su captura para ser vendido y luego trasladado a un zoológico de Amberes, Bélgica. El proceso de su infortunio al ser sustraído para siempre de los caminos del aire, lo resume el siguiente pasaje: *Se hallaba en una civilización semejante al mundo artificial de los circos (...) con un trapecio de hierro y un comedero. Esa era la dimensión en que a partir de entonces habría de sobrellevar su exilio.* (El mundo como flor y como invento, p. 34.) Las descripciones del comportamiento de la fauna en los cuentos son también producto de las numerosas visitas que su autor realizó por los zoológicos de diversas ciudades del mundo, como el evocado con el elefante del Kilimanjaro que observó en Berlín o el enorme albatros en La Habana, y sus visitas semanarias al de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Su conocimiento del comportamiento de la fauna en su hábitat natural como en cautiverio, también fue sustentado por fuentes bibliográficas como lo indican el glosario e índice biótico de las obras ya mencionadas. Sin duda cotejó experiencia viva y estudios, de ahí el consignar en uno de los cuentos la ausencia de información de algunas especies como el azacúan, ave que un niño de nueve años cuidó de ella tras ser derribada por el granizo pero que le intrigaba saber si efectivamente era un azacúan: *nunca supo con certeza si en realidad se trataba de un ejemplar de esta especie, ya que el mundo es complejo y el tiempo humano es breve. En la edición de 1940 del Diccionario Espasa-Calpe aparecían el*

*nombre y la descripción del pájaro –junto a ilustraciones de globos aerostáticos, locomotoras de vapor y otras máquinas anticuadas– aunque los datos del libro no siempre coinciden con los de la realidad. (El mundo como flor y como invento, p.40.)*

Los cuentos suelen presentar los ciclos de vida en la naturaleza como expresiones de las leyes que les rigen, el transcurrir de esa vida sólo se ve alterada en tanto intervienen los modos de vida de los hombres. Vida, muerte y reproducción de la fauna y la flora, es una temática en la obra que nos conduce a apreciar la diferente manera del transcurrir del tiempo entre la naturaleza y los recursos que se ha forjado el hombre para medirlo y reconocerlo. Planteamiento que lo interrelaciona, una vez más, con los inventos, a diferencia del reloj y el calendario, los cuentos insisten en mostrar la vida de la selva y la montaña, especialmente las aves, como poseedoras de ciertos mapas que evitan su extravío y saben de acuerdo a los cambios climáticos las rutas o el movimiento que van a efectuar. El título *Historia de la boa que no sintió pasar el tiempo*, resulta elocuente en este sentido. Al seguir la ruta de la boa ratonera, al apreciar el hábitat de los animales, el autor introduce siempre un reloj sin manecillas y un calendario de cromo en la vivienda aparentemente abandonada, como vestigios vagos de esos inventos. Es decir, el transcurso de la vida en el hombre sólo resulta profundamente significada por acontecimientos que le marcan y dejan huella en su memoria, aquellos que por diversas razones rompen la indiferencia de su cotidianidad. Acontecimientos felices o no también han necesitado la construcción de inventos para registrarlos como memoria, entre ellos, la fotografía. La imagen fotográfica descrita en la historia de la boa, es la que permite identificar al geógrafo explorador: *Treinta años antes, en una encrucijada similar de febrero había visto por primera vez a los hombres. Abrían brecha en la selva para que pasaran las mulas y se habían detenido bajo un árbol con loros. Uno de ellos se hizo*

*fotografiar frente al tronco barbado por los diluvios. Quedó en la imagen instantánea con el casco de corcho y la guerrera manchados por los residuos de la realidad, aturdido por el grato bullicio del Nuevo Mundo. (El mundo como flor y como invento, p. 48.)*

Recurso también presente en la *Historia del clarinero sonso al que asustaron unos cohetes de vara*, para evocar el encuentro entre dos niños. Mix y una niña descubren su sexualidad a partir de una fotografía impresa como tarjeta postal: *A solas, una mañana del mundo, ambos habían imitado un acto que algo tenía a la vez de flor y de rocío. La idea original la habían encontrado en la escena a colores de una postal impresa en Lieja, en 1930. Era una estampa en la que se veía una mujer desnuda, de muslos como azucenas, con una mano extendida que parecía ala de pájaro. En la palma sostenía una manzana reciente, y se hallaba de pie junto a un árbol umbrío, en cuyo tronco se enrosca una serpiente. (El mundo como flor y como invento, p. 55.)* En ese mismo cuento, anota las diferencias en la manera que tienen los niños para ubicar el tiempo a diferencia de los adultos, contando cómo fue la vida de Mix dice: *Vivía en un mundo de objetos en desuso, acumulados en traspacios y cuartos clausurados desde los terremotos de 1917 (...)* Para medir el tiempo utilizaba como referencia los días de zancos y mamparas hechos trizas, la época en que los pájaros se entraban a la casa y había que sacarlos a escobazos, y las visitas a escondidas a las jaulas vacías que estaban arrumbadas en el último patio. (El mundo como flor y como invento, p. 55.)

La noción de los ciclos de vida, muerte y reproducción, forman parte de la estructura lógica de algunos cuentos. Retomando la historia de la boa, desde la perspectiva del animal, la historia inicia con la constatación que el animal hace de lo que le rodea en el orden que establecen las propias leyes de la naturaleza, se pone en movimiento porque percibe la presencia de unos

cazadores y se aleja de la vivienda abandonada. El cuento finaliza así: *En su ruta de vuelta a la vivienda vio que todo estaba en orden. El retoño del zapote estaba donde debía y faltaban veinte años para que otro fruto igual cayera a la hora precisa. Las huellas del mapache seguían intactas en la arena, el pez que se iba a comer el próximo equinoccio nadaba aún río abajo, hacia el vértice del Usumacinta. El derrotero viejo de los loros iba al norte, como siempre.* (El mundo como flor y como invento, p. 50.)

Articulados al acercamiento que se ha expuesto en el presente ensayo, estarían pendientes por acotarse otros elementos presentes en los cuentos, particularmente la presencia de la vegetación, los sonidos, el agua tanto en ríos, lagos y áreas de neblina, los silencios, la única referencia a una ballena que posiblemente dio pauta para su texto sobre la poesía, las ballenas y la música. Tampoco se incluye aquí, su estudio sobre el impacto de las aguas negras en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, sus poemas escritos en la Zona Reina, su estudio sobre las rutas ístmicas del halcón peregrino y su novela inédita también, intitulada *Al este de la flora apacible*. Asimismo, en los tres primeros números de la revista de política y cultura *Jaguar-Venado*, editada en México por iniciativa de Mario Payeras y un grupo de colaboradores, se publicaron algunos artículos sobre la importancia de la ecología, autoría del guatemalteco, así como otros materiales que se encuentran en proceso de estudio por quien suscribe el presente trabajo.

## PALABRAS FINALES

La selva es entonces un espacio vivo, habitado, un universo desplegado en la narrativa de Payeras que deviene en concepción del hombre y del mundo. Espacio que existe como realidad física, pero puede ser representado por sus cualidades estéticas a través

de la mirada de un sujeto con disposición para conocer, descubrir e inventar. Tres vías son constantes en la trayectoria narrativa de Payeras: **lo vivido** en el contexto de guerrilla en la selva y la montaña, **su desplazamiento** por el mundo (México, Europa y Cuba) y **su encuentro con el mundo Maya** y por tanto consigo mismo, *porque los lugares que... Marcan la temporalidad subjetiva dependen ante todo de nuestra relación actual, presente, con el mundo (...)* Los lugares impactantes están menos impresos de una vez por todas en la arquitectura del mundo que transportados con nosotros, en nosotros, y toman forma visible cuando estamos en fase con nuestro medio, cuando encontramos en él una superficie de acogida para nuestras disposiciones interiores. Tal es quizá el genio de la mirada que poetiza el mundo, aun cuando éste se atasque en lo prosaico, porque sabe reconocer en el exterior una disposición que ya posee en sí mismo.<sup>7</sup> Queda claro que el autor de *Los días de la selva* y sus cuentos, no es un sujeto contemplativo ante un espacio ajeno a su cotidianidad ni constructor de espacios imaginarios correspondientes a un edén, paraíso o pesadilla. Las diferencias estriban en que la vida y obra narrativa de Mario Payeras reúnen al hombre de ciencia inspirado en Humboldt en tanto explorador de nuevos espacios geográficos y —como lo califica el poeta y filósofo, Jaime Labastida— por su manera estética de tratar las ciencias naturales del siglo XIX.<sup>8</sup> Testimonio y cuentos, contienen la necesidad de las filosofías por explicar la *Physis*, la naturaleza del hombre y del mundo actual con base no sólo en los aportes filosóficos, sino también con la crítica de la economía política inaugurada por Marx. Una visión del mundo como totalidad posible si comprendemos sus interrelaciones y actuamos en consecuencia, a través de una praxis transformadora, compromiso ineludible

<sup>7</sup> Wunenburger, Jean-Jacques. *Lo imaginario en la filosofía francesa contemporánea*, en "Espacios Imaginarios". Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. México, 1999.

porque las selvas, los recursos naturales tan vitales como el agua, actualmente están en el centro de las políticas y su disputa internacional. Planteada así, en el contexto contemporáneo, la obra de Payeras necesita ser incluida en la dimensión estética americana y en el saber científico, con el compromiso de superar la fragmentación del conocimiento y apreciar la belleza no sólo en el sureste mexicano, en toda latitud donde reinventemos el mundo para hacerlo posible en tanto flor.

## BIBLIOGRAFÍA

Obras de Mario Payeras:

*Los días de la selva*. Editorial Piedra Santa, Guatemala, 2002.

*Latitud de la flor y el granizo*. Editorial Piedra Santa, Guatemala, 1997.

*El mundo como flor y como invento*. Magna Terra editores, Guatemala, 2004.

*Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música*. Artemis Edinter, Guatemala, 2000.

Entrevistas

*La espada incandescente de la poesía*, por Julio C. Palencia, en “Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música”.

*Mario Payeras: Literatura y Revolución*, por Claudio Albertani, en “Fragmento sobre poesía, las ballenas y la música”.

## OTROS ESTUDIOS CITADOS

McLuhan, Marshall. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. Editorial Diana, México, 1975.

Wunengurger, Jean-Jacques. *Lo imaginario en la filosofía francesa contemporánea*, en “Espacios Imaginarios”. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, colección Jornadas, México, 1999.

Labastida Ochoa, Jaime. *Humboldt, Ciudadano Universal*. Siglo XXI Editores, México, 1999.

Quezada, Roberto. *El Leoncavallo (del amor trunco)* Ediciones Yolocamba I-Ta. El Salvador, 2001.

<sup>8</sup> Labastida Ochoa, Jaime. *Humboldt: Ciudadano Universal*. Siglo XXI Editores. México, 1999, p. 108.

## DEPREDADORES

### LA IMPUNIDAD COMO AFRODISÍACO

CARLOS GÓMEZ CARRO\*

Demasiado viejo para empuñar las armas y pelear  
como otros  
Bondadosamente me dieron el grado inferior de  
cronista  
Registro no sé para quienes la historia del asedio  
Se supone que debo ser exacto pero ignoro  
cuándo empezó la invasión  
hace doscientos años en septiembre o diciembre  
acaso ayer en el alba  
todos aquí perdieron el sentido del tiempo  
(...)  
contemplamos el hambre a la cara el fuego a la  
cara la muerte a la cara  
y lo peor de todo —la traición a la cara  
y sólo nuestros sueños no han sido humillados.  
Zbigniew Herbert, *Informe sobre la ciudad sitiada*

## LOS FETICHES DE LOS ASESINOS

[ El 11 de junio de 2006, murió de un infarto al miocardio Abdel Latif Sharif, *El Egipcio* —de 59 años, de los cuales había pasado 11 en prisión, de una condena a 30 años de cárcel—, quien fuera procesado por complicidad y asesinato de mujeres en Ciudad Juárez, en el ya distante 1995. Los feminicidios en aquella ciudad-frontera del norte de México, como es sabido, han continuado, a pesar de la consignación y encarcelamiento de Sharif, por lo que se reforzó enormemente entre la opinión pública, la versión proporcionada

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

por el inculpado, de que él era sólo un chivo expiatorio. Era la víctima ideal, señalaba en su defensa:<sup>1</sup> solitario, extranjero (además de árabe), sin familia y con buenos ingresos; se agregaba la circunstancia de contar con antecedentes delictivos en Estados Unidos<sup>2</sup> (14 denuncias por violación y atentados al pudor, y otra más en Ciudad Juárez, hecha por una joven que lo acusaba de abuso, secuestro y lesiones).<sup>3</sup> La prensa agregaría después, como sospecha, de que la muerte de *El Egipcio* se habría debido, en su origen, no a causas de orden natural, sino a golpes propinados a aquel hombre, cuya consecuencia fue el agravamiento de una úlcera que, a su vez, provocó una fuerte hemorragia y que culminó con el infarto. De “victimario” se convertía en víctima de los “usos y costumbres” del sistema judicial y criminal que prevalece en México.

Llama la atención que una de las caracterizaciones que ha hecho el poder judicial acerca de las desaparecidas y asesinadas en la frontera norte del país, es que se trata de mujeres con una doble vida, de costumbres licenciosas, promiscuas, que en el código dominante de la cultura mexicana son señaladas como mujeres de la “mala vida”, por lo que no se ciñen a los patrones culturales dominantes de decoro, honorabilidad y recato, propios de las mujeres “decentes”. Se evidencia, en el mismo análisis policial, una culpabilidad subyacente en las víctimas: ellas se lo buscaron; en su comportamiento se haya, implícito, el origen del delito.

Esta es una de las reflexiones que se desprenden de la lectura del libro de Sergio González Rodríguez, *Huesos en el desierto* (2002), compuesto por una serie de artículos de investigación difundidos durante seis años por el periódico *Reforma*, de la capital mexicana. Un caso paradigmático al que le da seguimiento el autor del libro es el de Elizabeth Castro García,

<sup>1</sup> Sergio González Rodríguez, *Huesos en el desierto*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 54.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 16.

de diecisiete años de edad, al momento de desaparecer el 14 de agosto de 1995. La media filiación que proporcionó su hermana Eunice fue la de tez blanca, delgada, 1.75 m de estatura, cabello largo, castaño oscuro y casi hasta la cintura, pantalón verde, blusa blanca; la madre agregaría que la prenda se adornaba con la leyenda “California”.<sup>4</sup> Es inquietante advertir que los agentes asignados al caso daban parte de un “homicidio”, aun antes de saberse algo acerca del paradero de la joven (¿lo sabían o lo sospechaban?). El cuerpo de la joven fue finalmente encontrado el 19 de agosto de aquel año, en un terreno semidesértico, en las afueras de la ciudad. El cuerpo se encontraba bocabajo, con las piernas separadas y sus pantalones colocados bajo el cuerpo; el ano se encontraba dilatado (no se dice nada acerca de las pantaletas, pero pareciera que se encontraba sin ellas o junto con los pantalones), el cabello anudado, una playera blanca, no una blusa, con la leyenda “California. The Golden State”,<sup>5</sup> enrollada encima de los senos, al igual que el sostén, y una herida cortante entre los glúteos. Al parecer, en algún momento, las manos habían sido atadas con cintas para zapatos (presumiblemente, los suyos), por la forma del nudo, aunque la cinta se encontraba sólo unida a una de las muñecas. Había muerto de asfixia, por estrangulamiento en un lugar distinto de donde la habían hallado. A pesar de lo descrito, el estudio forense indicaba que el cadáver presentaba “la inexistencia de las lesiones típicas de lucha y/o forcejeo”<sup>6</sup>. La estatura del cadáver, 1.63 m, y no la señalada por la hermana. De cualquier modo, los familiares identificaron plenamente el cadáver como el de Elizabeth. Es destacable que no hubo estudios técnicos que corroboraran la identificación del cuerpo. El 3 de octubre de ese año sería detenido Sharif, originario del Cairo, aunque residente hasta hacía poco en los Estados Unidos, químico, 1.90

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 43-44.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 58.

m de estatura, y quien gustaba desde su llegada a Juárez de asistir a bares y quien sería acusado de ser el multihomicida, de Elizabeth y otras mujeres. Las pesquisas que emprende González Rodríguez y las notas de los diarios de aquella época, nos llevan a advertir una enorme negligencia en las investigaciones acerca de lo que ya entonces era una escandalosa serie de asesinatos de mujeres en la ciudad fronteriza; una evidente ausencia de rigor y formalidad necesarios en la elaboración de los expedientes policiales, de manera que no se puede descartar, nos deja saber el autor de *Huesos en el desierto*, que la violación de las víctimas se hiciera mientras se les asfixiaba; en ello habrían encontrado un disfrute fundamental, aunque no el único, él o los victimarios: asistir, “emocionados”, a las convulsiones corporales del cuerpo de las jóvenes en el viaje hacia su muerte. Aquí confluyen no sólo la violación de la víctima, su asesinato, sino como un ingrediente extremo, dentro de esta situación extrema, el saberse impunes; la impunidad como el afrodisíaco esencial de los asesinos.

El 19 de abril de 1996, registra González Rodríguez, Sharif ofreció una rueda de prensa que causó gran expectativa y decepción posterior entre los asistentes. *El Egipcio* reveló una historia contada por uno de los reos que había conocido en la cárcel. La historia narra la relación entre un joven rico de la sociedad juarense, hijo adoptivo de uno de los mayores dueños de antros de la ciudad. Un júnior. El nombre del muchacho es Alejandro, y el de su padre, Guillermo Máynez, personaje, este último, muy conocido en aquellas latitudes. Alejandro habría cortejado, en la historia revelada por Sharif, a una joven morena, de condición humilde, de cabellera larga, como el de Elizabeth, se infiere. Ella habría rechazado tener relaciones amorosas con el joven rico y éste, por despecho, la habría matado. No se investigó el crimen, las poderosas influencias de su padre tuvieron efecto. La consecuencia fue que, de acuerdo con lo dicho por Sharif, Alejandro y su primo, Melchor Máynez,

habrían perpetrado después más de cincuenta asesinatos de mujeres. El informante anónimo de *El Egipcio*, reveló que el primo de Alejandro Máynez era el autor de un texto encontrado accidentalmente y que se llamó “El diario de Richy”, publicado en esos días por el *Diario de Juárez*, periódico de aquella ciudad, en donde se describían asesinatos de mujeres, ejecutadas con violencia extrema y que coincidían con las muertes sucedidas en aquella población fronteriza. Era una veta de investigación muy interesante, pero que no se siguió, entre otras motivaciones, porque se oponía al convencimiento del gobernador de Chihuahua de aquel entonces, Francisco Barrio Terrazas, futuro miembro del gabinete del presidente Vicente Fox, de que *El Egipcio* era el asesino serial, y su arresto fue exhibido como un éxito de la procuración de justicia que encabezaba. ¿Complicidad de las autoridades estatales con los miembros de la élite juarense? Es posible, aunque no fácilmente demostrable. Uno, de cualquier manera, recuerda las aseveraciones de Alfonso Quiroz Cuarón, el notable criminólogo que siguió la pista y las motivaciones del “Descuartizador de Tacuba”, Gregorio, “Goyo”, Cárdenas Hernández,<sup>7</sup> en los primeros años de la década de los cuarenta del siglo XX, en la Ciudad de México, de que la impunidad se convierte en un poderoso aliciente para la repetición de crímenes cuando no es castigada; si el asesino no es detenido y juzgado, regresará inevitablemente a la escena del crimen, se sugiere, y tendrá la tentación, la sensación de placer, ineludible y sanguínea, de realizar una nueva ejecución que reafirme, egocéntricamente, la impunidad de sus actos delictivos.

El agente del FBI, Robert K. Ressler, investigador y escritor, de amplia fama en el mundo de las investigaciones delictivas, por haber resuelto con fortuna complejos casos de multihomicidas, parte de un aforismo de Nietzsche para titular el

<sup>7</sup> Véase, Alfonso Quiroz Cuarón. *Medicina Forense*. Porrúa, 1977, y José Luis Trueba, *Crónica negra del crimen en México. De Goyo Cárdenas a las muertas de Juárez* (compilador). México, Plaza y Janés, 2001. 236 pp.

tercero de sus libros: “El que lucha con monstruos debe tener cuidado de no convertirse en un monstruo.” Lo que es tanto como decir que la primera tentación de un policía o de un criminalista es la de terminar por identificarse con el delincuente, antes que con la víctima. El agente fue quien acuñó el término de asesinos seriales o *serial killers*, para este tipo de delincuentes. En su volumen,<sup>8</sup> describe, entre otros, los procedimientos de Theodore Bundy, quien en el curso de cuatro años asesinara a unas cien mujeres; atractivo, según sus admiradoras, quien, es curioso, gustaba de mujeres jóvenes de cabello largo y oscuro.

Inquieta, y sobrecoge, y también ilustra, que lo señalado por Sharif en aquella conferencia de prensa, tiene un paralelismo singular con los hechos narrados en la célebre novela testimonial de Truman Capote, *A sangre fría* (1965).<sup>9</sup> El circunstancial relato de un reo que habría entrado en relación con uno de los asesinos que consigna la novela, fue el hilo conductor que permitió a las autoridades policiales de los Estados Unidos, encontrar a los responsables de la muerte de la familia Clutter. El caso era de difícil resolución, puesto que los asesinos no tenían vínculo alguno con sus víctimas ni parecía existir un móvil para el asesinato, quienes al ser descubiertos por intentar robar la casa, decidieron la muerte de la familia, sin dejar indicios. Sin ese relato carcelario hubiera sido imposible atrapar a los responsables del multihomicidio. ¿Ineptitud policial en México frente a eficiencia policial y jurídica en los Estados Unidos? La respuesta inicial es sí, pero conviene examinar el tema con mayor detenimiento.

En el caso de Elizabeth Castro y otras mujeres asesinadas en la ciudad fronteriza, se repite la circunstancia, a lo que se agrega el cuadernillo de notas publicado por el Diario de Juárez, aquí se presentan, reiterados, elementos y circunstancias que permitirían un seguimiento riguroso de los orígenes del crimen

<sup>8</sup> Véase Robert K. Ressler & Tom Shachtman, *I Have Lived in the Monster*, 1997.

<sup>9</sup> Véase Truman Capote, *A sangre fría*. Barcelona, Anagrama, 1994.

y la identificación de los responsables, pero el reo que provee la información decide guardar el anonimato: las consecuencias para él podrían ser gravosas en un sistema jurídico, con la ganada fama de corrupto, como el mexicano, y la finalidad de enjuiciar a los responsables de los crímenes, moralmente correcta, pero dudosa de que se ejerza, pues son los probables responsables de los crímenes, normalmente protegidos por una red de complicidades que impide la eficacia de las investigaciones policiales en México. Aunque, en rigor, esto podría ser sólo una presunción que tiene que ser evidenciada.

Un caso paradigmático, que nos sirve para una evaluación rigurosa, es el asesinato del joven ciudadano estadounidense, residente en Brownsville, Texas, Mark Kilroy.<sup>10</sup> Desaparece en marzo de 1989, en Matamoros, Tamaulipas, y es localizado su cadáver el 3 de abril de ese año, en un rancho cercano de aquella localidad nortea del país. En el rancho se encuentran, además, otros trece cadáveres mutilados. Se arresta al propietario, quien se declara participante de una secta satánica dedicada al narcotráfico. En el rancho, se dice, son localizadas fotografías del santero con altos funcionarios policiales, entre ellas, con Guillermo González Calderoni, quien en 1992 se refugia y es asilado en los Estados Unidos, como testigo protegido, para evadir acusaciones en México de enriquecimiento ilícito. No obstante, se divulgó en la prensa de aquellos días, que la denuncia contra Calderoni ocultaba el verdadero motivo, que consistía en tener evidencias contundentes de vínculos entre políticos mexicanos de alto nivel y narcotraficantes, de lo cual podían sacar provecho las autoridades del vecino país, y quizás lo han hecho.

Más allá de las circunstancias, lo que se muestra aquí es que, cuando conviene, la policía mexicana es capaz de ser tan o más eficiente que la norteamericana; la explicación de la notable conversión es que se trataba, en este caso, de la desaparición de

<sup>10</sup> González Rodríguez, *op. cit.*, p. 68 y ss.

un ciudadano estadounidense, lo que implicaba un conflicto político potencial con el país vecino. Pero la eficiencia mostrada dejó al descubierto una red de intereses criminales entre autoridades policiales y narcotraficantes de drogas y personas, y ese era, y es, el problema central, muy probable, de la falta de resolución de los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, extensiva, posiblemente, a todo el ámbito criminal mexicano. La presunción de que si una corporación policial sigue con rigor científico las pistas que lleven a esclarecer casos de asesinatos y corrupción en los que estén involucrados funcionarios políticos o policiales del más alto nivel, o miembros de la élite social del país (que suelen ser los mismos), la corporación, el grupo policial o el agente encargado del seguimiento del caso, en el que las pistas involucren a estos miembros de la clase dirigente, el costo personal y corporativo resulta muy elevado: persecución, implantación de delitos, descrédito, cárcel y, de ser necesario, desaparición. De modo que no es un problema de capacidad, sino de intereses ligados que llevan a la impunidad, el cual es el gran círculo vicioso de la impartición de justicia en el país. Un círculo vicioso que parte de la colusión de intereses entre las fuerzas policiales nativas con la delincuencia, que terminan por compartir, incluso, ritos religiosos *sui generis*, específicamente, en tiempos recientes, la adoración a la Santa Muerte; lo que, en suma, hace muy complicado el desarrollo de una cultura policial y jurídica efectivas. El resultado de este entrecruzamiento de intereses, de las élites sociales y políticas con las delictivas, ha alimentado en las últimas décadas, como nunca antes, la impunidad, la exacerbación de la delincuencia, y como resultado, la ineficiencia en la procuración de la justicia, cuyo ejercicio cabal se hace casi imposible. La impunidad como el gran tema de toda ficción testimonial, al menos en América Latina.

## LA BALADA DE RAFA Y SARA COSÍO

El 4 de abril de 1985, fue detenido en Costa Rica, después de una azarosa búsqueda, Rafael Caro Quintero (1.83 m de estatura, originario de Sinaloa, 73 Kg, 1952), líder del llamado Cártel de Guadalajara, quien sumaba todos los delitos que se le atribuyen a los grandes narcotraficantes: lavado de dinero, asesinatos, compra de impunidad, tráfico de sustancias ilícitas, delitos contra la salud, pero su mayor fechoría, por la que se le persiguió de manera implacable e incesante, fue por haber asesinado al agente antidrogas estadounidense Enrique Camarena Salazar. La página electrónica de la DEA, el nombre de la agencia norteamericana a la que perteneciera Camarena Salazar, clasifica a Caro Quintero como: “*kidnapping and murder of a federal agent*”. Sus alias: El Charras, Don Rafa, El Greñas, Licenciado Ríos. La efectividad para capturar a Caro Quintero y algunos otros socios del Cártel de Guadalajara se debió, otra vez, como después se confirmaría en el caso de la muerte de Mark Kilroy, a las sospechas del gobierno estadounidense de que detrás del asesinato de Camarena se encontraban altos funcionarios del gobierno del presidente De la Madrid, como anotaba, en un artículo de *Milenio Semanal*, Raymundo Riva Palacio.<sup>11</sup> El costo de la ineficiencia en este caso era demasiado alto, y la captura del famoso narcotraficante, quien originara algunos corridos celebrados en el norte de la República, se hacía plenamente prioritaria, aun si dejara a descubierto vínculos entre su organización criminal y destacados miembros de la clase dirigente. No obstante, la obsesión por capturar al capo y encerrarlo no disipó, sino que logró el efecto opuesto, el incremento de las dudas de que, en efecto, hubiese algún tipo de asociación entre El Cártel de Guadalajara y altos funcionarios gubernamentales,

<sup>11</sup> Raymundo Riva Palacio, “Cuidado con los tamborileros”, *Milenio semanal*, mayo de 2001.

y la sospecha de que Caro Quintero, al asesinar al agente estadounidense, pensara, con alguna soberbia, que las complicidades de sus crímenes con el gobierno federal y regional le daban la suficiente impunidad como para correr semejante riesgo; en este caso, se agregaba, como apoyo de esta conjetura, el que su pareja sentimental pertenecía a la élite política y económica de la ciudad de Guadalajara, Sara Cosío Martínez (sobrina del ex gobernador de Jalisco, 1989-1992, quien se encontraba junto al capo en el momento de su captura. Ella, al ser capturado Rafael Caro Quintero, se declaró “secuestrada”, pero, significativamente, ese delito no fue considerado en la condena del líder del Cártel de Guadalajara), lo cual no era un indicio menor, y menos para la DEA.

En los años recientes, para reafirmar esta impresión de asociación entre autoridades y criminales, nos enteraríamos de los presumibles convenios entre Juan José Esparragoza Moreno, *El Azul*, uno de los líderes fundadores del Cártel de Juárez, y el gobernador actual del estado de Morelos, Sergio Estrada Cajigal. Funcionario a quien se le atribuyen, de acuerdo a la prensa que siguió el caso, nexos sentimentales con una hija del capo, Nadia Esparragoza, y a quien el gobernador le habría provisto, incluso, una escolta.<sup>12</sup> Si los nuevos ricos emanados de la Revolución mexicana, para darse lustre y algún tipo de legitimidad frente a la aristocracia porfirista, casaron con las descendientes de aquellas familias de “abolengo”, para así conformar la nueva estructura dirigente del país, surgida a raíz de la Revolución mexicana; un tema que desarrolla fervientemente Carlos Fuentes a lo largo de su narrativa; en especial, en *La muerte de Artemio Cruz* (1962), antes en *La región más transparente* (1958) y, posteriormente, en *La frontera de cristal* (1995), los capos han seguido, en lo posible, un camino similar con la clase política

<sup>12</sup> Adriana Mújica Murías, “Lo que pasa en Morelos”, en [www.foros.gob.mx/read.php?f=50&i=58&t=58](http://www.foros.gob.mx/read.php?f=50&i=58&t=58), 9 de abril de 2004.

actual. O ¿cómo explicar las relaciones del frívolo gobernador de Morelos y *El Azul*; Las correrías del llamado “gober precioso”, de Puebla, con el presunto pederasta Kamel Nacif, apodado el “Rey de la mezclilla” (beneficiario del Fobaproa, donde se aloja una deuda del empresario por cinco millones de dólares),<sup>13</sup> con su metafórico intercambio de “botellas de coñac de doce años”, o la asombrosa fuga de Joaquín Guzmán Loera, el “Chapo” Guzmán, líder del Cártel de Sinaloa, del penal de “alta seguridad” de Puente Grande, Jalisco, en enero de 2001, y su impunidad, si no es por las estrechas relaciones, donde se incluye el ámbito sentimental, de la delincuencia organizada con las elites políticas? El caso es que el “Chapo” Guzmán sigue libre, operando desde una dudosa clandestinidad, a pesar de la reciente consignación, después de cinco años trascurridos desde la fuga del capo, del ex director del penal de Puente Grande.<sup>14</sup>

Criminales y policías, el entuerto; unidos por la Santa Muerte, quien vela por el sagrado Estado de derecho; aunque Fox se encomiende, así lo ha demandado como deseo, al Espíritu Santo para que nos ilumine y proteja, en un Estado secular que debiera apuntalar la efectividad de sus instituciones jurídicas. Un dato ilustra la dimensión del problema en la actualidad: al inicio de la gestión de Vicente Fox en la Presidencia de México, en el año 2000, el 72% de la cocaína consumida en los Estados Unidos se originaba en los cárteles mexicanos; para 2004, la proporción se había incrementado hasta el 92%.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Véase Roberto González Amador, “Kamel Nacif, beneficiario del Fobaproa”, *La Jornada*, 19 de febrero de 2006.

<sup>14</sup> Gustavo Castillo García, “Condenan a 18 años de cárcel al ex director de Puente Grande”, en *La Jornada*, 1 de julio de 2006.

<sup>15</sup> Alberto Nájjar, “La nueva geografía del narco”, en *Masiosare* (supl. de *La Jornada*), 24 de julio de 2005.

## EL TESTIMONIO COMO PALIATIVO

¿Qué sucede cuando las responsabilidades inherentes del poder judicial en México, al ser evadidas, son asumidas por la sociedad civil, específicamente por la prensa independiente? Es parte de nuestra historia reciente, fundamentalmente, a partir de los sucesos del 68 mexicano. Se recordará, de manera sumaria, que el régimen que lo sucedió en el año 70 fue el encabezado por Luis Echeverría Álvarez; su proyecto político y cultural más relevante fue lo que llamó la “Apertura”. Significaba alentar la discusión crítica y el respeto a una prensa independiente y crítica. El fruto más notable de esa buena intención fue la presencia cotidiana del periódico *Excélsior*, que fue dirigido, no sólo con rigor crítico sino con inteligencia, por el periodista y escritor Julio Scherer García, y que además tuvo el acierto de congregar en sus páginas a las mejores plumas del país, de Hispanoamérica e, incluso, desde la revista cultural que auspiciaba, *Plural*, algunos de los mejores talentos a nivel universal.

El problema, desde la perspectiva gubernamental, fue lo que esa prensa crítica e independiente revelaba. Ocurría algo semejante a lo advertido en los asesinatos del norteamericano Mark Kilroy y el agente de la DEA, Enrique Camarena Salazar: el seguimiento de las pistas de la delincuencia organizada, de fraudes, públicos y privados, llevaba, casi inevitablemente, a la complicidad entre delincuentes y gente encubrada en altos cargos públicos. El Presidente se vio acorralado en el dilema, a fines de su sexenio, entre defender a la clase política que él encabezaba o su idea de “Apertura”. Se decidió por lo primero. Con el rigor de un científico y la imaginación de un narrador, Vicente Leñero en su novela testimonial *Los periodistas*,<sup>16</sup> enmarca la difícil relación entre el poder y una prensa que se había tomado en serio la libertad de expresión. El centro de la

<sup>16</sup> Véase Vicente Leñero, *Los periodistas*, México, Joaquín Mortiz, 1978, 415 pp.

anécdota es la utilización de un pequeño grupo de periodistas de segundo o tercer nivel, encabezados por Regino Díaz Redondo, para gestar la sustitución ilegal de Scherer García de la dirección del periódico, el 8 de julio de 1976, mediante el uso de pistoleros dispuestos a eliminar físicamente, de ser necesario, cualquier oposición a esa decisión tomada desde el Poder Ejecutivo de la Nación. En un ejercicio literario reciente y complementario de aquella novela,<sup>17</sup> Leñero imagina un capítulo distinto de su obra en el que se pregunta qué hubiera sucedido si en vez de la salida de las instalaciones del periódico, de Scherer García acompañado por Abel Quezada y otro cien periodistas más, hubieran resistido el embate de los gatilleros al servicio de Díaz Redondo. Disparos, muertos, Scherer García en la cárcel, acusado de ser el autor intelectual de los asesinatos, es lo que concluye Leñero. Agrego por mi parte, a partir de su estancia en el reclusorio, dos destinos posibles: el de Abdel Latif Sharif, o pedirle clemencia a su lejano primo, el presidente José López Portillo y salir de la cárcel, no sin que, quizás, un reportero le reprochara lo que él mismo le reclamó a su salida de Lecumberri al pintor David Alfaro Siqueiros, su falta de congruencia cuando le pidió perdón al presidente Adolfo López Mateos, a quien despreciaba.<sup>18</sup> Los periodistas, sin su líder, no habrían podido fundar las publicaciones que surgieron de aquel desaguizado (*Proceso, unomásuno, La Jornada, Vuelta*) y que han contribuido a la consolidación de una cultura crítica, escrita, radial y, a veces, hasta televisiva, y con cierta independencia; todo ello a partir de aquella “derrota”, no es poco. Los periodistas dejaron *Excélsior*, pero se llevaron la canción, por parafrasear a León Felipe. Pero hubo, además, una consecuencia aún más relevante: prestigiaron la independencia crítica, la necesidad en México de un periodismo al servicio de sus lectores y no del Príncipe, algo que había

<sup>17</sup> Ídem, “El golpe al *Excélsior*. Si hubiéramos...”, en *Haz patria: ama a un Chilango* (México, D.F.), año 3, núm. 3, julio de 2006, pp. 54-64.

<sup>18</sup> Véase, *infra*, p. 15.

languidecido paulatinamente hasta el drama del 68 y que le abrió los ojos a la parte más activa y consciente de nuestra sociedad.

Aquella salida le permitió, en particular al ex director de *Excélsior*, una inmunidad implícita, surgida de su prestigio como perseguido político, para ejercer la denuncia persistente de las complicidades del poder político con la delincuencia, sin pagar los costos que han padecido diversos disidentes políticos y el anonimato que conlleva el nombre de “las muertas de Juárez” y la impunidad de sus asesinos. Y algo que puede ser visto como una paradoja, sin dejar de lado de que ya había antecedentes en la historia nacional. La prensa independiente que se bifurca en los más diversos medios a partir del asalto al *Excélsior*, suple, en lo que se refiere a las tareas de investigación sistemática de los hechos delictivos, la incompetencia del aparato de justicia mexicano que surge de sus lazos con la propia delincuencia. La mala noticia es que, al no tener instrumentos legales de coerción, los nexos entre políticos, policías y delincuentes permanece casi intacta, a pesar de la denuncia metódica de una parte de esa prensa y alguna más que se anima, con el ejemplo, a ensayar la independencia crítica.

En su libro, *El poder. Historias de familia*, Julio Scherer García teje, específicamente, las complicidades del poder y la prensa en los años de José López Portillo. En el libro muestra, como en el conjunto de su obra, el retrato exacto y fiel de los depredadores y sus impunidades; adueñados de la cúspide del poder político de la nación. Cumple el final del libro señalado, su tarea con una frase lapidaria: “No se ha ido el pasado.”<sup>19</sup> El pasado, en este caso, son las partidas secretas que los presidentes manejan a través de artificios diversos, para moderar y, si conviene, anular, con la persuasión del dinero, cuando no por otros medios, la crítica periodística y la oposición política. El problema, a pesar de ser algo sabido por todos, como las complicidades de capos y políticos, ha sido documentarlo;

<sup>19</sup> Julio Scherer García, *El poder. Historias de familia*, México, Grijalbo, 1990, p. 118.

documentar la corrupción del cuarto poder, en este caso, a partir del dato duro y concreto, como a Scherer García le gusta ejercer el periodismo: “En nuestra profesión nada supera al dato estricto y a la palabra exacta.”<sup>20</sup> En su libro *Los presidentes*, Scherer García había tratado el tema, el de la palabra irrefutable de los presidentes en turno, que no admiten réplica, y su relación con la crítica, a la que inhiben con prebendas, cuando no con amenazas, que van de la intimidación hasta la desaparición física, atribuida, es la regla, a bandas de narcos, quienes se dejan señalar como si ese fuera parte de un secreto convenio. Como se ha advertido, las muertes de Juárez, la desaparición de disidentes políticos o periodistas incómodos, siguen un patrón delictivo en donde la justicia semeja el papel de cómplice. En *El poder. Historias de familia*, Scherer se anima a compartir con los lectores, una charla del periodista con el licenciado González Avelar, tesorero de la campaña presidencial de José López Portillo (el único candidato oficialmente registrado en la “contienda” presidencial de 1976), conversación ya mencionada en *Los presidentes*, a propósito de los “embutes” (dinero entregado sin recibos y en secreto a periodistas) en la campaña del candidato único que había publicado *Proceso*, la revista que fundara el periodista a raíz de su destitución de la dirección del periódico *Excelsior*. En la charla, González Avelar le reprocha que hable de los embutes cuando los mismos llegan a *Proceso*, como si se burlara de que el director mismo no supiera o fingiera amnesia, acerca de lo que es su misma casa editora sucedía. El periodista reta al funcionario (después secretario de Educación Pública en el sexenio por venir), a que revele nombres; aquél le contesta que cuando quiera se los da; el periodista le insiste que no se trata de hacerlo en privado, sino en público, para saber quién es cada quién, y no en una mesa de restaurante. González Avelar encara a Scherer a tener el valor de enfrentar el problema en su casa, a lo que el periodista le insiste: “Como problema

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 47.

público sí. Ahora.”<sup>21</sup> Los nombres, si los había, finalmente no los hizo públicos el funcionario de López Portillo, estaba atrapado en la complicidad y en el aliento de la corrupción como forma de hacer política desde el poder. Una pequeña batalla más ganada por el director del semanario *Proceso*, pero significativa en cuanto a lo que encierra: la insistencia de los hombres del Estado mexicano a tratar el embute, como otros muchos asuntos, como algo privado, extirpándole su naturaleza pública, origen del deterioro y decadencia de un verdadero Estado de derecho. En su novela *Morir en el Golfo*, Héctor Aguilar Camín toca, a su vez, el tema del embute a los periodistas.<sup>22</sup> El narrador, un periodista *alter ego* del autor, alega en una de sus charlas que las dádivas y los regalos de funcionarios (el cochupo, pues), cuando no son solicitados, corrompen si alteran la percepción crítica del periodista, si no, bien pueden ser recibidos, hasta una zona incierta en la que no influyen en la conciencia del periodista, en la independencia de su pensamiento; de manera que su aceptación, en sí misma, desde la perspectiva del narrador, el periodista, no necesariamente resultaría perniciosa. Tal vez, pero Aguilar Camín había sido un crítico mordaz y brillante en la época fundacional del periódico *La Jornada*, del que después se separó, y aun antes; pero, como en muchos otros casos, a partir del mandato presidencial de su amigo Carlos Salinas de Gortari en la Presidencia de México, su ánimo belicoso y crítico se atemperó notoriamente, cosas del criterio con el que cada periodista asume sus relaciones con el poder, sobre todo, el presidencial.

En el sexenio de José López Portillo al frente del Poder Ejecutivo de la Nación, la caja chica (como en el argot político se le llama a las oficinas de donde surgen los dineros que sirven al Presidente en turno para “engrasar” los mecanismos de corrupción de los opositores del régimen, y de obediencia de los aliados) se hizo, aunque no únicamente, a través del Banrural,

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>22</sup> Véase, Héctor Aguilar Camín, *Morir en el golfo*, México, Cal y Arena, 1993.

institución de crédito cuya finalidad era la de canalizar recursos financieros al campo mexicano. Durante una parte relevante de aquella gestión gubernamental, estuvo a cargo de ese banco estatal Everardo Espino, hombre que creía que las virtudes del Estado emanado de la Revolución estaban por encima de vicisitudes como las aquí descritas: sus monstruos podían ser controlados, como los periodistas que podían saber el punto en el que el embute los podía trastornar y no convertirse en el monstruo que combatían (el monstruo terminaba por no ser tan desagradable: sobre todo si se reflejaba en el espejo cotidiano). La suerte de Espino, al final del aquel sexenio, como ha sido parte de la rueda de la fortuna política nacional, cambió bruscamente. Hombres encumbrados un día, descienden otro a los infiernos, leña de árboles caídos. Es la historia que se trasluce en el libro de Scherer acerca de este hombre llamado Everardo Espino.

El libro de Scherer, *El poder. Historias de familia*, resume el cúmulo de información documental provista por este funcionario, que conociera la gloria y después la desesperanza. Espino, a quien el periodista incisivo, persistente e implacable, como se puede retratar a don Julio Scherer García, lo siguió, primero, en sus años de bonanza, después, con una mayor cercanía, en la cárcel y, finalmente, en esa libertad condicionada que el Estado concede a sus ángeles caídos en desgracia, en la que ya no ocuparán ninguna posición en el ajedrez de la incierta política nacional, pero mantendrán un discreto exilio íntimo. Nos acerca Scherer García a su personaje infortunado, en el espacio de visitas del antiguo y siniestro Palacio de Lecumberri, en medio de una amistad difícil, enmarcada por los muros del reclusorio en los días de visita:

–Diga lo que sabe, don Everardo, luche –pretendí acorralarlo un día.

Me miró de frente, seco. El brillo de sus ojos cuajó en dos pupilas de piedra:

—Así no, don Julio.<sup>23</sup>

Lecumberri era, desde el imaginario público, el escenario más siniestro que el Estado mexicano ofrecía a sus detractores como velada amenaza, cuando otros argumentos, como el embute o las embajadas (para los casos especiales), fallaban. A los de mayor entereza, el encierro los llegaba a alimentar, como a Heberto Castillo o, emblemáticamente, José Revueltas, del que basta leer su pequeño prodigio *El apando*, para saber de oídas lo que es el infierno. A los más, los apagó, a veces de inmediato; en otras, con el desgaste del tiempo, los santificó y los enloqueció, como algunos que padecieron el martirio a causa de la revuelta del 68 mexicano, que terminan por sentirse depositarios de lo que debe llamarse “guerra sucia” o “propaganda negra”, como en el caso de Luis González de Alva, quien publicara las memorias de su estancia en el castillo negro de Lecumberri, *Los años y los días*, y quien muchos años después de su edición, escindido ya de sus orígenes izquierdistas, alegara que Elena Poniatowska le habría plagiado su escrito en el célebre libro crónica de la escritora mexicana, *La noche de Tlatelolco*. El Palacio de Lecumberri era, pues, una formidable prueba de la que pocos se libraban de sus nefastas consecuencias, para un lado o para otro. La prueba es tan formidable que Scherer García rememora sus charlas con uno de los hombres más admirados por él, y de quien no dudaba que viviría la prueba con absoluta entereza, y a quien miró, con desazón, en su caída moral. El pintor David Alfaro Siqueiros, con quien el periodista había concebido el primero de sus libros, *Siqueiros. La piel y la entraña*, de 1965, cuando la dirección de *Excélsior* estaba aún distante de su panorama. El punto rememorado, ya advertido, es cuando el pintor suplica la clemencia del presidente Adolfo López

<sup>23</sup> Scherer García, *op. cit.*, p. 16.

Mateos, a quien había denostado públicamente, para poder volver a pintar en libertad. La libertad física llegó, pero no la intelectual. El iconoclasta se refugió en la nostalgia de la Revolución mexicana y se olvidó del futuro, como se desprende de las notas del que fuera director de *Proceso*. La conversación del periodista con el pintor es notable, parte de nuestra memoria necesaria:

- No tenía derecho –lo enfrenté.
- No sabe lo que dice.
- Pidió perdón, usted, don David.
- ¡Cállese!
- Usted, don David, sin avisarle a nadie.
- ¡Cállese, le digo!
- Fue un paso en falso. No tenía derecho.
- Usted no resistiría un día en la cárcel. A la hora de estar aquí ya estaría lamiéndole las botas a los mayores de las crujías.
- O antes de la hora, don David, y no las botas sino los güevos. Pero yo nunca reclamé un pedestal para mí. Usted, sí. Se chingó, don David.<sup>24</sup>

Libre, por su parte, después de una onerosa fianza, Everardo Espino entregaría, después de largos días, silencios y dudas, a don Julio, cajas enteras con documentos confidenciales que narraban con sus datos las historias secretas de complicidades, entre el presidente López Portillo y los dineros secretos, cómplices, que fluían desde la familia revolucionaria a sus militantes y para atemperar a sus enemigos. La entrega de los documentos parecía un modo personal, íntimo y resignado, de resistencia de un hombre que conoció las cañerías del sistema político, siguió las órdenes presidenciales como un soldado las de su superior y es condenado; entregar esa documentación a quien podía difundirla con rigor y sin tapujos, era su manera de redimirse, sobre todo,

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 19.

ante él mismo. Julio Scherer, periodista al fin, recupera aquella historia de entuertos y miserias sin resolver, con un incisivo énfasis en la relación entre “el cuarto poder” y la Presidencia.

Los datos duros del archivo personal de Espino fluyen por las páginas del libro. El presidente del Comité Olímpico Mexicano, predecesor del actual, Mario Vázquez Raña, presumiendo que el organismo deportivo que dirige no da “chayotes” a los periodistas de la fuente, pero el periodista Scherer García destaca que uno de los periódicos, de los múltiples de los que es dueño, *El Sol del Campo*, fue subsidiado por partidas confidenciales del Banrural, ni se refirió el empresario a los miles de pesos que la Organización Editorial Mexicana, de la que es dueño, recibió (¿y siguió recibiendo?) a través de la Oficina de la Presidencia de la República. Fortunas dilatadas al amparo del poder público. Recibos sin membrete a favor de periodistas diversos, como Joaquín López Dóriga, conductor actual del principal noticiario de Televisa, a quien la Secretaría de Hacienda le otorgaba un bono mensual de cuatro mil quinientos de aquellos pesos (se entiende que aparte de su sueldo nominal), cuando el periodista fungía como director de noticias de canal 13. Dádivas secretas y ostensibles a Luis Suárez, de *Siempre!*, a los caricaturistas del *Excélsior*, de Díaz Redondo, Marino y Oswaldo Sarástegui, a cronistas de la fuente, en las oficinas gubernamentales, de periódicos diversos, al director, todavía hoy en funciones, de *El Universal*, Juan Francisco Ealy Ortiz, periódico al que la misma Oficina de la Presidencia le otorgaba doscientos mil pesos mensuales, nada menos, pesos también de aquel entonces.<sup>25</sup> La podredumbre en pleno, y todavía López Portillo enfurecía con aquella prensa que se mantenía obstinadamente independiente y a quien castigaba negándole publicidad oficial, y a quien reprochaba vivir del Estado, pero atacaba al pueblo; el pueblo, por supuesto, era él, o mejor dicho, como Luis XIV, el Estado era el presidente

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 65-66.

José López Portillo. Y a pesar de esto, en su autobiografía, *Mis tiempos*, de 1293 páginas, se anima a decir que “pudo, pero no quiso comprar a la prensa.”<sup>26</sup>

Las memorias de López Portillo se detienen en lo inocuo, en disertaciones gastadas acerca de la Conquista y el surgimiento de la Nueva España, y poco de lo que un sabueso del reportaje quisiera encontrar. La impresión la reitera Julio Scherer García en otro de sus libros, *Estos años*, libro que registra la relación del periodista con el poder, en los días agónicos del sexenio salinista; la sensación de que en los últimos días de aquel sexenio, el ex presidente busca una especie de aprobación de lo que el periodista representa. En una visita a las oficinas de *Proceso*, pospuesta en varias ocasiones, en el periodo que se produce la fatal muerte del secretario general del PRI y ex gobernador de Guerrero, José Francisco Ruiz Massieu, el director del semanario le declara al Presidente la cortesía obligatoria: “está en su casa”, a lo que Carlos Salinas de Gortari reconocería: “que en efecto, había sido nuestro huésped durante seis años”.<sup>27</sup> Parecía que era capaz, a pesar de los pesares, de sobrellevar con entereza la crítica implacable que el semanario le dedicó a él y a sus colaboradores, cada semana, durante su régimen; lapidaria, hasta el punto de señalarle desde las páginas de la revista, como final resumen de su régimen, que la pobreza se había extendido por el país como nunca antes, y que pocos se lo perdonarían: así fue. Pero en las charlas con Scherer, en aquellos días, parecía contenido, como si buscara su lugar en la historia, un lugar benigno entre las plumas críticas; búsqueda en la que, no obstante, había rasgos que llaman a algunas interrogantes. Un dato, poco después de la muerte del secretario del PRI, quien desusadamente no actuaba con el Presidente con el lacayismo propio de su corte, Salinas había entonado en una velada, junto con algunos cantantes del momento, la melodía de Roberto

<sup>26</sup> Citado por *Ibid.*, p. 108.

<sup>27</sup> Julio Scherer García, *Estos años*, México, Océano, 1995, p. 79.

Cantoral, *Reloj*; el gesto parecía fuera de lugar en momentos en los que al amigo se le guarda luto, respeto. Al recordarle el incidente, presuroso su jefe de prensa, el plenamente solicitado José Carreño (que ahora juega a darle un tono crítico, endeble de cualquier modo, a sus entregas periodísticas en las páginas del salinista periódico *La Crónica*), se empeña en aclarar que la motivación, que todos en la velada habían comprendido, era intentar mitigar la pena, darle un aliento a la tristeza emanada por la muerte del amigo y correligionario. No es fácil tragarse eso a la distancia. Estaba también cerca, al menos anímicamente, la desaparición de Colosio.

El periodista nos retrata a Colosio, en los tiempos en los que el Presidente lo elige su sucesor, como un hombre de semblante trágico, acosado por el avanzado cáncer de su mujer, Diana Laura, y por la omnipresencia del Ejecutivo Federal en su precampaña. Eran los días en los que el levantamiento de la guerrilla del EZLN llenaba los espacios noticiosos y los editoriales; la imagen mítica del Subcomandante Marcos en su clímax. Colosio le ofrecía al periodista, en tediosas charlas, la retórica de sus buenas intenciones, las confidencias de quien busca la amistad del periodista que había marcado de un modo relevante la historia reciente de las lucha por una auténtica libertad de expresión en el país. El candidato se muestra dispuesto al reto de la crítica que sentenció, sin concesiones, la portada del *Proceso* de aquellos momentos: “Colosio, en el limbo”. Esa, su exacta imagen pública de entonces. La respuesta de Colosio fue, no obstante, de agradecimiento, y el recordatorio al periodista de sus últimas conversaciones, de que la verdadera campaña comenzaría cuando fuera el candidato oficial del PRI. Se viene entonces, ya candidato del PRI a la Presidencia de la República, el famoso discurso del 6 de marzo de 1994, que marcaría su derrotero. En su polémico discurso, llamaba a la sujeción del poder presidencial a una verdadera vida democrática, y denunciaba la sed de justicia de millones de mexicanos frente a la soberbia y lejanía del aparato gubernamental. Una crítica

directa al corazón del sistema político mexicano y al presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari. Esa misma noche platicaron Scherer y Colosio. El periodista lo nota eufórico, capaz de citarse completo en su discurso; le pregunta aquél, entonces, si conoció el Presidente su discurso antes de pronunciarlo, después de una evasiva, la respuesta es enfática: no. Salinas no lo conoció de antemano.

La negativa concluye el libro y le da sentido peculiar a la muerte del candidato presidencial en un barrio marginal de la ciudad fronteriza de Tijuana. Ese lugar incierto en el que González Rodríguez,<sup>28</sup> coincide con una reflexión que Robert K. Ressler le confiaba a la periodista mexicana Rossana Fuentes Berain, la impresión del agente estadounidense de que la frontera norte de México es como una zona entre algo y la nada, una *twilight zone*, una dimensión desconocida. El lugar donde comienza y termina el país. Ressler, asesor de la película *El silencio de los inocentes* (*The Silence of the Lambs*, Jonathan Demme, 1991, basada en la novela homónima de Thomas Harris), enfatiza el hábito del depredador como alguien que deja fetiches en el lugar del crimen: los zapatos de la víctima al lado del cuerpo inerte, las manos sujetadas por las agujetas, las marcas y tatuajes de una misma violencia, el desollamiento del cuerpo, el video del asesinato y violación de una mujer o, tal vez, agrego, de un político. En el caso de Colosio existe el video en el que se muestra el asesinato del candidato del partido hegemónico (¿el video como fetiche del asesino?); a pesar de la evidencia, la impunidad: el asesino intelectual sigue libre.

Si observamos el basamento esencial de la narrativa testimonial latinoamericana, en especial, la de México, lo que observamos es la derrota de nuestras sociedades frente al poder omnímodo de sus gobernantes. En obras, clásicas del género en nuestro ámbito, de la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días, como *Operación masacre*, del argentino Rodolfo Walsh;

<sup>28</sup> González Rodríguez, *op. cit.*, p. 14.

*Biografía de un cimarrón*, del cubano Miguel Barnet; la ya mencionada, *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska; *El mundo como flor y como invento* y *Los días de la selva*, del guatemalteco Mario Payeras, o incluso, los manifiestos, “desde un lugar del Sureste mexicano”, y los relatos del Subcomandante Marcos o *Los infiernos del Edén*, de Lydia Cacho, y, por supuesto las obras a las que aquí les hemos dado un especial énfasis, las de Julio Scherer García, y *Huesos en el desierto*, de Sergio González Rodríguez, se ciñen, casi invariablemente a relatarnos la impunidad del poder y el atropello de la gente anónima y el acoso a los disidentes. Ese es su tema. En cambio, en la literatura norteamericana, en su cine, en sus obras teatrales, y, en general, en su percepción de la vida, nos dejan la impresión de que la justicia, aunada al conocimiento, a pesar de las más terribles adversidades, termina, casi siempre, por predominar. Esto subraya los caracteres culturales que distinguen a México de los Estados Unidos. La sensación de que en México, y de modo extensivo en el resto de la América al sur del río Bravo, lo que está mal aún puede ser peor; de que el poderoso, por mayores delitos que cometa, nunca recibirá castigo. Lo que nos crea una desconfianza innata, muchas veces nihilista, de la rectitud de las instituciones que imparten justicia; frente a una cultura norteamericana, extensiva a gran parte de Occidente, en donde su sociedad confía en la integridad de sus instituciones, porque sabe y cree que si un periódico como el *Washington Post*, de la capital norteamericana, denuncia las grabaciones ilegales de su Presidente para dañar a sus adversarios políticos, como fue el caso *Watergate*, la consecuencia será, y así fue, la renuncia, y el descrédito, del presidente Richard Nixon. Aquí no ocurre eso.

Lo cierto es que, entre nosotros, el pasado no termina de pasar (los que pasamos somos nosotros, acotaba José Emilio Pacheco),<sup>29</sup> las muertas de Juárez se siguen sucediendo, el

<sup>29</sup> “El tiempo no pasó:/ Aquí está./ Pasamos nosotros./ Sólo nosotros somos el pasado./ Aves de paso que pasaron/ y ahora,/ poco a poco,/ se mueren.”, en José Emilio Pacheco, “De paso”, *Ciudad de la memoria*, México, Era, 1989, p. 51.

número de periodistas asesinados se incrementa,<sup>30</sup> los pocos funcionarios públicos encarcelados por corrupción, salen de la cárcel, los pederastas siguen en sus fechorías, igual que los capos del narcotráfico, la inestabilidad de la frontera norte se extiende al resto del país.

En contraparte, a Sergio González Rodríguez se le ha amenazado y golpeado por el duro efecto de denuncia que tiene su obra testimonial; a Julio Scherer García, antes, también se le amenazó, se le expulsó de su periódico, se estableció, desde los poderes públicos y privados, un cerco económico al semanario *Proceso*, que fundara el periodista. Su victoria es que siguen vivos (desde la perspectiva del poder, con eso pueden darse por bien servidos), y lo sucedido en el *Excélsior*, que trueca la inicial derrota en una respuesta audaz con el empeño de no quedarse en el mutismo y resurgir con fuerza en otros medios, con lo que, inesperadamente, como ya se advirtió, le dio un renovado prestigio al ejercicio de la independencia crítica que había decaído notablemente y que muchos adoptaron en otros medios desde entonces. Esto no es poco, decía, pero sí insuficiente. Porque la narrativa testimonial no sólo pretende ser un ejercicio estético, del que de todos modos no puede prescindir, sino que también tiene el propósito de documentar la realidad. Pero si la impunidad que es su temática central, no tiene como corolario el castigo de los delincuentes y la reforma y saneamiento de las instituciones públicas, el efecto es contraproducente: la apología del mal.

Y esto sucede porque por más persuasivos que sean los escritores y su destreza narrativa, testimonial, sea de tal modo que adquiriera el carácter de obra de arte, no pueden de ningún

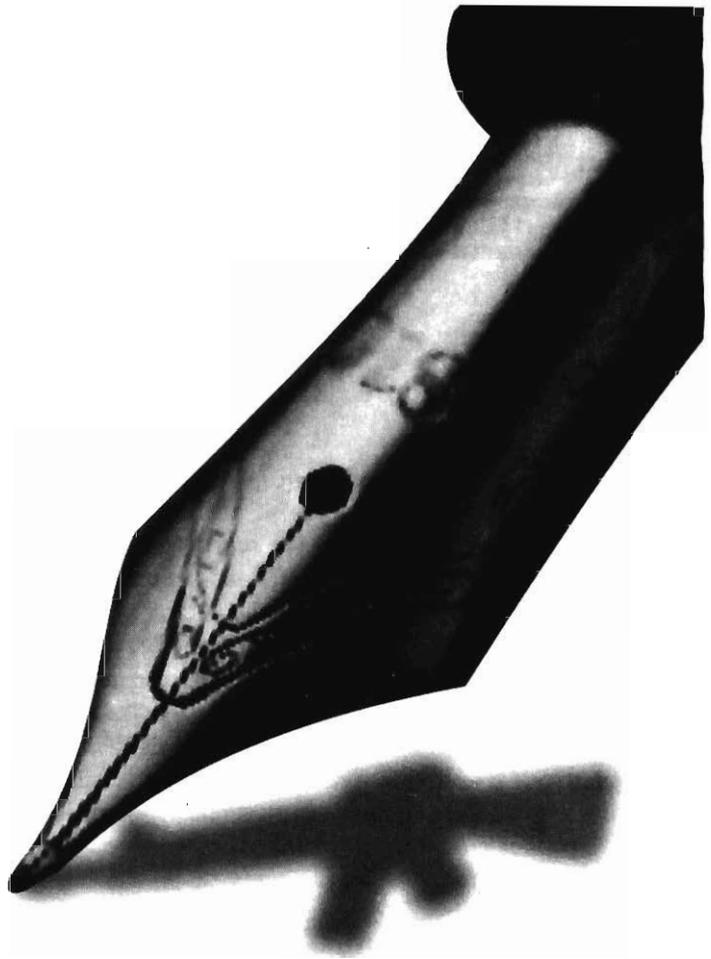
<sup>30</sup> No es inocente suponer que, en consecuencia con los argumentos expuestos, el incremento de los asesinatos de periodistas en los años recientes tenga como origen el que su trabajo deja al descubierto los intereses ligados entre delincuencia organizada y funcionarios públicos (los "narcos" no serían los únicos responsables, aunque sí los únicos señalados), línea de investigación que las autoridades jurídicas difícilmente estarían dispuestas a seguir.

modo suplir los deberes de las instituciones encargadas de impartir justicia. Es un buen principio, pero no el fin. Lo sustantivo, en el plano social y jurídico, es que un testimonio bien documentado adquiera un valor probatorio; que, en consecuencia, el impartir justicia no sea ya un asunto de influencia o de compraventa (“sólo nuestros sueños no han sido humillados”, apuntaba en el epígrafe), y el Príncipe no tenga, entonces, la impunidad como fetiche, como su afrodisíaco favorito. Sólo bajo estas circunstancias, la narrativa testimonial, en México y en el conjunto de América Latina, dejará la denuncia como tema obsesivo, y se abrirá a muchas otras posibilidades; todas aquellas que la imaginación permite.

## BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA CITADA

- Aguilar Camín, Héctor. *Morir en el golfo*. México, Cal y Arena, 1993.
- Capote, Truman. *A sangre fría*. Barcelona, Anagrama, 1994.
- Castillo García, Gustavo. "Condenan a 18 años de cárcel al ex director de Puente Grande", en *La Jornada*, 1 de julio de 2006.
- González Amador, Roberto. "Kamel Nacif, beneficiario del Fobaproa", *La Jornada*, 19 de febrero de 2006.
- González de Alba, Luis. *Los años y los días*. 18a. ed. México, Era, 1998 (c 1971), 208 pp.
- González Rodríguez, Sergio. *Huesos en el desierto*. Barcelona, Anagrama, 2002. 338 pp.
- Leñero, Vicente. *Los periodistas*, México, Joaquín Mortiz, 1978, 415 pp. "El golpe al *Excelsior*. Si hubiéramos...", en *Haz patria: ama a un Chilango* (México, D.F.), año 3, núm. 3, julio de 2006, pp. 54-64.
- Mújica Murías, Adriana, "Lo que pasa en Morelos", en [www.foros.gob.mx](http://www.foros.gob.mx), 9 de abril de 2004.
- Nájar, Alberto. "La nueva geografía del narco", en *Masiosare* (supl. de *La Jornada*), México, 24 de julio de 2005.
- Pacheco, José Emilio. *Ciudad de la memoria*. México, Era, 1989. 64 pp.
- Poniatowska, Elena. *La noche de Tlatelolco*. México, Era, 1971.
- Quiroz Cuarón, Alfonso. *Medicina Forense*. México, Porrúa, 1977.
- Ressler, Robert K. & Tom Shachtman, *I Have Lived in the Monster*, St. Martins Pr. 1997.
- Riva Palacio, Raymundo. "Cuidado con los tamborileros", en *Milenio semanal*, México, mayo de 2001.
- Julio Scherer García, Julio. *El poder, historias de familia*. México, Grijalbo, 1990. *Estos años*. México, Océano, 1995.
- Los presidentes*. México, Grijalbo, 1986.
- Trueba, José Luis. *Crónica negra del crimen en México. De Goyo Cárdenas a las muertas de Juárez* (compilador). México, Plaza y Janés, 2001. 236 pp.





LA LITERATURA COMO TESTIMONIO



## TESTIMONIO DE UN CUERVO

JOAQUINA RODRÍGUEZ PLAZA\*

Por estos días, la gripe aviar se ha extendido. En prevención de la epidemia, los seis cuervos londinenses que durante años han vivido en la célebre torre de la ciudad han sido enjaulados. Estos cuervos tienen nombres propios: Branwen, Hugin, Munin y no recuerdo cuál más. Al que deseo traer hoy a estas páginas sigue y seguirá llamándose Jacobo, porque la gripe aviar le hace lo que el viento a Juárez: Nada. Jacobo está vivo y croajando.

Jacobo fue testigo del comportamiento humano de los confinados en un campo de concentración francés, en Vernet, y dejó un manuscrito, por supuesto en lengua corvina, que, en 1940, Max Aub encontró en su maleta cuando había salido por primera vez del campo de concentración de Vernet (que el escritor francésalemánespañolmexicano castellaniza como Vernet), y se encontraba en Toulouse tratando de huir de la persecución de la España fascista. Con esa manía que tiene la mayoría de los literatos de estetizar las ideas de cualquiera, se impuso la difícil tarea de traducir al español el *Manuscrito Cuervo* con la *Historia de Jacobo*.

No todos los que han dejado testimonio de algún acontecimiento (de interés primordialmente para ellos mismos, pues cada quien lleva agua a su molino) son dignos de confianza.

\* Departamento de Humanidades. UAM-A

Pruebas de esa incredulidad en los testimonios de nuestros semejantes hay cientos. Baste los de algunos que hasta han escrito libros donde afirman que Adolfo Hitler no mandó matar a miles de miles de judíos, y que ni siquiera admiten las pruebas fehacientes del hecho genocida. Por ello, quiero aquí indagar, analizar y reflexionar sobre este testigo con el propósito de añadir algunas opiniones de manera que el lector de estas líneas decida si Jacobo es confiable o no.

¿Quién es Jacobo? Ya he dicho que es un cuervo. Que sea un ave la que testifique nos da la clave del relato: el testigo no pertenece a la humana especie. Pero esta evidencia —propia del señor Pero Grullo— no debemos obviarla o dejar pasar por alto, pues tiene implicaciones notables. El narrador de la *Historia de Jacobo* es el propio Jacobo; la voz narrativa es la primera del cuervo singular. El presente de indicativo nos indica que es un testigo presencial y presente que mira, ve, analiza y opina con herramientas perceptivas totalmente distintas de los extraños seres que observa. Jacobo es de otro mundo. Tal estatus manifiesta una lejanía del objeto observado, un distanciamiento absoluto que nos revela, por de pronto, dos aspectos de su personalidad: por un lado, es un observador totalmente objetivo capaz de crear una especial tensión entre sí mismo y los objetos contemplados; por el otro, al estar consciente de que pertenece a distinta clase, orden, familia, género y especie que los de la especie humana, nos revela su propósito: hacer evidente la falta de sentido, dirección y buen juicio de los hombres (en el campo de concentración no había mujeres)

¿Cómo es este cuervo? Todo nos hace pensar que es un egotista. Se complace hablando de sí mismo, por ejemplo en los siguientes términos: “Todo hace presumir que pertenezco a la más ilustre familia corvina. Si no lo abonara mi extraordinario destino, [...]”<sup>1</sup> Aquí me detengo para reflexionar y comentar

<sup>1</sup> Lo entrecomillado es la traducción libérrima que de la lengua corvina hizo Max Aub. Véase *Cuentos ciertos*, México, Antigua Librería Robredo, 1955. p. 151.

esa categórica afirmación de “extraordinario destino”. Es evidente que Jacobo se ve a sí mismo como un ser fuera de lo ordinario, no es un ser común; es patente a la vez su orgullo pues se siente y habla como el Gran Cuervo. Se sabe poderoso porque desde luego puede volar, y desde ahí, desde las alturas, domina con su vista todo el panorama del campo de concentración: vuela de un cuartel a otro sin que nada ni nadie se lo impida. Transita libre desde el barracón A, donde supuestamente se recluye a los detenidos políticos, hasta el barracón B, donde están los delincuentes comunes, o al C donde está la “morralla de las más variadas índoles: judíos, españoles republicanos, algún conde polaco, húngaros indocumentados, italianos antifascistas, soldados de las Brigadas Internacionales, vagos, profesores, etc.”<sup>2</sup> Y es congruente que con ese atributo de testimonio móvil nos entregue una escritura también en movimiento, cuyos trazos cartografían un universo inestable y complejo; es el universo del hombre europeo fragmentado a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, deshecho en pedacería como resultado de una Europa en ruinas. De ahí que su *Manuscrito* carezca de estructura, que esté organizado en fragmentos cortos semejantes a los desiguales trozos de cartón de un rompecabezas o de un retablo funesto, y que esos retazos tengan títulos con asuntos muy diversos: “De sus dioses”, “De nosotros para con ellos”, “Del trabajo”, “De la comida”, “De la especie”, “Del olvido”, “De la libertad” y cien cosas más ante las cuales Jacobo se extraña, por supuesto, porque es un extraño entre los otros seres vivos. Además, percibimos un abismo profundo entre la abundancia de asuntos que promete el índice de su “Manuscrito” y la escasez de lo logrado en su historia. Si buscamos una explicación de tal desbalance cabría la hipótesis de que la realidad de ese caos humano encerrado en el campo de concentración de Vernet es de imposible aprehensión.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 146.

Por su capacidad de mirar y observar desde arriba, entendemos que Jacobo se sienta dominador de un panorama que otros de su especie pudieran haber visto, pero no han comprendido. Para explicarlo toma la pluma por el pico y escribe “[...] un tratado de la vida de los hombres”.

Tal pretensión —escribir un tratado de la vida de los hombres— ilustra su poderosa capacidad para, desde su puesto de observación —ángulo agudo—, compararse continuamente con la especie bípida implume. Contrasta Jacobo así su origen: “[...] Mi nacimiento se envuelve en el más negro de los misterios, lo que prueba mi linaje ilustre.” Debemos admitir que el misterio del género corvino es grande. Algunas civilizaciones han otorgado al ave características de mal agüero, anunciadora de males de toda calaña por lo de su color negro y su grito lúgubre; pero Jacobo sabe defenderse maravillosamente bien de la mala prensa que su estirpe ha tenido. No anuncia algo que aún no ocurre, él sólo testimonia lo que ve en el campo de concentración, con sus ojos brillantes de mirada penetrante y sagaz. Lo del misterio de su origen es porque Jacobo no sabe dónde nació; y no sólo le importa un bledo, sino que se alegra de haber nacido de un huevo y de que su origen no esté fichado en relación con las ruindades del suelo.

*[...] los hombres han resuelto que el lugar donde ven la luz primera es de trascendencia supina para su futuro. Es decir [...] si usted ha nacido en Pekin, por las buenas le declaran chino; del propio modo si es usted bonaerense, cátese argentino, así sea blanco, negro, amarillo o cobrizo. Añádanse los pasaportes, para mayor claridad. ¿Os figuráis un cuervo francés o un cuervo español, por el hecho de haber nacido de un lado u otro de los Pirineos?*<sup>3</sup>

Jacobo es, evidentemente, un cuervo ciudadano del mundo. Es también un erudito: con seguridad, había leído a Goethe, quien

<sup>3</sup> *Ibid.* pp. 152-153.

postuló la unidad de los hombres, “a pesar de la diversidad regional de sus culturas [...] unos cuantos no estamos dispuestos a dejarnos arrebatar lo que tan diversos pueblos nos han ido dejando [...]; herencia que reivindicamos a derecha e izquierda, a Occidente y Oriente, como patrimonio total del hombre de mañana”.<sup>4</sup>

La estupefacción de Jacobo ante el hecho de que los hombres otorguen tanta importancia al lugar donde se nace, nos muestra —además de su ideología y su marco teórico— su condición de apátrida. Él observa la locura de que miles de europeos estén confinados en Vernet (las sinrazones de ello nos las enumerará después) y se autopostula como un ser crítico, es decir, como un ser capaz de establecer diferencias entre sus propias maneras de percibir y analizar lo que ocurre en su entorno y lo que dicen y hacen los hombres, esos extraños, esos exiliados.

En tanto observador objetivo, debemos admitir que el método de Jacobo como investigador de campo es riguroso; “el rigor es mi razón de ser”—afirma contundente. Y lo confirmamos cuando hace explícitas sus técnicas de investigación: toma notas en fichas de observación, en papeletas donde acumula decenas de pruebas fehacientes, para darnos constancia del comportamiento humano, sin añadir nada de fantasía —“esa enemiga de la política” — ni de imaginación — “esa enemiga de la cultura”.<sup>5</sup> Más aún: inserta al final de su manuscrito treinta fichas,<sup>6</sup> seleccionadas como muestra de los 6 mil internos del campo de concentración, que nos aportan pruebas indiscutibles de su método científico. Las hay de polacos, húngaros, franceses, españoles, checos, belgas, lituanos en las que anota varios datos —edad, ocupación, familia—, además de las “razones” de sus

<sup>4</sup> En Mercedes Figueras. “Max Aub en Alemania”, *Revista de Occidente*, No. 265, junio de 2003. p. 57.

<sup>5</sup> Max Aub, *Op.cit.* p. 157.

<sup>6</sup> Esta forma de consignar en fichas los datos de sus protagonistas es similar a la de Max Aub en su libro, *Imposible Sinai*.

respectivos confinamientos: ser antifascistas, cruzar la frontera sin permiso, carecer de algún papel, haber estado antes en la cárcel por robarse unas papas, ser hermano de uno que fusilaron los fascistas, por denuncia de ser comunista, por denuncia de ser anarquista, por no ser ni lo uno ni lo otro, por denuncia del socio, por equivocarse de carretera, por ser de las Brigadas Internacionales, etcétera.

En tanto perteneciente a la especie corvina y, sobre todo, ante esa trágica comedia humana, a Jacobo le es necesario echar mano del humor para dibujarla. La manera de reflexionar sobre lo que ve es la ironía. Recuérdese que desde su origen griego, la ironía es una *desviación*, lo cual es coherente con quien testimonia: Jacobo es un desarraigado, des-viado hacia espacios altos, apartado y por encima de la vía humana. Con esa ventaja y superioridad puede ser incluso socarrón y desafiante con los hombres, a quienes ve como seres irracionales en su estructura social, débiles de carácter, faltos de seriedad y todo lo demás. En este sentido podríamos acercar la escritura de Jacobo con la de otro intelectual del realismo crítico: Quevedo. Por ejemplo, una de las habilidades de Jacobo es posarse en las tapaderas de las tinas repletas de las evacuaciones de los presos —quienes están obligados a limpiar después los depósitos de los detritus en el río— de manera que es lógico y natural que Jacobo no sólo narre, sino que también interprete y opine acerca de éstas y otras pequeñas y grandes miserias humanas. Jacobo es un ave comprometida con su tiempo, su compromiso es similar al del intelectual cuya función es revelar una realidad. Pero el realismo de Jacobo sustituye al obsoleto realismo decimonónico, se trata de una escritura que aúna el objetivismo científico con la realidad interior del cuervo. Su forma de observar es la de un biólogo que, luego, escribe y nos entrega un texto de zoología.

Es evidente que Jacobo se atribuye muchas de las virtudes que nosotros hemos asignado a estas aves: anhelo por ordenar el caos del mundo mediante su grafía y corregir la incapacidad

sinderética de los hombres allí encerrados, aunque entienda que muchas de sus deficiencias se deben a que carecen de pico y, desde luego, de alas. La carencia del primero, dice, les lleva a tener que limpiarse con fruición unos dientes que con frecuencia están podridos o en más ocasiones les faltan, en cuyo caso tienen otros de repuesto; en ausencia de alas, tienen brazos que, o bien les sirven para luchar unos contra otros fomentando así el odio mutuo, o bien para trabajar en lo que se les manda. Nadie es libre. Los hombres, asevera Jacobo, viven en un sistema aberrante e incomprensible en donde nadie hace lo que quiere. Ante tal vacío volitivo, ponen en práctica un sistema extraño: inventan a alguien para que les mande, y éstos, que tampoco saben lo que quieren, inventan ser mandados por otros que, a la vez, dependen de un mandato más alto, y así dicen que se organizan, pero ninguno hace lo que quiere.

Jacobo se expresa como un demiurgo y héroe civilizador, perspicaz, clarividente, y desde ese punto de vista, hasta puede que el lector de su manuscrito lo vea como un profetizador del devenir humano. De todo ello se vale para hablarnos de su “linaje ilustre”. Como es un cuervo ilustrado, sabe varios idiomas y comprende todo lo que dicen, hacen y sufren los presos; pero, además, en tanto ilustre ilustrado, reflexiona con su particular lógica acerca de todo lo que observa a su alrededor; por supuesto comparándose permanentemente consigo mismo. Así que ve en esos bípedos implumes debilidades extremas. La carencia de plumas —insiste en su manuscrito— da a ese ser vivo las características de las lombrices. Además, cuando llegan a viejos, su piel se vuelve arrugada, les salen espantosas manchas oscuras, se les cae el pelo y todo se les vuelve colgajos, vientres caídos, nalgas ídem. Y añade, taxativamente: se comprende por qué se visten.

No cabe ninguna duda de que los seres desarraigados son peligrosos. Desde esa situación sin sitio, Jacobo se siente en ventaja respecto de ese conglomerado de hombres “[...] con

vida tan primaria, bárbara y caótica”. De ahí el permanente tono socarrón y hasta sarcástico de sus opiniones. Se extraña, así, de que entre los hombres haya jerarquías:

*¿Cómo puede comprender un cuervo que otro cuervo valga más o menos que él siendo cuervo? Todos los cuervos somos negros, y basta. Los hombres, para que no haya lugar a dudas, llevan señas exteriores de su rango: valen por sus galones [...]*

*El tono de voz varía según los galones. Los internados carecen de ellos. Los de más galones mandan a los de menos, y éstos a quien no los tiene. Así, de arriba abajo, descargan su enojo: del general al coronel, del coronel al comandante, del comandante al capitán, del capitán al teniente [...] Hay otros que llevan los galones dentro, llámanlos policías secretos.<sup>7</sup>*

Tampoco concibe la enorme fragilidad de los hombres, pues se estropean con facilidad y se enferman (o inventan estar enfermos para no trabajar); para remediar lo cual sólo tienen dos buenos médicos en el lugar: ambos están internados; los otros médicos son los oficiales. Los primeros ejercen a escondidas de los segundos para evitar conflictos. En cuanto a medicinas, sólo tienen dos: la aspirina y la cárcel; si el enfermo tiene dinero, se le receta aspirina, si no lo tiene, se le receta la otra.

Jacobo reconoce, no obstante lo anterior, que giran los hombres alrededor de un notabilísimo invento que llaman “dinero”, con cuya posesión dejaron de estimarse por lo que son en sí mismos para pensar en lo que valían: -”Tú vales tanto. Tú vales cuanto. Tú no vales nada. Tú vales mucho [...] Y así cada cual fue catalogado según estimación de sus jefes.”<sup>8</sup> Pero fuera de ese misterioso invento, otros les causan verdaderas frustraciones, sinsabores y abundantes lágrimas.

*Creen los hombres lo que les conviene y fingen ignorar lo que no. Así siempre se sorprenden: que el gusto de todos implica el*

<sup>7</sup> Max Aub, *Op.cit.*, p. 188.

<sup>8</sup> Max Aub. *Ibid.* p. 191.

*propio desencanto. No hay dos deseos iguales, y un solo mundo; no quieren atenerse a él y cada quisque se figura otro. Después, lloran su fantasía como pérdida realidad; lágrimas verdaderas sobre cadáveres imaginarios. Teniendo el remedio tan a pico lo desconocen queriendo. Culpa de su imaginación, que es su gusto.*<sup>9</sup>

En Japón, el cuervo es un mensajero divino; en el Génesis aparece como símbolo de la perspicacia; en Grecia, fueron los cuervos los que determinaron el emplazamiento del *omphalos* de Delfos. Son todas éstas y otras virtudes más con las que Jacobo se siente señalado, y, por lo tanto, no sólo está cierto del derecho que tiene para escriturar lo que ha visto, sino que está firmemente convencido de que está obligado a hacerlo.

En fin, ahí estará para siempre Jacobo, con su mirada aguda, penetrante, testimoniando los extraños comportamientos humanos, en beneficio de los muchos cuervos que en el planeta Tierra existen todavía, a pesar de la gripe aviar.

<sup>9</sup> *Ibid.* pp. 206-207.

## BIBLIOHEMEROGRAFÍA

1. Aub, Max: "Manuscrito Cuervo. Historia de Jacobo", en *Cuentos ciertos*. México, Antigua Librería Robredo, 1955
2. Figueras, Mercedes: "Max Aub en Alemania", en *Revista de Occidente* núm. 265, junio de 2003.

## BENDÍCEME, ÚLTIMA DE RODOLFO ANAYA

### TESTIMONIO DE LA LITERATURA MÉXICO-AMERICANA EN EL SIGLO XX

ALEJANDRA SÁNCHEZ VALENCIA\*

Cuando se habla de literatura testimonial uno de los fundamentos es la incertidumbre en tanto se atestigua sobre la vida del “otro”: ¿quién dice qué sobre quién? Se tiene entonces una multiplicidad de voces que aportan información que podría resultar totalmente contradictoria respecto al personaje que entre todos dibujan. No es de extrañarse, por otra parte, que se alteren los datos debido a las nuevas fuentes de información proporcionadas por los “narradores delegados”, quienes repiten los datos desde perspectivas diferentes:

En narraciones testimoniales, el principio de incertidumbre domina, ya que un aspecto capital de este tipo de narración es precisamente el dar cuenta sobre las posibles formas de acceso a la vida de otro y sobre lo relativo e incierto del acto mismo de la narración. En narración testimonial se modifica constantemente la información proporcionada sobre el otro según van apareciendo nuevas fuentes de información. Estas nuevas fuentes de información generalmente se presentan en la forma de discurso narrativo de un personaje cuyo conocimiento relativo de la historia es mayor que el del propio narrador, creando así el fenómeno de *narradores delegados*.<sup>1</sup>

\* Coordinación de Lenguas Extranjeras UAM-A.

<sup>1</sup> Luz Aurora Pimentel, *El relato en perspectiva*, p. 145.

En *Bendíceme, Última*<sup>2</sup>, novela méxico-americana publicada en 1972 por Quinto Sol Publications, puede observarse un fenómeno híbrido donde el discurso homodiegético (el narrador cuenta su propia historia y es el “héroe” de su propio relato) da lugar al heterodiegético (no ocupa el papel central sino el de testigo, pues aunque participa en el relato su función es dar testimonio de lo observado). Así, a través de los acontecimientos narrados por Tony, que es a su vez narrador y personaje central, se aúna la acción en proceso de los otros personajes, su discurso en diálogos; por otra parte, al ser detentor de la información narrativa da lugar a la diégesis en torno al otro gran personaje central bajo el cual puede articularse la novela: Última, la curandera del llano al norte de Nuevo México:

Última vino a pasar el verano con nosotros cuando yo estaba por cumplir los siete años. Cuando llegó, la belleza del llano se extendía ante mis ojos, y el murmullo de las aguas del río era como un canto que acompañaba el zumbido de la tierra al girar. El tiempo mágico de la niñez se detuvo, y el pulso de la tierra imprimió su misterio en mi sangre viva. Última me tomó de la mano y los callados poderes que poseía dieron una increíble belleza al llano raso bañado por el sol, al verde valle junto al río y a la cuenca azul, hogar del blanco sol. Mis pies descalzos sentían palpar la tierra, y mi cuerpo temblaba de agitación. El tiempo se detuvo, compartió conmigo todo lo que había sucedido y lo que estaba por suceder...

Permítanme empezar por el principio. No me refiero al principio que estaba en los sueños, ni a las historias que murmuraban sobre mi nacimiento, ni a la gente en torno de mi padre y de mi madre, ni a mis tres hermanos; hablo del principio que llegó con Última...<sup>3</sup>

Reflexionar sobre el testimonio como aquello que justifica y comprueba la veracidad o certeza de un hecho, es también considerar el poder de la voz narrativa. En *Bendíceme, Última*,

<sup>2</sup> El título original es *Bless me, Ultima*.

<sup>3</sup> Rudolfo Anaya, *Bendíceme Última*, p. 9.

Anaya trabaja la riqueza de una voz en primera persona, la de Tony Márez<sup>4</sup>, que logra confabularse de tal forma con el lector, que a lo largo del “bildungsroman”<sup>5</sup>, cuando articula como testigo para dibujar a los otros personajes ya ha inspirado tal veracidad en su discurso que resulta difícil dudar. El hecho de que se trate de un niño permite al autor jugar con las voces de los otros personajes que al ser adultos tienen memoria histórica y acceso a información que un niño no puede tener. El principio de la incertidumbre, sin embargo, se pone en funcionamiento en la medida en que un personaje es identificado por los demás como un ser trastornado por “el mal de la guerra” (Lupito) o por su alcoholismo como en el caso de Narciso, como “una mujer de bien” (Última) o un “hombre de mal” (Tenorio Trementina).

Tomemos en cuenta que durante la década de 1960 la producción literaria chicana despuntó en su quehacer literario, privilegiando temas como la diáspora México-Estados Unidos, la identidad entre las diferentes generaciones de mexicano-americanos, la nostalgia del retorno por parte de la comunidad conformada por los mayores y el deseo de asimilación al sistema social y lingüístico del territorio norteamericano por parte de los más jóvenes. En aquel momento, la población de mexicano-americanos que optaban por llamarse chicanos como postura política de lucha en reconocimiento de sus derechos ciudadanos, delineaba en su literatura una constante confrontación generacional que aludía al antiguo territorio (México) y a la

<sup>4</sup> En la obra original el español chicano privilegia la fonética y no la grafía, por ello respetaré los nombres y no los de la traducción al español mexicano en que al corregir a “Mares” –entre otras muchas correcciones-, enmascaran un fenómeno lingüístico al otro lado de la frontera, donde se tiene un “patois” formado con elementos arcaicos del español. Según Salvador Rodríguez del Pino en “El idioma de Aztlán: una lengua que surge” en Tino Villanueva, *Chicanos. Antología histórica y literaria*, pp.129-131, algunas de las características son que no se escriben acentos, no se tilda la “ñ”, se intercambian “b” y “v” así como “j” y “g”, se suprime el uso de “y” o “ll”, la “e” final cambia a “i”, hay epéntesis, solecismos y barbarismos, por mencionar unas cuantas.

<sup>5</sup> También se le conoce como novela de formación.

constante migración a la nueva tierra (Estados Unidos de Norteamérica). El amor y el respeto por los mayores: padres, tíos y abuelos, fue una constante cultural sin que llegase a obnubilar la facultad de ponderación entre lo nuevo del presente y la visualización de futuras experiencias de vida.

En 1994, la Warner Books Paperback Printing publicó *Bless Me, Ultima*, de Rudolfo Anaya, obra que obtuvo el Premio Anual de Publicaciones Quinto Sol, con sede en Berkeley, California. La novela fue considerada una joya dentro de la literatura norteamericana y se reconoció en el autor la capacidad de expresar su cultura hispana. Hubo numerosos comentarios con los que se ponía de manifiesto admiración tanto dentro del círculo chicano como el de las letras norteamericanas. Los comentarios, emitidos por distintas instituciones de opinión, fueron retomados en la publicación de la Warner Books aunque no en la versión mexicana, por ello cito:

“Anaya is in the vanguard of a movement to refashion the Chicano identity by writing about it.” –*National Catholic Reporter*; “Quite extraordinary... intersperses the legendary, folkloric, stylized, or allegorized material with the... realistic...” –*Latin American Literary Review*. “Anaya’s first novel, BLESS ME, ULTIMA, probably the best-known and most-respected contemporary Chicano fiction, probes into the fat satchel of remembered youth.” –*New York Times*. “A unique American novel that deserves to be better known.” –*Revista Chicago-Requena*. “An unforgettable novel... already becoming a classic for its uniqueness on story, narrative technique, and structure.” –*Chicano Perspectives in Literature*. “One of the best writers in this country.” –*El Paso Times*. “Remarkable... a unique American novel... a rich and powerful synthesis for some of life’s sharpest oppositions. –*America*. “When some of the ‘new’ ethnic voices become national treasures themselves, it will be in part because

the generation of Solas, Anaya, Thomas, and Hinojosa served as their compass." –*The Nation*.<sup>6</sup>

Escrita en inglés y con numerosos cambios de código al español, *Bendiceme, Última*, resulta un pilar dentro de los testimonios sociolingüísticos actuales en la relación bilateral México-Estados Unidos que da un especial énfasis a la situación diglósica<sup>7</sup> de superioridad de una lengua respecto a la otra. Testimonial es desde la validación que se da a la magia, al curanderismo y a la hechicería como herencias prehispánicas de los México-americanos que enriquecieron las perspectivas puritana y secular de la literatura angloparlante. Testimonial es desde la ambientación de una comunidad rural Guadalupe y El Puerto de

<sup>6</sup> A continuación ofrezco una traducción propia de las diferentes opiniones que se conservan en la portada de Rudolfo Anaya, *Bless Me, Ultima*: "Anaya se ubica a la vanguardia del movimiento que forma de nuevo la identidad chicana al escribir sobre ella". –*National Catholic Reporter*. "Verdaderamente extraordinaria... entremezcla el material legendario, folclórico, estilizado o alegórico junto con el realista..." –*Latin American Literary Review*. "La primera novela de Anaya, *Bless me, Ultima*, es tal vez la más conocida y respetada dentro de la ficción chicana contemporánea al escudriñar el amplio cartapacio de una memorable juventud". –*New York Times*. "Novela norteamericana única que merece que la conozcan mejor". –*Revista Chicago-Requeña*. "Novela inolvidable... es ya un clásico debido a su singularidad en la historia, técnica narrativa y estructura". –*Chicano Perspectives in Literature*. "Uno de los mejores escritores en este país". –*El Paso Times*. "Notable... novela norteamericana única en su género... poderosa y rica síntesis para algunas de las oposiciones más delicadas en la vida". –*America*. " Cuando algunas de las "nuevas" voces étnicas devienen en tesoros nacionales por sí mismas, se debe en parte a que la generación de Solas, Anaya e Hinojosa sirvieron como brújula". –*The Nation*.

<sup>7</sup> El término "diglosia" fue acuñado en 1959 por Charles Ferguson, lingüista norteamericano, con base en cuatro situaciones lingüísticas que tenían lugar en Grecia, la Suiza alemana, algunos países árabes y Haití. Se reconocía que en esas sociedades había dos o más idiomas –o variantes de lenguas– para que dentro de las mismas se llevara a cabo la comunicación sin aparente conflicto. Según el autor ello se debía a que cada idioma o variante contaba con funciones únicas, se complementaban y no había conflicto alguno. No obstante, en 1967, Joshua Fishman, sociolingüista norteamericano y defensor de las minorías étnicas, señaló que la diglosia era un fenómeno social donde pervivía una situación asimétrica entre dos lenguas o variantes (hubiese o no parentesco) y paralela a esta convivencia tenían lugar las opresiones de tipo socioeconómico, cultural y lingüístico. Cfr. Joshua Fishman, *The Sociology of Language*, p. 92.

los Luna (Pecos Valley)<sup>8</sup>, en Nuevo México, cuyos hijos fueron enviados a combatir en la Segunda Guerra Mundial mientras que a los más jóvenes se les exigió aprender el inglés<sup>9</sup> como lengua franca en territorio norteamericano, aunque en sus casas utilizaran el español para comunicarse. La comunidad, al igual que muchas otras del suroeste norteamericano, vivenciaron el desplazamiento de un estilo de vida agrícola y de cría de animales a uno condicionado por la economía de mercado que contrataba la mano de obra.

En 1992, *Bless Me, Ultima*, fue traducida por Alicia Smithers gracias a un esfuerzo de coedición entre la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Editorial Grijalbo. Al público mexicano se le presentó como *Bendiceme, Última*, en la colección Paso del Norte que exhibía la siguiente leyenda:

PASO DEL NORTE publica lo mejor de la nueva narrativa fronteriza: libros representativos de una minoría étnica que busca una expresión propia, capaz de desplazar identidades impuestas. Paso del Norte configura un vigoroso espacio imaginario; un lenguaje inédito, una forma de resistencia cultural a través de la literatura.<sup>10</sup>

Los elementos mexicanos en esta obra literaria despliegan una serie de temas que contiene rasgos de la novela pastoril con tonos bucólicos, la religión católica, el curanderismo y la brujería, la presencia onírica y premonitoria, la violencia rural, y el cambio de código lingüístico del inglés al español según el personaje que interviene<sup>11</sup>:

<sup>8</sup> La prueba de la primera bomba atómica tuvo lugar en Trinity, White Sands, cerca de Alamogordo, Nuevo México el 16 de julio de 1945.

<sup>9</sup> En 1891, el acta de escuela obligatoria fue aprobada, motivo por el cual se exigió que los niños fueran a la escuela y aprendieran inglés.

<sup>10</sup> Leyenda que se encuentra al principio del libro de Rudolfo Anaya, *Bendiceme, Última*.

<sup>11</sup> En la traducción al español se pierde la riqueza de cambios de código del inglés al español y viceversa –además de la variante no estándar del inglés–, dependiendo

“Yo estaba contento con Última. Caminábamos por el llano y por la orilla del río juntando hierbas y raíces para hacer sus medicinas. Me enseñaba los nombres de las plantas y de las flores, de los árboles y los arbustos, de los pájaros y de los demás animales; pero algo aún más importante es que me mostró la belleza del día y de la noche, y la paz que existe en el río y en las lomas. Me enseñó a escuchar el misterio de la crujiente tierra y a sentirme un ser completo dentro del tiempo. Mi alma creció bajo su cuidado.”<sup>12</sup>

*Bendiceme, Última*, narra la historia de Tony Márez<sup>13</sup>, de 7 años de edad, y su convivencia con Última, “la grande”, quien es acogida en casa de los Márez Luna para vivir sus últimos días. Tony, el miembro más joven de la familia se encuentra así ante el umbral de otra cosmogonía: la herencia de la magia, el paganismo, y el catolicismo. Ambientada en un llano de Nuevo México, la trama de la novela transcurre en dos años, mismos

---

del personaje que emite el discurso y la situación social en que se encuentra. Por otra parte, el lector ideal para una obra como *Bless Me, Ultima*, es alguien con acceso a los dos códigos. En la novela escrita en inglés aparece un glosario de todas las palabras y oraciones escritas en español cuando se hizo el cambio de código. Es de llamar la atención que cuando en la novela original se utilizó el español chicano, al hacer la traducción para el público mexicano, se hizo una corrección de grafías por lo que el nombre Tony Márez, en la versión de PASO DEL NORTE, se tradujo como Tony Mares. La pérdida de información, que se tiene al hacer toda esta depuración, es que la complejidad del fenómeno diglósico (superioridad de una lengua con respecto a la otra por estar en territorio de dominio político y económico) sigue resultando ajena al público mexicano. Se pasa por alto la paradoja de que las nuevas generaciones hablan en una variante no estándar del inglés, lo que las coloca en el peldaño bajo de la escala social norteamericana. Sigue entonces fuera del conocimiento de los mexicanos el shock lingüístico, producto de la asimetría socioeconómica y por ende lingüística, del primer contacto que se tiene con la lengua dominante en competencia apabullante con la lengua madre, y después las consecuencias de aprender la primera.

Para un análisis profundo de corte sociolingüístico de la obra recomiendo mi artículo “*Bless Me, Ultima*: testimonio de la situación diglósica en Estados Unidos de Norteamérica”, en Gabriela Cortés y Gladys Novoa, *Memorias del Tercer Coloquio de Lenguas Extranjeras*, UAM, 2003. pp. 181-202.

<sup>12</sup> Rudolfo Anaya, *Bendiceme Última*, p. 24

<sup>13</sup> Respetaré el original que dice “Márez”, aunque en la traducción al español mexicano se rescata lo metafórico de Mares (en relación al mar) al devolverle su grafía.

en que Tony inicia sus estudios en la escuela y aprende a leer, a escribir y la lengua dominante: el inglés. En ese tiempo se prepara para hacer su primera comunión y es testigo de siete muertes y dos contrahechizos.

Las muertes de las que tiene conocimiento Tony son dos de las hijas de Tenorio Trementina (debido al efecto boomerang de sus hechizos: la maldad retorna a quien la envió), y las que presencia son la del Sheriff (asesinado por Lupito, que está trastornado por su participación en la Segunda Guerra Mundial), la de Lupito –por los hombres del pueblo que en ese momento ven en él a un ser peligroso–; Florence (su amigo de escuela); Narciso (el borracho del pueblo), que en plena cordura trata de alertar a los Márez-Luna que Trementina amenazó con matar a Última, la lechuza de Última y en consecuencia Última.

Respecto a los contrahechizos en los que participa Tony Márez como ayudante de Última, el primero se debe a que Lucas Luna fue embrujado por una de las hijas de Tenorio Trementina y el segundo para dar descanso a unos espíritus comanches que al no recibir adecuada sepultura asustan a la familia de un vaquero amigo de Juan Márez.

María Luna y Juan Márez, padres de Tony, tienen orígenes “encontrados”: la primera proviene de una familia de agricultores, y el segundo de una de vaqueros, lo cual funciona para establecer el primer antagonismo en la novela. El tono de tensión constante entre la tesis y la antítesis que una vez pasado el clímax emerge como síntesis, se establece con el matrimonio Márez-Luna. Las hermanas de Tony: Deborah y Theresa, viven su proceso de bilingüismo, privilegiando cada vez más el uso del inglés por asistir a la escuela y formalizar su educación que hasta ese momento ha sido monolingüe y de saberes prácticos. Eugene, Andrew y León<sup>14</sup> son los tres hermanos mayores que participan en la Segunda Guerra Mundial, con lo que se

<sup>14</sup> Coloqué los nombres de la versión original; sin embargo, en la traducción al español aparecen como Teresa, Eugenio y Andrés. Lo interesante radica en que se da a entender

testimonia también el punto histórico clave de la comunidad méxico-americana para dar paso al movimiento chicano.<sup>15</sup>

Si Última figura como personaje central sobre el cual se da testimonio, su contrapartida es Tenorio Trementina (el antihéroe), dueño de la cantina del pueblo y viudo reciente de una mujer que practicaba la magia oscura, con quien tuvo tres hijas que a su vez se han dedicado a la brujería en perjuicio de los habitantes de la comunidad, entre ellos Lucas Luna, tío de Tony.

Otros personajes son “la pandilla” conformada por los compañeros de escuela: Ernie, Bones, Horse, Abel, Lloyd, Kid Vitamina, Cico y Florence, siendo este último el más importante de todos ellos por declararse no creyente del Dios católico a quien la comunidad rinde culto, decisión tomada a consecuencia de las desgracias que le ocurrieron en la vida (fue huérfano de madre desde muy pequeño, además de que sus hermanas trabajaban en el prostíbulo del pueblo). Una vez más, la presencia de un personaje de esta naturaleza, obedece a las dicotomías que usa Rudolfo Anaya para generar tensión. Tony desea cumplir el sueño de su madre: ser sacerdote y hombre de letras, lo cual contribuirá al honor de la familia. Sin embargo, le confunde el hecho de que Florence le cuestione la existencia de un Dios bondadoso que sólo ha permitido sucesos desafortunados en su vida. Florence, además, muere ahogado, sin haber hecho su

---

en la novela que sus nombres son hispanos pero que al ir a la escuela y convivir con el mundo estadounidense, el primer pasaporte a la “anglificación” es la traducción al inglés del nombre propio. Esta situación social, una vez más pasa desapercibida en la traducción.

<sup>15</sup> El apelativo méxico-americano lo utilizo como globalizador de la comunidad estadounidense con orígenes mexicanos; sin embargo, hay diferencias entre hispano, pocho, pachuco, chicano... Históricamente, como se verá en este artículo, los méxico-americanos conforman la “cuarta generación” de habitantes con origen mexicano, pero más apegados a la vivencia norteamericana, y ellos son la base de un movimiento político en el que no todos participan ni creen, el chicano. Recomiendo mi artículo “Diferencias de la comunidad méxico-americana”, en *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*. Año 2, Núm. 3. España, 2000. pp. 112-131.

primera comunión y sin conocer a la Carpa Dorada (Dios de la naturaleza y de las leyendas de los indios norteamericanos), que Samuel, Cicó y Tony deseaban mostrarle.

Puede observarse que en esta novela híbrida tenemos un “bildungsroman” en apreciaciones como: “Pensé en mi madre. Siempre iba yo directamente a casa después de la escuela, pero hoy tenía algo que celebrar. Estaba creciendo y volviéndome hombre y de repente me di cuenta que podía tomar mis propias decisiones.”<sup>16</sup> Por otra parte, respecto a los rasgos de novela pastoril, no podemos decir que se apegue a la definición en su totalidad; por lo general se trata de un pastor como personaje central y en Tony encontramos a un niño que si bien tiene antecedentes familiares de pastores también los tiene de vaqueros. ¿Qué es entonces lo que matiza en la obra su carácter pastoril? Las constantes epifanías bucólicas, el paisaje arquetípico se personifica, de ahí que se hable de “la presencia del río”, la comprensión de la vida misma se logra a raíz de la contemplación de la naturaleza:

“Durante los últimos días de verano hay un tiempo en que lo maduro del otoño llena el aire. El tiempo transcurre callado y suave y yo lo vivía con toda el alma, extrañamente consciente de un nuevo mundo que se abría y tomaba forma sólo para mí. En las mañanas, antes de que hiciera mucho calor, Última y yo caminábamos por las lomas del llano, recogiendo las hierbas silvestres y raíces que usaba para sus medicinas. Vagábamos por los campos e íbamos de arriba abajo por el río. Yo cargaba una pequeña pala para escarbar, y ella una bolsa para guardar nuestra mágica cosecha.”<sup>17</sup>

Última funciona como representante de la herencia cultural de la comunidad México-americana, en ella el autor sintetiza el mundo subconsciente, el de las imágenes colectivas y símbolos, en ella se fusiona la mexicanidad entendida como una amalgama

<sup>16</sup> Rudolfo Anaya, *Bendiceme. Última*, p. 97

<sup>17</sup> Rudolfo, *Op. Cit.*, p. 53.

de saber prehispánico, el respeto a la vida y la comunión con la naturaleza así como la comprensión de las luchas entre el bien y el mal que deben convivir en armonía. Producto de la herencia española, por otra parte, se tiene a la religión católica, pero también la creencia de que las brujas existen y practican la magia negra, por eso es tan importante estar preparado para luchar por medio de los contrahechizos. Es importante dialogar con la naturaleza, prestar atención:

“—Antonio —sonrió ella. Tomó mi mano y sentí el poder de un ventarrón que se arremolinaba en torno mío. Sus ojos contemplaron los montes circundantes y a través de ellos vi por primera vez la belleza silvestre de nuestras lomas y la magia del verde río. Mis fosas nasales temblaron cuando escuché el canto de los sinsontes y el sonido sordo de los chapulines que se fusionaban al pulso de la tierra. Las cuatro direcciones del llano se encontraban dentro de mí, y el sol blanco brillaba en mi alma. Los granos de arena a mis pies y el sol y el cielo parecían disolverse en un solo ser, extraño y total.”<sup>18</sup>

Puede observarse que en las cuatro direcciones del llano se percibe la cosmogonía de las civilizaciones indígenas mexicanas; para los mayas se trataba de los “colores y portadores del año del calendario”, mientras que para los aztecas “cuatro árboles cósmicos sostienen el cielo, comparables con los árboles ceiba de la cosmología maya.”<sup>19</sup> Así, en ese mundo de herencias, Tony refiere dónde obtuvo Última sus conocimientos: “Me habló de las hierbas comunes y de las medicinas que compartíamos con los indios del Río del Norte. Habló de las antiguas medicinas de otras tribus, los aztecas, los mayas, y aun de aquellas en el viejo país de los moros.”<sup>20</sup>

En contrapartida a la herencia cultural representada con Última, Rudolfo Anaya retrata el espacio físico de Nuevo México

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>19</sup> Hans Biederman, *Diccionario de símbolos*, p. 135.

<sup>20</sup> Rudolfo, *Op.cit.*, p. 56.

como receptáculo de la desarmonía que reina en el mundo. No es únicamente la guerra entre el bien y el mal con las brujerías que causan las hijas de Tenorio Trementina, es también el mal que trastorna la mente de quienes participan en la Segunda Guerra Mundial: “–Una tragedia muy triste –asintió mi abuelo–, esta guerra de los alemanes y los japoneses nos llega a todos. Hasta al mismo refugio del valle de los Luna nos llega. Acabamos de enterrar a uno de los muchachos de Santos Esteban. Hay mucho mal suelto por el mundo...”<sup>21</sup> Tony, en su percepción intuitiva logra articular la experiencia como “Los días se hicieron pesados y lúgubres”<sup>22</sup>, con la sensación que abatía a la comunidad de Guadalupe que el mundo se iba a acabar.

Se testimonia lo que historiadores chicanos como Rodolfo Álvarez<sup>23</sup> han denominado las cuatro generaciones de habitantes estadounidenses con orígenes mexicanos: la primera es de “creación”, como consecuencia del Tratado Guadalupe-Hidalgo, en 1848; los habitantes siguen viviendo el mismo territorio, hablando español y con sus costumbres pero perteneciendo a los Estados Unidos de Norteamérica; la segunda o “migrante”, en tiempos de la Revolución Mexicana, una vez que han ingresado al nuevo territorio ocupan los puestos más bajos en la escala social; la tercera o “méxico-americana”, se autodenomina así porque se identifica con el habitante norteamericano legítimo. Dicho fenómeno tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial en tanto hubo una permeabilidad en los estratos sociales y movilidad del campo a la industria. La generación se caracterizó por ocupar mejores puestos y su desencanto vino tras la Guerra, pues los soldados méxico-americanos no fueron enterrados en los panteones de anglos, se les consideró más “mexicanos” que “americanos”.

<sup>21</sup> *ibid.*, p.64.

<sup>22</sup> Rudolfo Anaya, *Op.cit.* p. 95.

<sup>23</sup> Cfr. Rodolfo Álvarez, “The Psycho-historical and socioeconomic Development of the Chicano Community in the United States”. (Reprinted from *Social Science Quarterly*, 53 (Marzo 1973, pp. 920-942).

Alfredo Cuellar<sup>24</sup>, que también distingue cuatro generaciones, señala que la que él considera “segunda” (entre 1920-1940) consistió en una movilización social por parte de la clase media México-americana (que era una pequeña porción) que enfatizaba la necesidad de adaptación y acomodamiento de las nuevas generaciones, de aprender el inglés y tener estudios para convertirse en un “norteamericano”. El objetivo principal de esta clase media fue servir de modelo tanto a las clases bajas como a los recientes inmigrantes para que pronto se asimilaran al “American Way of Life”. A partir de 1940, hubo mayor actividad política, mejor capacidad de organización y más similitud con el sistema anglosajón. El ejercer el sufragio podía repercutir en puestos electorales y éstos en acciones concretas para beneficio de la comunidad.

A partir de 1960, tanto Álvarez como Cuéllar hablan del “Movimiento Chicano” que luchó por mejores oportunidades y que al interior mostró fragmentaciones y líderes diferentes dependiendo de la región; en el caso de los pastores de Nuevo México, contaron con Reies Tijerina y formaron el grupo “Alianza”, mientras que los trabajadores agrícolas pobres en California establecieron el “STAU”, con César Chávez a la cabeza, y los trabajadores urbanos de California y Texas dieron origen a “La Cruzada”, con Corky González al frente.

En *Bendíceme, Última*, se testimonia el clima de tensión que se vivió en la comunidad con los jóvenes ausentes y cómo la religión católica unió en tanto se rezaba y hacían misas para que la Virgen de Guadalupe como santa patrona del pueblo, los trajera sanos y salvos, así:

“Al terminar de cenar, siempre rezábamos el rosario. Después de lavar los platos nos reuníamos en la sala donde mi madre tenía su altar. Mi madre tenía una estatua de la virgen de Guadalupe,

<sup>24</sup> Cfr. Cuellar, “Perspectivas Políticas” en J.A. Cuéllar y Moore. *Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano*.

de más de medio metro de altura. Estaba vestida de largo y ondulante color azul, parada sobre la luna de dos cuernos. A sus pies había cabezas aladas de ángeles, los niños del limbo. Tenía una corona en su cabeza porque era la Reina del Cielo. No había nadie a quien yo quisiera tanto como a la Virgen.

Todos sabíamos la historia de cómo la virgen se apareció a un indito en México y de los milagros que había hecho. Mi madre contaba que la virgen era la patrona de nuestra tierra (*Nuevo México*)(...)”<sup>25</sup>

Una vez que los jóvenes han regresado de la Guerra, Andrew comparte con Tony su pensamiento y planes, esta diégesis es testimonio de la generación de méxico-americanos:

Solamente me faltaban unas cuantas materias para terminar cuando nos enlistamos. Si hay alguna cosa que aprendí en el ejército es que un hombre que tiene todos sus estudios puede progresar. Así que voy a trabajar, a terminar las materias que me faltaban, luego obtengo mi diploma... (...)

—Mira, Tony, sé lo que estás pensando. Estás pensando en mamá y papá, en sus deseos... pero es demasiado tarde para nosotros, Tony. León, Gene y yo no podemos ser campesinos ni sacerdotes, ni siquiera podemos ir a California con papá como a él le gustaría.

—¿Por qué? —pregunté.

Sencillamente no podemos —hizo una mueca—. No sé, quizás es porque la guerra nos hizo hombres con demasiada rapidez, tal vez porque los sueños de nuestros padres nunca fueron reales desde el principio...<sup>26</sup>

Otro de los grandes testimonios en *Bendiceme, Última*, puede lograrlo Anaya con los recursos estéticos, la imaginaria, que en los nueve sueños de Tony Márez hacen acto de presencia símbolos como la carpa dorada, la lechuga de Última, el mar, la luna, el puente y la Virgen; mientras que en tiempo discursivo se vale de las analepsis y prolepsis para revelar información que

<sup>25</sup> Rudolfo Anaya, *Op. Cit.*, p. 58. (Las cursivas son mías).

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp.92-93.

sólo puede hallarse a nivel subconsciente quizá comunitario. De esa manera Tony puede tener acceso al momento de su nacimiento, donde Última lo trajo al mundo físico pues fue la partera; sin embargo, es claro que en la novela, Última ayuda al nacimiento del alma de Tony. Otras revelaciones que se obtienen en los sueños son detalles de los rituales llevados a cabo por las hijas de Tenorio Trementina, así como los planes de los hermanos una vez terminada la Guerra y ya en territorio norteamericano.

Anaya gusta de ejercer tensión a lo largo de la novela por medio de las dicotomías y una de ellas es el matrimonio Márez-Luna, no sólo por las actividades que ejerce cada familia de origen: vaqueros y agricultores, sino por lo que cada apellido simboliza:

—Última —pregunté—, ¿por qué son tan extraños y callados? Y, ¿por qué es tan gritona y salvaje la gente de mi padre?

Ella contestó: —Es la sangre de los Luna lo que hace que sean callados, porque sólo un hombre callado puede aprender los secretos de la tierra que son necesarios para sembrar... Son callados como la luna... y la sangre de los Mares es salvaje como el mar, de donde toma su nombre, y los espacios del llano que han convertido en su hogar.”<sup>27</sup>

Por otra parte, dentro de los significados que tiene la luna tenemos que se trata de un símbolo de los ritmos biológicos, no es fortuito que en una comunidad de agricultores, como la que tiende a desaparecer en la novela, esté aunada a los tiempos de cosecha. Es también en la noche cuando las escenas más crudas tienen lugar: las muertes, y es también el momento en que Tony tiene acceso al mundo onírico, la simbología del inconsciente y el leitmotiv de una manera de existir tras la muerte (como sucederá con Última), además de que se considera que tal astro aclara el camino peligroso de la magia:

<sup>27</sup> Rudolfo Anaya, *Op.cit.*, p. 55.

(...) La luna es un símbolo de los ritmos biológicos: "Astro que crece, decrece y desaparece, cuya vida está sometida a la ley universal del devenir, del nacimiento y de la muerte... (...) Este perpetuo retorno a las formas iniciales, esta periodicidad sin fin, hacen que la luna sea por excelencia el astro de los ritmos de la vida... Controla todos los planos cósmicos regidos por la ley del devenir cíclico: aguas, lluvia, vegetación, fertilidad..." (ELIT, 139). (...) 4. La luna también es el primer muerto. Durante tres noches, cada mes lunar está como muerta, desaparece... Posteriormente, reaparece y aumenta en brillo. De la misma forma que los muertos adquieren una nueva modalidad de existencia (...) la luna es sólo el símbolo del conocimiento por reflejo, es decir, del conocimiento teórico, conceptual, racional; por ello se relaciona con el simbolismo de la lechuza.<sup>28</sup>

El mar refleja ante todo la transitoriedad de la vida, y desde las características de "bildungsroman", Tony tiene tiempo de comprobar las formas cambiantes en su pequeña comunidad en Nuevo México; testimoniar que el principio de la incertidumbre puede regir la existencia y corroborar también que las profundidades del mar son proyecciones de su subconsciente:

Simbolo de la dinámica de la vida. Todo sale del mar y todo vuelve a él: lugar de los nacimientos, de las transformaciones y de los renacimientos. Aguas en movimiento, la mar simboliza un estado transitorio entre los posibles aún informales y las realidades formales, una situación de ambivalencia que es la de la incertidumbre, de la duda, de la indecisión y que puede concluirse bien o mal. De ahí que el mar sea a la vez imagen de la vida y de la muerte. (...) Pero surgen monstruos de sus profundidades: imagen de los subconsciente, que es también fuente de corrientes que pueden ser mortales o vivificantes."<sup>29</sup>

En uno de los nueve sueños que ponen de manifiesto la tensión que vive Tony respecto a su presente y las decisiones que debe tomar para complacer a alguno de sus dos padres en un futuro,

<sup>28</sup> Jean Chevalier, *Diccionario de símbolos*, pp. 658-659.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 689.

se recrea por medio de los símbolos la fragmentación del momento. Considerado en forma alegórica nos habla del conflicto de identidad por el que atravesó la comunidad México-americana. ¿Se era más norteamericano por vivir más al norte y hablar inglés? ¿Se era más mexicano por tratar con respeto a la familia, rezar a la Virgen y utilizar algunos vocablos en español?: “¡Mentiras! –gritó mi padre– ¡A Antonio no lo bautizaron en el agua bendita de la luna, sino en el agua salada del mar!” (...) “Es el agua dulce de la luna –cantaba mi madre suavemente–, es el agua que la iglesia elige para bendecirla y ponerla en su fuente. Es el agua en que te bautizaron.”<sup>30</sup> Así, el agua era de “mar” y ello explicaba la unión con la carpa, el Dios pagano de Cico. Es Última quien aparece en el sueño como gran conciliadora y reafirma una de las ideas centrales en la novela: no importa la diversidad, al final los seres humanos se encuentran unidos por un único lazo:

“Ponte de pie, Antonio –ordenó ella y yo me puse de pie–. Ambos saben –les decía a mi padre y a mi madre– que el agua dulce de la luna que cae como lluvia, es la misma que se junta en los ríos y fluye a llenar los mares. Sin las aguas de la luna que sirven para llenar los océanos, no habría océanos. Y las mismas aguas saladas de los océanos son llevadas por el sol a los cielos, que a su vez, vuelven a ser las aguas de la luna. Sin el sol no se formarían ríos ni lagos para apagar la sed de la oscura tierra.”

“Las aguas son sólo una, Antonio.” Miré dentro de sus ojos brillantes y claros, y comprendí la verdad.

“Has estado viendo las partes –terminó–, y no has visto más allá, hacia el gran ciclo que nos une a todos.”<sup>31</sup>

Otro de los símbolos importantes en la novela es el puente que tiene que atravesar Tony cada día para ir a la escuela. En un sentido metafórico es el rito de pasaje entre el mundo silvestre y

<sup>30</sup> Rudolfo, *Op.cit.*, p. 144.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 144-145.

el de las letras, entre el español y el inglés, el de la herencia de los mayores y el de la adaptación de las generaciones de méxico-americanos:

El simbolismo del puente, en cuanto permite pasar de una ribera a otra, es uno de los más universalmente extendidos. Este paso es el de la tierra al cielo, el del estado humano a los estados suprahumanos, el de la contingencia a la inmortalidad, el del mundo suprasensible (Guénon, etc.) (...) Se advierten pues dos elementos: el simbolismo del pasaje, y el carácter frecuentemente peligroso de ese paso, que es el de todo viaje iniciático. (...) se podría decir que el puente simboliza una transición entre dos estados interiores, entre dos deseos en conflicto: puede indicar la salida de una situación conflictiva. Hay que atravesarla: eludir el paso no resolvería nada.”<sup>32</sup>

Otra de las dicotomías llevadas a cabo por Anaya radica en el conflicto que vive Tony por considerar a otros dioses aparte del católico; para Jasón, el indio, la leyenda habla de un Dios que en su infinito amor por los hombres se convirtió en Carpa Dorada. En general puede tratarse de una metáfora de la comunidad méxico-americana en el sentido de “nadar contracorriente” y demostrar su coraje y perseverancia para adaptarse, hacer valer sus derechos, conseguir movilidad social... Sin embargo, vista desde la óptica oriental “la carpa es también entre los chinos el símbolo de la supremacía intelectual.”<sup>33</sup> Una constante en la novela es la sed de conocimiento que tiene Tony, una versión de Adán y Eva en el Edén donde Última actúa con la sabiduría de la serpiente: “—Antonio —dijo calmadamente y puso su mano sobre mi hombro—, no puedo decirte lo que debes creer. Tu padre y tu madre te lo pueden decir, porque tú llevas su sangre, pero

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 853-854.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 253.

yo no puedo. Al crecer y convertirte en hombre deberás encontrar tus propias verdades.”<sup>34</sup>

El puente permite atravesar el río, que es otro de los elementos simbólicos de la naturaleza y relevante pieza bucólica para considerar a una novela pastoril, ya que es ahí donde los acontecimientos más importantes de la obra tienen lugar. En *Bendiceme, Última*, podemos decir que ciertamente hay tintes de tal género, el río ha sido “testigo” de algunas muertes, como la de Lupito, por ejemplo. Ahí también se ha filosofado sobre la existencia, como cuando Tony y Andrew hablan sobre aquello a lo que dedicarán su vida, si tomaran en cuenta las expectativas de sus padres. Es en el puente que atraviesa el río donde día a día cruza la generación de jovencitos México-norteamericanos para ir a la escuela y prepararse; sin embargo, no es ahí donde muere Última, la curandera. Esto demuestra, una vez más, la hibridez de géneros que se conjugan en la novela: bucólico, pastoril, de formación y testimonial, donde el último resulta clave para que cualquier lector ajeno a la relación bilateral México-Estados Unidos, comprenda el devenir de una comunidad que en sus dos raíces sincretiza otras herencias.

La manera en que Anaya emplea al río como un símbolo puede ir en una doble vertiente, la primera metonímica para intensificar la atmósfera donde pulsán las emociones que viven los personajes sean estas “reales” o intuitivas:

Me daba miedo la horrible presencia del río, que es el alma de éste, pero Última me hizo comprender que mi alma comparte todo con el alma de todas las cosas. Desgraciadamente, la inocencia que protegía nuestro aislamiento no podía durar para siempre, y los asuntos del pueblo empezaron a llegar por el puente y entraron a formar parte de mi vida. La lechuza de Última dio la voz de alarma para avisarnos que el tiempo de paz en nuestro llanito llegaba a su fin.”<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Rudolfo Anaya, *Op.cit.*, p. 143.

<sup>35</sup> Rudolfo, *Op.cit.*, p. 24.

En la segunda forma en que trabaja Anaya, la presencia del río es como una metáfora de la existencia del hombre en la Tierra, la posibilidad de ser un todo con el universo, de congraciarse con la vida en general sin poner etiquetas y considerando, desde una perspectiva diferente al catolicismo, que la existencia de los opuestos, mientras se dé en la medida adecuada, asegura la armonía y el fluir de todos los elementos.

El río, sin embargo, cuenta ya con una serie de significados más o menos universales:

1. El simbolismo del río, del flujo de las aguas, expresa a la vez la “posibilidad universal” y el “flujo de las formas” (F.Schuon), la fertilidad, la muerte y la renovación. La corriente es la de la vida y la de la muerte. Puede considerarse el descenso de la corriente hacia el océano, su remonte, o el cruce de una a otra orilla. El descenso hacia el océano es la reunión de las aguas, el retorno a la indiferenciación, el acceso al Nirvana; el remonte es evidentemente el retorno al divino Manantial, al Principio; el cruce es el de un obstáculo que separa dos dominios o estados: el mundo fenomenal y el estado incondicionado, el mundo de los sentidos y el estado de desapego.”<sup>36</sup>

Al unísono del río, el mar, la luna, el puente, la carpa y la Virgen se encuentra la lechuza de Última, uno de los más entrañables símbolos en la novela: “Y con Última llegó la lechuza. La oí esa noche por primera vez en el enebro que estaba junto a la ventana de la habitación que le destinaron.”<sup>37</sup> La conexión permanente de Tony respecto a Última es que posee la misma bondad de la Virgen, y si los ángeles, como seres alados la rodean, entonces qué mejor que un ser físico, también alado, acompañe a la curandera. Una vez más, es en el mundo subconsciente manifestado en los sueños donde Tony accede a las imágenes e ideas: “La Virgen de Guadalupe era la santa patrona de nuestro

<sup>36</sup> Jean Chevalier, *Op.cit.*, p. 885.

<sup>37</sup> Rudolfo Anaya, p. 21.

pueblo. El pueblo llevaba su nombre. En mi sueño vi a la lechuza de Última levantar a la Virgen sobre sus anchas alas y volar con ella al cielo. (...) La Virgen sonrió al contemplar la bondad de la lechuza.”<sup>38</sup>

Por un lado, con este nuevo símbolo, reverbera la herencia grecorromana en la relación Atenea-Minerva, donde se enfatiza la razón sobre la intuición:

(...) el símbolo del conocimiento racional –percepción de la luz (lunar) por reflejo– oponiéndose al conocimiento intuitivo –percepción directa de la luz (solar) (GUES)–, quizás también porque es tradicionalmente un atributo de los adivinos: simboliza el don de clarividencia, pero a través de los signos que ellos interpretan”(...) “El mochuelo, ave de Atenea, simboliza la reflexión que domina las tinieblas” (MAGE, 108).<sup>39</sup>

Por otro lado, en *Bendíceme, Última*, se pondera la valía de la reflexión, independientemente del tipo de conocimientos que posea el individuo: formales, como en la escuela, o prácticos e intuitivos, como en la familia. Además, tratándose de un testimonio mexicano-americano y vista Última como representante del saber prehispánico, la lechuza adquiere otras dimensiones significativas:

2. Entre los aztecas es el animal simbólico del dios de los infiernos, junto con la araña. En varios códices se lo representa como “el guardián de la casa oscura de la tierra. Asociado a las fuerzas ctónicas, es también un *avatar* de la noche, de la lluvia, de las tempestades. Este simbolismo lo asocia a la vez con las fuerzas de lo inconsciente luni-terreno, que gobiernan las aguas, la vegetación y el crecimiento en general.”<sup>40</sup>

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>39</sup> Jean Chevalier, *Op.cit.*, p. 634.

<sup>40</sup> *Ibidem*.

Anaya, a lo largo de la novela, recrea una atmósfera en que los elementos de la naturaleza viven en comunicación constante y Última, una mujer reflexiva, sabe “leerlos”. Gracias a su experiencia de vida y sus conocimientos es capaz de interpretarlos; sabe además las consecuencias que puede tener la intervención del hombre para alterar los elementos. La primera cualidad que retoma en Tony es que observe a la naturaleza y la escuche. Debido a la edad que él tiene aún no puede visualizar las consecuencias de los actos, pero sí es capaz, intuitivamente, de discriminar en su corazón las incoherencias del mundo adulto y sus creencias. Tony, al convivir con la curandera, se ha vuelto un gran observador de la comunidad y su entorno, por ello logra testimoniar años después lo que fue “el principio que llegó con Última.”

Tony infiere que hay una relación entre “la grande” y la lechuza, pero sólo al final de la novela vive la epifanía en que da coherencia a todos los momentos en que el ave los acompañó como familia Márez-Luna. El simbolismo que otorga Anaya a la lechuza va más allá del azteca y grecorromano, va más allá de la reflexión o la conexión con las fuerzas del mal, y desde su postura como méxico-americano, le confiere los rasgos de bondad, protección, lealtad y total comunión con el cosmos, revelado de manera mimética al final:

Entré suavemente a la habitación de Última. Solamente ardía una vela en el cuarto, y por su luz pude ver a Última acostada en la cama. Puse la lechuza a su lado y me hincué.

–La lechuza está muerta... –fue todo lo que logré decir. (...)

–No está muerta –sonrió débilmente–, es sólo que va con sus alas a un nuevo lugar, a un nuevo tiempo... igual que yo, que estoy lista para emprender el vuelo...

–No puedes morir –grité. Pero en la tenue luz ondulante vi el color ceniza de la muerte en su cara.

–Cuando era niña –murmuró–, un viejo sabio me enseñó lo que sería el trabajo de mi vida; era un buen hombre. Me dio la

lechuza y me dijo que ella era mi espíritu, mi unión con el tiempo y armonía del universo...

—Mi trabajo era hacer el bien—continuó—, yo tendría que curar a los enfermos y enseñarles el camino de la bondad. Pero no debería interferir con el destino de ningún hombre. Los que practican la maldad y la brujería no comprenden esto. Crean la desarmonía, y al final ésta toma y destruye la vida... Con la muerte de Tenorio y la mía, la interferencia se acabará, y la armonía quedará reconstruida. Eso es el bien...no le guardes rencor... acepto mi muerte porque acepté trabajar para la vida...<sup>41</sup>

Vista así, la muerte es parte de un orden cosmogónico en que debe reinar la armonía. En la obra hubo luchas de todo tipo: los conflictos entre los padres; el enfrentamiento de los Eugene, León y Andrew con los padres, las internas como las que atravesó Tony para crecer, para “cruzar el río de la vida”; los pleitos entre compañeros de clase; el enfrentamiento entre dos tipos de magia y la Segunda Guerra Mundial. En el momento que está a punto de morir Última, cobra sentido la primera bendición que ella ofrece en la obra, cuando en un rito de transición porque Tony debe separarse de sus padres para ir a la escuela (y en consecuencia cruzar el puente), bendice a la familia:

“Incluso mi padre se hincó para que Última nos bendijera. Todos juntos, en la cocina, bajamos la cabeza. No se oía un solo ruido.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

· Sentí la mano de Última en la cabeza y al mismo tiempo percibí una fuerza, como un remolino que me envolvía. Miré hacia arriba pensando que el viento me tumbaría al suelo. Los ojos brillantes de Última me mantuvieron inmóvil. (...) ¿Pero cómo era posible que la bendición de Última fuera igual al remolino? ¿Sería que el poder del bien y del mal son lo mismo?<sup>42</sup>

<sup>41</sup> Rodolfo Anaya, *Op.cit.*, pp. 304-305.

<sup>42</sup> Rodolfo Anaya, *Op.cit.*, p. 71.

En la novela se manifiesta que todos los seres en realidad forman parte de un orden. El remolino que presencié Tony en el llano antes de conocer a Última, estaba hermanado con la presencia del mal, sólo fue después que comprendió que las fuerzas (o energías) existen y que cuando se les utiliza de manera inadecuada se crea un desbalance. La misma fuerza puede inclinarse hacia el bien o el mal. Por ello, cuando comprende que Última, la gran curandera que le enseñó los secretos de los ancestros, está a punto de morir, le pide su bendición en este nuevo ritual de despedida:

–Grande– la llamó mi madre desde afuera.

Caí de rodillas

–Bendíceme, Última...

Su mano tocó mi frente y sus últimas palabras fueron:

–Te bendigo en nombre de todo lo que es bueno y fuerte y bello, Antonio. Ten siempre la fuerza para vivir. Ama la vida, y si la desesperanza entra en tu corazón, búscame al anochecer cuando el viento esté tranquilo y se oiga el canto de las lechuzas en los montes. Estaré contigo...<sup>43</sup>

Para concluir, podemos decir que *Bendíceme, Última*, testimonia la existencia de múltiples cosmogonías y las valida, irónicamente, desde el principio de la incertidumbre. El hecho de que los diferentes personajes cuestionen la existencia de un Dios católico, mientras otros lo hacen respecto a los elementos paganos (un Dios carpa o la “presencia del río”), o el poder del curanderismo respecto al conocimiento oficial en el pueblo (el tratamiento médico o la bendición sacerdotal que no funcionan), encaja con el mito fundacional en los Estados Unidos de Norteamérica. El “caldero donde todo se funde” (melting pot) y donde todas las etnias con su respectiva cultura tienen algo que ofrecer; así, Rudolfo Anaya, por medio de una novela que posee rasgos híbridos (bildungsroman, pastoril y testimonial), logra hacer

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 365.

que se escuchen las otras voces y los otros saberes de la comunidad de origen mexicano, cuyo bagaje cultural radica tanto en la herencia indígena como en la hispánica. Se da importancia y validez al conocimiento intuitivo en un mundo secular que fácilmente descalifica otras formas de conocimiento.

Si la comunidad México-americana resulta subalterna respecto a la comunidad mayoritaria, testimonios como *Bendíceme, Última*, abren espacios y permiten el acercamiento por parte del “otro”, que considera a esta obra una joya de la literatura norteamericana con origen “hispano.”<sup>44</sup> Por otra parte, la diégesis expresada tiende un puente con la comunidad meta (la norteamericana) en el sentido de que se cree en la adaptación a los cambios por parte de las generaciones más jóvenes (el mito del hombre que se hace a sí mismo “self-made-man”): Eugene, Andrew y León, después de haber participado en una guerra, no pueden vivir más como “hijos de familia” ni hacer realidad los deseos de sus padres en un sistema económico en plena expansión. Ellos aspiran a vivir de manera independiente en una ciudad (Santa Fe, Nuevo México) y no proseguir con los sueños de campesinos y vaqueros de sus padres o considerar que California es la tierra de la que mana “leche y miel”.

Finalmente, podemos decir también que Anaya logra demostrar que lo que puede ser considerado ficción (imágenes, símbolos, sueños) son testimonio de una cultura que día a día se expande en territorio norteamericano, y que es posible pasar el rito de iniciación, atravesar el puente con una lechuza, sortear obstáculos cual carpa y vivir en el río de la vida.

<sup>44</sup> Aunque a lo largo del ensayo he demostrado las herencias mexicanas, empleo el término “hispano” por ser el utilizado en las comunidades de Nuevo México y Colorado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anaya, Rudolfo. *Bless Me, Ultima*. Estados Unidos, Warner Books, 1994. (Copyright 1972).
- \_\_\_\_\_. *Bendiceme, Última*. México. Coed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Ed. Grijalbo, 1992.
- Biedermann, Hans. *Diccionario de símbolos*. Ed. Paidós. Barcelona, 1993.
- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1999.
- Cuellar, Alfredo. "Perspectivas políticas", en Moore y J.A. Cuellar. *Los mexicanos de los Estados Unidos y el Movimiento Chicano*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1972.
- Ferguson, Charles. (Ed.) *Sociolinguistic Perspectives: Papers on Language in Society, 1959-1994*. Oxford University Press. USA, 1996.
- Fishman, Joshua A. *The Sociology of Language: An Interdisciplinary Social Science Approach to Language in Society*. Ed. Newbury House. E.U., 1972.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva. (Estudio de teoría narrativa)*. México, Siglo XXI y UNAM, 2002.
- Sánchez Valencia, Alejandra. *La repercusión del contacto de dos lenguas en la identidad chicana reflejada en su literatura: análisis de cinco obras*. UNAM, 1998. (Tesis de Maestría Estudios México-Estados Unidos. Asesor Dr. Axel Ramírez Morales).
- Villanueva, Tino (compilador). *Chicanos Antología histórica y literaria*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Colec. Tierra Firme. México, 1994 (3ª reimpresión, 1ª ed. Tierra Firme, 1980).

RAFAEL LÓPEZ:

## UNA SABIA IGNORANCIA Y UNA TIERNA FE

JOSÉ FRANCISCO CONDE ORTEGA\*

1

[ En 1928 aparece la *Antología de la poesía mexicana moderna*, firmada por Jorge Cuesta. Es tiempo de reflexión y de ajustar cuentas con el pasado. Y de inscribirse en una modernidad que parece exigirlo todo. Ser moderno es ser “actual”, palabra tan del gusto del autor de *Canto a un dios mineral*. Polémica desde su aparición, la *Antología...* fue, también, una manera no poco tortuosa de asumir posiciones ideológicas antagónicas y, posiblemente, antipatías personales. Una simple lectura de la nómina de poetas incluidos así lo demuestra. Un estudio detallado del asunto lo hace Guillermo Sheridan en la “Presentación” que hace a la edición de “Lecturas Mexicanas”.<sup>1</sup>

Desde luego, el prólogo de Jorge Cuesta y las notas a los autores incluidos dejan ver una posición estética y un gusto. La discusión a propósito del asunto sigue vigente. No es el propósito de estas líneas. Únicamente quiero señalar un aspecto que, por obvio, corre uno el riesgo de pasar por alto. El rigor crítico que ejercieron, los llamados más tarde Contemporáneos, en la obra de los poetas de las primeras dos partes no lo ejercieron con ellos mismos,

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Guillermo Sheridan, Presentación a Jorge Cuesta, *Antología de la poesía mexicana moderna*. p. 25. Interesante, sobre todo, por las estadísticas tomadas de Gabriel Zaid.

incluidos en la tercera. Así, un encono inexplicable –aparentemente– se deja ver en las notas a propósito de Maples Arce y de Rafael López.

La respuesta del estridentista es ya conocida. El autor de *Andamios interiores* estaba seguro que las líneas de presentación en la *Antología...* habían sido escritas por Ortiz de Montellano. Por eso su venganza fue refinada: en una antología que preparó Maples Arce en Europa, incluyó la traducción al francés, como poema representativo, un divertimiento del autor de *Avidez*. Lo de Rafael López puede ser más sutil. Se lee en la nota que antecede a sus poemas:

Rafael López surge, en la poesía mexicana, siguiendo en el tiempo y en el espíritu a los poetas llamados modernistas. La manera inicial de Darío reaparece en este poeta, y ciertas inflexiones de la voz de Nervo no están ausentes de su voz. También acuden a su poesía los temas del modernismo tratados de forma semejante, repetidos mejor que prolongados. Su obra viene a ser, pues, un comentario al modernismo. Apenas si algunos de sus poemas están tocados levemente –y como traducidos– por la niebla del simbolismo francés.<sup>2</sup>

Es decir, si el rigor crítico con la obra supone la posibilidad de la inclusión, ¿por qué incluir a un autor a quien se le van a regatear los atributos de modernidad y, sobre todo, actualidad?

Y no es todo. Sigue la nota:

Poeta de circunstancia, Rafael López ha cultivado con buen éxito inmediato, pasajero también, una suerte de poesía que, mejor que épica, debemos llamar heroica por sus ambiciones, tanto como por sus riesgos. Nuestra antología no puede dejar de nombrar este aspecto de la obra de López, pero no puede aceptarlo por impuro.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Op. cit., p. 84.

<sup>3</sup> Loc. cit.

¿En qué quedamos? Y sigue:

En un solo libro, *Con los ojos abiertos*, reunió las poesías que le han dado relieve entre cierto público, en México exclusivamente. Los poemas que esparce en las revistas no han añadido substancia a su obra anterior. Sus amigos riegan con ellos un recuerdo de personal amistad, más que de poesía personal.<sup>4</sup>

De este modo, de acuerdo con la exigencia enunciada en el prólogo, Rafael López no debiera estar allí. A menos que fuera sólo un pretexto para exhibirlo. Es —la inclusión— cuando menos una incongruencia. Es fácil advertir la malignidad con que están colocados los adjetivos. Para el sustantivo “éxito” deben convenir “inmediato” y “pasajero”; para “público”, “cierto”... Valdría la pena una lectura cuidadosa del prólogo de marras para confrontarlo con los poemas que integran la *Antología*... Estas líneas quieren seguir otro camino. Pero era necesario establecer este antecedente.

Años más tarde, otro miembro de Contemporáneos publica *Mil y un sonetos mexicanos*. Salvador Novo es su nombre. Y, desde luego, otro su propósito. Sin embargo, llama la atención que, de manera implícita, dada la dificultad, belleza y exigencia de la forma, considere a los poetas incluidos autores de altos méritos, tan sólo por haber alcanzado algo más que dignidad en el tratamiento de esa forma canónica y vital. Y en ese muestrario hay 14 poemas de Rafael López. De hecho, son 16 sonetos, si se considera que el poema a Hidalgo consta de dos sonetos, y dentro de la serie “Montañas guanajuatenses” también se incluyen dos, éstos con título particular.

Novo coloca los poemas de Rafael López en seis de los apartados en que divide la antología. En “Amor” registra cuatro; en “Épica”, cuatro; en “Funeraria”, uno; en “Naturaleza, paisaje, ambiente”, 2; en “Mística y religiosa”, uno, y en “Varia”, dos. Esto, más que un afán estadístico, puede significar cierta respuesta

<sup>4</sup> Loc. cit.

a las opiniones de Cuesta (o de quien haya escrito la nota), pues del poeta “impuro” hay una buena cantidad de poemas que pueden señalar alguna vigencia.

Valdría la pena citar uno de los sonetos incluidos:

#### HUELEN TUS DIECIOCHO AÑOS

Huelen tus dieciocho años a mejorana;  
en las mejillas tienes rosas de abril,  
y en tus labios untados de miel y grana  
el engaño se oculta como un reptil.

Tus ojos, con la piedra de la obsidiana,  
aguzan dos venablos en tu perfil.  
Y eres blanda y jugosa como la anana,  
y como el oro bella, preciosa y vil.

Al mirar el gusano tras de la vana  
mariposa brillante de alas de añil,  
más esclava que nunca, la bestia humana

avanza su monstruoso belfo febril,  
a tus años, que huelen a mejorana,  
a tus mejillas –frescas rosas de abril.<sup>5</sup>

Este soneto es uno de los tres poemas de Rafael López que incluye Cuesta en su *Antología...* Asuntos de edición aparte – en el libro de Cuesta hay un guión largo que no aparece en la versión que ofrece Novo–, es fácil advertir que el poema es un soneto en metro dodecasílabo, con rima consonante según el esquema ABAB ABAB ABA BAB. Es decir, existe un esfuerzo mayor para distribuir la rima en esquema nada convencional, donde la consonante se repite hasta la extenuación. La herramienta del poeta es la amplitud del léxico. Es cierto, un tanto rebuscado, pero de acuerdo con su herencia modernista.

<sup>5</sup> Salvador Novo, *Mil y un sonetos mexicanos*, p. 23; Jorge Cuesta, Op. cit., p. 85-6.

Por otra parte, sus recursos de construcción hacen énfasis, en los tercetos, en el encabalgamiento, lo que dota al poema de un ritmo acelerado. Y en los niveles retórico y semántico, los elementos que atañen al tenor femenino se oponen a los del masculino, quien es el “yo” poético. Esto da como resultado un tono de suave lujuria, de condescendiente lascivia, pues la mujer engaña y el varón seduce. Y si bien los tropos pertenecen a la tradición, ciertas palabras no canónicamente poéticas (vil, reptil, belfo, por ejemplo) anuncian una voluntad de ir más allá del lugar común: esperan la cimentación de otra estética. Debe recordarse que el poema pertenece a *Con los ojos abiertos*, de 1912, y prácticamente el único poemario publicado por Rafael López. Más adelante se tocará este aspecto.

Por último, si de inclusiones se trata, un poema de Rafael López –“Filial ofrenda”–, dedicado “sobre la tumba del poeta Jesús E. Valenzuela”, aparece en *El Parnaso Mexicano*. Antología completa de sus mejores poetas con numerosas notas biográficas. Es el tomo primero y el trabajo lo realizan el Licenciado Adalberto A. Esteva y José Pablo Rivas. Una línea, por demás significativa, es la nota biográfica dedicada a Rafael López: “El más vigente y galano de los vates del último barco.”<sup>6</sup>

## 2

Rafael López nació en Guanajuato, Gto., en 1873, y murió en la ciudad de México en 1943. Sin embargo, en la nota introductoria de la curiosa edición de *La bestia de oro y otros poemas*, se da como fecha de nacimiento el 4 de diciembre de 1875.<sup>7</sup> Es posible que el dato sea una más de las erratas que aparecen en la, brevísima, nota.

<sup>6</sup> Adalberto A. Esteva y José Pablo Rivas, *El Parnaso Mexicano*, p. 256.

<sup>7</sup> Rafael López, *La bestia de oro y otros poemas*, p. 5.

Abandonó los estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Editó la revista, con Manuel de la Parra y Liborio Crespo, *El Arte*, en Guanajuato. Fue profesor de la Escuela Nacional de Maestros, director del Archivo General de la Nación (1920-43) y del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional (1936). Colaboró en la *Revista Moderna*, *Nosotros*, *Savia Moderna* y *Revista de Revistas*, así como en los diarios *Excelsior* (con el seudónimo de Lázaro P. Feel, anagrama de su nombre),<sup>8</sup> *El Nacional*, *El Universal* y el semanario *El Mundo Ilustrado*.

Existe un listado de libros del poeta, aunque no todos se puedan localizar: *Vitrales patricios* (1911), *Con los ojos abiertos* (1912), *Poemas* (1914), *Salvador Díaz Mirón. Poesías. Estudio crítico* (1924), *Prosas transeúntes* (1924), *La bestia de oro y otros poemas* (1941), *Poemas* (1941), *Obra poética*. Selección y nota de Alfonso Reyes (1957), *Crónicas escogidas* (1970), *La Venus de la Alameda. Antología de Rafael López*. Prólogo, selección y notas de Serge I. Zaïtzeff (1973) y *Obra poética* (1990). En 1910 su poema “El idilio de los volcanes” obtuvo la Flor Natural en los Juegos Florales del Centenario.

Hacia 1901 llega a la capital y se incorpora al grupo de la *Revista Moderna*, de la que, a juicio de Alfonso Reyes, fue el último poeta:

Tiene el don de la técnica. Es, sobre todo, maestro del color y del ritmo; pero flaquea, por momentos, la solidez de su construcción: a veces tolera el ripio modernista... (Pero) salvo salvo ciertos pecados oratorios (...) alcanza una fuerza no frecuente en nuestra poesía.<sup>9</sup>

Afirma el autor de *Irás y no volverás que* “el parnasismo, la admiración por Nervo, Darío y el Santos Chocano de *Alma*

<sup>8</sup> Más adelante se verá el porqué de esto.

<sup>9</sup> Citado por José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo*, t. 2. p. 105.

*América* (1906) estimularon a Rafael López a buscar temas de historia mexicana.<sup>10</sup> Así,

junto a los textos patrióticos que sentaron la pauta del tipo de composiciones premiables durante muchos años, escribió páginas que evocan la atmósfera 'decadente' del novecientos y algunas composiciones íntimas y amorosas como "Venus suspensa", que muestran una asimilación profunda del influjo de López Velarde.<sup>11</sup>

El estudioso Serge I. Zaitzeff ubica al poeta guanajuatense en la "segunda fila" dentro del Modernismo mexicano.<sup>12</sup> Más adelante, una opinión levemente contradictoria destaca la importancia que Rafael López tuvo en su momento:

Hoy día pocos lo recuerdan, aunque es innegable que en su época gozó de la admiración y del cariño de todos los escritores de importancia en México, no sólo por sus virtudes personales sino también por su genio literario.<sup>13</sup>

Creo que la visión es un tanto edulcorada, por más que sea cierto que tuvo mucho que ver en el ambiente literario, razón por la que, tal vez, haya tenido más de una diferencia con Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Escribe Zaitzeff:

No hay periódico o revista en México durante los primeros veinticinco años de este siglo (XX) que no tenga en sus páginas alguna poesía o prosa de este autor. Su obra, abundante y valiosa, desgraciadamente ha sido algo olvidada.<sup>14</sup>

Después nos dice el investigador que la edición que preparó de la obra del autor de *Con los ojos abiertos* (en verdad valiosa) "ayude en parte a divulgar alguno de sus escritos y a darle el

<sup>10</sup> Loc. cit.

<sup>11</sup> Loc. cit.

<sup>12</sup> Serge I. Zaitzeff, *La Venus de la Alameda. Antología de Rafael López*. Prólogo. p. 7.

<sup>13</sup> Loc. cit.

<sup>14</sup> Loc. cit.

sitio que merece en las letras mexicanas.”<sup>15</sup> ¿Acaso un lugar en la segunda fila?

Un retrato de Rafael López, un poco más cercano a la realidad del ambiente literario de la época, puede leerse en la correspondencia entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.<sup>16</sup> Éste, en una carta fechada el 16 de enero de 1908, ofrece un primer esbozo de un itinerario de desencuentros: “Rafael López está marcado por cierta tristeza que no es sino el divorcio de su espíritu con todos los credos de su pasado inmediato...”<sup>17</sup> Y se ha asociado con “tendencias más jóvenes que él.”<sup>18</sup>

Una de estas “tendencias” es la de los Estridentistas. Escribe Zaitzeff a propósito:

Se le reconoce su valor de escritor al ofrecérsele un sillón en la Academia Mexicana de la Lengua el 17 de agosto de 1923. Aunque López acepta con entusiasmo el nombramiento, más tarde cambia de opinión y provoca un famoso escándalo. Es evidente que su amistad con los estridentistas tiene mucho que ver con esta nueva actitud. Pese a que su obra misma no se adapta a los nuevos credos literarios, López encuentra sumamente interesantes los experimentos de los jóvenes. Los rebeldes defienden elocuentemente al “tan querido maestro de la juventud” y lo proclaman uno de los suyos. Admiran en él su espíritu de rebeldía e inconformidad.<sup>19</sup>

Encuentros y desencuentros; posiciones distintas, no pocas veces irreconciliables a propósito de la literatura, el arte en general y la política; enconos personales, y, en fin, toda la serie de elementos humanos que conforman una realidad social en cualquier momento. Y éste era un momento decisivo para la vida del país.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>16</sup> Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia 1907-1914*. Edición de José Luis Martínez.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>19</sup> Serge I. Zaitzeff, *Op. cit.*, p. 10.

México se estaba (re)construyendo una vez más. Y, en cierta medida, los escritores han sido un no siempre falible modo de acercarse a la temperatura de los tiempos. Y de las influencias de los grupos de poder.

Pedro Henríquez Ureña le dice a Alfonso Reyes, en una carta fechada el 29 de octubre de 1913, que hay “influencia en el gusto literario. Influencia de los poetas modernistas (Nervo, Urbina, Olaguíbel, Urueta) en la Preparatoria y de Rafael López en la Normal”.<sup>20</sup> Y va más allá cuando habla de “Rafael López y un grupito de ignorantes chicuelos que se forma en *Novedades*.”<sup>21</sup> Y el 11 de noviembre de ese mismo año, el erudito dominicano le dice al autor de *Visión de Anáhuac*:

Rafael López está protegiendo a sus discípulos normalistas, y les publica el *Nosotros*, que ellos regalan, y les publicará tres tomos de versos. De los escritores del Ateneo no se acuerda, ni siquiera de Parrita. Así paga el cortesano.<sup>22</sup>

Casi un año después, en una carta fechada en La Habana, el 17 de agosto de 1914, Henríquez Ureña desata su ironía –y su consideración que como poeta le merecía Rafael López: “Hubo, en fin, otra poesía homenaje de Agustín Acosta, modernista de certamen, especie de Rafael López, que sería igual a éste si dispusiera de igual erudición de imaginería.”<sup>23</sup>

El 24 de agosto de 1914 Reyes le escribe a Henríquez Ureña desde París. La carta deja ver cómo se habían desatado las hostilidades. En una suerte de disculpa dice el autor de *Ifigenia cruel*:

Tú eras perseguido en México, y un elogio mío como el que tú me mereces, te habría causado mal. Rafael López hubiera procurado para ti algún mal definitivo.<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Op. cit.*, p. 228.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 230.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 241.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 437.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 454.

Por fin, en una carta desde La Habana, con fecha de 13 de septiembre de 1914, Henríquez Ureña escribe:

No creo mucho en tus razones de que había querido hacerme *males* en México. Exageras. ¿López? Estás dando efecto retroactivo a las cosas, puesto que su cobarde enemistad se manifestó apenas a mi salida.<sup>25</sup>

Creo que una apreciación más justa de Rafael López y su obra es considerar las posibilidades de la controversia. Esto puede ofrecernos un cuadro más vivo de la personalidad y de la obra. Así, una de sus facetas fue la comprensión de las nuevas tendencias. Aparte de los estridentistas, López se incorporó a otro grupo que nace después de la Revolución Mexicana, el agorismo, fundado en 1929,<sup>26</sup> que abogó por un arte comprometido. Los agoristas rechazaron el ideal estético de los Contemporáneos para hacer una literatura con propósitos sociales. ¿Una forma de explicar el encono de Jorge Cuesta?<sup>27</sup> Otro grupo con ideas semejantes es el Bloque de Obreros Intelectuales. Y aunque simpatizaba con esa forma de ver el mundo, su obra está alejada de la aventura formal de estos grupos. Y lo alejó de la consideración de los Contemporáneos. Y tal parece que esto lo afectó realmente.

En estricto sentido, Rafael López pertenece al grupo de modernistas mexicanos. Comparte con ellos algunos de los ideales estéticos, en particular el interés por la forma en cuanto a la revitalización de metros y ritmos, y la apropiación de un léxico amplio y no pocas veces opulento. Su poesía está dotada de plasticidad y vigor. Asimila las aportaciones de Darío, Lugones, Díaz Mirón, Santos Chocano y López Velarde para buscar una propuesta personal. Es posible que, por sus logros, establezca

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 469.

<sup>26</sup> V. Serge I. Zaltzeff, *Op. cit.*, p. 12.

<sup>27</sup> V. *supra*.

un puente entre la última generación modernista y la novedad de López Velarde y José Juan Tablada.

Creo que su arriesgue mayor está en la idea de mexicanidad que asumió como un problema ético. Y no solamente en la historia y geografía mexicanas. Poemas sobre los grandes personajes del pasado –aun prehispánico– y algunos lugares del territorio nacional son una buena muestra de ello. También, en muchos poemas y prosas, Rafael López ofreció –ofrece todavía– su visión del tiempo que le tocó vivir. Algunos de sus textos en verso son verdaderas crónicas de un México vivido hasta sus últimas consecuencias. Con fervor y pasión. Con la necesaria complejidad de un espíritu atento y sensible.

### 3

Uno de los proyectos que marcan su obra es el de la revista *Savia Moderna*. De ésta, en 1906, aparecieron 5 números, aunque el estudioso Miguel Capistrán afirma que hay un sexto, desaparecido. Con una buena dotación de recursos, aportados principalmente por un buen golpe de la fortuna de Alfonso Cravioto, y un buen plan de suscripciones y ventas, más el aporte de artistas plásticos, la publicación, no obstante, fue un mal negocio y tuvo que desaparecer.

No obstante, aparece en un momento crucial para las letras mexicanas y su aporte significa un despertar y un avance. Con la *Revista Moderna de México*, sus fundadores se involucran en la reivindicación de la figura de Manuel Gutiérrez Nájera, pues Manuel Caballero, con su *Revista Azul*, pretendida continuación de la del Duque Job, había despertado el avispero.<sup>28</sup> Después de *Savia Moderna*, el Ateneo de la Juventud, los ciclos

<sup>28</sup> V. mi estudio sobre esta revista en el número anterior de *Tema y variaciones de literatura*.

de conferencias, conciertos y reflexiones en torno a la literatura, y al arte en general, serán señal de una idea de modernidad que, ahora, a principios del siglo XXI, debemos seguir discutiendo.

Jesús T. Acevedo, Luis Castillo Ledón, Ricardo Gómez Robelo, Eduardo Colín, Roberto Argüelles Bringas, Alfonso Cravioto y Rafael López son algunos de los nombres que dieron sentido a esta aventura estética y editorial. Desde la calle 5 de mayo, un grupo de jóvenes vio una ciudad y sintió un compromiso. Los jóvenes Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Diego Rivera compartieron el asombro y el ensueño. Y templaron el ánimo de todos. Y el de Rafael López.

Para la edición de *Poemas*, de Editorial Cultura, Alfonso Reyes escribe un emocionado recuento, a partir de los textos de Rafael López, de esa aventura y de ese tiempo. Después, en 1957, la Universidad de Guanajuato reproduce la edición, el texto de Reyes y la presentación del propio Rafael López, del mismo modo que publicación, del mismo material, en la colección “Lecturas Mexicanas”. Aún más, en 1941 aparece un curioso libro de López, casi una plaqueta con el título de *La bestia de oro y otros poemas*.<sup>29</sup> Y aquí está, de manera más ostensible, la idea de mexicanidad del poeta, en su poema “La bestia de oro”.

## 4

“La bestia de oro” es un poema contra la sed explotadora de los gringos. Aparece en *Con los ojos abiertos*, en 1912. En la edición en libro, *La bestia de oro y otros poemas*, los otros poemas son “La vendedora de flores” y “Guadalajara”. El primero, publicado en *El Mundo Ilustrado* en 1908; el segundo, en *El Universal*, en 1921.<sup>30</sup> ¿Por qué publicó Rafael López “La

<sup>29</sup> V. la bibliografía al final del trabajo.

<sup>30</sup> V. Serge I. Zaïtzeff, *Op. cit.*, notas 7 y 21.

bestia de oro” aparte? Quizás porque pensó, en plena madurez y a dos años de su muerte, que ese poema reunía su visión estética y su concepción del mundo.<sup>31</sup>

A este respecto vale la pena citar a Alfonso Reyes:

La musa de Rafael López no se avergüenza de ser patriótica, hasta un tanto ingenua y oratoria a ratos, ni temía dejarse rodar un poco por la antigualla modernista (demos a las cosas su nombre, sin intención aviesa), segura de salir adelante con ese firme tranco que la llevaba como por declive natural hasta el término feliz de cada poema.<sup>32</sup>

Y como para todo debe haber una razón, Alfonso Reyes lo entiende como imperativo epocal y como razón de ser:

Aquí no hay derrota, no hay dejación ante los desafíos cotidianos. Gran lección, hoy que se intentan tantos artificios para atrapar la voz auténtica, la que se da y no se pide, la que se posee y no se busca; hoy que se confiesan tantos desalientos aun antes de entrar en la liza. Ser poeta era por entonces –además de labrar los versos en mármol, en oro y en marfil–, sentirse valiente y superior a todas las bajas ambiciones.<sup>33</sup>

Creo que esto es “La bestia de oro”. Sentirse “valiente y superior a todas las bajas ambiciones.” Cierto, ahora puede sonar un tanto ingenuo; pero que hay que pensar en el tiempo, no con piedad, sino con la dolorosa certidumbre de que el coloso del norte estaba avanzando en el dominio del mundo; y que en América se había formado un modo de conciencia latinoamericana. Martí había publicado *Nuestra América*; Bolívar, una idea de solidaridad. Y José Enrique Rodó ya había advertido, en *Ariel*, el peligro de que no se iban a conformar

<sup>31</sup> La edición de *La bestia de oro y otros poemas* que yo poseo no tiene fecha de edición. El dato, 1941, lo ofrece Humberto Musacchio

<sup>32</sup> Rafael López, *Obra poética*. Prólogo de Alfonso Reyes, p. 12. En adelante voy a citar por esta edición, que es la de “Lecturas Mexicanas”.

<sup>33</sup> Loc. cit.

–los gringos– con arrebatarse lo físico, sino que iban a buscar hacerse dueños de nuestra sensibilidad.

Escibe Zaitzeff:

La amenaza de Estados Unidos, tema de resonancias continentales, sedujo a López en uno de sus poemas más conocidos: “La bestia de oro”. Como Darío, el poeta mexicano ensalza el ideal latino frente a los peligros del imperialismo y del materialismo. Afirma que la patria debe mantenerse honrada y no venderse al gigante del norte. Aunque el tema mismo no es original, López logra infundirle un vigor impresionante. Su patriotismo se expresa con fervor, sinceridad y elocuencia, Hay que reconocer, sin embargo, que en estos poemas de sabor histórico se acusa la influencia de otros poemas como Díaz Mirón, Chocano y Darío.<sup>34</sup>

¿Cuál es la andadura de “La bestia de oro”? El poema consta de 74 versos alejandrinos, dispuestos, éstos, de la siguiente manera: doce quintetos y un soneto. Es decir, los últimos 14 versos funcionan como una coda. Los quintetos mantienen una unidad, pues los versos riman, de manera consonante, el primero con el tercero y el cuarto; y el segundo con el quinto. El soneto final, también con rima consonante, tiene, en los cuartetos, el modo serventesio, pues su esquema es ABAB, y los tercetos siguen el esquema CDC y DCD. Esto como una somera descripción.

¿Por qué es importante advertir lo anterior? Para percatarse de la idea de la construcción, de la exigencia formal del poeta. Es decir, dado que el asunto del poema es de suyo difícil, hay que abordarlo dentro de un canon que limite y abra la posibilidad al juego de la imaginaria; que se busque un equilibrio entre fondo y forma; que se advierta que el poeta no es un improvisado. Después el lector dará su veredicto. Pero el trabajo ha sido arduo.

Por otro lado, las herramientas del poeta son vastas. En el nivel fonológico y morfosintáctico, abundan los hipérbatos, encabalgamientos, aliteraciones...; en el nivel semántico, las

<sup>34</sup> Serge I. Zaitzeff, *Op. cit.*, p. 15.

alusiones, comparaciones, digresiones y tropos, como la metonimia, la sinécdoque y la metáfora, ya sea por comparación o por alusión. Todo esto para construir un discurso en el que el léxico, amplio y preciso, logre establecer una comunicación duradera. Por eso los adjetivos están bien calculados, pues ofrecen una visión, para el lector, amplia y suficiente para no perderse en el poema. Dice la primera estrofa:

La tierra adonde el Bóreas rugiente se camina  
y el indio mar engolfa sin tregua sus espumas  
para besar un flanco de la morena ondina;  
allí donde una máxima flor de herencia latina  
fue regada con sangre de nobles Moctezumas;<sup>35</sup>

Y es el tono del poema. Un alegato contra el poderoso enemigo tiene que expresarse, en este tiempo, de esta manera. Después vendrán los cantos de Ernesto Cardenal y de Efraín Huerta. Ahora es el tiempo —el de Rafael López— de utilizar sus propias herramientas discursivas. Las alusiones son claras. Por un lado, la herencia latina, por ejemplo, producto de la educación de su momento histórico; por otro, la utilización de palabras que aluden directamente al asunto del poema. Es cierto que el poema requiere un estudio pormenorizado, lo que no es el propósito de estas líneas. Pero sí llamar la atención sobre el texto y la recepción que tuvo en su momento. Así, vale la pena citar el soneto con el que concluye el poema:

Popocatépetl, cumbre paterna, que se rompa  
tu frente en el fracaso de una explosión sin fin,  
y la ciudad destruya, y el árbol, y la pompa  
de nuestro valle espléndido como un vasto jardín.

Que el sol, en los caminos del cielo, se corrompa  
sobre la tumba hollada de Hidalgo, el Paladín,

<sup>35</sup> *ibid.*, p. 115.

y hurgue el chacal inmundo con su siniestra trompa  
la tierra, brava madre del gran Cuauhtemotzin.

Que se vuelquen los mares, que estalle una de aquellas  
catástrofes que avientan los montes de revés;  
que abra los cielos una tempestad de centellas;  
que cave hondos abismos la tierra a nuestros pies,  
antes que ver las barras con las turbias estrellas  
flotar sobre el antiguo palacio de Cortés.<sup>36</sup>

Limpia execración.

En la presentación de *Poemas*, escribe Rafael López:

Van aquí poemas de juventud que hoy contemplo yo mismo con  
asombro, como si los hubiera escrito tras una nube, con una sabia  
ignorancia y una tierna fe. Van aquéllos en los que he deseado  
trasladar lo que para mí es la tierra, la tradición, la Patria, porque  
he sentido correr por mis venas la sangre antigua Y agitar mis  
cabellos el viento heroico de la montaña natal.<sup>37</sup>

Éste es el compromiso en el que debe creerse. Díaz Mirón estaba  
seguro de que ser sincero es ser potente. Y López Velarde no  
creía en una poesía que no naciera de la combustión toda de los  
huesos. Rafael López creía en esa “sabia ignorancia y esa tierna  
fe.”

Ciudad Nezahualcóyotl/UAM-A, verano del 2006.

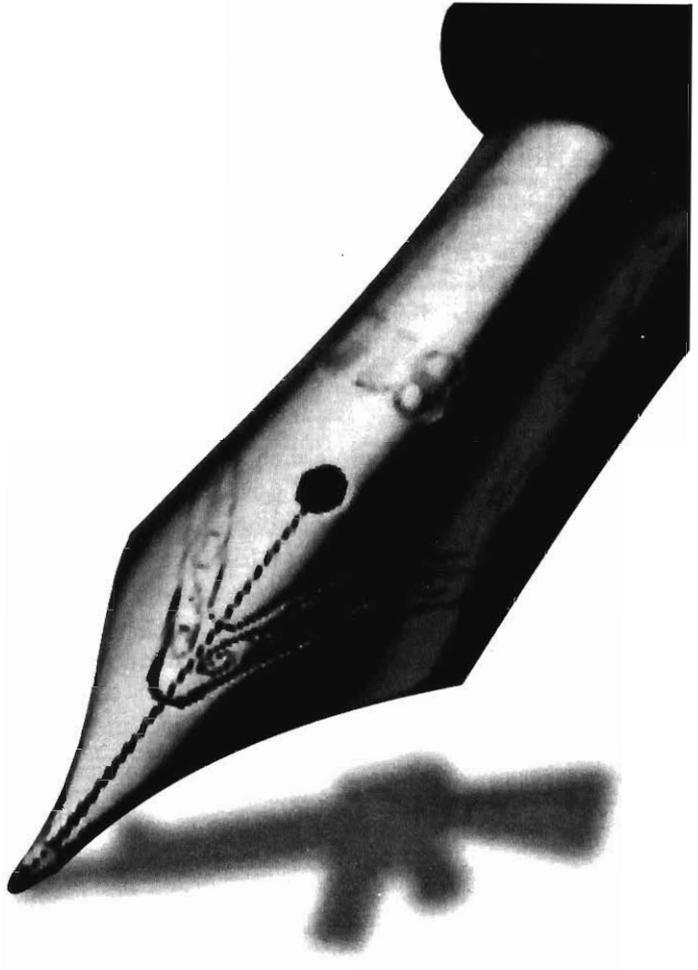
<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 16.

## BIBLIOGRAFÍA

1. Cuesta Jorge. *Antología de la poesía mexicana moderna*. México, FCE/SEP, 1985, 247 pp. (Lecturas Mexicanas, 99)
2. López, Rafael. *La bestia de oro y otros poemas*. México, Libros Mexicanos, s/f, 48 pp.
3. --\_\_\_\_\_. *Obra poética*, México, CONACULTA, 1990. 180 pp. (Lecturas Mexicanas; Tercera Serie, 4)
4. \_\_\_\_\_. *Poemas*. México, Editorial Cultura, 1941. 196 pp.
5. \_\_\_\_\_. *La Venus de la Alameda. Antología de Rafael López*. Prólogo, selección y notas de Serge I. Zaitzeff. México, SEP, 1973. 186 pp. (Septentinas, 77)
6. *Mil y un sonetos mexicanos*. Selección y nota preliminar por Salvador Novo. México, Porrúa, 1985. 253 pp. ("Sepan cuántos"..., 18)
7. Pacheco, José Emilio. *Antología del modernismo*. T. 2. México, UNAM, 1970. 180 pp.
8. Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia, 1907-1914*. Edición de José Luis Martínez. México, FCE, 2004. 537 pp. (Biblioteca Americana)





TESTIMONIOS
TESTIMONIOS
TESTIMONIOS
TESTIMONIOS



## DON GERMÁN LIST ARZUBIDE: EL ÚLTIMO ESTRIDENTISTA (Una entrevista con el escritor)

ALEJANDRO ORTÍZ BULLÉ GOYRI\*

[ En este nuevo siglo podríamos recuperar muchos de los versos de la poesía de don Germán List Arzubide<sup>1</sup> y, sin retorcerlos mucho, verificar en ellos su presencia siempre actual en el México literario. Así, también, podrían valorarse muchas de sus acciones en la vida pública nacional en los primeros años del siglo XX, en las que tomó parte activa don Germán, y reconocer en él no sólo al joven poeta, al intelectual de la vanguardia, sino, sobre todo, al hombre que en sí mismo fue un testimonio fiel de la vida cultural, artística y política del México del siglo XX.

Nada envejece más rápidamente que lo nuevo, y en efecto, muchas de las baterías de vanguardia que el estridentismo emplazó para destruir las líneas enemigas de los “lamecazuelas literarios” de los veinte, pueden resultar absolutamente inútiles, innecesarios, pero no todo lo que hizo y deshizo el estridentismo ha perdido su validez. Con el paso del tiempo, que todo lo decanta, que todo lo limpia y purifica, van permaneciendo líneas,

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Germán LIST ARZUBIDE (1898-1998) N. en Puebla, Pue. Hizo estudios en su ciudad natal. Se incorporó en 1913 al batallón de Paz y Trabajo al mando del coronel Gabriel Rojano, del que fue secretario particular. Después de varias aventuras en el frente de batalla revolucionario, regresa a Puebla en donde funda las revistas *Vincit y Ser*, que divulgaron entre el magisterio la poesía modernista y simbolista. En 1923, inicia junto con otros artistas e intelectuales (Manuel Maples Arce, Luis Arqueles Vela, Germán Cueto, etcétera) el movimiento estridentista. En 1926-1927, apoyados por el general Heriberto Jara, fundan en Xalapa, Veracruz, la revista *Horizonte* y

frases, versos, imágenes, recuerdos, leyendas que, con su paso por el mundo, algunos creadores alcanzan a dejarnos. Tal es el caso del legendario y último veterano de las refriegas de la vanguardia mundial, don Germán List Arzubide. Y para muestra, esta cita casi al azar de alguno de sus poemas:

En esta hora de calcomanía  
Deshilvanada  
Las manos de la risa  
Están sembrando alas<sup>2</sup>

O, qué tal, estas inmortales líneas con las que List abrió fuego en su libro *El movimiento estridentista*, publicado en 1926, en Estridentópolis, y que formaba parte de la “primera declaración de List Arzubide, en 1923”:

Hora de las “botas siete leguas” y el “caballo con alas”, te perfumas con gasolina y sabes la locura del sol. Volamos en aeroplano y sobre las cabezas doloridas de tedio, cantamos con la fuerza de la hélice que rompe las teorías de la gravedad; somos ya Estridentistas y apedreamos las casas llenas de muebles viejos de silencio, donde el polvo se come

---

editan libros de literatura y obras dramáticas. En 1929, participó en Frankfurt en el Congreso Antimperialista. Viajó después a la URSS y posteriormente a Francia en donde tuvo amplio contacto con las vanguardias soviéticas y europeas. En 1934, crea con ex miembros del movimiento estridentista y con Lola Cueto, Angélica Beloff y otros, el movimiento de teatro guiñol en México. Su libro *Práctica de educación irreligiosa* (1934) causó enorme polémica entre el clero, los conservadores y la gente de izquierda. Autor de obras para teatro infantil y radiofónico. Es creador de *Comino*, personaje típico del teatro guiñol mexicano. Es autor de libros de ensayo, cuentos y poemas. Ha recibido un gran número de reconocimientos, entre los que destaca el Premio Nacional de Periodismo Cultural 1983.

Obra dramática.- *Las sombras* (1932); *El nuevo diluvio* (1932); *El último juicio* (1932); *Comino vence al diablo*, *Comino va a la huelga*, *Comino va a la luna*, *Comino en el país de los holgazanes*, *Lávate la boca*, *Comino, Petróleo para las lámparas de México* (193?), así como una cincuentena de piezas radiofónicas que relatan la historia de México.

<sup>2</sup> List Arzubide, Germán, “Silabario”, *Poemas Estridentistas*, México, Editores Mexicanos Unidos, pp. 28-29, 1986.

los pasos de la luz; las moscas no pondrán su ortografía sobre nuestros artículos porque después de ser leídos, servirán para envolver la azúcar (*sic*) y nosotros, erizados de minúsculos rayos, iremos dando toques a los enfermos de indolencia.<sup>3</sup>

Por cierto, el mismo libro sobre el movimiento estridentista es una de las obras más notables que podamos contar en la literatura mexicana, que pudiera clasificarse como literatura testimonial, que nos ofrece una revisión de la estética y de la conjunción de lenguajes artísticos propias del estridentismo. El libro *El movimiento estridentista* es así una obra básica para quien desee adentrarse en las entrañas de aquellos gloriosos años veinte mexicanos, que todavía tienen mucho qué decirnos.

Pero más allá de la centuria de don Germán, no todo fueron fuegos de artificio literario; él y la mayoría de los integrantes históricos del estridentismo, como Germán Cueto, Alva de la Canal, Leopoldo Méndez, Arqueles Vela, Salvador Gallardo, entre otros, sabían que el movimiento sería efímero y que se trataba tan sólo de una estrategia. Lo importante era que el arte y la consecuente labor del artista resultasen herramientas para el cambio social, para reivindicar un mundo y una sociedad más justa y humana. De ahí que a muchos de ellos los veamos después, no precisamente arrellanados en mullidas poltronas de héroes literarios, sino participando en movimientos sociales, en huelgas o como miembros de las brigadas en las misiones culturales, o combatiendo con sus propios útiles al fascismo, promoviendo el teatro como experiencia educativa y de reflexión social, realizando series radiofónicas o simplemente como maestros de escuela.

Así, bajo ese perfil, es que comenzamos a valorar la obra de don Germán List Arzubide, como promotor teatral y, desde luego, como dramaturgo. Si bien mi admiración al estridentismo ha sido

<sup>3</sup> List Arzubide, Germán, *El movimiento estridentista*. México, SEP (Lecturas Mexicanas, 2ª Serie, # 76) 1987.

de toda la vida, cuando descubrí su labor teatral —en especial la de don Germán—, me percaté que había que investigar y recuperar esa parte sustancial de la vida teatral mexicana del siglo XX, la relativa a las vanguardias.

No hablaremos aquí del teatro que los Estridentistas hicieron ni de la obra de List Arzubide, porque precisamente ese fue el motivo de la entrevista que tuvimos la suerte de realizar Tania Barberán<sup>4</sup> y yo, hace ya más de diez años y en la que relata aspectos, si no desconocidos de su vida y su obra, sí muy reveladores de su personalidad y trayectoria dentro del panorama de la cultura mexicana del siglo XX, de la que él fue un indiscutible protagonista.

En este nuevo siglo, más allá de los deslumbramientos y los cantos de sirenas de la modernidad, creo que habría preguntado otras cosas más intrascendentes y a la vez más interesantes, por lo menos para mí.

He aquí un bosquejo de un posible cuestionario por si acaso vuelvo a encontrarme con don Germán List Arzubide. No importa que ya se haya muerto llevándose auestas sus más de cien años, su orgullo de haberle tocado ser el último de los artistas de las vanguardias históricas y de no haber menguado nunca sus ímpetus iconoclastas. Me lo encontraría quizás en un café de nadie cualquiera —de los que ahora abundan en la ciudad— y sin más le preguntaría directo y a bocajarro, como quien dice:

—¿En El Café de Nadie, de la avenida Jalisco, servían buen café?  
¿No habrá sido mejor, mucho mejor, el que se bebía en Estridentópolis?

—¿También asistían al salón Bach?, ¿o tenían alguna cantina predilecta por su cercanía con la estética estridentista?

<sup>4</sup> Tania Barberán es actualmente maestra en lingüística aplicada y profesora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Por entonces realizaba su tesis de licenciatura sobre el Teatro del Murciélago, de Luis Quintanilla, mientras yo comenzaba a sondear los terrenos de la vanguardia teatral mexicana para una futura tesis doctoral.

–¿De los pintores Estridentistas –Germán Cueto, Alva de la Canal, Charlot– alguno de ellos pintó murales en alguna pulquería?

–¿Nunca pensaron seriamente en crear una real escuela de arte estridentista? ¿Una suerte de Bauhaus a la mexicana?

–¿Los travestis de entonces no podrían haber sido una más de las estilizaciones Estridentistas?

–¿De veras no había homosexuales ni transexuales en el movimiento?

–¿Cuándo se subió por primera vez a un aeroplano? ¿De dónde a dónde viajó?

–¿En su estancia en la Unión Soviética nunca tuvo alguna crítica seria al régimen de Stalin?

–¿Qué tanta influencia e importancia tuvieron los Estridentistas de los años veinte en la configuración de la LEAR en 1934?

–¿Les gustaba a los Estridentistas el Himno Nacional? ¿No hubiera sido mejor cambiarle por lo menos la letra? ¿O al menos introducirle algunos elementos jazzísticos?

–¿Alguna vez los Estridentistas trabajaron como publicistas, como lo hicieron algunos miembros de Contemporáneos?

–¿Qué le gustaba o qué le disgustaba del teatro de revista?

–¿En 1947, asistió al estreno de *El Gesticulador*, de Rodolfo Usigli?

–¿Con tantos ires y venires de la historia del siglo XX y con la de su propia vida, ¿cree todavía en la dictadura del proletariado? ¿Cree en la democracia?

Serían esas preguntas y otras más que para entonces se me habrán de ocurrir.

Las palabras de don Germán List Arzubide, las anécdotas y algunos admirables momentos biográficos hacen de esta entrevista inédita un material valioso en los ámbitos testimoniales, pero, sobre todo, creo que por lo que expone nuestro entrevistado,

es una fuente valiosa para profundizar en el estudio y valoración del movimiento estridentista y de sus protagonistas.

Por lo pronto, he aquí la transcripción de la entrevista a don Germán List, el último estridentista, realizada en febrero de 1992, por Alejandro Ortiz Bullé Goyri y Tania Barberán:

*Si dentro de 100 o 200 años alguien lee alguno de mis libros y se  
estremece como yo lo hice,  
o siente gotear la sangre en su ser,  
entonces me habré salvado para toda la vida.*

G. L. A.

**ALEJANDRO ORTIZ.-** ¿Qué contacto real tenían los Estridentistas con las vanguardias artísticas europeas?<sup>5</sup>

**GERMÁN LIST ARZUBIDE.-** De allá viene en realidad.

**A.O.-** ¿Cómo fue que siendo tan jóvenes tenían esa información?

**LIST.-** En un momento dado, esas vanguardias se extendieron por el mundo. Y llegaron... Como si hubiéramos estado esperando a estas vanguardias. Hubo un momento en el mundo de gran cansancio. ¿Sabe? De que se repetían, se repetían, hasta que inclusive había llegado a cierta perfección. Se habló mucho, sobre todo en el país, y en Francia, y en todos esos lugares de la bella época, en que sintieron todos que habían conseguido ya una perfección, y que sentían también que ya de ahí no valía la pena pasar. ¿Pero cómo se podía hacer eso? Entonces fue cuando de una manera repentina, alguien rompió; sobre todo en el caso particular de lo que sucedió en Italia con Marinetti.

**A.O.-** La gran influencia del futurismo... Por ejemplo, yo creo que en la obra de Germán Cueto,<sup>6</sup> hay una influencia muy clara

<sup>5</sup> En adelante, Alejandro Ortiz (A.O.) y Germán List (LIST)

<sup>6</sup> Germán Cueto (1893-1975). N. en la Cd. de México. Escultor, introduce en México ciertos movimientos de vanguardia como el abstraccionismo y fundador del movimiento *Estridentista*. Impulsor del teatro guiñol. Realizó máscaras para montajes de Julio Bracho y escribió algunas piezas de teatro, como *Comedia sin solución* o *Firuleque en el circo*

de Kandinski, y en Maples Arce,<sup>7</sup> se podría ver cierta cercanía con Tristan Tzara, aunque no fuera su seguidor.

**LIST.-** No, porque Tristan Tzara fue mucho más allá. La cosa de Tzara era algo así como nihilismo. Es decir, todo lo anterior no vale nada, es necesario echarlo a la basura.

**A.O.-** Pero ¿no tenían un poco esa actitud los jóvenes Estridentistas?

**LIST.-** Sí, claro. Sólo que un poco menos, porque ellos dijeron: “vamos a volver la vista a todo, absolutamente a todo. No tiene necesidad de arte. De eso nacerá, necesariamente, una cosa nueva.”

**A.O.-** Si nos ubicamos en los años veinte, en este período posrevolucionario, donde hay una gran efervescencia de grupos políticos, que es cuando se viene a conformar el Estado mexicano, como lo conocemos actualmente, surgen muchos movimientos artísticos; muchos al amparo del Estado mismo, de José Vasconcelos;<sup>8</sup> ustedes con el general Heriberto Jara,<sup>9</sup> en Veracruz. Pero surgen muchos movimientos; por ejemplo, está el Teatro del Murciélago,<sup>10</sup> el grupo de Los siete autores dramáticos,<sup>11</sup> el

<sup>7</sup> Manuel Maples Arce (1898-1981). Poeta, abogado y diplomático. N. en Veracruz. En 1925 fue secretario general del gobierno de Veracruz. Ocupó cargos diplomáticos en Europa e Hispanoamérica. Iniciador del movimiento *Estridentista*, que irrumpe en México con la aparición de su manifiesto *Actual*, en 1922. Entre su obra poética destacan: *Andamios Interiores*, *Rag*, *Tintas de abanico*, *Urbe*, *Irradiador*, *Poemas Interdictos*.

<sup>8</sup> José Vasconcelos (1881-1959). N. en Oaxaca. Abogado, educador y filósofo. Maderista, participó en el gobierno de la Convención de Aguascalientes y más tarde ocupa el cargo de secretario de Educación Pública, de 1921 a 1924; Álvaro Obregón lo nombra posteriormente rector de la Universidad Nacional. Vasconcelos impulsó el arte mexicano de manera vigorosa, tanto al muralismo como la literatura y particularmente al teatro.

<sup>9</sup> Heriberto Jara Rodríguez (1884-1968), Político y gobernador del estado de Veracruz durante los años veinte, apoyó decididamente las actividades de los *Estridentistas*.

<sup>10</sup> Movimiento de teatro de vanguardia mexicano dirigido por Luis Quintanilla, en 1924, que siguió de cerca la estética del *Chauve-souris*, de Nikita Balieff.

V. a Antonio Magaña-Esquivel, *Medio siglo de teatro mexicano (1900/1961)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964, pp.19-20.

<sup>11</sup> Movimiento de dramaturgos mexicanos, influenciados por la renovación

muralismo, la novela de la revolución... ¿Qué relación había entre ustedes, como grupos y tendencias artísticas?

**LIST.** - Casi nada, incluso acabamos peleando entre nosotros mismos, porque cada uno quería ser el que se impusiera. Y naturalmente nos encontramos con que Vasconcelos, quien era un hombre ambicioso, que llegó a la Revolución con Obregón, ya había andado con Madero. Pero después de su muerte, él se fue con Carranza. Era un abogado recién recibido. Un hombre ambicioso, quería ser alguien. Entonces lo presentaron con Obregón, quien había sido maestro rural, como Calles, y que había decidido hacer algo por el pueblo. Entonces llamaron a Vasconcelos y Obregón dice: "Lo que necesitamos es llevar la escuela directamente al campo."<sup>12</sup>

**A.O.** - La escuela rural mexicana y la experiencia de las famosas Misiones Culturales... Pero Vasconcelos, impulsa también el movimiento nacionalista en el arte. Crean una especie de arte cosmopolita mexicano, intenta pues con este movimiento llamado el unanimismo...<sup>13</sup>

**LIST.** - El unanimismo es lo mismo que el estridentismo. Es un deseo de hacer una cosa nueva. Como los Contemporáneos, pero ellos no llegaron, eran más bien discípulos de Rubén Darío...

**A.O.** - Pensemos en varios grupos. Los Contemporáneos o el movimiento nacionalista postrrevolucionario, con artistas como don Francisco Monterde,<sup>14</sup> Juan Bustillo Oro,<sup>15</sup> Mauricio

---

teatral europea, en especial por Pirandello, en la década de los veinte, que intentó renovar e impulsar la dramaturgia nacional. Sus miembros fueron: José Joaquín Gamboa, Víctor Manuel Díez Barroso, Carlos Noriega Hope, Ricardo Parada León, Lázaro y Carlos Lozano García y Francisco Monterde.

<sup>12</sup> V. Claude Fell, *José Vasconcelos: Los años del águila (1920-1925)*, Educación, Cultura e iberoamericanismo en el México Posrevolucionario, México, Universidad Nacional Autónoma de México, (serie Historia Moderna y Contemporánea/21), 1989.

<sup>13</sup> Véase a Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, (colect. vida y pensamiento en México), 1985.

<sup>14</sup> Francisco Monterde. N. en 1894, escritor y crítico de teatro. Participó en la organización de la Unión de Autores Dramáticos, y fue miembro del grupo de Los siete autores dramáticos. Entre sus obras destacan *Oro negro*, *Proteo*.

<sup>15</sup> Juan Bustillo Oro. N. en 1904, hizo estudios de derecho y se dedicó al teatro y al cine, como autor y director. Funda con Mauricio Magdaleno el Teatro

Magdaleno,<sup>16</sup> todos esos movimientos y grupos bajo el amparo de doña Amalia C. de Castillo Ledón.<sup>17</sup> También todos esos movimientos artísticos amparados por el Estado... ¿De alguna manera no empiezan todos a darse cuenta que el teatro les sirve como un medio de difusión de sus ideas estéticas? ¿Cómo veían los jóvenes Estridentistas el teatro en ese tiempo?

**LIST.**- Bueno, podíamos estar cerca de ellos. Acercarnos a oír lo que estaban haciendo, pero no teníamos interés por el teatro.

**A.O.**- ¿Nunca tuvieron interés por el teatro?

**LIST.**- Lo tuvimos por la poesía.

**A.O.**- ¿Cómo es que conoció a don Germán Cueto, que aparte de artista plástico, se le ocurrió hacer la *Comedia sin solución* y promover el teatro de muñecos?

**LIST.**- Resulta que Germán y yo nos encontramos en las llamadas Misiones Culturales. Nos encontramos en una misión en Zacualtipán, en el estado de Hidalgo. Estaba yo en Puebla, no tenía nada qué hacer, andaba perdido. Entonces, Lombardo llega a ser gobernador de Puebla. Y como nos conocíamos bien me llama para ser su secretario particular. En un momento en que había abortado el levantamiento De la huertista, y como el gobierno del estado en Puebla se declaró De la huertista, renuncia y llaman a Lombardo a sustituirlo. Entonces, Rafael Ramírez, que manejaba lo de las misiones, me dijo: “¿Sabes montar a caballo?, pues vaya usted y recorra toda la parte de la Huasteca,

---

de Ahora. Entre sus obras dramáticas destacan, *San Miguel de las Espinas*, *Masas*, *Justicia S.A.*, y entre sus películas *Dos monjes*, *Ahi está el detalle*, *Canaima*. Cf. Antonio Magaña Esquivel, *op. cit.* p. 96.

<sup>16</sup> Mauricio Magdaleno. N. en 1906, dramaturgo y novelista. funda en 1932, con Bustillo Oro, el Teatro de Ahora, y participa como novelista en el movimiento de la Novela de la Revolución Mexicana y en la llamada Novela Indigenista; participó también como argumentista en varias películas de Emilio “Indio” Fernández. Entre sus obras destacan *Pánuco 137*, *Trópico* y *Emiliano Zapata*; entre sus novelas *El resplandor* y *El compadre Mendoza*. Cf. Antonio Magaña Esquivel, *op. cit.* P. 96.

<sup>17</sup> Amalia G. de Castillo Ledón. Funcionaria y promotora de movimientos teatrales, como El Teatro Municipal, El Teatro del Periquillo, La Comedia Mexicana. Como dramaturga, destacan sus obras *Cuando las hojas caen* y *Cubos de noria*.

mirando qué se está haciendo en las escuelas rurales.” Como una suerte de supervisor. Y me encuentro con cosas verdaderamente extraordinarias. Como no había profesores, se improvisaba, se pedía a quien sabía leer y escribir y hacer cuentas y tenía deseos de enseñárselo a los campesinos, sobre todo a los niños; me encontré con una cantidad de gente extraordinaria. Y resulta que Germán Cueto, como dibujante y como escultor, iba también. Y en Zacualtipán nos encontramos. Hicimos muy buena amistad y cuando regresé a México, pues me fui a vivir a su casa.

**A.O.-** ¿Y cómo continuó esa amistad con Germán Cueto y cómo es que ambos hacen posteriormente teatro de muñecos?

**LIST.-** Me parece que yo ya había estado en la Unión Soviética, con motivo de una aventura que tuve, llevando la bandera de Sandino, que se les arrebató a los gringos en la batalla del Chipote y vino a dar a México. Una labor que era la del secretario general del Partido. Un cierto diputado –diputado, como se dice en México, que había sido amigo del Presidente de la República, y éste lo hace diputado–. Lleva la bandera a la Cámara de Diputados. La enseña y pronuncia un gran discurso. Lo corren de la Cámara por eso y como había mucho escándalo en los periódicos... Los Estados Unidos exigen al gobierno de México la devolución de la bandera. Como ya sabían que la tenía el Partido Comunista. Pero si éste hubiera cedido y la entregase a la policía, hubiese sido una gran vergüenza para ellos y para el grupo Manos Fuera de Nicaragua. Entonces, Hernán Laborde<sup>18</sup> se oculta con la bandera y es expulsado de la Cámara. No sé cuáles eran sus intenciones con la bandera, porque no quería entregarla. Yo estaba en Xalapa, y me mandan llamar a través de Concha Michel<sup>19</sup> –la cantante–, muy pegada al Partido

<sup>18</sup> Hernán Laborde. 1895-1955. Político y escritor. Secretario del Partido Comunista Mexicano durante el régimen de Calles y editor del órgano informativo del Partido Comunista, *El Machete*, de circulación clandestina.

<sup>19</sup> Concha Michel. Probablemente se trate de la dramaturga del mismo nombre, que publicó en 1942 sus *Obras de teatro para la mujer (La güera Chabela, Demetrio Jáuregui y De nuestra vida)*; en donde, utilizando recursos como la alegoría, exponereflexiones sobre la problemática y los derechos de la mujer

Comunista, y me lleva con Hernán Laborde. Él me dice que la bandera tiene que salir de México, que habrá un congreso antimperialista en Frankfurt, Alemania. “Tú te la llevas y la entregas ahí; te vas por Veracruz, y en tu petaca metes la bandera. Llegando allá te daremos un boleto. Tomas el vapor y llegas hasta Hamburgo, y a Frankfurt sólo hay un paso y se acabó.” Pero resulta que falta dinero para el viaje y comienzan a buscarlo y pasan los días, entre la angustia aquella, y Concha me dice: “¿Tú conoces al coronel Tejeda<sup>20</sup>, el gobernador de Veracruz? Sácale dinero para tu viaje, que es la única manera en que podemos hacerlo.” Me dio el dinero, pero ya no había manera para irme a Veracruz y tuve que irme por Nueva York. Y entonces la bandera tenía que pasar por Estados Unidos. Esa fue la situación en que me encontré, y la resolví pasando por Monterrey. Salió uno del Partido que me conocía y me dijo que no la llevara en la petaca, sino que me aconsejó que me desnudara y envolvermela en el cuerpo. Y así pasó la bandera. Tengo una fotografía donde se ve la bandera grande y de lana gruesa casi nueva. Así me puse el traje y la gabardina encima.

**A.O.-** Y ahora sí que no pasó frío...

**LIST.-** Usted se ríe, pero eran los días de junio y en la frontera hace un calor espantoso, y comencé a sudar. También un poco por el miedo de pasar por ahí, pero pasé.

**A.O.-** ¿Qué edad tenía entonces?

**LIST.-** Tenía yo dieciocho (!) No, estoy mintiendo, veintidós años. Pasé la bandera y me esperaron en Nueva York un chileno amigo mío. Llegué el cuatro de julio, exactamente, durante las fiestas de la independencia. El tenía un balcón a la calle, y adornó el balcón con la bandera. Desde abajo nadie veía que era la bandera de Sandino.

---

desde una perspectiva social. Cf. John B. Nomland, *Teatro Mexicano Contemporáneo (1900-1950)*, tr. Paloma Gorostiza de Zozaya y Luis Reyes de la Maza, México, Ed. Instituto Nacional de Bellas Artes, 1967, p. 269.

<sup>20</sup> Adalberto Tejeda, 1883-1960. N. en Veracruz. Político y militar, maderista. Gobernador de su estado natal de 1920 a 1924 y de 1928 a 1932.

Un poco de alarde. Al día siguiente tomé el tren, ¡digo, el barco! Y llegué por Francia. Atravesé Francia y Bélgica, y llegué hasta Alemania. Y llegué precisamente el día anterior en que inauguraban el congreso. Cuando llegué a la estación, vi un letrero que decía “Delegados al Congreso”, me paré por ahí y alguien se me acercó y me preguntó mi nacionalidad en alemán, y le dije “Yo hablo español, vengo de México.” Y me preguntan: “¿De México?”. “Sí”, e inmediatamente me instalaron en un hotel. Cuando yo saqué y le enseñé la bandera, se entusiasmó mucho.

Al día siguiente, en la inauguración del congreso, presidido por Río Arvizu, un famoso novelista francés, miembro del Partido y, en fin, estaba madame Sun Yat Set, viuda del fundador de la República China... Después por haber estado en esa aventura, porque por haber pasado la bandera y por el escándalo que se hizo en el congreso, sin más ni más llegó un telegrama para invitarme a la Unión Soviética. Entregué la bandera y estuve tres meses allá. Cuando regresé, platicando y platicando con Germán Cueto, le conté cómo había conocido y visitado todas las cosas que se hacían con muñecos para teatro infantil. Y un día nos reunimos y conocí a gente que andaba con él. Pintores y aficionados a cuestiones artísticas.

**A.O.-** ¿Como quiénes? ¿Estaba ya entre ellos Cachita Amador?<sup>21</sup>

**LIST.-** Precisamente, Germán Cueto vivía en una casa contigua a la de Diego Rivera.<sup>22</sup> Y éste a su vez en una contigua a la Ramón Alva de la Canal.<sup>23</sup>

**A.O.-** Eso debió ser un verdadero cerco dantesco...

<sup>21</sup> Graciela “Cachita” Amador. N. en Zacatecas. Investigadora del folclore nacional; fundó el teatro guiñol Periquito, entre sus obras destacan: *La murga*, *Periquillo es un buen obrero*, *Firuleque el goloso*, etc. Cf. John B. Nomland, op. cit. p. 66

<sup>22</sup> Diego Rivera. Aparte de su monumental obra plástica, realizó escenografías de teatro para obras como *El corrido de Juan Saavedra* (1929), de María Luisa Ocampo, *El sombrero* (1930), de Bernardo Ortiz de Montellano, entre otras.

<sup>23</sup> Ramón Alva de la Canal. Pintor que colabora estrechamente con el

**LIST.** - Sí, nos conocíamos todos. Entonces un día platicando con Germán y con aquella gente, les conté cómo yo había visitado en la Unión Soviética el teatro del Joven Espectador. Que era teatro exclusivamente para los jóvenes, pero tenía también una parte para los niños. Que era el teatro que se hacía con muñecos. Germán Cueto y Alva de la Canal se entusiasmaron. Y de ahí nació la idea de hacer un teatro para los niños de México, con muñecos y llevando cosas de cierto sabor.

**A.O.** - Y de ahí salió entonces *Comino*.<sup>24</sup> ¿Cómo se le ocurrió que apareciera *Comino*?

**LIST.** - Resulta que entonces ya teníamos teatro. Y era necesario tener obras.

**A.O.** - ¿Esto fue posterior a lo del famoso teatro Carpa "Morelos" y la del Periquillo, fundadas por doña Amalia C. de Castillo Ledón, con decorados de Diego Rivera?

**LIST.** - Nosotros fuimos primero que ellos. Mucho antes.<sup>25</sup> Fue cuando pensando en cómo realizar la idea de este teatro, Leopoldo Méndez tenía un hermano que era carpintero y se le pidió a él que hiciera el teatro. Yo les dije más o menos cómo debería ser ese teatro y se fabricó. Y la mujer de Cueto lo decoró. Lola Cueto; muy simpática, ella.<sup>26</sup> Ya entonces, pensando qué obras podíamos hacer, se me ocurrió, tal como lo había visto en la Unión soviética. Muñecos que discutían y que hablaban y que

---

Estridentismo. Autor del óleo "El Café de Nadie" y de muchas de las portadas de los libros Estridentistas.

<sup>24</sup> Comino es un personaje clásico del teatro guiñol mexicano creado por el propio Germán List Arzubide en los años treinta; con un carácter popular y generalmente vinculado con mensajes de carácter político o educativo. Las obras más famosas en donde comino es el protagonista son: *Comino vence al diablo*, *Comino va a la huelga*, *Comino en el país de los holgazanes*, *Lávate los dientes*, *Comino*.

<sup>25</sup> Aquí Germán List falla en su memoria, pues el Teatro del Periquillo lo fundó Bernardo Ortiz de Montellano en 1929, aunque ciertamente no utilizó la técnica del guiñol, sino la del títere y la de muñecos animados.

<sup>26</sup> Dolores Cueto. 1897-1978. Grabadora y pintora. Formó parte de la Escuela de Pintura al Aire Libre. Viajó por Europa y residió en Francia; expuso en París, en Holanda y en los Estados Unidos. En 1935, formó parte del grupo que inició

decían cosas más o menos de acuerdo con los deseos de hacer algo que valiera la pena hacer e interesar a los muchachos. Entonces una chica que andaba con nosotros, escribió *El gigante*<sup>27</sup>, y yo escribí *Comino vence al diablo*. Invitamos a Narciso Bassols,<sup>28</sup> que era entonces secretario de Educación, a que lo fuera a ver. Reunimos a un grupo de niños de un kindergarden. Y resultó que al poner la obra de *El gigante*, al aparecer el gigante, asustó a los niños y resolvimos que se ensayara *Comino vence al diablo*, que tiene su mensaje.

A.O.- Hay muchas obras de Comino... ¿Es toda una serie, no?

LIST.- *Comino va a la huelga, Comino en el País de los holgazanes, Lávate los dientes, Comino*. Todas esas las hice yo.

A.O.- Entonces Narciso Bassols ve lo de Comino y patrocina el Teatro de títeres... Ya en los años cuarenta, doña Clementina Otero<sup>29</sup> tenía en Bellas Artes una compañía de Teatro infantil, y presentó obras como *La muñeca pastillita*, de Miguel N. Lira,<sup>30</sup> lo mismo que adaptaciones de cuentos como *Pinocho* y cuentos de hadas. Supongo que fue el mismo impulso, aunque en dirección distinta.

LIST.- Todo eso era de los días aquellos en que una especie de herencia y sobre todo de títeres, pero el títere de guante; el guiñol apareció en México con nosotros.

---

el teatro guiñol en México. Realizó muñecos y obras para guiñol, como *La visitación, El renacuajo paseador, Cazol*, etc.

<sup>27</sup> Se trata de Elena Huerta Múzquiz, quien participó en las primeras experiencias de teatro guiñol.

<sup>28</sup> Narciso Bassols, 1897-1959. Fue secretario de Educación en el gobierno de Abelardo Rodríguez, impulsó la llamada "Educación socialista" y de manera personal a grupos y movimientos de teatro de la época, como el Teatro de Ahora o el Teatro de Orientación, así como también al mismo movimiento de teatro guiñol.

<sup>29</sup> Clementina Otero. Actriz, directora y funcionaria. Aparece por primera vez en los escenarios junto con Isabela Corona en el Teatro de Ulises y tiempo después dedicó su trabajo a impulsar el teatro infantil y la danza. Cf. Magaña-Esquivel

<sup>30</sup> Miguel N. Lira. N. en Tlaxcala. Colaboró con el movimiento estridentista, escribió obras de teatro como *El diablo volvió a la tierra* y *La muñeca Pastillita*, la cual fue estrenada en 1942, en el Palacio de Bellas Artes, dentro de la temporada de teatro infantil promovida por Clementina Otero.

**A.O.-** Yo tenía esa sensación y usted me lo está confirmando.

**LIST.-** Nació con nosotros. Ellos tenían el títere. Queríamos en un principio usar esas marionetas, pero nos dimos cuenta de que en primer lugar eso es muy difícil, se necesita un especialista y se necesitan las dos manos. Y descubrimos que el guante no sólo es más sencillo, sino que puesto de pie, uno saca las dos manos y tiene dos muñecos.

**A.O.-** ¿Pero realmente no había guiñol en México antes?

**LIST.-** No; había puro títere tipo Rosete Aranda.<sup>31</sup> Fuimos nosotros los que lo trajimos.

**A.O.-** ¿En qué año habrá sido mas o menos esa función histórica ante Narciso Bassols?

**LIST.-** Habrá que ver cuándo fue Secretario de Educación de Cárdenas. En el treinta y seis...<sup>32</sup>

**A.O.-** Todo esto lo supe por Mireya Cueto (la hija de Germán y Lola Cueto),<sup>33</sup> porque yo hice teatro de títeres con ella. El Quijote y algunos romances españoles. Pero no tenía la confirmación del dato exacto. Porque de entrevistas que he leído de usted o relacionadas con el teatro de la época, no se menciona con claridad todo esto.

**LIST.-** Puedo decir que el teatro guiñol lo instalamos nosotros en el treinta y seis. Resulta que después se muere Cueto, y Lola Cueto, su mujer, tuvo una relación con Roberto Lago<sup>34</sup>, y así

<sup>31</sup> Rosete Aranda. Empresa Nacional de Automatas de los Hermanos Rosete Aranda (Leandro, Adrián, Felipe y Tomás Rosete Aranda), la cual presentaba sus espectáculos de marionetas desde finales del siglo pasado hasta la primera mitad del siglo XX, en todo México. Algunas de sus obras más importantes son: *La aparición de la Virgen de Guadalupe*, *La pelea de gallos*, *El Pastelero* y *los chicos traviesos*. Cf. John Nomland, *op. cit.* p. 59.

<sup>32</sup> Según nuestros datos, las primeras representaciones de teatro guiñol se producen en México hacia 1932. Cf. Antonio Magaña-Esquivel, *Medio siglo de teatro mexicano (1900/1961)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1964 p. 110.

<sup>33</sup> Mireya Cueto, hija y heredera de Germán y Lola Cueto, participó desde finales de los años cuarenta en el movimiento con el grupo "El Chapulín". En la actualidad es la directora artística del grupo *El tinglado de los títeres*, continuador de este movimiento. Entre sus espectáculos más importantes, destacan *El retablo de maese Pedro*, *Quetzalcóatl*.

<sup>34</sup> Roberto Lago participó activamente en este movimiento. Dirigió el grupo El

parece como si él hubiera creado todo. Y no tuvo nada que ver con nosotros. Fue una cosa abusiva, ¿verdad? Yo descubrí esto cuando se cumplieron los veinticinco años del teatro infantil y nadie me invitó a mí.<sup>35</sup>

**A.O.-** Así pasa... ¿Y Quintanilla? ¿Qué relación tuvo usted con Luis Quintanilla, con el *Teatro del Murciélago* y con el Teatro Regional de Teotihuacán, de Rafael M. Saavedra?<sup>36</sup>

**LIST.-** Quintanilla nació en París y su padre era embajador. En París, él recoge la poesía de la sublevación que pasó a Francia y de ahí se extendió por Europa. Quintanilla no tuvo nada que ver con el movimiento estridentista.

**A.O.-** Pero él crea el famoso *Teatro del Murciélago*...

**LIST.-** Eso del *Teatro del Murciélago* era una cosa bastante aristocrática. Él trabajaba en el ministerio de Relaciones

---

Nahual, en colaboración con Lola Cueto. Es autor de una historia y una antología del teatro guñol (Cf. Roberto Lago –prólogo, ensayos introducciones y antología de– *Teatro guñol mexicano*, México, Federación Editorial Mexicana 3ª edic. 1987). Cf. John B. Nomland, op. cit. p. 63.

<sup>35</sup> En una carta fechada el 5 de enero de 1985, escrita y firmada por el propio Germán List, dirigida al entonces titular de teatro del INBA, José Solé, se menciona lo siguiente: "(...Bassols, sin duda uno de los secretarios de Educación más progresistas de México, nos recibió, nos escuchó complacido y aprobó nuestro empeño ofreciendo la ayuda necesaria, con lo cual desde luego procedimos a ponerlo en obra. Cada se señaló (*sic*) una parte del trabajo y mientras Leopoldo dibujó el proyecto de teatro fácil de armar y de transportar, su hermano Teodoro procedió a la construcción; Ramón Alva a fabricar los muñecos y Helena Huerta, Cachita Amador y yo a escribir las obras. El teatro, al estar concluido sería, como lo fue, decorado por Germán y Lola Cueto. Como habrá usted leído –*refiere List a José Solé*– aquí el nombre del señor Roberto Lago no ha sonado para nada, porque nada tenía que hacer entre nosotros (...)." Archivo de la Dirección de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1985.

<sup>36</sup> Luis Quintanilla. N. en París, en 1900, y muere en México, en 1980. Poeta y diplomático; colaboró con el *Estridentismo*. Su obra poética está influida por los movimientos de vanguardia. Utilizó el pseudónimo de Kin Taniya; entre su obra poética destacan *Avión*, *Radio*, de evidente relación con el *Estridentismo*. Fue director del *Teatro Mexicano del Murciélago*, el cual fue fundado en 1924 por él mismo, el pintor Carlos González y el músico Francisco Domínguez. Su presentación fue en el teatro-cine Olimpia, el 1º de septiembre con la asistencia del propio Presidente de la República, con obras como *Juego de los viejitos*, *Mañanitas*, *Danza de los moros*, *Fifis*, *Aparador*, *Camiones*, *Piñatas*, *Alameda de Santa María*, *Sones*, *El cántaro rojo*; las cuales consistían en estilizaciones de escenas cotidianas y del folklore popular, siguiendo de cerca el modelo de Nikita Balieff y su *Chauve-Souris*.

Exteriores y consigue ayuda para presentar esa cosa que era para los señoritos y quiso hacerse aparecer como si hubiera pertenecido al movimiento estridentista...

**A.O.** - ¿Vio usted alguna de sus representaciones? *La fiesta del pueblo*, *Aparadores* y todas esas obritas de teatro sintético.

**LIST.** - Yo fui muy amigo de él. Él hizo el *Teatro del Murciélago*, con Carlos González,<sup>37</sup> un pintor muy amigo nuestro también. Lo llamó, porque era una cosa de dinero y de armar un escandalito. Aunque en realidad, como él venía desde París, conocía a toda la vanguardia europea.

**A.O.** - ¿Era una imitación del Chauve-Souris, de Nikita Balieff?

**LIST.** - Exactamente.

**A.O.** - ¿Pero el *Teatro Regional de Teotihuacán*, el *Teatro al Aire Libre* que fomentó Vasconcelos?... Usted nunca presenció obras de teatro indigenista como *Zacualtipán laborioso*?

**LIST.** - En esos días yo andaba por Europa.

**A.O.** - Bueno, ubiquémonos en los primeros años de los treinta, cuando usted escribe su *Teatro Revolucionario Mexicano*. Es simultáneo al que hacen Mauricio Magdaleno, Juan Bustillo Oro y don Francisco Monterde... ¿Qué relación tenían entre ustedes? Porque al final de cuentas, Monterde escribe en 1924, *Oro Negro*,

---

En cuanto al *Teatro Regional de Teotihuacán*, se trató de experiencia cultural surgida en tiempos de Vasconcelos cuando era Secretario de Educación Pública, en la cual se construyeron escenarios al aire libre para representar un teatro de fuerte contenido nacionalista e indigenista.

El escritor y etnólogo Rafael M. Saavedra participó activamente en esta experiencia, y escribió obras como *La cruz*, *Los novios*, *Zacualtipán laborioso*. Cf. Claude Fell, "El teatro", en *José Vasconcelos: Los años del águila (1920-1925)*. *Educación, Cultura e Iberoamericanismo en el México Posrevolucionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (serie Historia Moderna y Contemporánea/21), 1989. pp. 470-476.

<sup>37</sup> Carlos González. Uno de los escenógrafos más importantes en la vida teatral del México de la primera mitad del siglo XX. Su participación en los movimientos de renovación teatral y de vanguardia es muy importante como en el *Teatro de Ahora* y el *Teatro del Murciélago*. Fue el escenógrafo de la puesta en escena de *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón, con la que se inauguró el Palacio de Bellas Artes, en 1934.

defendiendo las luchas proletarias. Magdaleno escribe en 1932, *Trópico y Pánuco 137*, de igual forma, y usted se pone a escribir su teatro revolucionario, por esos mismo años con la misma intención...

**LIST.**-No, quien hizo eso fue mi hermano Armando...<sup>38</sup>

**A.O.**- Las obras que usted hizo con obreros...

**LIST.**- No, yo no hice nada.

**A.O.**- Sí, le voy a traer el libro para que me lo autografe...

**LIST.**- Ah, sí, *El Nuevo Diluvio*...

**A.O.**- En su prólogo hace usted una reflexión sobre la función que debe cumplir el teatro en México. Y es muy curioso porque Monterde hace también un teatro de defensa del obrero y de protesta. Estas obras, ¿las hizo usted con obreros? ¿Cómo se llegaron a montar *Las sombras*, *El Nuevo Diluvio* y *El último juicio*? Son de 1933, muy cercanas al *Teatro de Ahora*...<sup>39</sup>

**LIST.**- Me habían nombrado jefe de teatro de la Secretaría de Educación. Ahí intentamos ponerlas, pero como los ministros pasan tan rápido, nunca se presentaron. Las presenté cuando Cárdenas era gobernador en Michoacán. Ahí se presentó *El último juicio*, con un escándalo terrible.

**A.O.**- ¿Usted vio la temporada del *Teatro de Ahora* (*Los que vuelven*, *Tiburón*, *Zapata*, *Pánuco 137*), que se realizó en el treinta y dos, en el viejo Teatro Hidalgo, con escenografía de Carlos González? Después Magdaleno y Bustillo Oro se fueron a España. Y en el treinta y tres intentan montar aquí *San Miguel de las Espinas*, que se la censuró el gobierno porque atacaba la política agraria y aparentemente a algunas personalidades... ¿No vio esas obras ni fue a sus exposiciones ni entabló amistad con ellos?

**LIST.**- Sí, fuimos muy amigos. Incluso yo escribí una cosa para Magdaleno que debe haberse perdido, porque nunca se presentó,

<sup>38</sup> Armando List Arzubide, *Teatro Histórico Escolar (Emiliano Zapata, Revolución. Visión de México y La guerra de España)* México, Porrúa, 1938.

<sup>39</sup> V. Germán List Arzubide, *Tres obras del teatro revolucionario*, México, Ed. Integrales, 1933, 130 pp.

**A.O.-** ¿Y qué relación tuvo usted con la política cultural de Cárdenas?

**LIST.-** Mire, qué curioso: Cárdenas no me conocía, ni yo a él. Y un primero de mayo, los comunistas se apoderaron de la estación de radio XEW, asaltaron el micrófono. Dos de ellos, que por cierto ya murieron, uno se llamaba Rosendo Gómez Lorenzo, con pistola en mano amenazaron a la gente y pronunciaron un discurso terrible contra Calles, que era el presidente entonces.<sup>40</sup> Yo estaba por entonces en Xalapa y había organizado para el 1 de mayo un discurso, y toda la gente me había visto en Xalapa. A pesar de eso, al día siguiente aparece en el periódico que ya se sabe quiénes asaltaron la estación: “Germán List Arzubide y Valentín Campa, el de los ferrocarrileros.” Nos acusaron a los dos. Campa sí debió estar en México, pero yo estaba en Xalapa. Entonces un abogado, amigo mío, me dijo: “Aunque puedas probar que tú no fuiste, porque mucha gente te vio pronunciar el discurso, te llevan preso, pues piensan que tienes conexión con esa gente.” Entonces me salí de Xalapa, me fui a Puebla con mi hermano Armando, que por cierto acaba de morir. Pues era siempre un enfermo imaginario. Esas gentes que oyen hablar de una enfermedad y se les pega. Me oyó decir que Morelia era una ciudad con un clima muy parejo y sin más ni más se fue a vivir a Morelia. Yo creo que allá alguien oyó el nombre y el caso es que el general Cárdenas lo mandó llamar y le dijo: “¿Qué es usted de Germán List Arzubide?”. “Soy su hermano”. “¿Qué anda haciendo Germán pronunciando discursos sobre el Presidente?”. “Pues yo no sé”. “Si puede ponerse en relación con él, dígame que venga, pues yo tendré mucho gusto en tenerlo aquí”... Y sin más, me llamaron y me vine hasta Morelia. Cárdenas me recibió muy bien. Me acuerdo incluso que al segundo día de haber llegado a

<sup>40</sup> Rodolfo Usigli parte de dicha anécdota para escribir su “Comedia impolítica” *Noche de Estío*. V. *id. Teatro completo*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pp. 170-216.

Morelia, me invitó a cenar a su casa. En la sala donde estábamos, había dos cuadros grandes de iglesias de aquel rumbo; pero arriba había un retrato de Calles. Y me contó: “Llega aquí la gente y me dicen: –¡Tú que estás contra las cosas religiosas y tienes aquí dos iglesias!

–Sí, nada más que son pinturas y arriba está Calles. Para que vean que pongo a Calles encima de la religión...”

Total, estuve el último año de su gobierno. Yo no tenía nada que hacer y él me designó una cantidad para vivir ahí. Entonces me puse a escribir un libro que iba a ser un escándalo, llamado: Práctica de educación irreligiosa, ahí lo escribí porque tenía tiempo y tenía a mi servicio una biblioteca.

**A.O.**- Ahí también escribió sus obras de teatro...

**LIST.**- No, había sido antes.

**ALE.**- ¿Su hermano Armando, cómo es que se acercó al teatro?

**LIST.**- Siempre trabajamos más o menos juntos. El era menor que yo. Y se propuso escribir teatro escolar. Un día decidí yo también hacer algo de teatro con cuentos rusos.

**A.O.**- Sí, adaptaciones, que tampoco se llegaron a representar.

**LIST.**- Yo creo que sí, porque yo repartí muchas en las escuelas. Un día yo llegué a una escuela y la directora me llevó a ver *Comino vence al diablo*.

**A.O.**- Comino es un personaje del dominio popular, forma parte del teatro popular mexicano.

**LIST.**- También ha recorrido el mundo. Me invitaron una vez a un congreso de teatro infantil en Polonia. Llegué allá, y en el hotel donde me instalaron me encontré a mucha gente y una pareja que se llamaba así “El teatro de la pareja”, dos argentinos gemelos, que tenían un teatrillo. Y oí mi nombre. –Yo soy Germán List-, les dije.

–Hombre, maestro, si traemos *Comino vence al diablo*.

Tiempo después, con un grupo de maestros peruanos, en una comida, un tipo se puso de pie y me presentó como al autor de

*Comino vence al diablo*, pues Comino también anduvo por ahí. También fue a dar a Nueva York, lo traduje y lo presentaron allá. Un tal Urbano me escribió una carta pidiéndome permiso de retirar al negro de la obra, porque en la comedia aparece un negro que asusta a Comino que es blanco. Y como resultaba una especie de racismo, pues no hubo problema, lo cambiaron y ya.

**A.O.-** En el teatro Conasupo de Orientación Campesina se trabajaba con un personaje similar a Comino, llamado Clarín Cantaclaro, que enseñaba al campesino cómo defenderse a través de la Constitución y a luchar por mejores precios y la comercialización de su cosecha.

**LIST.-** El antecedente es Comino; varios grupos ya pagados por la Secretaría de Educación, uno de ellos lo manejaba nada menos que una hermana de Ramón Alva de la Canal que se llamaba el grupo Comino. Lo llevaron por muchas partes. Me acuerdo que en algún lugar iba a haber elecciones para diputado y se pintó en las paredes “Comino para diputado”.

**A.O.-** ¿Y a usted le gustaba el teatro realmente?

**LIST.-** Sí, a mí me gusta mucho. Después de haber hecho el teatro infantil, he hecho teatro para mayores. Realicé una serie de obras sobre la historia de México.

**A.O.-** ¿Con Armando List?

**LIST.-** *La odisea de Cristóbal Colón: Tierra, El grito que resonó en la noche del 12 de octubre...*

**A.O.-** Esa obra es sobre Colón, pero sobre la historia de México...

**LIST.-** Comienza con Quetzalcóatl y va llegando a los años de Colón, luego la vida en la Colonia, y luego hasta Zapata. Pero con sentido revolucionario. Son como cuarenta o cincuenta obras que yo escribí; mi hermano me ayudaba, pero era yo quien verdaderamente las escribía. Me encontré con el joven ministro Agustín Yáñez y me dijo: “Oiga, Germán, esas obras que hicieron sobre la historia de México, póngalas en limpio, tráigalas, yo le pongo un prólogo y las publicamos en Porrúa. Las llevé, pero

nunca les puso el prólogo y nunca las quisieron publicar. Pero algo se puso en el departamento de Radio de la Secretaría de Educación, antes de que cambiaran a todo el personal. Como La decena Trágica. Y precisamente un día de esos en que grabábamos para el radio las obras en Radio Educación, todo era improvisado. Por ejemplo, la marcha de los caballos la hacíamos con cocos. Se oían la marcha, la gritería y los caballos. Yo estaba dirigiendo todo y aparece por ahí el mismo Agustín Yáñez, ministro de Educación, y yo le dije: “Licenciado, nos falta la ametralladora y usted la va a hacer.”

**A.O.-** Agustín Yáñez, trabajando en efectos especiales... Regresemos con su hermano Armando. Con el teatro Histórico Escolar...

**LIST.-** Mi hermano fue profesor recibido. Tenía contacto con la escuela y formaba sus grupos de teatro en la propia escuela, con gente que le podía servir. Y era patrocinado por la Secretaría de Educación.

**A.O.-** ¿Y qué acogida tuvo su teatro?

**LIST.-** Parece que buena.

**A.O.-** ¿No tuvo qué ver con el movimiento de teatro de masas, donde presentaron con cientos de actores escenas de la Independencia? ¿Nunca tuvo qué ver con el teatro nacionalista?

**LIST.-** No, eso lo hicieron otras gentes, meramente burócratas. Quintanilla, Efrén Orozco Rosales, Saavedra, toda esa gente...

**A.O.-** ¿Pero Quintanilla, después del Murciélago, qué hizo?

**LIST.-** Se hizo diplomático y se marchó a los Estados Unidos.

**A.O.-** No fue entonces muy importante su trayectoria dentro del arte mexicano...

**LIST.-** No, porque parece que inclusive se gastó tanto en poner esa pieza, según noticias que recibimos, que dejó exhausto a Bellas Artes. Y ya no pudieron hacer otras cosas.

**A.O.-** Como siempre... Regresémos a los años veinte: ¿Cómo era el ambiente entre ustedes? Parece que no se

relacionaba un grupo con el otro. Pero había cafés, ¿no? El café de nadie o el París, o el famoso lugar de las madrugadas: “Las veladoras de Santa”... ¿No se reunían en tertulias con otros grupos? Como en el café París, en donde se encontraban por un lado las tiples, por otro los toreros, más allá los cómicos, los poetas. ¿A esas tertulias nunca acudieron?

**LIST.**- El Café de Nadie sí lo aprovechamos, hicimos dos o tres exposiciones.

**A.O.**- Pero con Maples Arce y con Cueto ¿no se iban de parranda como amigos?

**LIST.**- No, incluso Maples Arce era un hombre muy tímido.

**A.O.**- ¿De veras? Parece lo contrario. Con esa pasión con que escribe... Pero, entonces, ¿nunca hicieron ustedes vida nocturna, como otros grupos de vanguardia?

**LIST.**- Nada, nada.

**A.O.**- Ni bebían.

**LIST.**- No, ninguno de nosotros fue dado al alcohol. Nuestro entusiasmo era nuestro vicio.

**A.O.** - Así que eran castos y puros. Unos auténticos santos varones...

**LIST.**- No, qué va. Todos éramos buenos conquistadores. Nos gustaba la cuestión aquella de la conquista.

**A.O.**- Pero, por ejemplo, ¿en casa de Diego Rivera no se bebía mucho?

**LIST.**- No, Diego vivía entonces con una muchacha de Jalisco. El caso de Diego Rivera es curioso; él salió huyendo de París cuando le declararon la guerra civil, por haber abofeteado a un crítico muy famoso que se empeñaba en afirmar que el cubismo lo había inventado Picasso y no Rivera. Diego se vino a México, dejando allá a Angelina Beloff, con quien vivía. Yo llegué a París y me encontré con que Cueto había hecho muy buena amistad con Angelina.

**A.O.**- Ella incluso participó en las experiencias de titeres en México, ¿no es así?

**LIST.**- Si, anduvo con nosotros. Al llegar aquí Cueto, allá le promete: “Vente y yo te doy casa en México”; y efectivamente, Angelina murió en la casa de Cueto. También yo, cuando llegaba a México, me iba a la casa de Cueto, y ahí sí que hacíamos bohemia...

**A.O.**- Cómo es que Angelina Beloff se da a conocer en México?

**LIST.**- Como era muy buena ilustradora, montó una exposición de sus dibujos en Bellas Artes. Y para agradar a mí y a Cueto, nos hizo unos retratos. El mío está aquí (señalando el famoso retrato de don Germán List, que cuelga de una pared de su departamento).

**A.O.**- Hasta guapo sale...

**LIST.**- Fueron mis tiempos... Al día siguiente fui a la exposición y me encontré a una muchacha arrobada viendo mi retrato. Entonces yo, extrañado, me di una vuelta y regresé. La muchacha seguía contemplando mi retrato. Entonces le dije: “Señorita, fíjese que el que está ahí, soy yo.” “Sí –dijo–, ya lo había notado. A mí me gusta mucho el dibujo y este está hecho a lápiz, y es muy bueno...” Y así estuvimos platicando y a los tres meses nos casamos. Por eso el retrato está allí. Fue el culpable de mi matrimonio.

**A.O.**- ¡Qué maravilla! Por cierto, Manuel Maples Arce habla muy mal de los Contemporáneos. ¿A qué se debió eso?

**LIST.**- Esa fue una batalla. Cuando nosotros comenzamos a hablar, dijimos que los famosos señores de la poesía de México, los grandes (Amado Nervo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada), habían puesto la poesía –siendo buenos poetas– al servicio de Porfirio Díaz. Quien les pagó haciéndolos embajadores en París, en Berlín, en fin en las grandes ciudades aquellas. Dándose sus paseadas. Entonces, los Contemporáneos decían que los verdaderos poetas eran aquéllos, que ciertamente son grandes poetas. Pero ellos decían: “Hay que seguirlos porque los vamos a heredar.” Por ello, chocaron con nosotros que estábamos en contra de todo esto. Y además una cosa: si nosotros estábamos

aficionados a andar con mujeres, ellos estaban aficionados a andar con hombres. Se los dijimos en voz alta y los acusamos terriblemente. Y eso fue lo que causó nuestras diferencias.

**A.O.-** Pero nunca tuvieron alguna relación amistosa con alguno de ellos. Con José Gorostiza, digamos...

**LIST.-** No, precisamente en una de las reuniones en El Café de Nadie, estaban muchos de ellos esa noche. Nosotros conseguimos que una de las revistas de entonces (entonces había dos revistas: *Revista de Revistas* y *El Universal Ilustrado*) En *Revista de Revista*, el director, un paisano de Maples Arce, que en cierta forma era muy conocido pues era poeta de los antiguos, que escribió un poema que se llama "Terciopelo", que decía:

Vengo del corazón de la barriada.  
Me oprime un siniestro desconsuelo,  
Pues vi a la Tere, en medio de la calle asesinada.  
Oh! qué triste mirada.  
La de sus ojos color de cielo.

Era una mujer, una prostituta que acababan de matar. Hacía versos así, y naturalmente estaba en contra de los versos de su paisano Maples Arce. En cambio *El Universal Ilustrado* se puso de parte de nosotros, completamente. Nos publicaban todo.

**A.O.-** Los manifiestos...

**LIST.-** Todo. Ahí se publicó el libro aquel *La señorita Etcétera*, de Arqueles Vela. Me acuerdo de una cosa que le pasó en Puebla a mi mamá. Un día compró *El Universal Ilustrado*, iba muy contenta con él y al llegar a una tienda, quiso enseñarles a sus amigas un retrato que había allí de los Estridentistas. Pero la abrió en una página que estaba de cuerpo completo yo nada más. Entonces mi mamá se apenó porque pensó que esa gente pensaría que estaba haciéndole propaganda a su hijo.

Entre el grupo de gente que trabajaba en *El Universal Ilustrado*, había un tal Ortega, un tipo muy venenoso y fue el que más nos contrapunteó porque interrogaba quién es el poeta menos

conocido en México. Entonces ellos, los Contemporáneos se referían a nosotros y nosotros a ellos. Y eso envenenaba mucho las cosas. De tal manera que cuando nosotros pensamos que podíamos pedir trabajo, que nos dieran alguna clase en la universidad, nos las negaban, porque la universidad era de Vasconcelos y Vasconcelos estaba con ellos.

**A.O.-** ¿Pero Vasconcelos detestaba a Villaurrutia y a Novo, no es cierto?

**LIST.-** No, ya después andaba con ellos. Ellos lo hicieron filósofo. Nosotros acabamos luchando contra Vasconcelos porque él al principio tuvo que recibir las órdenes de Obregón y aceptó la cuestión de las escuelas rurales, con sus maestros. Pero resulta que conoció a los Contemporáneos, y como era muy sensible, se hizo filósofo. Editó aquella colección de libros verdes de los filósofos.

**A.O.-** Las ediciones del Ateneo...

**LIST.-** Y dejaron de publicar todos los silabarios que se necesitaban para las escuelas rurales. No sólo eso, sino que se abandonó a los pobres maestros. Y eso mató a la escuela rural.

**A.O.-** Eso es nuevo para mí. Siempre había tenido en buena imagen las ediciones del Ateneo.

**LIST.-** Un conocido poeta, Rafael López, autor de muy buenos versos, zacatecano y un tanto cuanto rebelde con la academia, cayó en nuestras manos.

**A.O.-** Inocente...

**LIST.-** Lo llamamos y los de la academia lo invitan a ser parte de ellos. Nosotros le picamos la cresta diciéndole: "Usted no tiene por qué, al contrario." Él acepta nuestros argumentos y le vuelve la espalda a la academia. Pasan los días, él no va a esas cuestiones, lo llaman y contesta que no tiene ningún interés en ir allá. Entonces, los Estridentistas, le damos un banquete. A ese banquete nada menos acuden Francisco Monterde, Jaime Torres Bodet, muchos con quienes todavía nos tratábamos. Fue un banquete estupendo, dado por los Estridentistas a este poeta por

su rechazo de la academia. Estaban ahí muchos de los que aplaudiendo esa rebeldía, después fueron académicos, ni más ni menos. Entonces, un hombre muy inteligente, hizo un discurso que comenzó diciendo: “Lo que tú pierdes con la academia, en cambio lo ganas cuando aquí tienes los Montes de Panchito Monterde; las torres de Torres Bodet; las sonatas de List.” Hubo grandes carcajadas de todos. En aquella ocasión estábamos unidos, los mismos que después, en cuanto salieron, lucharon por ser de la academia.

**A.O.-** ¿Y usted en los treintas y cuarentas, trató al joven Octavio Paz?

**LIST.-** Sí, fuimos muy amigos.

**A.O.-** Fueron, ya no son...

**LIST.-** No, pues no. Acuérdesse que él fue a una comisión a la que yo debí haber ido. A mí me mandaron a París a otros asuntos. Esa vez que ellos estuvieron en España, yo me fui a un congreso contra la guerra, que se realizó en Bruselas, Bélgica. Se habló mucho de la manera de cómo se podría combatir la guerra. Llevar a los pueblos a la protesta. Entonces se decidió llevar a un representante de la América Latina y me mandaron a mí. Y ahí el congreso me nombra para representarlo nada menos que en la Sociedad de las Naciones. Yo pronuncié un discurso en la Sociedad de las Naciones. Un discurso en nombre del gobierno de México y de la América Española.

**A.O.-** ¡Qué maravilla!

**LIST.-** Una de esas cosas que le quedan a uno para toda la vida.

**A.O.-** ¿Qué edad tenía entonces?

**LIST.-** Tenía yo treinta; no, treinta y dos. Ya estaba casado.

**A.O.-** Nos habíamos quedado con Paz. ¿Cómo conoció a Paz?

**LIST.-** Con Paz nos tratábamos así como camaradas. Entonces fue al Encuentro de los Escritores Antifascistas en España. Pero vio que no había camino, que así no le darían el

premio Nobel, ni nada. Y entonces anduvo por otros lados, dando vueltas y es lo que es ahora.

**A.O.**- ¿Y a usted le gusta como poeta?

**LIST.**- No, como poeta no.

**A.O.**- Bueno, supongo que para usted es de alguna manera heredero de la tradición de los Contemporáneos y de los Modernistas.

**LIST.**- Él coqueteó mucho tiempo con la vanguardia. Hizo algunos poemas, tal vez de tipo estridentista. Como lo hicieron muchos de ellos. Chocaron después con nosotros, dieron el salto y vivieron su vida.

**A.O.**- ¿Y usted cree que el estridentismo ha muerto?

**LIST.**- No, vive. Hubo un momento en que lo dimos por muerto, cuando el golpe que le dieron al general Heriberto Jara. Entonces cada quién jaló por su lado. Pero aún vive: “Los hombres han puesto la brújula del oriente hacia Estridentópolis. Las multitudes oyen pasar un galope de alas y embarcan su recia amplitud hacia la palpitación de las voces insomnes, que divergentes del pasado, se abren hacia los universos insospechados.”

FIN DE LA ENTREVISTA

## BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE EL ESTRIDENTISMO

- BACIU, Stefan, *Estridentismo y Estridentistas*, Xalapa, Instituto Veracruzano de Cultura (cuadernos de Cultura Popular), 82 pp.
- BRADU, Fabianne, *Antonieta*, México, F.C.E., 1993, 245 pp.
- BUSTILLO ORO, Juan, *Vientos de los veinte, crónica testimonial*, México, Sepsetenta's, 1973, 183 pp.
- DÍAZ ARCINIEGA, Víctor, 1989, *Querrela por la cultura "Revolucionaria" (1925)*, México, F.C.E., 1989, 206 pp.
- El estridentismo, antología*, (pról. y selección Luis Mario Schneider), México, difusión Cultural/UNAM (cuadernos de Humanidades, núm. 23), 92, pp. 1983.
- GORDON, Samuel, "Notas sobre la vanguardia en México", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 524, febrero de 1994, pp. 57-69.
- MAPLES ARCE, Manuel, *Soberana Juventud*, Madrid, Editorial Plenitud, 1967, 285 pp.
- MAPLES ARCE, Manuel, *Las semillas del tiempo, obra poética 1919-1980*, México, Ed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (coleccion. Lecturas Mexicanas, núm. 13), 1990.
- MATTALIA, Sonia, "Continuas modernidades discontinuas: las vanguardias del veinte en Latinoamérica y España", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 500, enero de 1992, pp. 209-220.
- Modernidad y modernización en el arte mexicano, 1920-1960*, México, INBA-MUNAL, 1991, 184 pp.
- MONTENEGRO, Roberto, *Planos en el Tiempo*, México [s.n.], 1963, 88 pp.
- PAPPE, Silvia, "Germán List Arzubide, el hombre que no nació en ninguna parte", en *Revista Fuentes Humanísticas*, UAM-A, año 10, núm. 18, 1er. Semestre, 1999, pp. 3-7.
- REYES PALMA, Francisco, *La política cultural en la época de Vasconcelos*, México, INBA, 1981, 47 pp.
- RODRÍGUEZ LOZANO, Manuel, *Pensamiento y pintura*, México, UNAM, 1960, 383 pp.
- SHÁVELZON, Daniel (comp.), *La polémica del Arte Nacional en México (1850-1910)*, México, F.C.E., 1988, 368 pp.
- SHERIDAN, Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 411 pp.
- SCHNEIDER, Luis Mario, *Ruptura y continuidad, la literatura mexicana en polémica*, México, F.C.E. 1975, 200 pp.
- SCHNEIDER, Luis Mario, *El estridentismo, una literatura de estrategia*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes (Estudios Literarios 5), 1970.

SCHNEIDER, Luis Mario, "Agustín Lazo o el teatro como devoción", en *Agustín Lazo*, Casa de Bolsa Cremi, México, 1988.

SCHARTZ, Jorge, *Las vanguardias Latinoamericanas, textos programáticos y críticos*, Madrid, ed. Cátedra, 1991. 698 pp.

VERANI, Hugo J. *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (manifiestos, proclamas y otros escritos)*, México, Fondo de Cultura Económica (colect. Tierra Firme) 2º dic., 1990.

V.V. A.A., *Estridentismo vuelto a visitar*, Veracruz, Instituto Veracruzano de Cultura (cuadernos de Cultura Popular), 1997, 84 pp.

SUBIRATS, Eduardo, "De las vanguardias al espectáculo", en *La Jornada Semanal*, núm. 216, 1 de agosto de 1993, pp. 30-34.

FEBRERO DE 1974

NOTAS

ALBERTO HÍJAR\*

Con diferencia de horas, en febrero de 1974, una ola represiva tocó Monterrey, Nepantla, en el Estado de México, el Distrito Federal, el Rancho El Chilar cercano a Ocosingo, Mérida y Campeche, para llegar hasta Cataluña, en España, y al País Vasco.

Jamás sabremos cómo la recién integrada Brigada Blanca dio con una casa de seguridad de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional en Monterrey. Los dos secuestrados y torturados en ese lugar fueron forzados a acompañar a grupos especiales y al ejército hasta la llamada por la organización la Casa Grande donde en el brutal asalto fueron masacrados cinco militantes, mientras dos sobrevivientes observaban la identificación de los caídos rematados ahí mismo. De Monterrey llegaron amarrados y golpeados los integrantes de una red de apoyo para desaparecer en una cárcel clandestina en la Circular Morelia, donde el único secuestrado en el Distrito Federal corrió la misma suerte, las mismas torturas, el mismo encapuchamiento y la permanencia con las manos amarradas por detrás, de todo el grupo que durante no menos de ocho días fue sometido a brutales interrogatorios.

\* Investigador titular del *Cenidiap*, *Centro Nacional de Investigación, Difusión e Información de las Artes Plásticas del INBA*.

Los secuestrados en Monterrey, la pareja de sobrevivientes de Nepantla y yo no estuvimos en el Campo Militar número 1, supuesta guarida de Nazar y su Brigada Blanca, sino en un edificio de cinco pisos y azotea en la primera cuadra de la calle de Morelia, entre avenida Chapultepec y Puebla, donde la Circular Morelia da lugar a una pequeña plaza arbolada con este nombre. Supe donde estaba una noche, en la ciudad de México, cuando mi guardián levantó una persiana para ver a unos gatos en celo y hacerme un comentario al que respondí caminando hacia la ventana cerrada consciente del riesgo de ser violentado, para mirar al exterior y reconocer la antena de Televisa Chapultepec y la calle de Guaymas a la espalda del centro de tortura. Pequeño triunfo alentador, sumado a la suspensión de los interrogatorios y la tortura con un sabihondo regaño del chaparro de los lentes negros, sobre clandestinaje y seguridad revolucionaria.

Asusta saber que el edificio en el número 8, todavía con su gran antena de radio, es ahora Dirección General de Registro y Supervisión a Empresas y Servicios de Seguridad Privada, anunciada con letrero con águila mocha y la dependencia a la Secretaría de Seguridad y Prevención. Nazar y su hijo son empresarios privados de la seguridad empresarial y nada raro sería que conservaran sus oficinas históricas con nombre nuevo.

Vale la pena precisar el tratamiento a los secuestrados de 74, como prueba de los crímenes de Nazar Haro y su Brigada Blanca. Lo primero fue la intimidación psicológica y la despersonalización espacio-temporal acentuada con el maltrato verbal y las agresiones corporales constantes, en un lugar de paso donde todos los matones federales castigaban el cuerpo de la víctima. La colocación de un capuchón de plástico negro en la cabeza y el amarre de las manos, colocan al torturado en situación de indefensión extrema y desubicación total: ahí si no somos nada y no sabemos hora ni lugar.

De ahí al interrogatorio del experto con lentes negros para despersonalizar el diálogo hasta hacerlo imposible: él es un emisor todopoderoso de preguntas y comentarios inculpatorios debidamente escoltado por criminales ostentosamente armados. A una señal, vuelta al capuchón y conducción al cuarto de tortura, a los golpes *científicamente* colocados en partes blandas para dejar mínima huella y empezar el protocolo de la tortura eléctrica con el derrame de un líquido viscoso en el torso, probablemente saliva de criminal. En los trayectos, en la espera, voces, rumores, comportamientos groseros, ruidos de manipulación de armas, un homosexualismo enfermo constante en las bromas y los tocamientos al indefenso desaparecido y los gritos, sobre todo los gritos de los torturados desconocidos, pero presentes.

Luego de 4 días al borde la muerte, fui conducido hasta un confortable despacho, sin el asfixiante capuchón negro, temporalmente retirado. Recargado en un escritorio, Miguel Nazar, ataviado con la ropa deportiva características de los días de descanso empresarial, preguntó afirmando: usted es el profesor Alberto Híjar, y luego de mirarme detenidamente ante la respuesta afirmativa, ordenó con un gesto mi retirada. Al otro día, fuimos conducidos amarrados y con capuchón a la azotea, no sin antes obligarme a grabar mi declaración escrita. En un estacionamiento fuimos amontonados en dos automóviles con la promesa de dejarnos en la calle o en la puerta de nuestras casas, porque todo había terminado y quedábamos libres de toda culpa. Quienes no creímos la palatza de los criminales, no sufrimos decepción al ser entregados en los separos de la Procuraduría General de la República, en la calle de Valerio Trujano, a una cuadra de la Alameda Central. Habíamos dejado de ser desaparecidos. Una vez fichados, una noche volvimos al amontonamiento en los autos para ser depositados en Lecumberri, donde el bestial ayudante principal del General Arcaute nos recibió con toda suerte de amenazas. De ahí salí bajo fianza, honrosamente acusado de conspiración, no sin sufrir

una noche de despedida trapeando todos los patios, empapado del agua helada arrojada por los custodios, entre sus patadas y macanazos para que nadie dudara de su poder. Sólo conté con el ánimo de mis desconocidos compañeros de Monterrey, con sus frases susurradas.

En una tregua de madrugada que parecía dar fin a la tortura cuando en realidad era el cambio de turno, un preso con el rostro tumefacto agravado por el dolor evidente a cada movimiento del lavado del enorme altero de platos de lámina, respondió con un gesto de terror a mi oferta de ayuda. Luego supe que era Napoleón Glockner.

Miguel Nazar Harò se mantiene invicto hasta para la justicia gringa que lo sorprendió traficando con autos deportivos robados en los 80 con la complicidad de los hermanitos Hank Rohn. Impotente, el fiscal para delitos del pasado nada puede hacer ante la revocación de la orden de aprehensión por el Juez Penal Cuarto de Distrito de Monterrey, Guillermo Vázquez Martínez. Ante el voluminoso expediente de la desaparición de Jesús Piedra Ibarra, el juez resolvió la prescripción del secuestro, la tortura, el asesinato. Los derechos humanos del hijo de la tenaz doña Rosario, de ella, de los familiares de todos nosotros, de nosotros mismos marcados de por vida por el terrorismo de Estado, han prescrito legalmente. Gran poder el de Nazar, el invicto. No somos nada.

La información secuestrada en Nepantla condujo hasta el Rancho El Chilar, donde fue asesinado el dirigente de las FALN con al menos tres militantes. Salvo las denuncias esporádicas, la más reciente a raíz del intento de castigar a Miguel Nazar Haro finalmente invicto, un video testimonial del compañero Javier y las notas de prensa y protestas de comunidades muy diversas, en la segunda quincena de febrero de 1974, todo había permanecido sin documentación ni crónica hasta que el domingo 12 de febrero de 2006, el colectivo Nacidos en la Tempesta organizó una exposición con visita guiada en la casa de Nepantla

que permanece tal cual, con las huellas de los disparos con armas de alto calibre.

Fritz Glockner imagina la incorporación revolucionaria de su padre en *Veinte de Cobre, Memoria de la clandestinidad* (1996), y a partir de un diario de Dení Prieto, Ignacio Retes narra en *Por supuesto* (2000), la vida de los habitantes de la Casa Grande. En el recuento hecho por Gregorio Ortega, en *Casa Maya* (1977), de los crímenes de estado del 68 y los setenta, pregunta a propósito del secuestro de Alberto Híjar y de la trasgresión de los artículos 285 y 286 constitucionales sobre el allanamiento de moradas, y de los 364 y 365 sobre privación ilegal de la libertad: “¿quién cometió más delitos: la policía o el catedrático?”. Con la misma intención jurídica, la revista *Injusticia*, de los abogados Ortega Arenas, comentó la ilegalidad de los procesos y la insensatez de relacionar el asalto a un tren a Xalostoc por la Liga 23 de Septiembre que firmó en un vagón, con la Casa Grande en Nepantla a 100 kilómetros de distancia. Juan Miguel de Mora en *Por la gracia del señor presidente, México: la gran mentira* (1975), luego de una introducción y una primera parte sobre los cuentos de la independencia, la soberanía y el municipio libre bajo la dictadura del partido único, trató, a partir de notas de prensa, la represión de los setenta y en especial, el secuestro violento de Alberto Híjar. El compañero Javier recuerda en un video cómo en Lecumberri acabaron por ser conocidos como *flanes* por los presos de otras organizaciones. Ahí sufrieron toda suerte de expoliaciones, heridas infectadas y amenazas permanentes. En una serie sobre mujeres del Canal Once, Gloria Benavides narró *in situ* la masacre de la casa de Nepantla donde fue secuestrada y maltratada. Emma Prieto, hablante tardía del español por su nacimiento y niñez en Houston, trabajó un poco como adjunta de Literatura Mexicana en la UNAM. Conmovida por la masacre de Tlatelolco en 1968 y luego por la brutal ejecución de su sobrina Dení Prieto en Nepantla en 1974, escribió *Los testigos*, para reproducir el proceso de militancia

revolucionaria de una mujer, las relaciones contradictorias que la construyen, los encuentros y desencuentros con modos de vida inconsecuentes, la muerte, los recuerdos, el clandestinaje, en fin, todo el imaginario desatado ante la caída en combate muy desigual, de la joven de 18 años Dení-María Luisa.

Raúl Prieto, mejor conocido como Nikito Nipongo, firmó con su nombre oficial un artículo en *Excelsior* sobre la masacre de su pariente Dení Prieto, quien a sus 18 años fue asesinada en Nepantla y desaparecida en alguna fosa común. Comparó esto con el caso de Salvador Puig Antich, culpado de ejecutar a un policía cuando ETA daba sus primeros pasos a la par del Partido Socialista de Liberación Nacional de los Países Catalanes. El joven estudiante de 25 años fue sorprendido en un portal y al defenderse de la agresión de un grupo de guardias, logró disparar y matar a uno de ellos. España entera estaba conmocionada por la espectacular ejecución del almirante Carrero Blanco, seguro sucesor de Franco, cuyo automóvil fue a dar a una terraza en un primer piso con el estallido de la bomba detonada a su paso. El 1° de marzo, le fue comunicada la sentencia de ejecución a Salvador con la explicación del funcionamiento del garrote vil, ese espantoso aparato con un tornillo aplicado en la nuca ideado por algún siniestro inquisidor. Al día siguiente, y luego de despedirse de su familia, Salvador fue ejecutado, su cuerpo fue entregado a sus familiares y pese a la represión dictatorial, lo acompañaron movilizaciones y un funeral combativo. Una flor para Dení pidió Raúl Prieto, comparando el trato de Salvador por la dictadura de Franco, sin embargo, respetuosa del cadáver, a diferencia de la brutalidad del ejército, la policía y la flamante Brigada Blanca en México. La dictadura de Franco permitió el juicio, la defensa y la relación familiar. La dictadura de Echeverría nada, sólo la muerte violenta: más de seis mil disparos en Nepantla, tres granadas, tanque, helicóptero, más de 300 atacantes.

José Luis Moreno Borbolla, sobreviviente de la Brigada Roja de la Liga Comunista 23 de Septiembre, narra el operativo del tren de Xalostoc en “Los rieles de la ofensiva”, “Crónica guerrillera” (*Filo y causas*, no. 1, julio 2004 y no. 2, agosto 15/sept 15 de 2004). El desmesurado ataque a Nepantla estuvo justificado por la equivocación presente en el parte militar que insiste en el aniquilamiento de una casa de seguridad de la Liga, a pesar de que Napoleón Glockner y Nora Rivera, responsables de la casa de Monterrey caída, guiaron al ejército, no sin conducirlo primero a otra casa con la esperanza de que sus compañeros se dieran cuenta del asalto. El capítulo 8 del libro testimonial *Charras* (1990), de Hernán Lara Zavala, inicia con la descripción de la última fotografía de Efraín Calderón Lara, sentado sobre la salpicadera de su volkswagen, con el pie derecho sobre la defensa. “Cinco trabajadores de CUSESA lo rodean, de pie y con las manos en los bolsillos, como si también estuvieran a la espera de algo o alguien.” Narrados los acontecimientos por día y hora en el libro titulado con el sobrenombre del joven abogado organizador de los trabajadores del transporte y de cooperativas de producción hasta preocupar a la corrupta unidad entre los gobiernos priistas de la Península de Yucatán, la CTM y los caciques y empresarios, llega el paso entre el miércoles 13 y el jueves 14 de febrero de 1974, cuando el dirigente fue secuestrado pese a sus intentos por burlar la persecución. Miguel Angel Granados Chapa compararía en *Excelsior* las acciones de Monterrey, Nepantla y Mérida, con especial referencia al secuestro y desaparición de Alberto Híjar, con lo ocurrido al Charras. Mientras el primero sufrió secuestro y tortura en cárcel ilegal, pero al fin fue remitido a la Procuraduría General de la República y luego a la cárcel de Lecumberri con los capturados de Monterrey y los sobrevivientes de Nepantla, el cuerpo torturado y sin uñas del Charras fue encontrado en la orilla de la carretera a Campeche. Ni el gobernador Carlos Loret de Mola ni el director de Seguridad Pública del estado, Teniente Coronel

José Felipe Gamboa, sufrieron mayor castigo a cambio del encarcelamiento en condiciones especiales del autor material del crimen, Carlos Francisco José Pérez Valdés, y sus cómplices, finalmente escapados de la débil prisión en la que permanecieron unos meses. El criminal dio su versión: “Calderón Lara se defendió hasta con los dientes y aunque le pusimos varias inyecciones para dormirlo, dos veces despertó, y en la segunda, ya al amanecer, nos vio bien y nos reconoció. Por eso decidimos matarlo.” En la nota de *Últimas Noticias*, del 15 de marzo, se describe la golpiza y seguramente tortura a la víctima en el tramo entre Carrillo Puerto y Bacalar. “Pérez Valdés le disparó a la cabeza cuando estaba en el suelo amarrado y apenas abría los ojos.” El subdirector Carlos Marrufo, el comandante Víctor Manuel Chan, William Salazar, Néstor Martínez, Juan Burgos y Eduardo o Carlos Sáenz, participaron como escoltas, cómplices y seguridad para proteger al asesino. El mito de la medicina forense, Alfonso Quiroz Cuarón, viajó desde la capital de la República para hacer un dictamen inútil pero justificador de la hipócrita preocupación de los gobernantes.

Raúl Pérez Gasque, fugazmente mencionado como desaparecido en el echeverriato junto a su compañera Elisa Sáenz Garza, fue compañero de escuela preparatoria de Efraín Calderón Lara. Ambos tendrían unos 27 años en 1974, precisa Jorge Fernández Sáenz en “Dos compañeros, dos amigos, Otra Campaña” (*La Jornada*, febrero de 2006).

Sobreviviente de Nepantla, Pérez Gasque cayó con su compañera, luego de su excarcelación en 1975, protegiendo a un independentista puertorriqueño en Puebla, mutilado de ambas manos por una explosión, prófugo de la justicia yanqui y suficientemente indisciplinado para telefonar rompiendo la seguridad del clandestinaje. Nunca se reencontraron los jóvenes de Mérida para compartir experiencias. De Raúl nadie se acuerda; de Efraín, su nombre impuesto al edificio central de la Universidad de Yucatán fue cambiado por el de Felipe Carrillo Puerto,

“seguramente calculando que era mejor un recuerdo socialista de los años veinte que una presencia que recientemente había cuestionado el estado de cosas.”

La conmemoración del 12 de febrero de 2006, en Nepantla, recordó esta ola represiva y ahí se manifestó el asombro triste por el olvido de quien debiera tener monumento y seguidores en toda la península de Yucatán, del que igual debiera estar presente en Cataluña y el País Vasco y de quienes soñaron en organizar una red nacional para garantizar la revolución en México. Indignado asombro causa la impunidad de Nazar, el Procurador General de entonces, Pedro Ojeda y, por supuesto, el agente de la CIA desde que era subsecretario de Gobernación, Luis Echeverría, identificado como Limpo IV por el ex agente yanqui Phillip Agee en su libro testimonial *Diario de la CIA*, de 1979. Dice el gobierno que son crímenes del pasado, habría que preguntar a las familias y a los sobrevivientes si ya prescribieron las infamias.

Los estadistas tampoco olvidan ni perdonan. En febrero de 1995, como parte del operativo político-militar de aniquilamiento del EZLN, luego de traicionar los Acuerdos de San Andrés, el presidente Ernesto Zedillo leyó en los noticieros nocturnos de televisión una lista de cómplices del EZLN, luego de la exhibición del rostro tras el pasamontañas del Subcomandante Insurgente Marcos. Al día siguiente, 14 de febrero, otra vez agentes federales, previa identificación y con buenos modales hasta donde les era posible, mostraron la orden de presentación a Alberto Híjar Serrano para conducirlo a la Procuraduría General de la República, donde ratificó la declaración publicada en *El Día* agradeciendo el honor de ser involucrado con el EZLN al que no pertenece. En el fin del siglo XX, al Museo-estudio Diego Rivera se le ocurrió hacer una exposición de Rivera trotskysta. Invitado como curador, Híjar sugirió la visita a la casa de Luis Echeverría, poseedor de los cuatro paneles sobrevivientes al incendio de la trotskyista Escuela para Trabajadores en New York, donde Diego pintó luego del

escándalo por su mural destruido en el Centro Rockefeller. La directora del Museo-estudio envió la solicitud de audiencia. Unos diez días después, la respuesta del secretario declaró bienvenida a Blanca Garduño a diferencia de Alberto Híjar. El memorioso Echeverría tiene su lista negra.

Lo cierto es que la historia de México seguirá parcial y edulcorada mientras no se incluya en ella a los combatientes revolucionarios armados, a sus organizaciones, sus proyectos político-militares en oposición a un Estado-nación corrupto.

# LA REBELIÓN DE LOS FULGORES

## TESTIMONIO DE UN CINEASTA TEXCOCANO

SALVADOR DÍAZ SÁNCHEZ\*

[ El 22 de octubre de 2001 el salvaje escorpionazo saltó ponzoñoso desde las espectrales pantallas hogareñas: la construcción del nuevo aeropuerto se situaría en Texcoco, y más precisamente en San Salvador Atenco. La existencia de los campesinos atenquenses se bamboleó dramáticamente entre 1) la resignada aceptación a desaparecer como pueblo sometiéndose a los designios del supremo gobierno, 2) la exigencia de un trato decoroso de algunos ejidatarios para negociar los siete miserables pesos por metro cuadrado que Fox y Montiel ofrecían por sus tierras, 3) la resistencia legal y pacífica de la dirigencia ejidal para derribar el decreto expropiatorio y 4) la lucha sin cuartel de la base campesina a la decisión del gobierno de instalar el mortífero aeropuerto sobre esta región milenaria.

Mi condición de documentalista, de cineasta militante, me condujo inevitablemente al corazón del conflicto el mismo día de la oficialización de la muerte de este municipio y de 21 comunidades más. Pero otros hilos invisibles más poderosos me jalaron imperiosa y definitivamente hacia Atenco: mi pasado campesino y mi fuerte raigambre texcocana. Nací en una pequeñísima población de obreros del campo quienes a principios de siglo pasado prestaban inexorablemente sus

\* Catedrático de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Chapingo. Imparte Taller de periodismo en el Depto. de Talleres Culturales.

servicios a una hacienda llamada *La Blanca*. El nombre de mi pueblo despidе una fragancia fuertemente bíblica: Pentecostés. De ahí soy, de Pentecostés, Texcoco. Porque hay que decirlo, Texcoco es el nervio político, económico y social de una región que abraza desde tiempos ancestrales varios municipios, entre ellos Atenco. Y por eso acudí a este lugar, porque es el mismo suelo, el mismo aire, la misma patria texcocana.

El estallamiento del conflicto casi me atrapa en la edición final de un documental sobre los hechos sangrientos ocurridos en mayo de 2000, en Chimalhuacán, titulado “*Tras las huellas de la Loba*”, de tal forma que tuve la oportunidad de dedicarme a la videograbación sin más contratiempos que los impuestos por mi trabajo como profesor en la Universidad Autónoma Chapingo y mis madrugadoras clases en la Escuela Preparatoria Texcoco. Esto es, que soy documentalista de tiempo completo los fines de semana, días festivos y en periodos vacacionales.

Así que puse mis escasas habilidades y mínimas virtudes en el cultivo de la imagen al servicio de la causa de los pobres. No me costó ningún trabajo relacionarme con los compañeros. Conocía a una decena de personas con quienes me había encontrado en las luchas de la izquierda electoral en Texcoco, algunos excompañeros de la secundaria y preparatoria, además de jugadores del fútbol dominical. Compartíamos el lenguaje, las costumbres, los albures, los lugares, la cultura, las fiestas y las tradiciones como *Los Santiagos*, *Los Vaqueros* o las excursiones religiosas a San Juan de Los Lagos o a San Miguel de los Milagros.

Y aunque me movía como pez en el agua videofilmando distintos aspectos de la lucha inicial, una pequeña registradora de imagen casera como la mía (Handicam, Digital 8) no apantallaba a nadie y los pobladores preferían darle paso a las Betacam de TV Azteca y Televisa o a CNI 40. Esto ya me lo sabía, los reporteros de los grandes medios recibían todas las facilidades para realizar entrevistas de 10 minutos aunque al

final aparezcan en pantalla 8 segundos. En ocasiones los periodistas intentan ser objetivos en sus notas informativas, en otras les supura la mala leche hasta por las orejas.

En esas andaba yo cuando se me acercaron unos compañeros de *Atenco Unido*, una organización política local, para proponerme la hechura de un vídeo sobre el movimiento con ellos como protagonistas. La negación fue tajante, no podía comprometerme con grupo alguno, pues el documental se contaminaría ideológicamente. De cualquier forma le dije a uno de ellos que yo seguiría el curso de la lucha y nos íbamos a ver seguido. Esto nunca ocurrió pues ellos formaban parte del grupo que optó por la vía jurídica que contrató al tristemente célebre abogado patronal y desarticulador de luchas obreras Ignacio Burgoa Orihuela.

Al siguiente día de la noticia que conmocionó a los ejidatarios llegó a mi casa un entrañable amigo, Francisco Gómez, entonces fotógrafo de *El Universal*, y un acompañante, Alejandro Almazán, reportero del mismo periódico. Me pidieron los llevara a recorrer la zona en conflicto y a *conectarlos* con gente del lugar. Preparé mi fiel, eficiente y ligera camarita para aprovechar el viaje. Fuimos a Acuexcómac, uno de los pueblos afectados por el decreto, donde entrevistamos a varios campesinos que, llorosos, angustiados, indignados, hablaban de la tragedia que significaría el aeropuerto sobre sus sembradíos de alfalfa o calabaza.

En Acuexcómac se me acercó un lugareño que cultivaba en su rostro una barba de piochita: —¿Tú eres Salvador, verdad? — Sí —le contesté sonriendo. —¿*Tovia* sigues en el *perredé*?” No —le dije—, son puros maricones que a esto no le entran. Risas. Ya después sería y preocupadamente me preguntó como buscando consuelo: —¿Cómo la ves, podrá tumbarse el decreto? Le contesté que sí pero que la sublevación tiene que crecer agigantadamente y sobre todo que la gente aguante. Le dije que tenían que inventar nuevas formas de lucha, que si no había

acción constante los ejidatarios se cansarían de volada. Guardó unos segundos de silencio y como para restablecer el optimismo me preguntó: —¿De dónde vienen? — ¿Ellos?, de *El Universal* —le contesté. Él nos llevó con otros consternados campesinos.

Los conmovedores testimonios me producían un Hiroshima interior que quemaba mis entrañas. Buscamos a otros conocidos y así platicamos con ejidatarios y vecinos en la Colonia Madero, en Nexquipáyac, en la cabecera municipal. En la Madero filmé a un personaje que después sería importante en el movimiento: “*El payaso sin nombre*”, quien llegó en una moto, ataviado con chamarra negra de cuero y destellantes lentes negros. De verbo fácil, Santiago, el payasito, hizo la delicia de niños y grandes en multitud de asambleas, aunque algunos lo reprobaban “porque es muy pelado”. A pesar de su soltura nunca pude incluir su testimonio en el documental en cieme.

Quien nos llevó a este pequeño caserío fue Andrés Ruiz, un ejidatario con bigotes de morsa de San Pablito Chicóncuac que en ese momento presumió una actitud de rechazo al proyecto aeroportuario pero que después, con el maloliente tufo de los billetes, se rebajaría a la calidad del Iscariote, negociando con el gobierno la venta de las tierras.

Yo filmaba y filmaba para un documental que comenzaba a merodear como una entidad etérea en los intersticios de mi imaginación. Mis amigos periodistas se fueron con un cargamento de fotos y de notas que aparecerían publicados al siguiente día en un buen reportaje. Escribe bien Alejandro, y Paco lleva la práctica de la fotografía a niveles superiores.

En la noche retorné a Atenco donde encontré a un viejo conocido, chaparrito, rechoncho, moreno de fuerza, con una mirada atípicamente penetrante, del cual ignoraba su apelativo. Me dijo: “tómale una foto al *Birria* con su machete”. Al *Birria* sí lo conocía de nombre, Israel Rodríguez, viejo y radical luchador social de la región, un tipo recio, curtido en las frías madrugadas alimentando a las vacas y a los animales de tiro, en

el caluroso corte del zacate y en el sudoroso acarreo de la pastura. Pero de éste que me hablaba riéndose no sabía ni su apodo. Después, varias semanas después, supe que él era Ignacio del Valle.

Nacho algún tiempo compartió experiencias en el movimiento que encabezaba el *Birria*, el *Frente Popular Regional Texcoco* (FPRT), una organización antaño radical, semillero de activistas como Isaias Ávila (*El Chías*), Jorge Flores, *La Finini*, Heriberto Salas, Andrés Ruiz, Agustín Rosas y otros cuyos nombres se me pierden en el retacerío de la memoria. Ellos organizaron varias movilizaciones desde principios de los años 80. Recuerdo una huelga de pagos del predial y medidas de fuerza como tomas de receptorías de rentas estatales. Sin embargo, después de tantos enfrentamientos y negociaciones con el Estado la agrupación del *Birria*, imperceptiblemente, comenzó a sufrir mudanzas ideológicas mientras cambiaba de nombre a *Frente Popular del Valle de México* (FPVM), formado a raíz de la defensa del agua y los recursos naturales que amplió su irradiación activista a otros pueblos. Pero también significó su acercamiento a la lucha electoral bajo las siglas del PRD que fue el pivote que desinfló la rebeldía del FPVM y del *Birria*, quien pronto pasó de un radicalismo feroz a la intolerable condición de colaboracionista del gobierno.

Esto se reveló impúdicamente en la contienda contra el aeropuerto. El *Birria* le recomendó a Nacho que lo mejor “era negociar un buen precio a las tierras pues estaba cabrón ponerse contra el gobierno, el aeropuerto lo van a hacer hagamos lo que hagamos”, me comentaría después Nacho del Valle platicando con franqueza en el mullido tapete de la confianza.

Pero en ese tiempo el movimiento no era conducido por líderes precisos, la espontaneidad era un táctica que gobernaba todas las acciones. Mítines en la plaza, marchas y marchas a Texcoco, al DF, a la Secretaría de Gobernación, a Comunicaciones,

al Gobierno del Estado, a los campos “expropiados”. Bastaba la presencia de un medio de comunicación masivo para que se organizara un recorrido que iba del centro de Atenco a la delegación de Acuexcómac y de ahí a los terrenos expoliados en un peregrinaje donde las consignas apenas sacudían levemente la campanilla de las gargantas. Aún no se bautizaban como insurgentes, mucho menos como radicales.

Algo que llamó mi atención en esos momentos fue la nobleza de su lucha, la ternura de sus consignas, sus proclamas de buena fe: ¡Tierras si aviones no! ¡Ni hoteles ni aviones, la tierra da frijoles! ¡La sangre de los abuelos no se vende! Y una frase que encerraba al principio de las movilizaciones la candidez de los inexpertos en la lucha de clases: ¡El gato... con botas,, di-ce-puras-menti-rotas! ¡El gato... con botas,, di-ce-puras-menti-rotas!, refiriéndose, por supuesto, al inculto presidente de México. Después vendrían los gritos radicales en el hervidero de las acciones y la radicalización de la lucha.

A los pocos días integré a Odette, mi señora, y a Dorotea, mi pequeña y único vástago de seis años, a mis periplos atenquenses. Fue cuando mi mujer comenzó a manejar con destreza la cámara. De esta manera cuando había algún meneo durante el día ella se lanzaba a la conquista de la imagen mientras yo cumplía con mi deber de buscar el *chivo* en mi trabajo. En otras ocasiones se quedaba a grabar los noticieros de la *telera*, así que con amplios dotes de corsarios o filibusteros de la imagen teníamos varios reporteros profesionales a nuestro servicio que reforzarían el registro videográfico que nosotros hacíamos desde las tripas mismas del movimiento.

Un domingo, los tres, mi hija, mi esposa y yo, llegamos a una asamblea popular en esa plaza que empezaba a rugir y a refulgir rebeldías. La gente se concentraba unas ocasiones en el auditorio municipal —que pronto cambiaría de nombre a Auditorio Emiliano Zapata—, y las más de las veces enfrente de éste. Era el cuartel general del movimiento, aunque en

Acuexcómac también tomaban la iniciativa de las actividades. Ahí estaba disparando algunas tomas cuando de pronto advertí a cuatro jinetes que se acercaban, bajaron del caballo y se internaron en el enjambre humano. Uno de ellos se me hizo conocido pero un amigo me interpeló y lo perdí de vista momentáneamente.

Pregunté por él a uno de sus compañeros y me dijo su nombre: Felipe. Le hablé y me reconoció en seguida: —Quihobo *compa*— me saludó, y aproveché entonces para proponerle una entrevista, le dije que preparaba un documental y enseguida nos enfilamos por el rumbo del panteón. Felipe llevaba un chaleco y sombrero negros. Coloqué a los cuatro pegasos como en un set cinematográfico de *chili western*. El primer entrevistado fue Felipe, sí Felipe Álvarez, mundialmente conocido como *La Finini*. Éste, además de campesino, también apretujaba los manubrios de un bicitaxi allá en su pueblo para completar el plato de frijoles. A pesar de su notoria chimuelez es un personaje extraordinariamente fotogénico y tan elocuente como el mejor de los oradores, lo cual, años más tarde, le serviría para protagonizar otro documental llamado “*Hincando el diente en la vida*”.

Habló del capitalismo, de Fox, del Aeropuerto, denunció, explicó, advirtió: “Fox ya dijo, ya dijo Fox, pero falta que el pueblo diga... sacaremos mujeres, sacaremos niños, pero el aeropuerto no pasa...” Su palabra atrae, cautiva, seduce, sin duda un personaje cinematográfico. Pero aún no terminaba con *La Finini* cuando irrumpieron dos coches llenos de campesinos que me pidieron me identificara y explicara la razón de mi presencia en Atenco. En esas circunstancias cualquier anomalía era vista como sospechosa. Afortunadamente un exalumno me reconoció y pudimos seguir la filmación. Después compareció Sergio Vázquez, el *Bodecos*, apodado así por la forma como de niño llamaba a los borregos: “estamos por la vía pacífica, está el amparo, pero si no funciona, entonces le vamos a entrar de a *deveras*”.

Otro más de los *cowboys* me recordó a un personaje de *Los Agachados*, al maestro Gumaro, así se llamaba el que montaba un caballito, casi un pony, al cual hacía girar sobre su eje futeándole las ancas y advirtiéndole que algunos del gobierno también se iban a morir. El último de los entrevistados fue *Ligardo*, así le decían sus amigos. En realidad se llama Hildegardo, y además de caballista también administraba un bicitaxi en la tierra de todos ellos, Nexquipáyac. Su dicho se constriñó a solidarizarse con sus hermanos de Atenco. Buenos testimonios sobre todo el de Felipe quien tiene una claridad ideológica deslumbrante producto de su experimentada militancia en las filas de la Izquierda.

Comencé a trabajar el guión para un documental extenso que sirviera a la causa de los ejidatarios despojados. Si la lucha era por la tierra y el decreto había sido realizado desde la ignorancia de los escritorios, entonces había que hacer conciencia sobre el significado de la tierra. Y la tierra no era solamente el fermento de las plantas, no era únicamente el lugar donde las semillas florecían con la fuerza de la vida. La tierra es el ombligo divino en torno al cual miles y miles de pobladores se habían organizado económica, social y culturalmente.

El cultivo de la tierra originó una cultura de fuertes raíces históricas donde el náhuatl gobernaba el verbo de los pueblos originarios, y los mitos divinos orientaban la vida silvestre de los texcocanos. De esta hermosa manera, Atenco, Texcoco, Chimalhuacan, los municipios afectados por el proyecto del maléfico aeropuerto compartían la telúrica historia del Popocatépetl e Iztaccíhuatl y la generosidad del legendario Lago de Texcoco.

Esta región que dio a luz a individuos que cobraban vida en su filiación con el barro y la obsidiana ahora se agitaba en la turbulencia de la lucha. Estos texcocanos que tenían en el viejo lago una inagotable cantera de alimentos como el ahuate, chichicuilotes, charales, acociles, peces, patos silvestres, ajolotes,

ranas, que constituían su modesta pitanza, hoy se erguían en pie de guerra.

Y uno recordaba la historia de estos lugares, cómo la Ciudad de México tomó el aspecto de un imponente vampiro que chupó la sangre al generoso lago, e incultos cueros resecos emergieron de estos venerados lugares ante la torrencial ausencia de los ríos, y cómo a partir de esta trágica condición, los pobladores de este ribereño territorio modificaron los hábitos de trabajo para asegurarse la venturosa supervivencia; así aprendieron a disponer de la yunta y del arado en terrenos yermos y salinos, a extraerle a la sal de la tierra los modestos frutos de su carcomido vientre, se consagraron al cultivo de la esperanza en cada grano de trigo cosechado, en el corte maestro de la alfalfa, en los colmados cuartillos de maíz, en el anchuroso saludo de las milpas. Día a día fueron ahuyentando a la aridez con la pródiga fe del agua de riego, desterrando el caluroso rigor de la canícula en las lácteas madrugadas de la ordeña.

Por eso los pueblos se enardecieron, porque a pesar de la injuriosa modernidad del cemento motorizado son lugares donde gobierna la paz de las bucólicas herramientas, la afilada mansedumbre de la guadaña, los arañosos alfalferos del biello y el rastrillo o la entrañable callosidad del machete.

Ésta fue la idea inicial del vídeo, recuperar la historia de la región con base en el amor a la tierra, a su ligazón con la grandiosa que es la madre tierra. Lo demás fue una acuciosa labor de observación y registro de imagen sobre lo que estaba ocurriendo en el movimiento campesino contra el proyecto del megaaeropuerto.

Y ocurrían muchas cosas. La sola idea de una terminal aérea en sus parcelas ejidales sembró negras nubes de pesadumbre en la población, pero también desató subversivos instintos libertarios en defensa de sus tierras. Los atenquenses, que ya habían adoptado el machete como símbolo de lucha, inventaban y reinventaban nuevas formas de enfrentar al gobierno, las

marchas fueron imprescindibles, los mítines, la irrupción en actos oficiales del gobernador Montiel, el enfrentamiento con la policía municipal y estatal, pero también los festivales culturales, y las asambleas regionales y las visitas a los medios de información, a las universidades, a sindicatos, a la radio, a la televisión. Pero aún no había unidad cabal en las acciones.

Alguna vez los compañeros de Nexquipáyac se quejaron porque organizaron una asamblea regional y los *compas* de Atenco y Acuexcómac habían realizado una marcha. En esa reunión del pueblo capté a varios lugareños que mostraban los productos del lago: chichicuilotos y patos silvestres disecados, frascos de espirulina, suculentos platos de ahuatele (denominado por acá el *caviar mexicano*) y otros productos como la sal del lago que, dicen, no hace tanto daño como la sal común, para evidenciar que estas tierras no eran estériles como argumentaban los príncipes de la mofa y de la palabra fingida del gobierno.

Acudíamos a Atenco dos o tres veces por semana para informarnos de las movilizaciones. La espesa muchedumbre impedía distinguir los rostros, uno que otro se hacía familiar, pero la gran mayoría no lograba reconocerse. Era una romería en la que las desobediencias contagiaban el estado de ánimo de los visitantes, curiosos y solidarios. Las señoras al principio se agrupaban en derredor de la infatigable cocina, después desplegarían su valentía y su presteza al encabezar las manifestaciones a la par con los hombres. Algunos estudiantes realizaban periódicos murales, otros jóvenes fijaban fotografías en mamparas, algunos voceaban denunciando el atraco gubernamental. Los más transitaban del auditorio a la casa ejidal y de ahí la Casa de la Cultura que servía para dar cursos de variada índole a la población. Atenco era un palpitante corazón de actividades y el motor que le daba vida eran el infatigable micrófono y el aparato de sonido que con su boruca mantenía en alerta a los guardianes de la tierra.

La vídeo, la TV, los cañonazos, los cuetes, las campanas, el perifoneo, la callada voz del correo doméstico, las composiciones musicales, las fiestas, los ritos, se convirtieron en las herramientas propagandísticas intra y extramuros, en los medios de comunicación que fortalecieron al movimiento. Pero también las guardias nocturnas, los rondines de vigilancia a todas horas, los carteles, los volantes, las bicicletas, los bicitaxis, los caballos, los estandartes religiosos, la bandera nacional, las pintas, las misas, todo, todo era susceptible de ponerlo al servicio de la causa del pueblo y utilizados como instrumentos para hacer crecer la lucha.

El anchuroso portal del palacio municipal servía como galería de carteles y fotografías de las movilizaciones. El palacio ya sólo lo habitaba el fantasma de Margarito Yáñez, el traidor Margarito, que motejaba el pueblo, el presidente municipal que, con el señuelo del billete, la saliva se le hizo poca para lamerle las manos a Arturo Montiel. El edil había abandonado el castillejo municipal para migrar su gestión a un pueblo alejado de la cabecera, Santa Isabel Ixtapan. Durante todo el conflicto, y aún más tarde, el edificio permaneció bajo resguardo del movimiento.

La calle principal estaba cerrada al tránsito vehicular, sólo circulaba la gente en *movimiento*. En una esquina cerrada con dos grandes troncos lucía una leyenda que me impresionó por su originalidad: “Se *solisita* gente *trinchona* para tumbar el decreto”; desgraciadamente no todo lo que uno ve se puede videografiar, sea porque ahora no parece importante para el proyecto, sea porque la cámara reposa su fatiga en la cajuela trasera o simplemente porque en el instante no te dieron ganas. Cuando regresé a Atenco para filmar la pancarta ya estaba otro cartel anunciando una marcha.

En ese lapso el movimiento adquirió la jerarquía de sujeto revolucionario. La vía radical como marejada incontenible arrastró a los indecisos, hizo naufragar a los traidores que no

supieron defender su tierra, y ganó la simpatía de los pueblos de la región. El Movimiento (con M mayúscula) radical se había impuesto como método de lucha a los priístas apocados que habían aceptado el decreto con la sumisión que el gobierno quería, a los campesinos que nunca se agruparon y que únicamente querían que les pagaran más de los siete pesos por metro cuadrado y a la dirigencia ejidal que contrató a Burgoa para seguir la vía legal del amparo y que sólo aparecía en la plaza cuando de declaraciones frente a las cámaras se trataba.

Cada vez que llegaba un medio de comunicación importante los campesinos congregaban sus afanes con la esperanza viva de dar a conocer su lucha. En una de esas ocasiones llegó el Canal 22 de California y un gentío comenzó a hormiguar para mostrar a ese medio los terrenos afectados. Comenzamos la peregrinación del centro de Acuexcómac hasta los terrenos que colindan con el río Xalapango que, casualmente, cruza también por mi pueblo y que hoy ya es un canal de desagüe. Aún no aparecía la consigna que le daría identidad al Movimiento: ¡Zapata vive, la lucha sigue! Pero ese paseo por los polvorientos campos de Acuexcómac suministró de excelentes escenas a mi documental.

El movimiento crecía y crecía y la solidaridad comenzaba a notarse mientras las marchas se hacían más frecuentes. En otra ocasión el *Capitán Guarniz*, reportero de *Brozo*, se apoderó de la atención del pueblo y la gente se reunió al instante; fuimos andando hasta Acuexcómac, donde los campesinos expusieron en ofrenda todos los productos de esa magnánima tierra que, afirmaba el gobierno, únicamente producía lástimas. Pero la visita que trascendió mayormente fue la de Ricardo Rocha, quien inició su recorrido por los campos expropiados con unas cuantas personas y terminó con miles. Esta vez sólo me enteré fortuitamente, luego vi el reportaje de Rocha en el Canal 13. Lameníe no haber estado presente. Un trabajo muy favorable a los ejidatarios, por cierto.

Sin embargo, fue una bella y friolenta noche de octubre cuando un medio de información convocó más voluntades. Canal 40 arribó a la plaza de los desacatos con un camión y su antena de hongo para transmitir en vivo y en directo durante el noticiario de Denise Maerker y Ciro Gómez Leyva. Tendieron su aparatoso tinglado de luces y micrófonos, y el periodista comenzó a reportar en vivo. El pueblo entero arrejuntó todos sus puños para hacer de todos ellos uno solo que blandiría con toda la fuerza que la tierra puede dar. Me colgué de las luces de CNI y me di vuelo registrando el mitin. Los hijos de la tierra crecidos en la parcela como jilotes de maíz se mostraron invencibles: la rabia trepaba por la cresta de la montaña humana y se desgranaba en atronadores cantos de ira. En furiosos relámpagos las bocas estallaron cual capullos en rebeldía. Centellearon las proclamas en mantas y pancartas, en mentes y corazones y los puños hundieron su filo en el cuerpo de la noche. Este torrente de imágenes serviría para descubrir en mi documental la fuerza del Movimiento. Es una de las partes más emotivas del vídeo.

Tres semanas después de explotado el conflicto, el Movimiento ya tenía identidad. Algunos que habían bloqueado la carretera el día del anuncio de la expropiación y hablaron a la televisión de que primero morirían antes que verse despojados de sus tierras, los más *trinchones* y habladores, a la suprema hora de los *cocolazos* desaparecieron como liebres asustadas perseguidos por el espectro de la cobardía. Pero la mayoría había echado su suerte en la heroica resistencia. Los tenaces guardianes del surco y de la hierba, anticipándose al naufragio de un destino prefigurado por los sátrapas, prefirieron someterse a la prueba de la dignidad defendiendo su tierra con movilizaciones, bloqueos, marchas, plantones y protestas de toda índole.

Lo cierto es que ni Vicente Fox, cuyo roce con el campo es el mismo que tienen los racistas *rangers* de Texas, ni Arturo Montiel, acostumbrado a los tenebrosos ardides en las barracas del poder, mucho menos Pedro Cerisola, habituado a los

mugrosos aromas de los billetes, sabían del carácter, temperamento y arrojo de los campesinos, por lo cual ninguno de ellos sospechó la tenaz e indomeñable respuesta de los herederos de Nezahualcóyotl.

Un contratiempo le imprimió una madurez inusitada a las acciones y marcó el curso del Movimiento. El 14 de noviembre de 2001 se organizó una marcha multitudinaria hacia el Zócalo del D.F. Armados con el coraje del barro y con la fuerza de la arcilla el contingente de trabajadores del campo se acompañaba con un escuadrón de jinetes que partían el mar negro de concreto para darle paso a mulas ariscas que extrañaban la rajadura de los surcos, a ligeros tractores que portaban arados imaginarios, a carretas que olvidaron la alfalfa, el zacate y el maíz por cargar un tumulto de consignas revolucionarias. En esa marcha empezó a popularizarse el combativo grito de ¡Zapata vive, la lucha sigue!

En esta deslumbrante y cansada caminata me acompañó Odette. A veces andábamos juntos pero yo me desprendía para subir a los puentes peatonales y vehiculares y darle brillantez a las tomas de los campesinos de San Salvador Atenco que partieron muy temprano del terruño con la bendición de sus guías religiosos y del lienzo nacional, acompañados de los labradores de Acuexcómac y Nexquipáyac que hicieron más grande el contingente. Más adelante se unirían los campesinos de Panoaya y Tocuila.

La oportunidad de recoger tantas escenas de un pueblo en pie de lucha, en defensa de su vida, que avanzaba por la carretera México-Texcoco con festivo enardecimiento en los labios y en las miradas, como si quisiera remover conciencias en la oscura lobrete de la carretera, mitigaba mi agotamiento. Filmar a *La Finini* cuando rebasábamos Chapingo mientras cantaba "*Está gritando la tierra, herida por un cuchillo, lo que le duele en el vientre la muerte de Jaramillo...*", imprimía vigor a mis piernas.

Ver un contingente libertario dirigirse hacia la vorágine del smog, al encuentro con su propia historia, rumbo al desquiciado corazón de los poderes federales en pos de quebrar un destino que no fue diseñado por ellos, vencía la fatiga de tantas horas de subir y bajar escaleras, de ir de la punta a la cola de la manifestación; sentir la vibración del piso por el paso de los rebeldes como si estuvieran azotando el frijol en el costillar de chapopote, daba ánimos para seguir filmando.

No obstante, al llegar a Cuautlalpan, el último de los pueblos texcocanos, colindante con Chicoloapan, después de haber devorado con mis ergastulados tenis unos 20 kilómetros de hirviente asfalto, al subir por enésima vez a un puente peatonal mis piernas se envararon a tal grado que sufrí una eternidad para llegar a la cima. Le dije a mi mujer que ya no podía, ella me lo agradeció porque tampoco respondían sus piernas. Decepcionados tomamos un camión de regreso a Texcoco, acordándonos de lo que me había dicho *La Finini* al comenzar la caminata, “¿a poco tu *potranquita* va a llegar caminando hasta el DF?” Pinche *Finini*.

Seguimos la marcha por televisión. Para entonces Atenco ya era noticia nacional y fomentaba el interés de los reporteros. Lolita Ayala informaba que la marcha desquiciaba la circulación de la transitadísima avenida Ignacio Zaragoza. Después de una negociación con los *pitufos* de López Obrador que pretendían detener a los hijos de la hierba, éstos seguían avanzando. Pero no sospechaban la trampa que se les tendía. Primero fue la actitud deslumbrantemente retadora de un campesino bigotón a un oficial de policía que le advertía que no pasarían y él contestaba: “como chingaos no, venimos encabronados”. El ejidatario era Jorge Flores, uno de los más aguerridos atenquenses.

Un poco más adelante, la rebelión de los fulgores, los machetes resplandeciendo insubordinaciones en el concreto, las imágenes de CNI, del canal 2, 4 y 13, proyectaban el despertar del México bronco, en el pecho abierto de los ejidatarios se

encendía una hoguera de rencores. Batallaban cuerpo a cuerpo contra los granaderos perredistas. Eran gladiadores modernos del surco y del machete.

Jamás se había visto en las calles defeñas un enfrentamiento de tales magnitudes con los cuerpos represores. A machetazo limpio repelieron a los granaderos. Las escenas se sucedían. El ojo tumefacto y la cara sangrante de una campesina, la pedrada a un espadachín sin corcel y su respuesta de campeador, la caída de otro combatiente por un proyectil, por aquí y por allá piquetes de gladiadores macheteaban a otros policías, la subversiva retirada de un jinete montaraz entre el ataque colérico de una decena de tecolotes, la expresiva ira de los que afilaban ruidosamente sus machetes en el cemento, el llanto corajudo de otro campesino que advertía: “esto es lo que se van a encontrar cuando lleguen a nuestro pueblo”. Finalmente, los rebeldes arribaron golpeados, pero triunfales, a la Plaza Mayor.

Apenas nos enteramos por los noticiarios vespertinos de la batalla campal que dieron los atenquenses, nos fuimos al Zócalo. Ahí recogí el rabioso testimonio de una campesina que le reclamaba a Fox tan estúpida decisión de despojarlos de sus tierras. Llorando, doña Epifania provocaba el compasivo y solidario llanto de quienes la escuchaban.

A 45 kilómetros del Zócalo la réplica espontánea de miles de campesinos de Acuexcómac, Atenco, Panoaya, Tocuila fue el bloqueo de la carretera Texcoco–Lechería para protestar contra las arbitrariedades de la policía capitalina, exhibiendo su capacidad de movilización y resistencia. Todo esto resumía la indignación de un pueblo organizado que se negaba a ser pisoteado por una plataforma de concreto desde donde pretendían despegar y regodearse los intereses de los poderosos en los aires de la impunidad.

Esta batalla en las calles capitalinas llamó la atención mundial y alcanzó dimensiones internacionales. Hasta en Corea hablaron de los machetes. La simpatía de miles y miles de mexicanos al

movimiento de resistencia se expresó por todos sus poros y logró momentos de grandeza excepcional. La solidaridad empezó a fluir como manantial a Atenco. La solidaridad convertida en activistas del CGH, en jovencitos afines a la cultura punk, en cantores y artistas que inscribieron su fuerza y su talento en ese memorial de los héroes en busca de su liberación. Tal sendero siguió Cayo Vicente, quien adoptó el machete y a Atenco como su familia grande; Aurelio, un campechano que por temporadas se quedó a vivir para participar en las brigadas de lucha combativa; el Gato, que ha crecido a lo bestia, o Christian, un niño de la calle que encontró afecto y cobijo bajo el techo de las consignas insurrectas, y muchos otros diluidos en la grandeza del anonimato.

Pero también arribaron oportunistas que se colgaron del Movimiento para pedir “solidaridad” doquiera se paraban, orejas que vendían caros los informes de las asambleas, soplones que hacían de la denuncia y la delación una hipócrita forma de amistad. Comentario aparte merece un individuo que sacrificó su habilidad como retratista para hacer de sus pinceles micrófonos al servicio de la secretaria de Gobernación. “Cienfuegos” es su alias y para más señas fue quien decoró los murales en las paredes del auditorio y de la casa ejidal. “Cienfuegos” fue descubierto cuando un agente de Gobernación fue atrapado por los macheteros y en su libreta encontraron su nombre y el de otros dos “activistas”, clasificados como “informantes”, y no precisamente de Sahagún, sino del mismísimo Atenco de todos los machetes. “Cienfuegos” el pintor; el Zapata, un tipo que aún intenta conservarse como miembro del Frente, y Felipe, un moreno barbón de torva vista que jamás se le ha vuelto a ver. Prácticamente vivían en el auditorio y fueron revelados como orejas del Gobierno. Lo curioso es que todos sabían que eran *tirantes*, pero nunca fueron corridos de Atenco hasta después del triunfo. Nacho decía que era mejor mantenerlos *controladitos* sin importar que estuvieran dentro.

El gobierno también mandó “observadores” disfrazados de fotógrafos, reporteros o de estudiantes solidarios, que en realidad eran pefepos, tiras y judiciales, sin contar a otros informantes del pueblo, priístas que cargaban las treinta monedas en las talegas de la traición, o agentes de la Policía Estatal como “El moreno”, presunto amigo de los *talibanes* que en las circunstancias de definición prefirió la protección de sus compinches gobiernistas.

A pesar de todo esto el ánimo no decaía, los juicios de amparo de los ejidatarios y las controversias constitucionales impuestos por los gobiernos perredistas del D.F., Texcoco y Acolman ante los dolosos hechos arbitrarios conformaban un segundo y tercer frente de lucha, aun cuando se sabía que estas controversias perredistas eran más una embustera careta que una real posición de fuerza.

Y la lucha creció como bomba de tiempo, el Movimiento se enriqueció con campesinos de Ixtapan, Nexquipáyac, Acuexcómac, Atenco, La Magdalena, Riva Palacio, Tocuila, Santa Cruz, San Felipe, Boyeros y otras comunidades que agitaron el puño libertario en reclamos turbulentos exigiendo dignidad y respeto a su cultura y a sus costumbres.

En ese parteaguas de la lucha, Nacho del Valle se había ganado a pulso la calidad de dirigente del Movimiento, apareció también Felipe Álvarez, *La finini*, Jorge Flores, Miguel Buendía y otros que jugarán un papel importante en el desarrollo de la lucha. A partir de ahí comenzó a popularizarse el nombre recién adquirido del Movimiento: el ahora famosísimo Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT), y con esta denominación también se les enjaretó dos sobrenombres: los *macheteros* y los *talibanes*, aunque este último sólo es usado en la región texcocana y, sobre todo, en el mismo Atenco.

Para el 20 de noviembre de 2001, a un mes de distancia del trágico decreto, y a seis días de la batalla contra la policía capitalina, el Frente de Pueblos había configurado su identidad

actual y efectuaba otra gran marcha a Texcoco, en particular a la Subprocuraduría local. Filmé todo el poderío del Movimiento. Las consignas habían cambiado, ya no se hablaba del gato con botas para referirse a Fox, ya gritaban ¡Montiel y Fox, chinguen su madre los dos!, y una que le dio identidad sin igual: ¡De norte a sur, de este a oeste, ganaremos esta lucha, cueste lo que cueste!, y esta otra *made in Atenco*, modelo exclusivo de los *talibanes*: ¡Este machete sí corta cuero, no te me acerques pinche granadero!, y algunas del mismo corte como ¡Que sube, que baja, Atenco no se raja! Y, desde luego, el ¡Zapata vive, vive, la lucha sigue, sigue!, en el Frente obtuvo carta de naturalización.

Ya para entonces terminaba el guión de mi documental y había invitado a Andrea Fernández y a Pepe González Márquez a que me apoyaran con la narración. Excelentes voces de Radio Educación que se prestaron a venir a mi casa a grabar en la forma más artesanal que alguien pueda imaginar. Conectamos el microfonillo que trae mi iMac y esperar a las 12 de la noche cuando ya no pasan carros frente a mi casa para realizar una grabación limpia. El pago es poco menos que simbólico para dos maestros de la palabra modulada, para dos profesionales de la garganta educada.

El audio de mis locutores significaba el preámbulo de la edición. Me faltaba un poco de música, pero ya tenía la esencial, toda vez que además de algunos discos de *Stoa*, un grupo de culto, alemán, de Sibelius, Haendel y otros a quienes ya les había puesto el oído encima, las composiciones de un excelente cantautor de Nexquipáyac, Claudio Duana Pineda, *El sol*, un auténtico cronista musical del Movimiento, enriquecería sobremedida el dramatismo del documental. A Claudio lo acompañó Alejandra D. Ricalde, también compositora texcocana que talla la guitarra como los grandes. La filmación la hicimos en el cerro de Coatepec y en los campos *expropiados*. Lo demás era cuestión de sensibilidad al ver las imágenes, escuchar los textos e imprimir más dramatismo al montar la música en

sintonía con las imágenes. Todo trabajado en un programa para aficionados llamado iMovie.

El trabajo de montaje es fascinante porque, lo mismo que en el guión, uno va creando otro universo. Al interpretar la realidad ésta se reinventa. Estoy convencido que concebimos y ordenamos de un modo personal la realidad cuando al mundo logramos darle una interpretación novedosa, y, por ende, todo cuanto hagamos con ese fin, surcará terrenos de la creación. Sólo así puede aguantarse hasta 18 horas de trabajo continuo.

Además, como documentalista uno sabe que el punto de vista es ideológico y el encuadre también, no existen mensajes inocentes, menos ideologías inocentes. A diferencia de los mercenarios de los medios de información que manipulan la información a su gusto, o mejor, al antojo de los dueños de los medios, el documentalista independiente tiene la libertad de transmitir su mensaje tomando partido de la manera más objetiva posible. Tenía todo a la mano para hacerlo. Y a ello me aboqué con gozo y placer.

Partí, entonces, del amor a la madre tierra, de cómo la fertilidad del suelo condujo al hombre a la comunidad de los afectos, a la congregación de las ternuras, pues la tierra es factor sustancial de nuestro alumbramiento y fin, de nuestro nacimiento y muerte. En el video me atreví a usar un aserto que por conocido a veces se pierde en la terrible banalidad y que nos remite al origen y a nuestro destino fatal: “Polvo eres y en polvo te convertirás”, bíblica sentencia que cincela con fulgores de oro nuestra hermandad con el suelo. De esta forma, hice un breve planteamiento que parte de la historia del mundo y su desarrollo ligado a los frutos extraídos del corazón de la arcilla que levantaron portentosamente pueblos, aldeas y, a la postre, las ciudades, que extendieron sus inacabables brazos por todos los confines, multiplicando los oficios hasta llegar a la modernidad con todas sus comodidades.

En esta introducción vertí toda mi historia rural utilizando un lenguaje basado en el conocimiento del campo, un lenguaje metafórico lleno de imágenes verbales para hacer más accesible el documental a los campesinos en rebeldía. He de señalar que en los terrenos de la creación en cualquier campo de la ciencia y la cultura, la realización de una crónica en la que ocurren conflictos políticos es una aventura intelectual difícil de superar, sobre todo si se quiere ir más allá de un documental descriptivo, arriesgando hipótesis y comprometiéndose con una de las partes, en este caso con los más débiles. La dificultad de predecir la solución de la trama y el argumento me causó muchos contratiempos; sin embargo, la honradez y objetividad en el planteamiento del problema me ayudó a resolver con buen éxito el proyecto.

Tales razones me indujeron a hablar de la grandeza de los pueblos indios y la cultura desprendida de esa fabulosa tierra rodeada de agua que configuraba el mitológico destino de un pueblo que supo servirse de la naturaleza y servirla a ella como a un dios, y que hoy no es más que un gigantesco corazón perdido en la envenenada modernidad de su atmósfera. Sólo una porción del contaminado valle ha resistido tenazmente la voraz espesura del tizne y las dentelladas de la urbanización, así, denunció en el video, los tlatoanis de la globalidad se confabularon para dar el golpe mortal al Valle de México: resolvieron con su proyecto millonario acabar con el último respiradero, filtrador pluvial y abastecedor de los mantos acuíferos del envenenado Anáhuac: la cuenca del Valle de Texcoco.

En esta parte del documental consideré necesaria la explicación del proyecto desde sus orígenes porque parecía que el plan había nacido de las *brillantes* molleritas de Fox y de Montiel. Tuve que aclarar que el nuevo campo aéreo comenzó a bocetarse durante el gobierno de López Portillo, pero los apuros financieros de esos años suspendieron los sueños aeroportuarios. No obstante, en 1981, la camarilla priista de Hank González,

más conocida como el grupo Atlacomulco, presentó el nuevo proyecto para edificar la terminal aérea en Texcoco. Finalmente el plan fue aprobado por Ernesto Zedillo, pero la crisis económica aplazó nuevamente su construcción.

Con el compromiso del aeropuerto hasta el cuello, enfatizo, el presidente Vicente Fox mantuvo al poderoso equipo priísta en su gabinete otorgando a Pedro Cerisola la titularidad de Comunicaciones y Transportes, a Alfredo Elías Ayub la de Comisión Federal de Electricidad, y a Ernesto Velasco León la de Aeropuertos y Servicios Auxiliares. Estos operadores de Hank González, entre otros, fueron la punta de la madeja de fraudes, negociaciones, intrigas palaciegas e intereses sospechosos que sometieron al gobierno de Hidalgo, corrompieron al Programa Universitario del Medio Ambiente (PUMA), compraron voluntades y mediatizaron a Greenpeace y al grupo de los 100, para llevar a cabo la multimillonaria plataforma aérea.

Además, se debía elucidar que si bien fue manejado como un asunto de seguridad nacional, los foxistas ocultaron que el nuevo aeropuerto era una exigencia más del imperialista proyecto de explotación de recursos naturales conocido como el Plan Puebla-Panamá, y un gigantesco negocio de especuladores de terrenos, compañías constructoras, turísticas y hoteleras en complicidad con los frívolos gobernantes; por ello, la farsa continuaba provocando más sospechas que certidumbres.

Y de ahí la resistencia al proyecto. El machete como símbolo, el enfrentamiento con los cuerpos policiacos, la captura de soplones y orejas, la detención de la maquinaria que pretendía trabajar sobre sus ejidos, los testimonios visuales, las manifestaciones, la escaramuza en el DF, las entrevistas con los protagonistas, esto es, la dramática y vibrante voz del pueblo le fue dando cuerpo, fisonomía y faz al documental.

Pretendía que el vídeo tuviera una función didáctica para el Movimiento y se convirtiera en parte importante de él, por tal razón en el guión planteé las siguientes preguntas al gobierno:

¿Por qué el gobierno nunca fundamentó la utilidad pública del nuevo aeropuerto, si éste es el principal argumento para expropiar a los campesinos? Si el puerto aéreo es un asunto de seguridad nacional pues son instalaciones estratégicas y por tanto objetivos militares, ¿por qué se quiere concesionar a inversionistas extranjeros? Si la plataforma aérea es de utilidad pública, ¿por qué se intenta adjudicarla a particulares? ¿Por qué los foxistas no cuestionan el aeropuerto planeado en un suelo de uso agrícola? ¿Por qué pasó por alto la regulación del suelo que es exclusivo del municipio? ¿Por qué no preguntaron a los campesinos si querían vender sus tierras? La expropiación no la están haciendo en reservas territoriales sino en ejidos de beneficio público.

Y terminaba advirtiendo que el patibulario aeropuerto podía ser la sepultura de Fox y sus empresarios si no se apegaban a las normas jurídicas establecidas, porque sólo podrían construirlo repitiendo la masacre de Tlatelolco, de San Cosme, de Acteal, de Aguas Blancas, o de Chimalhuacan, porque los atenguenses estaban dispuestos a morir por la tierra. Con esto terminaba el hilo dramático del argumento y, por fin, el documental estaba listo después de varios meses de desvelos, hechuras y rehechuras. Llegó el momento del bautismo.

He de explicar que cuando llega la primera idea para hacer un documental de inmediato piensa uno en el nombre, y es una fijación, revisa uno alguna palabra o frase significativa, como si de una ocurrencia o de alguna circunstancia que marcara mi imaginación germinara el título. Es un problema. ¿Cómo ser original? Se trata de que *pegue*, que se quede en la memoria del espectador, que el público lo reconozca. Pensé algunas frases, nombres, palabras que nunca me convencieron, también surcó por mi frente lo que de plano es lo más cómodo, lo que todos hacen, utilizar una de las consignas clave: “Tierras sí, aviones no”, por ejemplo, y que sería esgrimido posteriormente para bautizar otro documental sobre Atenco.

Después de desgranar algunos nombres, de jugar con las palabras, surgió en una madrugada donde se alborotaban mis sueños este título: “Vuelos macabros del nuevo aeropuerto”, casi gana mi voluntad. Al final lo hice a un lado, preferí usar una metáfora de los machetes: “La rebelión de los fulgores”, este sí me gustó, pero pensé que al instante de que alguien leyera la tapa del VHS (no se popularizaba aún el DVD o VCD) no sabría a qué se refería el video, por ello completé el nombre con algo explicativo, así el título categórico fue el de “La rebelión de los fulgores: el nuevo aeropuerto ¿en Texcoco?”

De inmediato me lancé a Atenco. Ni Nacho ni Adán Espinosa, el otro líder visible del Movimiento, se encontraban cuando pretendía presentar mi documental en Atenco pues habían ido a Monterrey a manifestarse en una reunión de los hombres de las bandas presidenciales de otros países. Les dije, entonces, a algunos compañeros que llevaba un video sobre la lucha y quería mostrárselos. Sorprendentemente no lo aceptaron de muy buena gana. No sabía la razón. No hicieron anuncio ni nada, pero conforme iba proyectándose la gente se acercaba más y más. Al final me dijeron que trabajaba yo muy bien pero que no podían “promoverlo” porque traía en los créditos la participación del PRD del Estado de México, y no podían *pasar* nada que tuviera que ver con los partidos. Yo les contesté que no se trataba de promoverlo ni de promoverme, ni de hacerme rico, mucho menos propagandizar a un partido que cada día estaba más del lado de los corruptos, que el documental era para el Movimiento y se movería por sí mismo, pero que no podía quitar el crédito al *perredé*.

En efecto, una fracción semirradical del amarilloso partido mexiquense me había pedido dos programas de televisión, uno sobre Chimalhuacn y otro sobre Atenco de cinco minutos cada uno, por lo cual me dieron 6500 pesos por programa. Resultaron dos documentales, uno de 25 (el de la *Loba*) y otro de 54 minutos (el de la *Rebelión*). Aclaro que en ninguno hice la más mínima

concesión a los perredistas, lo cual a éstos no les hizo mucha gracia. Pero a los atenguenses sí, quienes a pesar de la resistencia de algunos, la gente pidió una nueva proyección y empezaron a pedirme copias.

La verdad del rechazo al vídeo por parte de esa fracción del Frente no fue el nombre del PRD en los créditos, sino que este grupo contaba con un integrante que elaboraba vídeos y que al ver a alguien usando una cámara casera similar a la de su *cineasta* les invadió un corrosivo sentimiento habitualmente llamado celo profesional, o envidia, diríamos en mi pueblo. Después debieron reconocer que mi militancia era real y que el trabajo mío llevó más beneficios que perjuicios.

Cuando llegaron de Monterrey los líderes del Frente y vieron el documental no sólo me pidieron sino me exigieron rapidez para multiplicar el vídeo. Lo hice sin saber bien a bien cómo le iría, pero me aventé como buen *talibán*: 500 copias.

Al mismo tiempo preparaba el estreno de *La rebelión de los fulgores* en Chapingo. Invité a Carlos Bracho, el actor; a Luis Javier Garrido, el articulista de *La jornada*; a Paty Muñoz, maestra de Chapingo, y a Nacho del Valle, líder del Frente. La *premiere* fue a principios de abril de 2002, en el auditorio Álvaro Carrillo. La asistencia fue de 600 personas. Todo un éxito. La intervención de Garrido reivindicaba el papel del documentalismo mexicano como parte de la reconstrucción de la historia; la de Bracho fue más afectiva, producto de la amistad que tiene conmigo desde hace muchos años, hablando más que nada desde el corazón y solidarizándose con los macheteros. La de Nacho del Valle fue muy corta, más bien arengando al público para el fortalecimiento de la lucha. En fin, el público muy participativo, los *talibanes* inundaron de consignas sediciosas el recinto ataviado con dos gigantescas fotografías de Villa y de Zapata. Todos contentos.

Para entonces tenía ya listas las copias del documental. Dorotea, mi hija puso su mesita a la salida y al final de la

proyección, vendió 20 copias, cada una a 50 pesos. Les dije a los *macheteros* que para el Movimiento los daría casi al precio. Me dieron (en la mayoría de las ocasiones) 30 pesos por cada uno de los documentales. Ellos lo vendían en 60, 70 u 80 pesos. Volaron.

*La rebelión de los fulgores* sirvió como carta de presentación de los soliviantados compañeros en todos lados donde se paraban. El periódico *Reforma* le dio primera plana al documental acusando al PRD de intervenir en Atenco con la producción de un vídeo. No me trataron muy bien. Lo mismo ocurrió en la *Crónica*. Pero *El universal* y *La jornada* saludaron el nacimiento de un documental que reivindicaba la lucha campesina.

Pero la mayor satisfacción que puede alcanzar un cineasta militante es la respuesta de la gente, lo podría jurar, los oradores en sus participaciones en las múltiples asambleas empezaban a hablar del Plan PueblaPanamá, los compañeros adquirieron mayor conocimiento del origen del proyecto, es decir, *La rebelión de los fulgores* cumplía una función didáctica importante, servía como promoción cuando el Frente motivaba a otros compañeros en distintas partes de la República, se vendía en las múltiples reuniones de solidaridad, de encuentros con otras organizaciones y pronto tuve que hacer otra nueva edición de 500 copias más. Al final del movimiento fueron 1.200 copias vendidas.

Después del documental nos ganamos a pulso estar al frente de las manifestaciones, antes que los camarógrafos de los noticiarios. La gente del FPDT nos comenzó a apreciar como a cualquiera de ellos. Pero la lucha no acababa ahí, sabíamos que lo más difícil estaba por venir... y lo más intenso.

Sin embargo, no puedo narrar aquí la elaboración de otro video que documenta el triunfo de los macheteros sobre el proyecto neoliberal del aeropuerto que eclipsó a “La rebelión de los fulgores”; la empresa me llevaría 20 cuartillas más Quizá

más adelante la historia de “Atenco: una tierra muralla” pueda detallarse ampliamente.

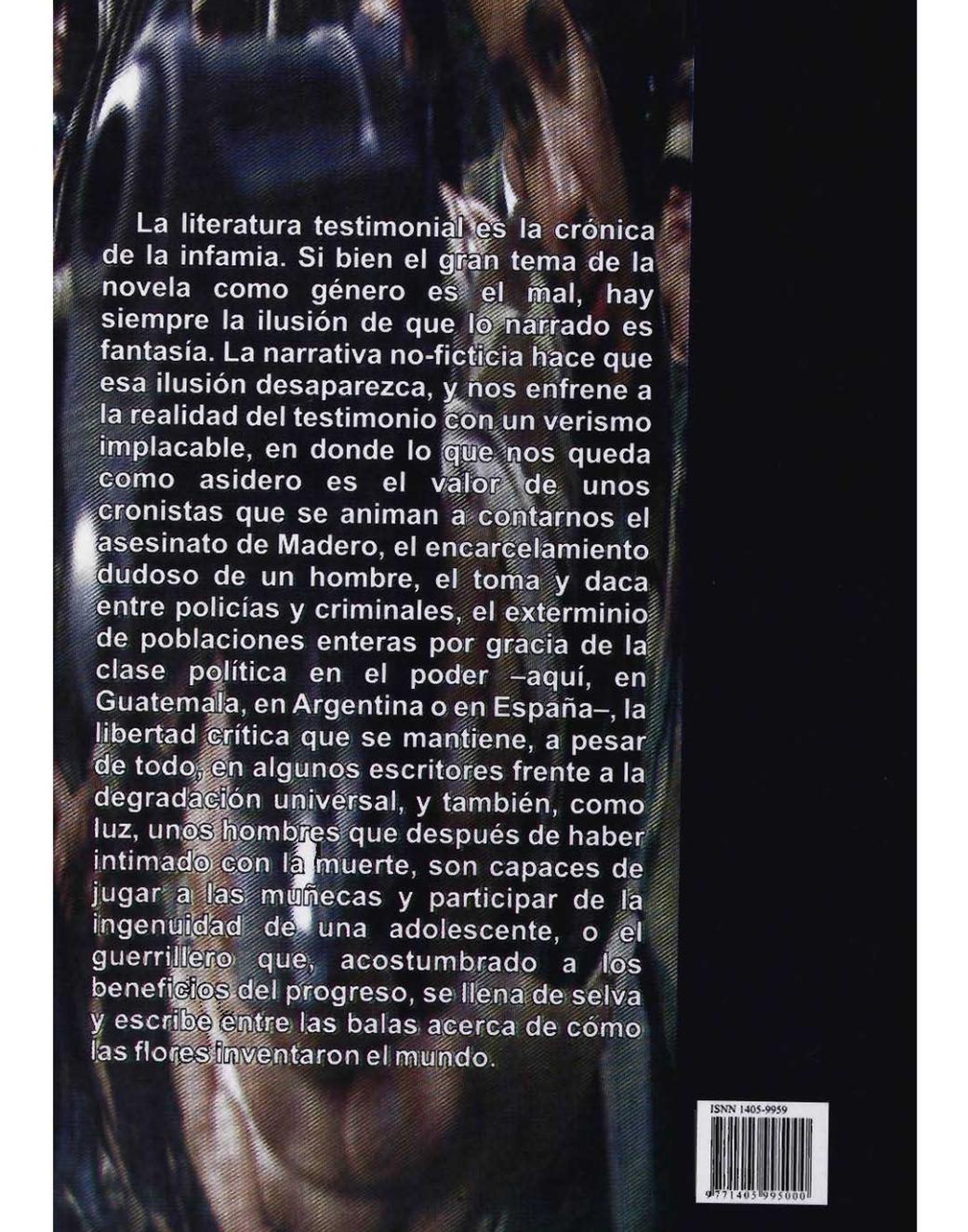
(12 de julio de 2006).



TEMA Y VARIACIONES DE LITERATURA No. 26  
correspondiente al primer semestre de 2006  
se terminó de imprimir en octubre  
de dos mil seis  
El tiro consta de 500 ejemplares







La literatura testimonial es la crónica de la infamia. Si bien el gran tema de la novela como género es el mal, hay siempre la ilusión de que lo narrado es fantasía. La narrativa no-ficticia hace que esa ilusión desaparezca, y nos enfrente a la realidad del testimonio con un verismo implacable, en donde lo que nos queda como asidero es el valor de unos cronistas que se animan a contarnos el asesinato de Madero, el encarcelamiento dudoso de un hombre, el toma y daca entre policías y criminales, el exterminio de poblaciones enteras por gracia de la clase política en el poder —aquí, en Guatemala, en Argentina o en España—, la libertad crítica que se mantiene, a pesar de todo, en algunos escritores frente a la degradación universal, y también, como luz, unos hombres que después de haber intimado con la muerte, son capaces de jugar a las muñecas y participar de la ingenuidad de una adolescente, o el guerrillero que, acostumbrado a los beneficios del progreso, se llena de selva y escribe entre las balas acerca de cómo las flores inventaron el mundo.

ISSN 1405-9959



0771405995000